

Juegos de interior

KATE ATKINSON

de

Lectulandia

Isobel vive en un pequeño pueblo del norte de Inglaterra, en la mansión familiar. Tiene dieciséis años. Conviven con ella su hermano mayor, Charles, de aspecto singular y de extrañas creencias, su padre, Gordon, que desapareció cuando los hermanos eran niños y que regresó siete años más tarde como si nada hubiera pasado, la tía Vinni, siempre irritada, irritable e irritante, su madrastra, Debbie, que comparte su única neurona con un caniche, y el lascivo huésped, el señor Arroce, que teme que cualquier día despertará transformado en un gigantesco insecto.

La vida de los hermanos está marcada por la misteriosa ausencia de su madre, Eliza, a quien nadie menciona, cuyo aspecto nadie parece recordar.

Pero a partir de sus dieciséis años Isobel empieza una extraña búsqueda a través del tiempo y del espacio. ¿Ha saltado Isobel al otro lado del espejo? ¿Es una adolescente perdida en el país de Nunca Jamás?

Lectulandia

Kate Atkinson

Juegos de interior

ePub r1.0

Ablewhite 01.04.16

Título original: *Human Croquet*
Kate Atkinson, 1997
Traducción: Victoria Simó

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre,
Myra Christiana Keech

Este mundo verde y riente por él contemplado
Aguas y llanos, y árboles ondeantes,
El roce de los pájaros y la bóveda azul de los cielos.

Oda a la primavera de 1814,
Leigh Hunt

PRINCIPIO

CALLES DE ÁRBOLES

Llamadme Isobel. (Es mi nombre). Esta es mi historia. ¿Por dónde empiezo?

Antes del principio está la nada y la nada no se sitúa en el tiempo, ni en el espacio, sino más allá de nuestra imaginación.

Nada procede de la nada, si exceptuamos el principio del mundo. Así empieza, con la palabra, y la palabra es vida. La nada se transforma al estallar un gigantesco petardo con el que nace el tiempo y empieza la imaginación.

Aparecen los primeros núcleos —hidrógeno y helio— seguidos, unos pocos millones de años más tarde, por los átomos y finalmente, millones de años después, se forman las moléculas. Las nubes de gas en el espacio empiezan a condensarse hasta convertirse en galaxias y estrellas, incluido nuestro Sol. En 1650, el arzobispo James Ussher, en su *Anales del Mundo*, calcula que Dios creó el Cielo y la Tierra la noche del sábado, 22 de octubre de 4004 a. C.

Otros son menos específicos y se remontan a cuatro billones y medio de años.

Y entonces aparecen los árboles. Bosques de gigantesco helechos se agitan en las ciénagas cálidas y húmedas del Período Carbonífero. Surgen las primeras coníferas y se produce la sedimentación que dará lugar a los grandes yacimientos de carbón. Mires adonde mires, ves cómo las moscas quedan atrapadas en gotas de ámbar —las lágrimas de las pobres hermanas de Faeton, quienes, a causa de la pena, se transformaron en olmos negros (*populus nigra*). Hacen aparición los árboles con flor y por fin salen de las ciénagas a rastras, hacia tierra firme.

Aquí, donde se emplaza esta historia, en el austero norte, hubo una vez un bosque, océanos de bosque, el gran bosque de Lythe. Un bosque inmemorial, una impenetrable espesura de pino de Escocia, abedul y álamo, olmo inglés y olmo escocés, avellano, roble y acebo, el bosque que antaño cubría Inglaterra y al que, si la dejáramos a su aire, acabaría por retornar. El bosque tuvo el mundo para él solo durante mucho tiempo.

Plam. Las herramientas de sílex y piedra marcan el fin del principio, el principio del fin. La alquimia del cobre y el estaño da lugar a nuevas hachas de bronce, que recortaron más árboles de la tierra. Después vino el hierro (el gran destructor) y las hachas de hierro talaron los bosques más rápido de lo que podían crecer, y los arados de hierro ahoyaron la tierra que antes fuera bosque.

Los leñadores talaron y troncharon el fresno y el haya, el roble, el carpe y los enmarañados espinos. Los mineros cavaron y fundieron mientras los carboneros hacían montones cada vez más altos. Pronto, uno apenas podía moverse en el bosque, repleto de chambones y chancleros, desmochadores y toneleros. Los jabalíes hozaban y los cerdos hocicaban, los gansos cloqueaban y los lobos aullaban, y los ciervos se llevaban un susto a cada recodo del sendero. ¡*Plam!* Los árboles fueron transformados en otras cosas: zuecos y prensas de uvas, carros y herramientas, casas y muebles. Los bosques ingleses surcaron los océanos del mundo y descubrieron nuevas tierras, vírgenes a más no poder, y más bosques listos para ser talados.

Pero el corazón de la selva ocultaba un misterio. Cuando cortaron el bosque, ¿adónde fue el misterio? Algunos dicen que entre los árboles habitaban hadas — criaturas hoscas y malhumoradas (los hijos plebeyos de Eva), ocultos de la luz de la luna, que merodeaban atentos entre las matas de tomillo escuchando furiosos las hachas invasoras. ¿A dónde fueron cuando el bosque dejó de existir? ¿Y los lobos qué? ¿Qué les pasó? (El mero hecho de que no podamos ver una cosa no significa que no esté allí).

La aldea de Lythe surgió entre el bosque menguante, unas cuantas casas dispersas y una iglesia con el campanario cuadrado. Sus habitantes, con sus huevos, sus capones y, de vez en cuando, su virtud, iban a Glebelans y volvían, el pueblo más cercano, a solo dos millas de allí —un mercado floreciente y un hervidero de guanteros y carniceros, herreros y vinateros, pilluelos y recusantes.

En 1580, más o menos, llegó un forastero a Lythe, un tal Francis Fairfax, de tez tan oscura y cetrina como un moro. Francis Fairfax, recientemente ennoblecido por la reina, recibió, de la misma mano de la reina, una gran extensión de tierra al norte de la aldea, en el límite de lo que quedaba de bosque. Allí, él mismo construyó Fairfax Manor, una moderna casa de ladrillos, yeso y maderos de sus robles recién adquiridos.

El tal Francis era soldado y aventurero. Incluso había cruzado el gran océano gris y había visto territorios vírgenes recién descubiertos, con sus monstruos de tres cabezas y sus salvajes emplumados. Algunos decían que era el espía de la propia reina, que cruzaba el canal para llevar a cabo misiones secretas tan a menudo como otros cruzaban Glebelands Green Moor.

Algunos decían también que su esposa era una hermosa niña que ya le había dado hijos y a la que tenía encerrada en el desván de Fairfax Manor. Otros decían que la mujer del desván no era su esposa niña sino su esposa loca. Incluso se rumoreaba que sus desvanes estaban atestados de esposas muertas, colgadas de ganchos de carnicero. Algunos llegaban al punto de afirmar (lo cual es aún más improbable) que era el

amante de la reina y que la gran Gloriana le había dado un hijo clandestino, quien había crecido en Fairfax Manor. En el desván, por supuesto.

Es un hecho, y no un rumor, que la reina, huyendo de un brote de epidemia en Londres, pasó un tiempo en Fairfax Manor, en algún momento del verano de 1582, y fue vista admirando el membrillo color crema y el níspero en flor y cenando los frutos de una espléndida caza del ciervo celebrada a primera hora de la mañana.

Fairfax Manor era famosa por sus emocionantes partidas de caza, la blandura de sus colchones de plumón, la excelencia de su cocina, la variedad de sus diversiones. *Sir Francis* llegó a ser un renombrado mecenas de poetas y aspirantes a dramaturgos. Algunos dicen que el mismo Shakespeare pasó un tiempo en Fairfax Manor. Los defensores incondicionales de esta explicación a los famosos años oscuros de Shakespeare —y hay otras muchas, la mayoría disparatadas— señalan como prueba las iniciales «WS» talladas en la corteza del Gran Roble, aún visibles hoy en día para el ojo agudo. Los detractores de esta teoría alegan que otro miembro de la casa Fairfax, el hijo de su tutor, un tal Walter Stukesly, puede reivindicar las mismas iniciales.

Quizá el maestro Stukesly fuese el autor de la magnífica mascarada (*La mascarada de Adonis*) que *Sir Francis* encargó para solaz de la reina durante su visita estival a Lythe. Podemos imaginar la función, con el gran bosque como telón de fondo, los fanales titilando entre los árboles, los artilugios mecánicos utilizados en la representación de la tragedia, el juvenil Adonis muriendo en brazos de un púber Venus bajo el Gran Roble —un roble joven y hermoso, de la misma edad aproximada de Francis Fairfax, que una vez se irguiera en el corazón del corazón del bosque y que ahora guardaba la entrada.

No mucho después de que la reina partiese de Lythe, hizo aparición la esposa de Francis, una de verdad, de carne y hueso, que no vivía en el desván —aunque no por ello la criatura resultase menos enigmática— cuyo origen y fin permanecían envueltos en misterio. Según dicen, llegó a las puertas de Fairfax Manor una noche de tormenta, sin zapatos ni medias ni enaguas; de hecho, sin nada encima aparte de su piel suave como la seda —y aún así no la había salpicado una sola gota de lluvia, no tenía ni uno solo de sus pelirrojos cabellos fuera de lugar.

Llegó, según dicen, de un norte aún más austero, y se llamaba Mary, como la temida reina de Caledonia. No persistió en su desnudez y permitió que un ilusionado *Sir Francis* la envolviera en sedas, pieles y terciopelos y la cubriera de joyas. La mañana de la boda, *Sir Francis* la obsequió con la famosa joya Fairfax —muy buscada más tarde por historiadores y detectores de metales—, bien documentada en el famoso *Viajes por Inglaterra* de *Sir Thomas A'hearne* pero que nadie ha visto en más de cuatrocientos años. (Según los documentos, un guardapelo de oro romboidal, tachonado de esmeraldas y perlas, cuyo interior aloja una Danza de la Muerte en miniatura que algunos consideran pintada por Nicholas Hilliard en homenaje a su maestro, Holbein).

La nueva *Lady Fairfax* mostraba preferencia por el verde —faldas, enaguas y faja, tan verdes como el verdegal que esconde al ciervo del cazador. Solo su blusa de batista era blanca— este retazo de información ofrecido por la comadrona traída de Glebelands con motivo de la llegada del primogénito Fairfax. Unigénito. Se trataba, informó de vuelta al pueblo, de un bebé absolutamente normal (un niño) pero *Sir Francis* estaba loco y se empeñó en que la pobre comadrona llevase los ojos vendados en todas las habitaciones excepto en la del alumbramiento, y le hizo jurar que guardaría el secreto de lo que viese aquella noche. Fuese lo que fuese lo que vio la pobre mujer, nunca sería divulgado, pues fue convenientemente alcanzada por un rayo cuando levantaba una jarra de cerveza para humedecer la cabeza del bebé.

Lady Fairfax, se decía, tenía la extraña afición de deambular por el bosque vestida con damascos y sedas verdes, con su perro de presa Finn como única compañía. A veces se la podía ver al verde abrigo del Gran Roble, cantando una canción terriblemente melancólica sobre su hogar, como una Rut entre verde extranjero. Más de una vez, el encargado de caza de *Sir Francis* se había llevado un susto de muerte al confundirla con un tímido ciervo que huía de él como una exhalación verdosa. ¿Y si un día le disparaba una flecha a su hermoso pecho verde?

Y entonces desapareció —tan repentina y misteriosamente como había llegado. *Sir Francis*, tras una jornada de caza, regresó a casa con una rolliza y magnífica liebre a la que le había traspasado el corazón y descubrió que se había ido. Una ayudante de cocina, muchacha ignorante, afirmó haber visto cómo *Lady Fairfax* desaparecía bajo el Gran Roble, cómo se desvanecía hasta que el vestido verde de brocado no podía distinguirse de los árboles circundantes. Al tiempo que *Lady Fairfax* se iba haciendo borrosa, contó la muchacha, había lanzado una terrible maldición contra los Fairfax, pasados y futuros, y los ecos de sus monstruosos gritos seguían suspendidos en el aire mucho después de que se hubiera vuelto invisible. La cocinera le dio de golpes en la cabeza con una escudilla por inventar cuentos.

Francis Fairfax cumplió todos los requisitos de hombre maldito: ardió en su cama en 1605 junto con la casi totalidad de la casa. William, su hijo, fue rescatado por unos criados y creció para convertirse en un muchacho enfermizo que vivió el tiempo suficiente como para engendrar su viva imagen.

Los Fairfax abandonaron los carbonizados restos de Fairfax Manor y se trasladaron a Glebelands, donde sus fortunas menguaron. Fairfax Manor se fue desintegrando hasta quedar reducido a polvo, los maravillosos jardines regresaron a su estado natural y, transcurridos unos cuantos años, nadie hubiera dicho que algún día se había erguido una mansión en aquel lugar.

A lo largo de los cien años siguientes, la tierra fue dividida y vendida en subasta. Un Fairfax del siglo XVIII, Thomas, perdió las últimas tierras en un negocio ruinoso y los Fairfax quedaron sumidos en el olvido —excepto *Lady Mary*, a quien se veía de vez en cuando vestida de verde, desconsolada y siniestra, con la cabeza bajo el brazo de tanto en tanto para mayor efecto.

El propio bosque fue desapareciendo gradualmente, lo último que quedaba se lo llevó la guerra napoleónica en la construcción de buques de guerra. Para cuando corría el siglo XIX, el único recuerdo del, en otro tiempo, gran Bosque de Lythe, lo constituía una extensa arboleda llamada Boscrambe Woods, treinta millas al norte de Glebelands y —justo pasados los límites de Lythe— el mismo Gran Roble.

Hacia 1840, Glebelands era una gran villa industrial cuyas máquinas traqueteaban y vibraban y cuyas chimeneas lanzaban al cielo, sobre las atestadas calles de los barrios bajos, oscuras nubes de humo de dudosos productos químicos. El dueño de una de esas fábricas, Samuel Fairfax, filántropo y fabricante de quemadores de gas Argand, restableció al poco la fortuna familiar, al tiempo que cumplía su misión de iluminar el pueblo entero con farolas de gas.

Los Fairfax pudieron permitirse el lujo de construir una gran casa en la villa con todos los accesorios: criados, un carruaje y cuenta abierta en todas las tiendas. Las mujeres Fairfax lucían vestidos de terciopelo francés y encaje de Nottingham y se pasaban el día hablando de trivialidades. Samuel Fairfax, entre tanto, soñaba en volver a comprar el terreno donde en otro tiempo se irguiera Fairfax Manor y en hacer unos jardines donde la gente de Glebeland pudiera limpiar sus ennegrecidos pulmones y ejercitar sus raquíticos miembros. Tenía la esperanza de que el parque fuera su monumento en vida. *Fairfax Park*, murmuraba ilusionado mientras examinaba posibles diseños para los imponentes portales de hierro forjado de la entrada, y justo cuando señalaba un diseño rococó en particular («Restauración») su corazón dejó de latir y cayó de cara sobre el libro de muestras. El parque nunca se construyó.

Las farolas de gas fueron sustituidas por las eléctricas, los Fairfax no supieron adaptarse a las nuevas tecnologías y se fueron empobreciendo hasta que, en 1880, un tal Joseph Fairfax, nieto de Samuel, se dio cuenta de dónde radicaba el futuro e invirtió la fortuna familiar restante en el comercio: un pequeño ultramarinos en un callejón. El negocio fue prosperando y diez años después trasladaron «Fairfax e hijo —alimentos autorizados» a la calle principal.

Joseph Fairfax tenía un hijo y ninguna hija. El hijo, Leonard, cortejó con éxito a una muchacha llamada Charlotte Tait, hija del dueño de una pequeña fábrica de herramientas. Los Tait eran de una pasta dura e intransigente y Charlotte no se libraba de echar una mano en la tienda cuando hacía falta, aunque pronto quedó embarazada de su primer hijo, una niña fea llamada Madge.

Mientras, los aldeanos de Lythe aguardaban a que Glebelands se extendiese hacia ellos por los pocos campos que habían sobrevivido y los engullesen. Durante la espera, se declaró una guerra que se llevó a tres cuartas partes de los jóvenes de Lythe (tres para ser exactos) y, mientras la guerra se resolvía de un modo que a nadie le importaba demasiado, la mayor parte del pueblo, junto con la tierra donde se había erguido Fairfax Manor, fue vendida a un constructor local.

El constructor, un hombre llamado Maurice Smith, tuvo una visión, el sueño de

un arquitecto: un barrio ajardinado, una urbanización moderna, cómodas moradas para el mundo de pequeños núcleos familiares postguerra y postservicio. Calles de casas pareadas y adosadas con bonitos jardines frontales y grandes jardines traseros donde los niños pudieran jugar, padre pudiera cultivar rosas y un huerto y madre pudiera dejar al bebé en su cochecito y tomar el té de las cinco en el césped con sus refinadas amigas. En la tierra que una vez cobijara a *Sir Francis* y a su servicio, Maurice Smith construyó sus calles de casas. Casas imitación Tudor y de estuco enguijarrado, casas con ventanas enmarcadas y porches y vestíbulos embaldosados. Casas con tres y cuatro dormitorios y la fontanería más avanzada, pilas de porcelana y buena calefacción, despensas frescas y aireadas y cocinas de gas esmaltadas.

Calles con calzadas amplias, y árboles, muchos árboles —una bóveda de árboles sobre el asfaltado, un manto de césped alrededor de las casas y sus felices ocupantes. Árboles que alegrarían la vista, brotes y hojas que podrían ser contemplados a placer, ramas verdes que se desplegarían sobre las calles de casas, levantando sus protectoras hojas sobre los habitantes del interior. Árboles distintos para cada calle: Ash Street, calle del Fresno; Chestnut Avenue, avenida del Castaño; Holly Tree Lane, camino del Acebo; Hawthorn Close, calle del Espino; Oak Road, carrera del Roble; Laurel Bank, calle del Laurel; Rowan Street, calle del Serbal; Sycamore Street, calle del Sicómoro; Willow Road, carrera del Sauce. El bosque de árboles se había convertido en una infinidad de calles.

Pero por la noche, en el silencio de la negrura, aquel que escuchase con atención podía imaginar a los lobos aullando.

El Gran Roble siguió creciendo, anciano y solitario, en el campo, junto a la esquina de Hawthorn Close y Chesnut Avenue. Habían rellenado con cemento los puntos flacos del árbol y viejos refuerzos de hierro apuntalaban sus pesadas ramas, pero en verano la copa seguía verde y lo bastante tupida como para que, al anochecer, una bandada de grajos se apelotonase graznando en sus acogedoras ramas.

Al final de Hawthorn Close estaba la primera casa del arquitecto —Arden— la que construyó de muestra sobre los cimientos, largo tiempo olvidados, de Fairfax Manor. Arden tenía lujosos suelos de *parquet* y artesonado de roble. Tenía una escalera de roble artesana con adornos en forma de bellota y los caprichos del bastión estaban coronados por tejas de pizarra galesa, azules y redondeadas, superpuestas como las escamas de un dragón.

El arquitecto había proyectado la casa para él pero Leonard Fairfax le hizo una oferta tan buena que no pudo rechazarla. Y así la familia Fairfax volvió, sin saberlo, a su morada ancestral.

Charlotte Fairfax había dado a luz (difícil de creer pero cierto) dos hijos más después de Madge: Vinny (Lavinia) y Gordon («¡mi niño!»), en ese orden. Gordon era mucho más joven, una ocurrencia tardía («¡mi sorpresa!»). Cuando se trasladaron a Arden,

Madge ya había partido para casarse con un adúltero empleado de banca y se había trasladado a Mirfield, y Vinny era una mujer de veinte años, pero Gordon aún era un niño. Gordon supuso para Charlotte una nueva emoción. Por la noche, se deslizaba a su nuevo cuarto bajo los aleros, miraba su rostro dormido al fulgor de la lamparilla y se sorprendía al descubrir el desbordante amor que ese niño le inspiraba.

Pero el tiempo vuela, pronto vendrá Eliza y lo arruinará todo. Eliza será mi madre. Yo soy Isobel Fairfax, el alfa y el omega de los narradores (soy omnisciente) y conozco el principio y el fin. El principio es la palabra y el fin es el silencio. Y en medio están todas las historias. Esta es la mía.

PRESENTE

ALGO EXTRAÑO

I-so-bel. Tintineo de cascabel. Isabella Tarantela. Un baile loco. Estoy loca, luego existo. Estoy. Loca. ¿Existo? Belle, Bella, más, nunca te rendirás. Bella Belle, belleza extranjera por partida doble, pero yo no soy extranjera. ¿Soy hermosa? No, aparentemente no.

Mi geografía humana es extraordinaria. Soy tan inmensa como Inglaterra. Tengo unas manos grandes como los Lagos, el estómago del tamaño de Dartmoor y mis pechos se yerguen como las Peaks. Mi espina dorsal es como los Peninos, mi boca el pico Mallyan. Mi cabellera fluye por el estuario Humber hasta inundarlo y mi nariz es un precipicio blanco de Dover. En otras palabras: soy una chica grande.

Hay un ambiente extraño en las calles de árboles, aunque de qué se trata exactamente no sabría decirlo. Estoy tendida en la cama mirando la ventana del desván, ocupada solo por un temprano cielo matutino, una página azul en blanco, un día virgen esperando ser rellenado. Estamos a uno de abril y es mi cumpleaños, mi dieciséis cumpleaños: el aniversario mítico, el legendario. La edad en que, tradicionalmente, los husos empiezan a pinchar, los pretendientes a llamar y un montón de otra imaginería sexual se manifiesta de repente por sí sola. Pero todavía no me ha besado ningún hombre, no a no ser que contemos a mi padre, Gordon, que deja sus tristes besos paternos en mis mejillas como insectos pequeños e inquietantes.

Algo extraño anuncia mi cumpleaños: una especie de espíritu odorífero (mudo e invisible) prendido a mí como una sombra aromática. Al principio lo confundo con algo tan inocuo como el aroma del espino húmedo. Ese ya es un perfume bastante triste por sí solo, pero el espino ha traído consigo un extraño olor rancio que no se limita a Hawthorn Close sino que me sigue allá donde voy. Camina conmigo calle abajo y me acompaña a las casas de otras personas (y después se marcha otra vez conmigo, no hay forma de sacudírselo). Flota por los pasillos del colegio y se sienta junto a mí en los autobuses; y el asiento se queda vacío por muy atestado que vaya el autobús.

Es la fragancia de las manzanas del año pasado y el olor de los libros muy viejos cuando los abres, con una nota base de muerte, pétalos de rosa húmedos. Es la destilación de la soledad, un olor increíblemente triste, la esencia de la aflicción y los suspiros contenidos. Si fuera un perfume comercializado nadie lo compraría. Imaginaos que ofrecen muestras a la gente en mostradores de perfume bien iluminados. «¿Ha probado Melancolía, señora?», y pasar después el resto del día con la incómoda sensación de que alguien te ha colocado un frío pedrusco de desgracia en el estómago.

—Ahí, junto a mi hombro izquierdo —le digo a Audrey (mi amiga), y Audrey lanza un profundo suspiro y dice:

—No.

—¿Nada?

—Nada.

Audrey (también mi vecina de al lado) menea la cabeza. Charles (mi hermano) hace una mueca ridícula y husmea como un cerdo busca-trufas.

—No, son imaginaciones tuyas —dice, y se da la vuelta rápidamente para ocultar su repentina expresión de perro triste.

Pobre Charles, es dos años mayor que yo pero ya le paso más de quince centímetros. Yo mido casi dos metros descalza. Un gigantesco roble inglés (*quercus robustus*). El cuerpo, el tronco; los pies, las raíces principales; los dedos de los pies exploran el suelo oscuro como pequeños topos blancos. Mi cabeza, una copa que crece hacia la luz. ¿Y si esto va en aumento qué? Atravesaré la troposfera, la estratosfera y seguiré hasta la inmensidad del espacio donde podré lucir una corona hecha de las Pléyades, un chal tejido con la Vía Láctea. Ay, ay de mí, como diría la señora Baxter (la madre de Audrey).

Ya mido uno setenta y ocho, y crezco más de dos centímetros al año —si esto sigue así, cuando tenga veinte años mediré casi uno noventa.

—Cuando tenga cuarenta —cuento con los dedos—, mediré casi dos metros y medio.

—Ay Dios —dice la señora Baxter, frunciendo el ceño mientras intenta imaginarlo.

—Cuando tenga setenta —calculo sombría—, mediré más de tres metros. Seré una atracción de feria.

La mujer gigante de Glebelands.

—Ahora eres una mujer de verdad —dice la señora Baxter, meditando mis estadísticas de rascacielos. ¿Pero comparada con qué? ¿Con una mujer de mentira? Mi madre (Eliza) es una mujer de mentira, desaparecida y casi olvidada, que rompió los lazos con la realidad el día que se fue al bosque y nunca volvió.

—Eres una chica grande —coquetea el señor Arroce (el huésped) de un modo muy desagradable cuando nos apretujamos para pasar por la puerta del comedor. El señor Arroce es un viajante de comercio y tenemos la esperanza de que en un futuro próximo se despierte y descubra que se ha transformado en un gigantesco insecto.

Es una pena que Charles se haya detenido en una altura tan poco audaz. Afirma que antes medía uno sesenta y dos, pero, según él, la última vez que se midió, lo que hace con frecuencia, solo llegaba a uno sesenta.

—Estoy encogiendo —nos informa con tristeza. Quizá esté menguando, mientras yo sigo creciendo (nada puede pararme). Tal vez estemos ligados por alguna extraña ley física fraterna, los dos extremos de un universo lineal y elástico donde uno debe menguar mientras el otro se expande.

—Es un canijo del culo —dice Vinny (nuestra tía) más sucintamente.

Charles es tan feo como un enano de cuento. Tiene los brazos demasiado largos para su cuerpo en forma de barril, el cuello demasiado corto para su cabezota, un homúnculo hiperdesarrollado. Por desgracia, sus (antaño) preciosos rizos cobrizos se

han vuelto rojos y tiesos y su cara pecosa está ahora tan picada y llena de cráteres como un planeta sin vida, mientras que su nuez se asoma y se esconde como una calabaza de Halloween. Es una pena que no pueda cederle unos cuantos centímetros, al fin y al cabo, tengo muchos más de los que necesito.

Las chicas no se sienten atraídas por Charles y, de momento, ni una sola se ha dejado convencer para salir con él.

—Seguramente moriré virgen —dice cabizbajo. Pobre Charles, tampoco lo han besado nunca. Una solución, supongo, sería que nos besásemos entre nosotros, pero la idea del incesto, aunque bastante atractiva en una tragedia jacobina, no lo es tanto en el frente hogareño.

—O sea, incesto —le digo a Audrey—, es difícil de imaginar, ¿eh?

—¿Tú crees? —dice, mirando al vacío con sus tristes ojos de paloma, la expresión de una santa a punto de ser martirizada. También es una de los nuestros, nunca la han besado. Su padre, el señor Baxter (el director de la escuela primaria local) no permitiría que ningún chico se acercase a Audrey. El señor Baxter, a pesar de las protestas de la señora Baxter, ha decidido que Audrey nunca crecerá. Si Audrey desarrolla curvas y tendencias femeninas, es probable que el señor Baxter la encierre en lo alto de una torre gigantesca. Y si los chicos empiezan a dar muestras de haber advertido esas curvas y tendencias, apuesto lo que quieras a que el señor Baxter se los carga, cazándolos uno a uno mientras intentan escalar las alturas de la alheña de Sithean para trepar después por la larga cuerda rubia rojiza del bonito pelo de Audrey.

«Sithean» es el nombre de la casa Baxter. «She-ann», explica la señora Baxter con su bonito y cultivado acento, es una palabra escocesa. La señora Baxter era hija de un pastor de la Iglesia de Escocia, y se crio en Perthshire («Pairrthshiyer»), de lo que su acento no deja duda alguna. La señora Baxter es tan simpática como su acento y el señor Baxter tan desagradable como el bigote, fino y oscuro, que perfila su labio superior, y tiene tan mal genio como la asquerosa pipa que fuma, o esa cachimbaapestosa, en el lenguaje de la señora Baxter.

Alto y enjuto, el señor Baxter es hijo de un minero, y aún conserva una veta de carbón en la voz, a pesar de las gafas de concha de tortuga y de las chaquetas de *tweed* con coderas de piel. Resulta muy difícil decir su edad si no la sabes. Pero la señora Baxter sí conoce su edad, le resultaría difícil olvidarla pues el señor Baxter se encarga de recordársela a menudo («Recuerda, Moira... Soy mayor que tú y tengo más experiencia»). Tanto Audrey como la señora Baxter llaman «papá» al señor Baxter. Cuando iba a su clase, Audrey tenía que llamarlo «señor Baxter», y si alguna vez se olvidaba y le llamaba «papá», la obligaba a pasar el resto de la lección de pie delante de todo el mundo. Ninguna de las dos le llama «Peter», que es su nombre.

Pobre Charles. Estoy segura de que las cosas le irían mejor si fuera más alto.

—¿Y qué...? No depende de ti, ¿verdad? —responde malhumorado. A veces me sorprende pensando cosas imposibles... como que si nuestra madre siguiera con

nosotros Charles sería más alto.

—¿Nuestra madre era alta? —le pregunta Charles a Vinny— tan vieja como el siglo (sesenta) pero no tan optimista. La tía Vinny es hermana de nuestro padre, no de nuestra madre. Nuestra madre, por lo visto, no tenía parientes —aunque alguna vez debió de tenerlos, a no ser que saliera de un huevo como Helena de Troya, e incluso en ese caso Leda debió de sentarse en el nido, ¿no? Nuestro padre, Gordon, es alto, «¿pero y Eliza?». Vinny arruga la cara en un histriónico intento por recordar, pero solo ve algo impreciso. Consigue rescatar algunos rasgos aislados —el pelo negro, la nariz respingona, los tobillos delgados— pero la composición Eliza carece de toda sustancia.

—No me acuerdo —se desentiende, como de costumbre.

—Yo creo que era muy alta —dice Charles, olvidando quizá lo pequeño que era la última vez que la vio—. ¿Estás segura de que no era pelirroja? —añade esperanzado.

—No había nadie pelirrojo —sentencia Vinny.

—Alguien debía de haber.

La ausencia de Eliza ha marcado nuestras vidas. Se marchó, lio el petate y se largó con su amante, como dice Vinny, y por alguna razón olvidó llevarnos con ella. Quizá fue un descuido, tal vez tuviese intención de volver pero no pudiese recordar el camino. Cosas más raras se han visto; nuestro padre, por ejemplo, se perdió tras la desaparición de nuestra madre y cuando volvió, siete años más tarde, alegó amnesia como excusa.

—Prórroga por mala conducta —explica la avinagrada Vinny crípticamente.

Nos hemos pasado casi toda a vida esperando oír los pasos de mi madre en el camino, la llave en la puerta, hemos aguardado a que volviera a entrar en nuestras vidas («¡Estoy en casa, cariño!») como si nada hubiera pasado. No sería la primera vez.

—Anna Fellows, de Cambridge, Massachusetts —informa Charles (es un experto en este tipo de cosas)— se fue de casa en 1879 y volvió al cabo de veinte años como si nada hubiera pasado.

Si mi madre pensara volver, ¿no volvería a tiempo (digamos) para mi dieciséis cumpleaños?

Es como si Eliza nunca hubiera existido, no queda ni rastro de su vida —no hay fotografías, ni cartas, ni recuerdos. Las memorias de mi madre son como las sombras de un sueño, tentadoras y fuera de tu alcance. Con Gordon, «nuestro papá», la única persona que uno podría esperar que la recordase, no se puede mantener una conversación al respecto, en absoluto, el tema le hace enmudecer.

—Debió de perder la cabeza para dejar a dos niños tan lindos —opina la señora Baxter con amabilidad. (Para la señora Baxter, todos los niños son lindos). Vinny verifica, con frecuencia, que nuestra madre, en efecto, «había perdido la cabeza». ¿Comparado con «encontrar la cabeza»? Pero para encontrar la cabeza hay que

tenerla separada del cuerpo, y entonces estamos en las mismas. Tal vez se refieran a eso, cuando hablan de «perder la cabeza». Quizá esté muerta y deambule por el plano astral con la cabeza bajo el brazo como el fantasma de un musical, intercambiando gracias con la Dama Verde.

Si al menos tuviéramos algunos *souvenirs* maternos, alguna prueba de que cierto día existió. Un retazo de su caligrafía, pongamos. Cómo nos ensimismaríamos con el más soso, el más prosaico de los mensajes —*¡Te veo a la hora de comer!*, o *¡No olvidas comprar pan!*— intentando adivinar su personalidad, su desbordante amor por sus hijos, buscando el críptico mensaje codificado que explicase por qué había tenido que irse. Pero no dejó atrás ni una sola letra del alfabeto con la que reconstruirla y tenemos que inventarla del vacío, de espacios etéreos y del viento sobre el agua.

—No era una santa, tu mamá, sabes —dice Debbie, rebajando a Eliza con su vocabulario pedestre. Eliza (o, en cualquier caso, la idea de Eliza) no es una persona próxima, «nuestra madre». Invisible, se ha convertido en alguien sublime: la Virgen María y la reina de Saba, la reina del cielo y la reina de la noche en una sola persona, la soberana de nuestro universo oculto e imaginario (el hogar).

—Bueno, al menos por lo que dice tu papá —continúa Debbie con suficiencia. ¿Pero qué dice «nuestro papá»? A nosotros nada, eso seguro.

¿Quién es Debbie? Es la sustituta gorda y mustia que, hace cuatro años, escogió «nuestro papá» para reemplazar a «nuestra mamá». En su travesía de siete años por las aguas del Leteo (la isla del norte de Nueva Zelanda, en realidad), Gordon se olvidó de Eliza por completo (por no hablar de nosotros) y volvió con una esposa totalmente distinta. La esposa Debbie, de oscuros rizos permanentados, ojillos y pestañas de cerdo y dedos regordetes rematados por uñas mordidas. La esposa muñeca, de cara redonda, ojos color agua de fregar los platos y una voz que contiene llanos pantanosos de Essex salpicados con un ligero gañido de las antípodas. La esposa niña, solo unos cuantos años mayor que nosotros. Arrebatada de la cuna por Gordon, según Vinny, Vinny, la enemiga número uno de la esposa Debbie.

—Consideradme vuestra hermana mayor —dijo Debbie cuando llegó. Ahora ha cambiado de tono, creo que preferiría no guardar ningún parentesco con nosotros.

¿Cómo pudo Gordon olvidar a sus propios hijos? ¿A su mujer? En sus años perdidos en la otra punta del mundo, ¿oyó la perversa invitación de Abenazaar («¡Esposas nuevas para todos!») y canjeó a nuestra madre por la esposa Debbie? Quizá aún ahora, el tesoro que fue Eliza (mayor que el rescate por un rey) siga atrapado en alguna cueva tenebrosa esperando que la encontremos y la liberemos.

Es difícil imaginar con qué cuentos enredaría Gordon a Debbie en el otro extremo del mundo pero no parecía que la hubiese preparado demasiado bien para la realidad de la vida hogareña.

—¿Así que estos son tus niñitos, Gordon? —dijo con aire de incredulidad cuando Gordon nos la presentó. Seguramente esperaba encontrar dos graciosos teleñecos,

encantados de que los redimiesen de su orfandad de madre. Gordon no parecía haberse dado cuenta de que en los siete años intermedios nos habíamos convertido en niños furtivos, que vivían en un lugar tenebroso, donde nunca brillaba el sol.

Solo el cielo sabe cómo Debbie se había imaginado Arden —Mandelay, un bonito chalet de las afueras quizá, a lo mejor incluso un pequeño castillo de límpido aire— pero sin duda no este desolado museo imitación Tudor. Y en cuanto a Vinny —«Hola, tía Vi», dijo Debbie, tendiendo la mano y agarrando la zarpa de Vinny, «es maravilloso conocerte al fin», haciendo que el rostro de «tía Vi» casi se descompusiera. «¿Tía Vi? ¿Tía Vi?», la oímos murmurar más tarde, «no soy la maldita tía de nadie», olvidando, obviamente, que en realidad sí es nuestra maldita tía.

Mi hermano Charles dejó la escuela sin que sus profesores fueran capaces de descubrirle ningún talento. Ahora trabaja en el departamento de accesorios eléctricos de Temple's, unos imponentes grandes almacenes de Glebelands, construidos para superar las grandes tiendas de Londres y que hace tiempo exhibían un pequeño emparrado arcádico en el tejado, con acabados de césped verde, arroyos serpentinos y un rebaño de vacas pastando. Eso fue hace mucho tiempo, por supuesto, casi en la época mítica (1902) y hoy Charles debe contentarse con un escenario más mundano entre una variada miscelánea de aspiradoras, batidoras y radios. Charles no parece ni demasiado contento ni demasiado descontento con su vida. Yo creo que dedica la mayor parte del tiempo a soñar despierto. Es el tipo de chico —no se me pasaría por la cabeza considerar a Charles un hombre— que piensa que, en cualquier momento, puede suceder algo increíblemente emocionante que cambie su vida por completo. Como casi todo el mundo, de hecho.

—¿No crees que algo... —Los ojos casi se le salen de las órbitas mientras busca las palabras para expresar la sensación— que algo está a punto de suceder?

—No —miento, pues no tiene sentido animarlo.

—En Temple's solo estoy haciendo tiempo —dice Charles, para explicar su vida exterior de lo más aburrido. (Ah, ¿pero a él qué le importa? ¿Notable bajo? ¿Aprobado alto? Debería llevar cuidado, algún día el tiempo podría ponerlo a prueba).

(—Oh, sin duda —dice la señora Baxter— ese es el cálculo final).

Charles también dedica tiempo a sus aficiones. Nada tan normal como coleccionar sellos u observar pájaros, el tipo de pasatiempos que satisfacen a otros jóvenes de su edad. Él está obsesionado con los misterios del mundo inexplicado: extraterrestres y platillos volantes, civilizaciones desaparecidas, mundos paralelos y viajes en el tiempo. Le preocupa la vida en otras dimensiones, suspira por la existencia de un mundo distinto a este. Quizá porque su vida en nuestro mundo le resulta muy insatisfactoria.

—Están ahí fuera, en alguna parte —dice, mientras contempla anhelante el cielo nocturno.

(—Si son listos, se quedarán ahí —resopla Vinny).

Las desapariciones misteriosas son su especialidad. Se dedica a documentarlas celosamente en cuadernos forrados, página tras página, catalogando a los desaparecidos con su mano regordeta, desde barcos y faros hasta colonias enteras de puritanos del nuevo mundo.

—Roanoke —dice, con los ojos brillantes de emoción—, una colonia entera de puritanos desapareció en América en 1587, incluido el primer niño nacido en América.

—Sí, bueno, sería porque los pieles rojas se los cargaron a todos, ¿no? —dice Carmen (McDade, mi amiga), hojeando una de las libretas. Carmen no tiene ni idea de que privada y propiedad pueden coexistir en una misma frase.

Charles busca un patrón. La gran cantidad de barcos desaparecidos —navíos hallados sin tripulación en alta mar y vapores del Mississippi que han navegado hacia la nada— no se debe a los peligros del mar sino a los secuestros de los extraterrestres. La tendencia («Bueno, dos en cualquier caso», admite de mala gana) de chicos llamados Oliver que se esfuman mientras se dirigen al pozo a por agua, el número de granjeros en los estados sureños de América a los que se ha visto desaparecer mientras cruzaban un campo —el escritor Ambrose Bierce escribió un ensayo sobre una de estas desapariciones titulado *La dificultad de cruzar un campo* («¡y después desapareció él, Izzie!»), todo forma parte de alguna vasta conspiración de otro mundo.

La categoría que más le entusiasma, cosa comprensible dada la tendencia de nuestros padres a desaparecer, es la individual —la niña bien que fue a dar una vuelta por el centro, el hombre en la carretera de Leamington Spa a Coventry—, gente ocupada en sus quehaceres cotidianos cuando se esfumaron en el aire.

—Benjamin Bathurst, Orion Williamson, Dorothy Arnold, James Worson —una curiosa letanía de borraduras humanas—, ¡así, sin más! —dice Charles, chasqueando los dedos como un mal prestidigitador, con una ceja, roja a más no poder, en la posición de sorpresa de los dibujos animados con que enfatiza (venga a cuento o no) la mayoría de las conversaciones. Gente arrancada de sus vidas como por una mano invisible.

—Desmaterialización, Izzie... le podría pasar a cualquiera —dice con vehemencia—, en cualquier momento.

Una idea bastante inquietante.

—Tu hermano está pirado —dice Carmen, chupando una pastilla de menta deforme con tanta fuerza que parece como si sus mejillas hubieran implosionado—, debería visitar a un loquero.

Pero la pregunta crucial, sin duda, es: ¿a dónde va la gente que se esfuma en el aire? ¿Van todos al mismo lugar? Eso de «diáfano como el aire» debe de ser impropio, pues sin duda el aire está saturado de animales, niños, gente, barcos, aviones, Amys y Amelias.

—¿Y si nuestra madre no se escapó? —Medita Charles, sentado a los pies de mi cama ahora y contemplando el cuadrado azul de cielo en la ventana—. ¿Y si simplemente se desmaterializó?

Le señalo que «simplemente» es una palabra incorrecta en este caso, pero entiendo a qué se refiere. En ese caso no habría abandonado voluntariamente a sus propios hijos (nosotros), dejando que se las arreglaran solos en un mundo frío y cruel. Y todo eso.

—Calla, Charles —meto la cabeza bajo la almohada. Pero aún le oigo.

—Extraterrestres —dice convencido—, a toda esa gente la raptaron los extraterrestres. Y a nuestra madre también —se lamenta—, eso fue lo que le pasó.

—¿La raptaron los extraterrestres?

—Bueno, ¿por qué no? —Se empeña Charles—. Todo es posible.

Pero en realidad, ¿qué es más probable? ¿Una madre secuestrada por extraterrestres o una madre que se fuga con su amante?

—Los extraterrestres, está claro —dice Charles.

Me siento y le propino un buen puñetazo en las costillas para hacerlo callar. Ya hace mucho tiempo de aquello (once años) pero Charles no puede dejar marchar a Eliza.

—Lárgate, Charles.

—No, no, no —dice con los ojos encendidos, como enloquecido—. He encontrado algo.

—¿Qué has encontrado?

Solo son las ocho de la mañana y Charles va en pijama —de franela, a rayas marrones y blancas. En el cuello pone «12 años», pero aún le va bien. Si los extraterrestres lo secuestraran, ¿qué creerían? ¿Lo que él les dijese o lo que pone la etiqueta? Por lo visto, ha olvidado que es mi cumpleaños.

—Es mi cumpleaños, Charles.

—Sí, sí, mira.

De su bolsillo a rayas saca algo envuelto en un gran pañuelo.

—He encontrado esto —dice con un susurro eclesiástico—, en el fondo de un cajón.

—¿En el fondo de un cajón?

(Entonces no es mi regalo de cumpleaños).

—En el aparador, estaba buscando celo.

(Para envolver mi regalo, espero).

—¡Mira! —me apremia nervioso.

—¿Una vieja polvera? —pregunto dubitativa.

—¡Suya! —dice Charles triunfante. No hace falta que pregunte a quién se refiere con ese «suya». Charles emplea un tono de voz especial, reverente y místico, cuando habla de Eliza.

—No lo sabes.

—Lo pone —contesta, pasándomela por las narices. Es una polvera de apariencia cara, pero pasada de moda: delgada y plana, como un pesado disco de oro. La tapa es de esmalte azul brillante, con incrustaciones de nácar en forma de palmera. El cierre aún funciona y chasquea al abrirlo. No hay borla, el espejo está cubierto por una fina capa de polvo y el propio polvo —compacto, rosa claro— está gastado por la parte del centro, donde se ve un círculo de metal plateado.

—Nada demuestra que sea suya —gruño, y él me la quita y le da la vuelta, haciendo que una ducha de polvos casi invisible salpique mi edredón.

—Mira.

En el envés dorado, estriado con finos círculos, hay una inscripción. Lo levanto hacia el cuadrado azul y descifro la afectada dedicatoria:

*A mi querida esposa, Eliza, con motivo de tu veintitrés cumpleaños.
De tu amante marido, Gordon. 15 marzo 1943.*

Por un instante, me siento desvanecer, aunque estoy sentada en la cama. No es tanto la polvera, ni siquiera las palabras, son esos polvos rosas —huelen dulzones y antiguos, huelen a mujer adulta, y ese olor es— sin ninguna sombra de duda— la nota dominante del aroma de la tristeza, de *L'Eau de melancholie* que me sigue los pasos desconsoladamente.

—Bueno, sea como sea —dice Charles—, yo creo que es suya.

Se la guarda en el bolsillo malhumorado y se va sin desearme feliz cumpleaños.

Algo más tarde, Gordon asoma la cabeza por la puerta de mi habitación, intenta esbozar una sonrisa (incluso entonces mi padre se las arregla para parecer triste) y dice:

—Buenos días, cumpleañosera.

No le digo nada de la polvera, solo le sumiría en una melancolía aún mayor y no es probable que le refresque la memoria respecto a su primera esposa, pues ninguna otra cosa parece hacerlo. Quizá durante sus siete años de ausencia en la otra punta del mundo los extraterrestres borraron a Eliza de las células de su memoria. (Es la teoría de Charles, ni que decir tiene). Claro que estamos hablando de un hombre capaz de olvidar quién era, no es de extrañar que suprimiese a su familia más próxima. («¿Pero no es maravilloso que vuestro papá esté vivo y bien?», dijo la señora Baxter. «Bueno es como... —La señora Baxter buscó la palabra exacta— ¡es como un milagro!»). A pesar de todo, cuando volvió —cruzando la puerta tan despreocupadamente como Anna Fellows lo hiciera en 1899— recordó a la perfección quiénes éramos todos. («¿No es un milagro», dijo la señora Baxter, «que haya recuperado la memoria de repente después de todo este tiempo?»).

Me tiende una taza de té y dice:

—Te daré el regalo más tarde.

Las palabras suenan más cariñosas que el tono empleado al decirlas (siempre era

así con mi padre).

—¿Has visto a Charles por alguna parte?

Este es otro rasgo característico de mi padre: siempre está preguntando a todo el mundo el paradero de otras personas. «¿Has visto a X?». «¿Sabes dónde está Y?», aunque sea de lo más sencillo encontrar a la persona que está buscando en su hábitat acostumbrado: Vinny en su sillón de orejeras, Debbie en la cocina, Charles absorto en un libro de Bradbury o de Philip K. Dick, el señor Arroce haciendo Dios sabe qué en su habitación. Un día, al principio de vivir con nosotros, Debbie llamó a la puerta del señor Arroce con toda su autoridad, cera y bayeta en mano; se dio media vuelta y salió sin perder un instante cuando vio lo que estaba haciendo.

—¿Qué? —la apremió Charles, pero Debbie se negó a decírselo.

—Mis labios están sellados.

Ojalá se le obstruyera la nariz también.

A mí se me puede encontrar, como de costumbre, tumbada en la cama, imitando al cadáver de Chatterton, leyendo un libro tras otro (el único mundo alternativo de fiar que he podido descubrir hasta el momento) para matar el tiempo.

—Supongo que Charles está en su habitación —le digo a Gordon, y él pone cara de sorpresa, como si ese fuera el último lugar donde esperaba encontrarlo.

Quizá a Gordon le gustaría que Charles tratase de superarse, pero no dice nada. Al fin y al cabo, Gordon es un hombre que se las ha arreglado para ir a menos. En otro tiempo era una persona totalmente distinta, heredero de nuestra fortuna personal de comerciantes, el ultramarinos autorizado de Fairfax e hijo; una herencia dilapidada, largo tiempo atrás, por culpa de la despreocupación. En este mismo instante, Fairfax e hijo, ahora llamado «Maybury's», se está convirtiendo en el primer supermercado de Glebelands y está a punto de proporcionar substanciosos beneficios a alguien que no somos nosotros. Y antes de eso, antes de ser tendero, Gordon fue asimismo alguien distinto (también en la época mítica: 1941), un héroe, piloto de caza, con medallas y fotografías que lo prueban. Aquella persona, brillante y encumbrada en otro tiempo, volvió de sus vacaciones de siete años como un hombre marchito, ni de lejos «nuestro papá».

—Quizá no sea realmente papá —conjeturaba Charles por lo bajo en aquella época. (Y es verdad que ni por dentro ni por fuera se parecía aquel hombre al de antaño). Pero si no era él, ¿quién era?—. Alguien que se hace pasar por papá... un impostor —explicaba Charles—. O como en *Los invasores de Marte*, donde los extraterrestres toman los cuerpos de los padres.

O quizá viniese de un mundo paralelo. Una especie de reflejo de nuestro padre.

Por supuesto, tal vez fuese simplemente Gordon, que volvía a casa tras siete años de ausencia con una nueva esposa, y Eliza bien pudiera no volver nunca. Pero esta versión de la realidad no nos complacía.

—Está triste, vuestro padre, ¿verdad? —dice Carmen, inusualmente poética. Al menos, no está loco o enfermo. Pero preferiríamos que estuviera contento.

—¿Un gracioso? —sugiere Carmen. Pero no, en realidad no.

Malcolm Lovat. Si me concediesen un deseo de cumpleaños, lo pediría a él. Es lo que quiero para mi cumpleaños, para Navidad y para todas las ocasiones, lo que quiero más que otra cosa en el lóbrego mundo, por encima de todo.

Incluso su nombre sugiere romance y ternura (Lovat, no Malcolm). Lo conozco de toda la vida, los Lovat viven en Chesnut Avenue, al crecer se ha hecho guapo, alto y fuerte, con todos los miembros proporcionados —cosa no tan normal como se podría pensar entre los chicos del instituto de Glebelands.

Las chicas lo idolatran. Es el tipo de chico que podrías llevar a casa y presentárselo a tu madre (si la tienes), el tipo de chico con el que irías al Salto de los Amantes y empañarías el coche —en realidad, un chico para toda la vida. Nadie menciona nunca a Malcolm Lovat sin referirse al gran futuro que le aguarda, estudia medicina en Guy's y ahora está en casa por las vacaciones de Pascua.

—Siguiendo los pasos de mi padre —dice con una sonrisilla torcida. Su padre es ginecólogo. «Un perverso» es el veredicto de Vinny para esta especialidad —tuvo un «problema femenino» y el señor Lovat la trató—, «¿qué clase de hombre querría especializarse en hundir la mano en las mujeres? Un perverso, está claro». Me pregunto adónde iríamos a parar Charles y yo de seguir los pasos de nuestro padre. Nos perderíamos, supongo.

Malcolm quiere ser neurocirujano, y a mí eso me parece igual de perverso; ¿qué clase de hombre en su sano juicio querría hundir las manos en la cabeza de otras personas?

Pobre Malcolm, su madre es un ogro. Su padre y su madre son tan intolerantes y esnobs que parece increíble que tengan un hijo como Malcolm. Quizá no tan increíble, porque Malcolm es adoptado. Los Lovat eran bastante mayores cuando lo acogieron.

—No creo que supieran qué hacer conmigo cuando llegué a su casa —dice Malcolm—. No bebía ginebra, ni jugaba al *bridge*.

Ha aprendido a hacer ambas cosas.

Por desgracia, es un príncipe azul fuera de mi alcance.

—No sé, Iz —me dice, algo triste, por encima del paquete de patatas fritas que compartimos—. ¿De verdad quiero ser médico?

Lo más terrible es que me considera una amiga. Se pasa la mano por los rizos oscuros y se los aparta de su bonita frente.

—Eres una buena tía, Iz —suspira. Soy su amiga, su «colega», su «camarada», más como una lata de comida para perro que un miembro del sexo femenino, y sin duda no el objeto de su deseo. Demasiados años vagando tras él por las calles de árboles, como una mascota grande y fiel, me han privado de cualquier atributo femenino a sus ojos.

Vuelvo a caer en una irregular siesta matutina, es fin de semana y ni siquiera mi cumpleaños basta para sacarme de la cama. Las oportunidades de dormir son

demasiado escasas. Somos durmientes inquietos, aquí en Arden, todos oímos cómo los gritos de las lechuzas y los aullidos de los perros saludan como vigilantes nocturnos.

—¿Aún no estás durmiendo? —pregunta un desastrado Gordon con su sonrisa triste cuando nos— tropezamos en la escalera en mitad de la noche.

—¿Todavía levantada? —pregunta Vinny (irritable, con redecilla del pelo y bata).

Cuando me despierto, el cielo ya no está inmóvil, nubes deshilachadas y blancas hacen carreras al otro lado de la ventana, y el viento martillea el cristal. ¿Me sucederá algo el día de mi cumpleaños? (Aparte de pincharme con un huso). Salgo a rastras de la cama, de mala gana.

Claro, podría haber pasado el fin de semana con Eunice.

—¿Qué te parecería —pregunta con entusiasmo— venir de acampada con nosotros a Cleethorpes? Sería un modo divertido de pasar tu cumpleaños.

La entusiasta Eunice es la última persona que habría escogido jamás como amiga, pero ya se sabe que uno no escoge a sus amigos, te escogen ellos. Eunice llegó a la escuela secundaria el primer día y se pegó a mí como una lapa, y ha seguido aferrada con fuerza desde entonces, aunque está claro que no tenemos nada en común y que paso una cantidad de tiempo considerable intentando deshacerme de ella. Creo que las cosas son así solo porque se dio el caso de que yo fui la primera persona que vio cuando cruzó las puertas del colegio. («¿Como si estuviera hechizada o algo?», medita Audrey). Pero Eunice no es la clase de persona a la que afectan los encantamientos, demasiado sensata para eso.

Es muy sencilla: calcetines blancos hasta la rodilla, el pelo con la raya al lado y sujeto con pasador, pesadas gafas con montura negra. No ha cambiado de aspecto en los últimos cinco años, excepto que ha dejado de ser plana de pecho y que tiene pelos negros en las pantorrillas, como si alguien se hubiera arrancado un montón de arañas de las piernas y las hubiera pegado a las de Eunice. Es una chica sin sentido del humor que lleva una vida de lo más ordenada: de esas que preparan la ropa para el día siguiente antes de irse a la cama y hacen los deberes en cuanto llegan del colegio. Mi forma de organizarme, por otra parte, es irme a la cama con el uniforme puesto.

Eunice sabe de todo y nunca deja que lo olvides. No se puede pasar por delante de un buzón o un gato en la calle sin que Eunice te explique cómo se inventaron los sellos de correos o la evolución del tigre al gato. *Click, click, click*, hace el cerebro de Eunice. Está constituido de un modo especial. Mientras que mi cerebro, por ejemplo, es un hervidero de arte, poesía y sentimientos abrumadores, y uno podría bucear en el batiburrillo de mi mente y salir tanto con *Idilios del Rey* como con el hundimiento del *Titanic* o la muerte de Old Yeller, el cerebro de Eunice está modelado como una biblioteca de consulta, contiene un montón de datos innecesarios, un sistema de devolución clínico y una mesa de consulta que no calla. *Click, click, click*.

Es capitana de las Exploradoras, lleva tantas insignias que no se le ve el uniforme, da clases en la escuela dominical, canta en el coro del colegio, juega de portera en el

equipo de *jockey*, es la campeona de ajedrez de la escuela y le gusta hacer punto. Planea ser científica, tener dos hijos, un niño y una niña (seguramente los tejerá), y un marido muy formal con un trabajo bien pagado.

Su madre, la señora Primrose, siempre dice: «¡Oh, has traído a tus amigas a casa, Eunice!», en todas las ocasiones, sorprendida de que Eunice sea capaz de hacer amigos. Los Primrose viven en Laurel Bank, demasiado cerca como para tener paz.

Primrose, todos coincidimos, es un nombre muy bonito, y es una verdadera lástima que vaya junto con «Eunice»; bien podrían haberla llamado Lily, o Rose, o Jasmine, o incluso... Primrose.

Esta observación va dirigida a Charles, mientras tomamos una comida de cumpleaños de macarrones con queso, en un intento por interesarlo en Eunice como una chica en lugar de en su encarnación anterior como muermo, según el principio de que dos inadaptados se entienden entre ellos.

—Daisy —añade el señor Arroce, sin que nadie le haya preguntado—, Iris, Ivy, Cherry... una vez conocí una chica llamada Cherry —dice resoplando—. No estaba mal... Poppy, Marigold, Pansy... (el señor Arroce es la persona más aburrida sobre la faz de la tierra)... Hyacinth, Heather...

—Tojo, frankfurt, brastwurt —le interrumpe Vinny con impaciencia.

—Violet —dice Charles soñador—, es un nombre muy bonito.

El señor Primrose, el padre de Eunice, es actuario de día, actor por la noche (su broma). Dirige un grupo de teatro *amateur* —«la compañía de Lythe»— y para ilustrar sus tendencias artísticas lleva pajarita en el trabajo y corbata en casa. Me he resistido a las zalamerías con que intenta camelarme para que me una a «la compañía», pues son una panda de inútiles que provocan risas incluso cuando representan una tragedia. Sobre todo cuando representan una tragedia. Hace poco han convencido a Debbie de que se una a ellos, pero de momento no la han dejado salir a escena. Incluso el señor Primrose, por lo que parece, tiene sus principios.

En sus buenos tiempos, el señor Primrose interpretó a una *Lady* Bracknell bastante convincente.

—Oh, siempre está ensayando ese tipo de cosas —dice Eunice—. El otro día le encontré con el *negligé* de mamá puesto.

Me pregunto si eso es normal. Pero claro, ¿qué es normal? La familia de Carmen no, está claro; los McDades tienden a una violencia gratuita tal que incluso el contacto más amistoso con ellos te puede dejar malparado: un cachete en la oreja, un puñetazo en el estómago.

—Sí —dice Carmen, haciendo restallar el chicle como un látigo—, no resulta agradable, ¿verdad?

Carmen es delgada como una tenía y su piel, amarillo ceroso, es casi transparente; se le ven las venas, tan azules como si fuera un diagrama biológico humano. Los pies son lo peor: escuálidos y planos, con los dedos aplastados y demasiado grandes para el resto del cuerpo, las venas enmarañadas como enlaces del ferrocarril. Si tiene los

pies así a los dieciséis, ¿cómo serán cuando se haga vieja? Pero la verdad es que ahora ya es vieja.

Carmen dejó la escuela a la primera ocasión y ya está prometida a un chico cuadradote que ostenta el increíble nombre de Cosque y que podría pasar fácilmente por uno de sus hermanos. Ya tiene proyectado el futuro: la boda, los hijos, la casa, el largo camino hasta la vejez.

—No es muy romántico, ¿eh? —opino, pero ella me mira como si estuviera hablando otra lengua, una que no conoce. Carmen trabaja en el mostrador de queso de British Home Stores, lo que me obliga a pasar un montón de tiempo deambulando por la tienda con aspecto de necesitar media libra de cheddar amarillo.

En realidad, el trabajo no está mal, no creo que me importase trabajar en un mostrador de queso. Tendría la mente libre para hacer lo que quisiese; lo cual no es ninguna maravilla, ya lo sé, pero me gusta pensar a mi aire, estoy acostumbrada. Aunque, por supuesto, al final resultaría todo lo contrario y lejos de ser libre para vagar por los espacios vacíos de mi mente, es probable que acabase sin poder pensar en nada más que en queso. Carmen confirma esta sospecha: «Leicester rojo» en particular, comenta cuando le pido que especifique.

Y la pobre Audrey, tan callada, siempre intentando pasar desapercibida, con tanto miedo a la amenazadora presencia de su padre que a veces tienes que mirar dos veces para asegurarte de que sigue allí. Quizá la gente desaparezca así; no de repente, como en el mundo inexplicable de Charles, donde una mano invisible arranca misteriosamente a la gente de sus vidas, sino poco a poco, día a día, borrándose a sí mismos.

Con cuerpo de elfo y cabello de ángel, Audrey es insustancial, apenas parte del mundo físico.

—Come algo, Audrey, por favor —apremia la señora Baxter constantemente. A veces incluso la sigue por la habitación con un plato y una cuchara como si esperara pillarla con la aboca abierta en un descuido y embucharle la comida a toda prisa mientras está desprevenida. Un día casi creí que la señora Baxter iba a regurgitar una bolita de comida para metérsela a Audrey en el pico. Audrey lleva pachucha varias semanas. Ha pillado un virus que no consigue quitarse de encima y gandulea por Sithean con expresión batida, envuelta en grandes chaquetas y anchos jerseys. —¿Qué le pasa a Audrey?— no para de gruñir el señor Baxter, como si hubiera enfermado solo para fastidiarlo. Todas somos deformes en algún sentido, por dentro o por fuera. La tía de Carmen, Wanda, trabaja en una fábrica de chocolate y proporciona a los McDade infinitas bolsas de dulces deformes, rechazadas en el control de calidad. Chokolatinas rellenas de menta con la geometría incorrecta, romboidales en lugar de cuadradas; galletas rellenas que han nacido trillizas en lugar de gemelas y pastillas de menta que han perdido el agujero. Siempre que pienso en nosotras —Carmen, Audrey, Eunice o yo misma— me acuerdo de los dulces deformes de Wanda, cuerpos de chicas rechazados en el control de calidad.

¿Por qué no tengo amigas de belleza nórdica, altas, rubias y normales? Amigas como Hilary Walsh. Hilary es la número uno del instituto de Glebelands, como lo fue su hermana, Dorothy, antes que ella. Dorothy va ahora a la universidad de Glebelands (fundada por Eduardo VI, una de las universidades más antiguas del país). Hilary y Dorothy son dos chicas rubias e inteligentes que parecen recién salidas de una lechería suiza. Seguro que ellas no desaparecen. Los Walsh viven en una gran casa georgiana, en la ciudad. El señor Walsh es dueño de una empresa y la señora Walsh juez de paz.

Hilary y Dorothy tienen un hermano mayor, Graham, que también estudia en la universidad de Glebelands. Graham no comparte las cualidades arias de sus hermanas. Es más pequeño, más delgado, más oscuro que sus hermanas, como si el señor y la señora Walsh lo hubieran tenido de prácticas.

Chicos de buen ver, estudiantes de derecho y odontología que parecen miembros de las juventudes hitlerianas, rondan a Hilary y Dorothy como avispa alrededor de un tarro de mermelada, ansiosos por estudiar su perfección biológica. Mis oportunidades de parecerme en algo a ellas son nulas. A su lado, soy un deshollinador, una mendiga de piel oscura.

—Caray Isobel, qué pelo tan negro tienes —observa Hilary un día (lo raro es que me hable), pasándose un dedo por su mejilla de porcelana («Rosa Inglesa») —, ¡y qué ojos tan oscuros! ¿Tus padres eran extranjeros?

La cuadra del caballo blanco de Hilary está en la granja que hay pasado Hawthorn Close, y a veces la veo cabalgando por el campo de los alrededores del Gran Roble. A primera hora de la mañana, entre la neblina, se la podría tomar fácilmente por un centauro, mitad caballo, mitad chica.

Ahora la veo galopar en círculos lentos y amplios alrededor del Gran Roble. Las ramas están cubiertas de brotes, como pequeñas joyas verdes. Para los druidas, el árbol era el nexo entre el cielo y la tierra. ¿Qué pasaría si trepase al Gran Roble? ¿Llegaría al cielo o solo hasta un gigante normal y corriente que grita *Fi-fa-fo-fum* mientras intenta encontrarme?

—Tonta de abril —dice Debbie (con poco sentido) al alargarme un paquete envuelto de regalo por encima de la mesa y, estropeándome la sorpresa, dice—: Una chaquetita de Marks and Sparks.

Si yo soy una tonta por haber nacido el uno de abril, el día de los inocentes, Charles, nacido el uno de marzo, será la liebre de marzo loca.

—Gracias —musito no muy agradecida. Había pedido un perro.

—Pero ya tenemos un perro —gimotea Debbie, señalando a su «Gigi»— un caniche como de juguete, color albaricoque, con pinta de acabar de salir de un sandwichera, un animal en cuya evolución ningún lobo admitiría haber participado. El señor Arroce, útil por una vez, ha intentado asesinar a Gigi en numerosas ocasiones, asfixiándolo, estrangulándolo, estirándolo, pero por desgracia nada ha funcionado. (¿Con qué comercia el señor Arroce? Zapatos. Charles consideraba eso

un chiste de lo más gracioso).

—Por el amor de Dios —dice Vinny, mientras Debbie le retira los restos aguados de los macarrones con queso en sus mismas narices. Vinny le arrebató el plato.

—Ni siquiera te los estás comiendo —protesta Debbie.

—¿Y? —escupe Vinny. (Vinny sería una buena adolescente)—. Ni un perro se tragaría esta bazofia.

Debbie es una cocinera espantosa, resulta difícil de creer que haya completado su año de estudios en Nueva Zelanda para profesora de ciencias domésticas. ¿Cuál sería la comida de cumpleaños perfecta? Cisne asado y pechuga de avefría, yemas de espárragos y alcachofas. Y postres, postres en forma de castillos, decorados sin orden ni concierto, adornados con guindas al marrasquino y cubiertos de elaborados dibujos hechos con nata batida. Aunque, la verdad, no me comería un avefría. Ni un cisne, ya puestos.

Contra todos los pronósticos, Debbie se aferra al rígido estereotipo de vida familiar que se trajo consigo cuatro años atrás, aquel que unas personas llamadas «mamá y papá» le cedieron grabado en tablas de piedra. «Papá» era bedel de un colegio y «mamá» ama de casa, y la familia al completo emigró cuando Debbie tenía diez años. El estereotipo manda poner orden en un mundo desordenado, lo que lleva a cabo mediante febriles tareas domésticas.

—Que alguien le quite la llave de la espalda —suspira Vinny hastiada. Creo que pronto encontraremos a Debbie en el suelo sacando lentejas de entre las cenizas.

Arden la tiene esclavizada.

—Esta casa —se queja a Gordon— tiene vida propia.

—Es posible —suspira Gordon.

La casa parece conspirar contra ella: si compra cortinas nuevas, aparece de inmediato una plaga de polillas, si pone a lavar la ropa blanca, la lavadora se inunda. Las baldosas de la cocina se agrietan y se caen, las cañerías del calentador central nuevo gimen y detonan por la noche como espíritus. Si limpia una habitación entera, las partículas de polvo abandonan sus escondrijos en cuanto se marcha y se reagrupan en todas las superficies, lanzando risillas por detrás de sus pequeñas manos. (Debemos imaginar aquellas cosas que no vemos). El polvo, en Arden, no es polvo en realidad, sino el talco de los muertos, un frágil compuesto que aguarda ser reconstituido.

Intenta cultivar verduras en el jardín, pero en lugar de eso produce zanahorias que parecen mandrágoras y patatas verdes. Moscas verdes y negras se apiñan en el aire como langostas, las habichuelas están subdesarrolladas, las calabazas salen amarillas, las vainas de guisantes están vacías, el césped tan ralo como un campo devastado. Al otro lado de la valla, en la puerta de al lado, las abejas zumban en el jardín de la señora Baxter, repleto de flores, judías que rozan las nubes y coliflores cuyas cabezas blancas son grandes como árboles.

Pobre Debbie, sometida a la maldición Fairfax que decreta que nada irá bien en

ningún caso o —para ser más exactos— que todo irá mal justo cuando parezca que debería ir bien.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo —ladra Debbie a Vinny cuando esta cuestiona la necesidad de levantarse de la mesa para que Debbie pueda limpiarla—, y está claro que no vas a ser tú.

—Desde luego que no, maldita sea —dice Vinny, negándose a moverse, así que a Debbie le toca limpiar a su alrededor mientras ella chupetea un cigarrillo, mostrando su dentadura color azafrán. Fumadora empedernida desde siempre (Vinny tiene el color ahumado de la nicotina), últimamente le ha dado por liar los cigarrillos y, allá donde va, deja hebras de Golden Virginia a su paso. «¡Es asqueroso!», exclama Debbie cada vez que tropieza con una de las colillas de Vinny, exprimida hasta las últimas.

—¡Es asqueroso! —exclama Debbie cuando Vinny espolvorea en los macarrones con queso un aderezo de tabaco.

—Asqueroso es el que como tal se comporta —murmura Vinny enigmáticamente.

—Vamos, vamos —dice Gordon, siempre tratando de tener la fiesta en paz. Sin conseguirlo. Pobre Gordon. Carga a sus espaldas la pérdida de la fortuna familiar.

—De todas formas, nunca quise ser tendero —dice, pero ¿quería ser un simple chupatintas en el departamento de urbanismo de la Glebelands Corporation?

—Las cosas no te pueden ir mal trabajando para la administración local —lo animó Debbie mostrando su aprobación—, plan de jubilación, vacaciones pagadas y posibilidades de promoción. Como papá. («¿Promocionan a los bedeles?», se extrañó Charles).

¿Qué hizo Gordon cuando estaba en Nueva Zelanda? Parece melancólico y sonrío abatido:

—Criar ovejas.

Lo único que Debbie le pide a la vida es aquello que no puede tener. Un niño. Por lo visto, es estéril («¡Infecunda!», se alegra Vinny).

—Algo anda mal en los túneles —explica Debbie (en términos menos bíblicos) a todos y cada uno—, un problema femenino.

¡Túneles! Pienso en Debbie como un gran mapa del metro; en lugar de nervios, venas y arterias quizá tiene la línea azul, la roja y la amarilla.

—Es la maldición de los Fairfax —le dice Charles alegremente.

Para compensar por no quedarse embarazada, a Debbie se la ve cada vez más gorda. Es como un cojín grande e hinchado con patas. La alianza se le clava en el dedo y le ha crecido una cascada de pequeños mentones. Su incapacidad de engendrar contrasta enormemente con el imperio de los gatos en Arden (Vinny es la reina), que aumenta en progresión geométrica.

Elemanzer, una de las cohortes femeninas de Vinny, enreda con juguetona malevolencia entre los tobillos del señor Arroce, bajo la mesa. Él le propina un rápido puntapié y me lanza una mirada lasciva:

—Los dulces dieciséis, ¿eh?

Y mientras, se limpia macarrones con queso de los labios grasientos. El señor Arroce, el huésped que no se va, últimamente parece haber hecho cierta amistad con Vinny —comparten una copa de Madeira y una partida de cartas cada viernes por la tarde.

—No estarán manteniendo relaciones, ¿verdad? —susurra Debbie a Gordon, horrorizada, y Gordon se muere de risa:

—Cuando el tiempo corra hacia atrás.

Al señor Arroce se le escapa un grito cuando el gato le araña la pierna como venganza, pero lo ahoga con la servilleta para no tener problemas con Vinny.

—Te estoy haciendo un pastel de cumpleaños —dice Debbie, y, procedente del horno, se oye algo que burbujea monstruosamente, fuera de control. La cocina, para Debbie, es el lugar más maligno de la casa, de aquí procede el principio de la teoría del caos— una cucharilla que cae a un extremo de la cocina puede prender fuego al horno o hacer que se derribe todo lo que hay en los estantes de la despensa, al otro extremo.

—Maravilloso —digo, y me largo pitando a Sithean, con el aroma de la tristeza a mis espaldas. En el jardín trasero me cruzo con Gordon. Contempla el gran árbol centenario que empieza a crecer demasiado cerca de la casa. Hoy en día, cuando miras por la ventana del comedor solo ves el árbol. Martillea la ventana agitando las hojas con insistencia, como si te suplicase que lo dejaras entrar. Gordon empuña un hacha enorme y vieja con expresión de leñador-filósofo.

—Habrá que cortarlo —dice con tristeza. Debería llevar cuidado, las brujas han aprendido a disfrazarse de árboles centenarios.

Un olor más agradable que el del pastel de cumpleaños me recibe en Sithean.

—Mermelada —dice la señora Baxter, sacando espuma color miel del azucarado puré que burbujea en la gran cazuela de cobre. La mermelada es del color del ámbar oscuro y de los leones derretidos—. Lo último de los Seville —dice con tristeza, como si los Seville fueran una familia de la alta aristocracia venida a menos—. Remueve un poquillo la cazuela —me apremia la señora Baxter al tiempo que me tiende una cuchara de madera de mango largo—, y pide un deseo. Venga, pide un deseo, pide un deseo —dice como un hada madrina enloquecida.

—¿Lo que quiera?

—Lo que te apetezca.

(Y pido, como es natural, hacerlo con Malcolm Lovat).

—Podrías hacer una fiesta —dice la señora Baxter—, o jugar a algo.

La señora Baxter, si pudiera, nos tendría todo el día jugando a algo. Tiene un libro —*Entretenimientos caseros* (del que está muy orgullosa)—, reliquia de una infancia feliz vivida tiempo atrás, un libro que proporciona un juego para cada ocasión.

—Juegos de interior —dice, asintiendo contenta mientras remueve la mermelada —, quizá «la fiesta del primero de abril». «La fiesta del primero de abril —lee en el libro—, a menudo resulta de lo más entretenido, pues a todo el mundo le encantan las inocentadas. Sin embargo, debes asegurarte de que los invitados se lleven bien y escogerlos con cuidado».

Me parece un buen consejo.

Audrey está sentada, encorvada sobre la mesa, escribiendo etiquetas metódicamente con su pulcra caligrafía —*Mermelada - Abril'60*. Sus rizos rubio dorado se le disparan alrededor de la raya como un fino halo. Alza la vista y esboza su encantadora sonrisa de rodaja de melón, siempre sorprendente, como un sol asomando por detrás de una nube sombría.

La señora Baxter vierte la mermelada caliente, como una gran ducha dorada, en brillantes tarros de cristal. Es una hormiguita, tiene la despensa llena de mermeladas, jaleas y quesos de todas clases: jalea de manzana y queso de ciruela, fresas en conserva, jarabe de escaramujo y licor de endrinas.

Cuando el mundo haya entrado en un invierno eterno, los panales estén guardados en hielo y las cañas de azúcar marchitas, al menos quedará la mermelada de la señora Baxter para animarnos.

Me vuelvo a casa de nuevo, con un tarro de mermelada aún caliente. (—Mermelada, mermelada, mermelada— se queja la gruñona Vinny— ¿no sabe hacer otra cosa?).

—¿Se cree que no soy capaz de hacer mermelada? —dice Debbie con desprecio al recibir otro tarro, (pero nadie come la mermelada maldita de Debbie porque tan pronto como la hace empiezan a aparecer en la superficie manchas verdes, como si fuera un queso lunar).

Vuelvo a salir para cerrar la puerta del jardín de la señora Baxter y cuando me doy la vuelta de nuevo hacia casa... sucede lo más extraordinario que os podáis imaginar: todas las cosas que me son familiares se han esfumado. En lugar de hallarme sobre el asfalto, estoy en un campo. Las calles, las casas, las ordenadas hileras de árboles han desaparecido. Solo el Gran Roble y la iglesia siguen allí — alrededor de los cuales se apiñan viejas casas de campo. Es el mismo lugar, pero no lo es. ¿Cómo es posible?

Sé, gracias a los estudios de Charles sobre lo paranormal, que es bastante frecuente desaparecer de súbito al cruzar un campo. Quizá sea eso lo que me acaba de suceder. De repente me mareo, como si el planeta empezase a girar a toda velocidad, y me invade un deseo abrumador de tenderme en el suelo y agarrarme a la hierba para no salir despedida. O la otra posibilidad, claro: que la tierra me engulla a través de la hierba y nadie me vea el pelo en siete años.

Me alivia ver una figura que avanza hacia mí: un hombre que lleva un abrigo ribeteado de astracán y un bombín. Su aspecto es extraño pero inofensivo, sin duda no parece un extraterrestre a punto de abducirme. En lugar de eso se toca el sombrero

mientras se acerca y me pregunta educadamente si me encuentro bien. En la mano lleva hojas de papel —mapas y planos— y los blande en mi dirección con entusiasmo.

—Va a ser un año maravilloso —dice—. Un *annus mirabilis*, como dicen esos tipos que se llaman educados. Justo aquí —ruge, plantando los pies firmemente en la hierba lodosa, donde hace un momento crecía el gran seto de espino de Arden—, justo aquí voy a construir una casa excelente —y se ríe a carcajadas como si acabara de hacer un chiste graciosísimo.

Encuentro la voz, que había perdido durante algunos minutos.

—¿Y en qué año estamos exactamente, por favor?

Parece sorprendido.

—¿Año? Bueno, 1918, por supuesto. ¿En qué año crees que estamos? Y pronto —continúa—, habrá casas. Mires adonde mires, habrá casas, jovencita. —Y sigue andando, sin parar de reír, hacia la iglesia de Lythe, salta un muro y desaparece.

Entonces descubro que vuelvo a tener los pies en el asfalto y que los árboles y las casas han vuelto a su lugar.

Estoy loca, pienso. Estoy loca luego pienso. Estoy loca luego pienso que existo. Dios me ampare, como diría la señora Baxter.

—Increíble —dice Charles con envidia cuando se lo cuento—. Debe de haber sido una torsión temporal.

Lo dice como si fuese un suceso normal y corriente, como una excursión a la playa. Se pasa el resto de la tarde interrogándome sobre los detalles de ese otro mundo.

—¿Has notado algún olor? ¿A huevos podridos? ¿Estática? ¿Ozono?

No he notado ninguna de esas cosas asquerosas, le respondo malhumorada, solo el aroma de la hierba y el olor agrídulce del espino.

Quizá haya sido una especie de inocentada de abril cósmica. Solo tengo dieciséis años y aquí estoy, rezumando locura como un colador.

¿Cómo voy a celebrar mi cumpleaños? En un mundo perfecto (la imaginación) lo celebraría en los páramos, en lo alto de Glebelands, con el viento azotándome la falda y los cabellos, enfrascada en un apasionado encuentro con Malcolm Lovat, pero por desgracia no parece comprender que estamos hechos el uno para el otro, que en los orígenes del mundo éramos una sola persona, que ahora somos una manzana partida en dos, que mi dieciséis cumpleaños sería la ocasión perfecta para reunir nuestra carne y concedernos goces intensos.

—Bueno, en la Vieja Fonda del Sol hacen un buen té —sugiere Debbie— y unas copas de helado deliciosas.

(*El pub más antiguo de Glebelands - Especializado en bodas y bautizos. ¡Pruebe nuestras meriendas de jamón!*).

Aún presa de una sensación surreal por mi encuentro con el arquitecto, opto en su lugar por The Five Pennies y me siento a tomar pescado con patatas con Audrey y la inevitable Eunice que, por desgracia, al final no ha ido a Cleethorpes. Y no olvidemos a mi amiga invisible, el aroma de la tristeza.

De camino a casa, incluso Eunice enmudece ante la vista que nos recibe cuando torcemos por Hawthorn Close. De repente, sin previo aviso, la luna sale por detrás del tejado de casa de Audrey.

No es una luna llena, no es la luna normal, sino un enorme disco blanco como una sartén inmensa, casi una luna de dibujos animados, con la geografía lunar —mares y montañas— de un gris luminiscente. Sus immaculados rayos iluminan las calles de árboles con una luz mucho más benigna que la de las farolas. Detenemos la marcha, mitad encantadas, mitad horrorizadas por esa luna mágica.

¿Qué le ha pasado a la luna? ¿Es su órbita más cercana a la Tierra esta noche? Siento la gravedad de la luna atraer la marea de mi sangre. Debe de tratarse de algún tipo de milagro, quizá... una alteración de las leyes físicas. Me alivia que haya alguien compartiendo esta locura conmigo. Audrey se agarra a mi brazo tan fuerte que me pellizca la piel a través de la tela del abrigo.

Un instante más y estaremos corriendo por los bosques, arcos y flechas en mano, los perros siguiendo nuestros pasos, convertidas en Dianas. Pero entonces la sensata Eunice rompe el hechizo.

—Solo estamos experimentando la ilusión óptica de la luna; prueba el modo en que el cerebro es capaz de confundir los fenómenos físicos.

—¿Qué?

—La ilusión óptica de la luna —repite con paciencia—. Todos estos puntos de referencia —agita los brazos de un lado a otro como un científico loco—, antenas, chimeneas, tejados, árboles... nos dan una idea equivocada del tamaño y la proporción. Mirad —dice, se da la vuelta y se dobla de repente como una muñeca de trapo—, miradla entre las piernas.

—¿Lo veis? —dice Eunice triunfante cuando al fin obedecemos su absurda orden—. Ya no la veis grande, ¿verdad?

—No —asentimos tristemente—, ya no.

—Habíais perdido los puntos de referencia —continúa pedante, y Audrey me sorprende al decir:

—Calla Eunice.

Señalo con amabilidad el principio de la calle y digo:

—Tú vives allí, por si te has olvidado, Eunice.

Y nos alejamos rápidamente, sin acompañarla a su casa. La luna rueda en el cielo, empequeñeciéndose.

La luna, para mí, no tiene lógica. Eunice puede pasarse el día soltando datos lunares y seguirá sin tener lógica. No veo orden alguno en los viajes de la luna por el cielo: un día se asoma por un hueco del cielo detrás de Sithean, otro gira sobre los

bosques de Boscrambe y al siguiente está encima de mi hombro, siguiéndome todo el camino por Hawthorn Close. Crece y mengua con delirante osadía, un minuto es un fino recorte de uña, al siguiente una generosa rodaja de limón, después se hincha como una sandía. Demasiado para una regularidad periódica.

Tendida en la cama, miro la ventana llena de luna. Veo la luna y la luna me ve. Está allí, en lo alto, reducida a su tamaño normal, libre y sin ataduras a la Tierra. Una luna absolutamente normal —no una luna de sangre, no una luna azul. Una luna menguante con una luna creciente en brazos, una luna corriente de abril. Dios bendiga la luna. Y Dios me bendiga. A lo lejos, en alguna parte, un perro aúlla.

¿QUÉ PASA?

El verano ha empezado a extenderse por las calles de árboles, vistiéndolo todo de verde otra vez.

—¿No sería raro —dice Charles soñador— que un año el verano no llegase? ¿Un mundo de invierno eterno?

Me despierto de un desagradable sueño en el que estaba subiendo una colina para llenar un cubo de agua en el pozo que había en la cima. Como ya sabemos, los viajes a un pozo entrañan un gran peligro de ser secuestrado por los extraterrestres, así que mi yo dormido sentía un gran alivio al descubrir que seguía existiendo cuando alcanzaba la cumbre.

Descolgaba el cubo en el pozo, oía salpicar el agua y tiraba de él para subirlo. Notaba un peso en el fondo del cubo, había pescado algo en el agua. Boqueaba horrorizada ante la aparición pálida y exánime: había cogido una cabeza. La cabeza tenía los ojos cerrados y recordaba ligeramente al rostro muerto de Keats, pero de repente abría los párpados y empezaba a hablar, moviendo esos labios laxos con lentitud... Y yo reconocía la nariz romana, los rizos oscuros, las largas pestañas: era la cabeza de Malcolm Lovat. Parecía más la cabeza rota de una estatua que una cabeza cortada: la sección era limpia y uniforme, no había vasos sanguíneos ni nervios deshilachados flotando como tentáculos en el cubo.

La cabeza emitía un suspiro terrible y fijando en mí su mirada muerta suplicaba: «Ayúdame».

«¿Que te ayude?», decía yo. «¿Cómo?», pero la cuerda se me deslizaba de la mano y el cubo caía otra vez al interior del pozo con un estruendo. Observaba el fondo, y aún veía ese rostro pálido reluciendo en el agua, los ojos de nuevo cerrados y la palabra «ayúdame» resonando como murmullos del agua antes de desvanecerse.

¿Qué significa este sueño sobre Malcolm Lovat? ¿Y por qué solo su cabeza? ¿Porque era el cabecilla del instituto de Glebelands? (¿Los sueños son tan simples?). ¿Porque la noche pasada estaba leyendo *Isabella, o la maceta de albahaca*? Ya es bastante difícil mantener vivo un geranio en Arden, no quiero ni pensar cómo sería cultivar una cabeza. Imagínate los cuidados y atenciones que precisaría una cabeza: calor, luz, conversación, peinado, cepillado. El entretenimiento ideal para Debbie. Y la albahaca sería aún más difícil, dado el ambiente malsano de Arden.

Soy, lo sé, un caldero de hormonas adolescentes en ebullición y Malcolm Lovat es el objeto de mi deseo, ¿pero decapitación?

—Freud se pondría las botas con eso —dice la analítica Eunice—, cabezas, pozos... deseo reprimido, envidia del pene...

Resulta difícil de creer que alguien pueda envidiar un pene. No es que haya visto muchos, la verdad, aparte de las estatuas y un desagradable vistazo a las partes del

señor Arroce. Solo tengo la anatomía de Charles para guiarme, y hace mucho que no la veo en persona, por así decirlo.

—Estoy hablando metafóricamente —aclara Eunice.

¿No hablamos así todos?

Carmen, la única de nosotras que ha estudiado el tema en profundidad, nos informa de que lo más parecido que se le ocurre para describirlo es un pavo desplumado y sus menudillos, pero es que la actitud de Carmen hacia el sexo está envuelta de un aire de hastío tal que, en comparación, mirar cómo pasan los trenes parece terriblemente emocionante.

—Bueno, es una manera de gastar el tiempo —dice con indiferencia. (Si gastas el tiempo, ¿qué compras? «Menos tiempo», dice la señora Baxter abatida).

—¿Va bien? —pregunta Debbie (su saludo habitual) cuando al fin entro a trompicones en la cocina para ponerme un tazón de Frosties. Medita ante un mostrador lleno de carne como una carnicera preocupada— apretadas filas de chuletas de cerdo, salchichas anémicas, grandes filetes rebanados de los miembros de grandes mamíferos— una mesa llena de carne muerta color guisante.

—Hacemos una barbacoa esta noche —explica.

—¿Una barbacoa?

Suena como una invitación al desastre. Las celebraciones domésticas de Debbie están, por lo general, destinadas a terminar en fiasco y, a menudo, en humillación ritual y vergüenza pública. Hemos sido testigos de cómo todos sus «pequeños cócteles», «vino y quesos» y «cenas improvisadas» acababan en catástrofe. Pero Debbie no aprende, le hace ilusión pensar que está a punto de reintroducir la cocina al aire libre en las calles de árboles, donde nadie ha asado un filete directamente sobre las llamas al menos en cien años.

—Para los vecinos —dice optimista, escrutando una bandeja de pálidas y exangües salchichas—. Las pondré en bollos con *ketchup* —añade—. ¿Qué te parece?

Por mí, como si las vuelve a convertir en cerdo, pero musito algo alentador pues tiene una expresión febril, como si alguien le hubiera dado demasiada cuerda y fuera acelerada. Se pone a enjugar los filetes con un trapo, tiernamente, cual mejillas de niño ensangrentadas, y dice:

—Será divertido. Al menos será «algo».

(Aunque se podría decir lo mismo de un montón de cosas).

Devuelve la atención a las salchichas y se queda observándolas fijamente, después me mira y pregunta, en tono desconfiado:

—¿Crees que se han movido?

—¿Qué?

—Las salchichas.

—¿Si se han movido?

—Sí —dice, más dubitativa ahora—, pensaba que se habían movido.

—¿Movido?

—Da igual —dice en seguida.

Está claro por qué Gordon se preocupa por Debbie. Me lo ha dado a entender en numerosas ocasiones.

—Estoy un poco preocupado por Debs, parece un poco... bueno, ya sabes...

Creo que se refiere a que está loca.

Un grito procedente del vestíbulo, indicativo de que Vinny reclama atención, me libera de seguir discutiendo sobre las salchichas móviles.

Vinny se va al pedicuro. Apenas sale de casa y cuando lo hace lo considera un acontecimiento de cierta importancia. Pasa mucho tiempo anhelando echar un vistazo al mundo exterior y después, a la vuelta, dedica aún más a quejarse del mal estado en que se encuentra.

—Soy una sombra de mí misma —declara mientras se contempla en la neblinosa pátina del oxidado espejo del recibidor que Debbie renunció a limpiar mucho tiempo atrás. Vinny fue una sombra desde el principio, ahora es la sombra de una sombra. Sus huesos se han convertido en bruñido marfil amarillento, su piel en cuero. Cuero con venas como esmalte color lila imperial. En el dorso de las manos le crecen verrugas como líquenes. Su respiración es una sucesión de suspiros semejante a una gaita.

Saca una polvera del antiguo mausoleo que es su bolso y se frota enérgicamente las mejillas con unos polvos que parecen harina. Escrutando el resultado con atención, dice:

—Los sabañones me están matando.

Como si los tuviera en la cara y no en los pies. Va vestida para el mundo exterior: gabardina marrón y sombrero de fieltro gris curiosamente abollado, como una masa vieja y apaleada. El sombrero de Vinny lleva una incongruente pluma de faisán en lo alto que expresa un desenfado reñido con la mujer que va debajo. Toma el alfiler con cabeza de perlas y lo clava en el sombrero, aunque desde donde yo estoy —haraganeando junto al perchero— parece como si se lo hubiera clavado en la cabeza.

—No pongas esa cara —dice Vinny, atisbando mi rostro en el espejo—. Si cambia el viento te quedarás así.

Doblo la cabeza a un lado y hago una mueca de la que Charles se sentiría orgulloso.

—Pareces el jorobado de Notre Dame —dice Vinny—, solo que mucho más alta—. Y se deja caer rendida en la silla que hay junto a la mesa del teléfono—. Los sabañones me están matando —añade apesadumbrada.

—Ya lo has dicho.

—Bueno, pues lo vuelvo a decir.

Vinny se inclina con un crujido y se acaricia un zapato para aliviarse. Son nuevos, de cordones —zapatos de bruja, que el señor Arroce le ha regalado con una reverencia como «prueba de su estima».

—Tendré que ponerme algo más cómodo —dice Vinny—. Ve y tráeme las sandalias marrones, están debajo de la cama. Venga... ¿a qué esperas?

Tigres a mí. La habitación de Vinny huele a varias cosas: comedor de escuela, museos pequeños y criptas antiguas y frías. Nadie diría que en el exterior hace un cálido día de junio. La habitación de Vinny tiene su propio microclima. Una fina película de nicotina cubre todas las superficies. El poso de migas de galleta y ceniza de cigarrillo que cubre la raída alfombra cruje a mis pies. El armazón de cobre de la cama que, en otro tiempo, cobijó a mi bisabuela durmiente (Charlotte Fairfax, o «la viuda», como acabaron por llamarla) está cubierto con la ropa de Vinny —decadente ropa interior y gruesas medias remendadas, junto a la mayoría de sus faldas y vestidos, y eso que la habitación contiene un cavernoso armario lo bastante grande como para alojar otro país.

Con cuidado, levanto el desvaído cobertor de satén, solo Dios sabe lo que habita bajo la cama de Vinny. Una pelusa condensada —la muda de las pesadillas de Vinny— se eleva con la corriente. El día del juicio, cuando los muertos resuciten, el polvo, que es legión bajo el lecho de Vinny, saldrá de allí y se convertirá en una multitud. Montones de piel muerta, pero nada de zapatos, solo las raídas zapatillas de Vinny curiosamente colocadas en una perfecta quinta posición de *ballet*.

Echo un vistazo superficial a los detritos y escombros que constituyen los enseres de Vinny. Abro una de las pesadas puertas del armario, con mucho cuidado por si el armatoste se derriba y me aplasta. El armario de Vinny, antaño de «la viuda» es de lo más curioso. «Un compendio», anuncia una estilizada caligrafía de antes de la Primera Guerra Mundial. «Un compendio de señora», de hecho, porque antaño tenía pareja, «un compendio de caballero», perteneciente a mi abuelo, olvidado tiempo atrás —«mi abuelo ausente», como dice Vinny y, por el tono que emplea, cualquiera diría que va a volver de un momento a otro en lugar de llevar muerto un montón de años.

El armario de Vinny exhibe su sexo con descaro: estantes con etiquetas de «lencería», «chales», «guantes», «varios» y perchas especiales para «pieles», «trajes de noche», «vestidos de día».

A pesar de la cantidad de ropa que cuelga del armazón de la cama (aparte de toda la que hay tirada por el suelo), el armario contiene un bosque de prendas, ropa que nunca he visto lucir a Vinny. Hasta ahora, solo había inspeccionado por encima el alcanforado armario de Vinny, y se apodera de mí una extraña fascinación. No puedo evitar pasar un dedo por los viejos vestidos de crepé, que cuelgan flácidos y exánimes, acariciar los gastados vestidos de lana y los abrigos de pieles, prueba de una Vinny más elegante que la que ahora recorre la casa a paso de tortuga, vestida con un polvoriento sobretodo estampado y unas zapatillas de cremallera ribeteadas de piel. ¿Fue Vinny joven en otro tiempo? Resulta difícil de imaginar.

Un largo abrigo de pieles de algún animal indeterminado insiste en que lo acaricie y una esclavina se frota ilusionada contra la punta de mis dedos. La esclavina está

hecha de dos zorros muertos largo tiempo atrás, desconocidos en vida pero ahora unidos para siempre tan íntimamente como dos gemelos siameses. Sus carillas triangulares atisban el exterior desde las oscuras profundidades del armario, sus negros ojos de cuentas me contemplan esperanzados mientras que sus pequeños hocicos puntiagudos olisquean el aire estancado. (¿Cómo pasan el tiempo? ¿Soñando en bosques incólumes?). Los rescato y me los coloco sobre los hombros, donde se acomodan agradecidos, protegiéndome de las corrientes de aire que se arremolinan en la habitación como una tempestad en cierne.

Al fondo del armario hay una pila de cajas amontonadas: cajas de zapatos cual ataúdes de gato, grises y polvorientas, con rótulos a los lados en blanco y negro indicando los nombres de los zapatos («Claribel», «Dulcie», «Sonia») y cajas de sombreros, algunas de piel, otras de cartón. En las cajas de zapatos hay distintos tipos de calzado: un par de sandalias color crema, lo bastante resistentes para un verano inglés, un par de zapatos de piel con el empeine al descubierto, ansiosos por bailar el charlestón. Pero ni rastro de las errantes sandalias marrones.

Un grito quejumbroso procedente del pie de las escaleras indica que Vinny empieza a impacientarse. Justo entonces, entreveo un zapato solitario agazapado al fondo del armario, uno desparejado —pero, sin duda, no encaja con el estilo del Vinny, ni con el de «la viuda». Un zapato de ante marrón, de tacón alto, con una extraña pieza de piel pegada, enmarañada, como un trozo de gato muerto. El interior del zapato está manchado de óxido y un brillante de imitación reluce en la pequeña borla de piel muerta. El forro es oscuro y áspero y el fino tacón del zapato está torcido como un diente a punto de caer.

El olor a tristeza que me ha seguido a la habitación de Vinny se vuelve arrollador de repente, me envuelve como un manto húmedo y me mareo de pena.

Los chillidos de Vinny se hacen más altos, ¿tendrá que ir descalza al hospital? ¿Qué estoy haciendo ahí arriba? ¿Me he metido en el armario y he desaparecido?

A toda prisa, cojo el zapato, cierro la puerta del armario y, al darme la vuelta, veo las sandalias marrones de Vinny entre el caos que cubre el tocador, con las lengüetas en silencio. Vinny, por otra parte, ha alcanzado un punto crítico y si grita más fuerte explotará.

Charles huele el interior del zapato como un sabueso, se apoya el ante marrón contra la mejilla y cierra los ojos como un vidente.

—*Suyo* —concluye— no hay duda.

Vinny resulta de tan poca utilidad como de costumbre.

—Nunca lo había visto —dice con frialdad, pero cuando se lo he enseñado por primera vez ha retrocedido como si fuese hierro al rojo vivo.

—Ni se te ocurra volver a revolver entre mis cosas —me advierte, y se aleja a grandes zancadas.

Sabemos, en los huesos y en la sangre, que el zapato ha viajado por el tiempo y el espacio con objeto de comunicarnos algo. ¿Pero qué? Si encontráramos la pareja,

¿nos ayudaría a dar con la auténtica novia («¡le cabe!, ¡le cabe!») y la traería de dondequiera que esté?

—Por lo que sabemos, podría estar muerta, Charles.

Charles me mira como si quisiera atizarme con el zapato.

—¿Es que nunca piensas en *ella*?

Pero no pasa un solo día sin que piense en ella. Se pasea por mi interior, como un cuenco vacío. No hay nada con que llenarlo, solo preguntas sin respuesta. ¿Cuál era su color favorito? ¿Era golosa? ¿Bailaba bien? ¿Le daba miedo la muerte? ¿He heredado de ella alguna enfermedad? ¿Coseré una costura recta o jugaré una buena mano de *bridge* gracias a ella?

No tengo un modelo femenino para guiarme —aparte del que me proporcionan Vinny y Debbie, y nadie se atrevería a considerarlas un buen modelo. Hay cosas de las que no sé ni una palabra— el cuidado de la piel, escribir una carta de agradecimiento— porque ella nunca estuvo aquí para enseñarme. Y cosas más importantes: cómo ser una buena esposa, cómo ser una buena madre. Cómo ser una mujer. Ojalá no tuviera que inventarme a Eliza continuamente (pelo ala de cuervo, piel como la leche, labios rojo sangre).

—No, casi nunca —le miento a Charles con brusquedad—, fue hace demasiado tiempo. Tenemos que seguir con nuestras vidas, sabes.

(¿Pero hacia dónde?).

Quizá esté volviendo partícula a partícula —una vaharada de perfume, una polvera, un zapato. Tal vez pronto encontremos uñas y cabello, y después empiecen a aparecer extremidades enteras y podamos armar de nuevo a nuestra madre-rompecabezas.

—¿De quién es este zapato? —pregunta Charles a Gordon, que está concentrado en la barbacoa, tratando de mantener el carbón encendido. Gordon se vuelve y adquiere un color extraño, como masa cruda.

—¿De dónde has sacado eso? —le dice a Charles con voz hueca, pero entonces Debbie se abre paso entre nosotros y dice:

—Vamos, Gordon, los invitados llegarán pronto y el carbón tiene que hacer brasas. ¿Qué pasa? Papá nunca tuvo ningún problema para encenderlo. ¿Qué es eso? —añade, señalando el zapato con la cabeza—. Tíralo, Charles, es antihigiénico.

El señor Arroce sale al jardín buscando algo para comer y cuando encuentra solo carne cruda vuelve a meterse en casa. El señor y la señora Baxter hacen una aparición experimental. Casi nunca se ve al señor Baxter en una reunión de vecinos. Arrastra una larga sombra, incluso cuando no está a la luz del sol.

El señor Baxter, hace poco, se ha cortado el pelo al cepillo, y se le encrespa con furia en el cuero cabelludo. La señora Baxter, por su parte, lleva el pelo ligeramente ondulado, del color de un mamífero pequeño y tímido. No hay nada estridente en la señora Baxter. Prefiere los colores neutros —ostra, crema, galleta y harina de avena — y a veces parece a punto de desvanecerse en su bonita y emperifollada sala con

relamidos visillos recogidos a ambos lados de las ventanas y delicada vitrina de teca. Mejor que Vinny, que arrastra sombras fúnebres como si se lamentara de algo en todo momento. De su vida, según Debbie, quien tiende más a los tonos pastel.

Ante la inesperada visión del señor Baxter, Charles dice:

—Vale, me marchó, voy al cine.

Y antes de que Debbie pueda decir: «¡Ah, no, tú no te vas!», desaparece. Pobre Charles, nunca encuentra a nadie que quiera acompañarle.

—Debería tener un perro —sugiere Carmen (los McDade tienen una jauría de perros, uno para cada ocasión) un perro iría con él a todas partes.

Pero Charles quiere alguien que se siente a su lado en la última fila del cine, alguien con quien quedar en los bares para beber café expreso y comer pastas de té, y aunque seguramente un perro sería muy capaz de llevar a cabo estas tareas, creo que es una chica, y no un can, lo que desea Charles.

(—Hum... —dice Carmen, frunciendo el ceño—, eso es un poco más difícil).

¿Por qué las chicas no quieren salir con Charles? ¿Por su extraño aspecto? ¿Por sus extrañas creencias y obsesiones? Sí. En una palabra.

La señora Baxter, no muy segura de la etiqueta a seguir en algo tan novedoso como una barbacoa, ha traído una gran fiambrra que ahora le ofrece a Debbie.

—Solo he preparado un poquillo de ensalada de col —dice con una sonrisa esperanzada—, pensé que podrías usarla.

—O hasta comerla —dice el señor Baxter con una carcajada sarcástica, y la señora Baxter se aturulla.

Más vecinos irrumpen en el jardín y la crispación de Debbie va en aumento al ver que el carbón no hace brasas. El grill de Debbie causa buena impresión a los vecinos —«¡ultramoderno!»— pero no se puede decir lo mismo de la comida cruda.

El señor y la señora Primrose llegan con Eunice y Richard, el poco agraciado hermano de Eunice. El señor Primrose y Debbie entablan una seria conversación acerca de la próxima obra de «La compañía de Lythe», *El sueño de una noche de verano*, que pondrán en escena («solo por el gusto de hacerlo», ríe el señor Primrose) la noche de san Juan en el campo del Gran Roble. ¿Por qué la noche de san Juan? ¿Por qué no la noche de san Juan?

—Qué más da —dice Debbie sin darle importancia.

Debbie tiene un papel al fin, de Helena, y no para de quejarse de la cantidad de palabras que le toca aprender, por no mencionar la dificultad de las mismas.

—En mi opinión, el tipo [se refiere a Shakespeare] podría haber hecho la historia mucho más corta, utiliza veinte palabras cuando bastaría con una, es absurdo. Palabras, palabras, palabras.

Yo no me molesto en discutir con ella, ni en explicarle que Shakespeare puede saltarse todas las reglas. («Es infrecuente», dice la señorita Hallam, la profesora de inglés, «que una chica de tu edad muestre tanto entusiasmo por el “bardo”»). ¡El «bardo»! Es como llamar a Eliza «nuestra mamá», rebajándolos al nivel de simples

mortales.

—Si alguien procedía de otro planeta —le digo a Charles— era Shakespeare.

¡Imagínate conocer a Shakespeare! ¿Pero qué le dirías? ¿Qué harías con él? No creo que pudieras llevarle de tiendas. (O quizá sí).

—Acostarte con él —dice Carmen, metiendo la lengua en un tubo de sidral de un modo algo obsceno.

—¿Acostarte con él? —le pregunto dubitativa.

—Bueno, por qué no —se encoge de hombros— si te vas a tomar la molestia de viajar en el tiempo...

Los variopintos y hambrientos invitados atacan la ensalada de col de la señora Baxter y la devoran estoicamente. Gordon distribuye una bandeja de chuletas, negras por fuera y de un vivo rosa Schiaparelli por dentro. La gente, educada, roe los bordes y el señor Baxter recuerda una cita urgente en otra parte.

—¿Esto es carne de caballo? —pregunta Vinny en voz alta.

—Supongo que no habrás invitado a los Lovat —le pregunto a Debbie esperanzada.

—¿A los qué?

—Los Lovat. De Laurel Bank. Él es tu ginecólogo.

Debbie se estremece horrorizada.

—¿Por qué iba a invitarlo? Estaría aquí, comiéndose un bistec y acordándose de cómo soy por dentro.

Un pensamiento inquietante. Pero sería un fuera de serie si se estuviera comiendo un bistec, pues nadie más lo ha logrado.

Enfrentado, como lo está, a tantos «problemas femeninos» (sobre todo problemas tan «femeninos» como los de Debbie y Vinny), uno casi siente lástima por el señor Lovat. Pero no es una persona demasiado simpática; un «pescado frío», en opinión de Debbie, «ni carne ni pescado», según Vinny, excepcional consenso de los dos bandos contendientes, al menos en lo que al pescado se refiere.

Debbie ha preparado un postre para la ocasión —un sofisticado mejunje — *Riz Imperial aux Peches*.

—¿Pudín de arroz frío? —Duda la señora Primrose—. ¿Con melocotón en almíbar?

El señor Arroce reaparece justo a tiempo para que Richard Primrose suelte una risilla, un espantoso ruido como *snarf-snarf* y diga:

—¡Señor Tapioca! ¡Señor Sémola!

Le digo que esa broma ya está muy vista, pero a Richard no le interesa nada de lo que «diga» una chica. El señor Arroce empieza a parecerse a un pudín, ahora que lo pienso, un rollo pesado y grasiento con la piel pastosa y ojos de pasa. Richard en cambio haría muy mal de pudín. Es un chico con gafas y granos, de la misma edad que Charles. Estudia ingeniería de caminos en la Escuela Superior Técnica de Glebelands. Richard y Charles tienen bastantes cosas en común: la cara de ambos

está marcada de acné y padecen similares sarpullidos rojos del afeitado. Ambos desprenden también un cierto olor a corteza de queso rancio, aunque es posible que todos los chicos compartan esta característica (excepto Malcolm Lovat, por supuesto), y ambos se encuadran en una categoría rarilla y marginal que los aleja tanto de las chicas como de sus colegas masculinos. A pesar de tantas coincidencias, se detestan mutuamente.

Sin embargo, hay ciertas cosas que no comparten. Charles, por ejemplo, es humano (aunque prefiere pensar lo contrario) pero en el caso de Richard no estaría tan segura. Quizá un experimento extraterrestre malogrado, la idea que un extraterrestre tiene de un ser humano, armado a partir de trozos sueltos, la creación de un Frankenstein marciano.

Físicamente, es todo lo contrario a Charles. Delgado y desgarbado como una parra, el cuerpo le cuelga de los grandes hombros-perchero como un traje demasiado grande. De mandíbula cuadrada, el perfil de su cara recuerda una cóncava luna menguante.

Richard no para de hacer furtivos intentos de establecer contacto físico conmigo, lanza de repente un pie o una mano subrepticios y trata de frotarlos en cualquier parte de mi cuerpo a su alcance.

—¡Vete a la mierda, Richard! —le digo, y me alejo ofendida.

—¿Y esto es...? —me pregunta la señora Baxter precavida, sosteniendo un trozo de carne chamuscada.

—¿Caniche? —sugiero esperanzada.

—Será mejor que me vaya a casa, querida —dice la señora Baxter a toda prisa—. Debería volver con Audrey. —Audrey sigue convaleciente—. Algún virus, una gripe de verano —dice la señora Baxter—, seguramente.

Cada vez que se refiere al «virus» de Audrey, me imagino a la pobre Audrey haciendo de anfitriona de una mariquita gigantesca o de un escarabajo iridiscente.

—¿Qué le pasa a Audrey? —pregunta Eunice, enfadada ante un misterio que el *click-click-clik* de su cerebro no es capaz de resolver.

Deambulo desconsolada por el jardín. El aroma de la tristeza me sigue los pasos. El perfume de abril no se ha disipado al calor de junio y sigue suspendido en el aire como una vibración apenas perceptible. ¿No se supone que los fantasmas gimen y farfullan? ¿Qué es? ¿Quién es? Noto sus ojos invisibles clavados en mí, quizá sea la manifestación de mi energía adolescente, un poltergeist misterioso. Si al menos fuera Malcolm Lovat quien me estuviera siguiendo a todas partes... Me gustaría ir a Carterhaugh, rasgarme las vestiduras, renunciar a mi virginidad y pasear por las indómitas playas de la pasión sexual.

—Te he visto esta mañana —dice Eunice, apareciendo a mi lado con una sangrienta mancha de *ketchup* en la cara—. Vaya barbacoa —dice alegremente—, yo me las habría arreglado mucho mejor.

—¿Dónde?

—¿Dónde qué?

—¿Dónde me has visto esta mañana?

—En Woolworths, junto al Pick 'n' Mix, no me has respondido cuando te he saludado con la mano.

Pero yo no estaba en Woolworths, junto al Pick 'n' Mix, ni en ninguna otra parte, estaba en la cama, soñando con la cabeza de Malcolm Lovat.

—Quizá fuese tu doble —Eunice se encoge de hombros—, tu *doppelgänger*.

¿Mi yo del mundo paralelo? Imagínate que doblases una esquina y te encontrases contigo mismo... ¡la de cosas que te preguntarías!

—¿Tú no tienes una sensación rara, Eunice?

—¿Rara?

—Sí, como si algo no acabara de ir bien...

Pero entonces la barbacoa empieza a arder, los cielos se abren en un intento por sofocar las llamas y la reunión social sufre una interrupción húmeda y negruzca.

Me acerco a visitar a Audrey para decirle que no se ha perdido gran cosa. La señora Baxter está sentada a la mesa de la cocina tejiendo algo tan delicado como una telaraña hecha de conchas y ¿campanas plateadas?

—Corazones.

—Es muy bonito —le digo, pasando el dedo por los níveos rebordes.

—Una mantilla, para el primer nieto de mi hermana —dice la señora Baxter—. ¿Recuerdas? Rhona, en Sudáfrica.

La señora Baxter siempre parece triste cuando se habla de niños, quizá porque ella ha perdido muchos.

—No importa —intento consolarla—, algún día usted será abuela, supongo.

Y Audrey, que está ante la cocina preparando un intemporal chocolate caliente de convalecencia, golpea accidentalmente el cazo de la leche y lo tira al suelo.

Cuando vuelvo de Sithean, veo que Charles también ha regresado y está sentado en una tumbona entre las ruinas de la barbacoa. El zapato recién descubierto ha regresado a las tinieblas. Tras un detallado interrogatorio, Vinny —cuyo lema para los trastos es «si no se mueve, quémalo» (y a veces si se mueve también)— confiesa haberlo asado en la barbacoa.

Arrastro otra tumbona al jardín y me uno a él a la luz del crepúsculo. Los grajos vuelven tarde a casa, agitando con furia sus alas de trapo hacia el Gran Roble, compitiendo con la noche, *caw-caw-caw*. Quizá tengan miedo a transformarse en algo si no llegan al árbol a tiempo, antes de que el sol, ahora suspendido tras el árbol como un platillo volante, se hunda en el horizonte. Quizá teman adoptar forma humana.

¿Cómo se sentirá un graznante grajo crepuscular que rasga la negrura de la noche? ¿Un pájaro negro que vuelta en lo alto, sobre las chimeneas y los tejados de pizarra de las calles de árboles? El último grajo, un rezagado, saluda con las alas desde lo alto. ¿Qué aspecto tenemos a vista de pájaro? ¿Desde las alturas? Bastante

insignificante, supongo.

—Transformarse —dice Charles soñador—, eso sería interesante, ¿verdad?

—¿Transformarse?

—En un animal o algo.

—¿Qué te gustaría ser, Charles?

Charles, aún dolido por la pérdida del zapato, se encoge de hombros con indiferencia y dice:

—Un perro, quizá. —Y después, al atisbar a Gigi que se acuclilla en medio del césped de un modo nada decoroso, se apresura a añadir—: Un perro de verdad.

—Quizá las personas puedan transformarse en réplicas de sí mismos —dice Charles tras una pausa—, y de ahí salen los *doppelgängers*.

—Oh, calla, Charles, me das dolor de cabeza —me impaciento. A veces, las ideas de Charles son demasiado complicadas como para tenerlas en consideración.

—¿Crees que los extraterrestres ya están aquí? —continúa implacable.

—¿Aquí? (¿En las calles de árboles? ¡Por el amor de Dios!).

—En la Tierra. Entre nosotros.

¿Lo habríamos advertido? Quizá no.

—¿Qué aspecto tienen...? ¿Pequeños y verdes?

—No... Idéntico al nuestro.

Solo porque te sientas marginado, le explico a Charles, no significa que seas un extraterrestre, pero él mira a otro lado, decepcionado.

Ya ha oscurecido bastante, la luna pálida y lejana, una moneda blanca arrojada a un cielo color tinta desleída. Han salido todas las estrellas, que envían sus indescifrables mensajes. Estrella roja, estrella blanca. Debbie sale al jardín y nos pregunta qué estamos haciendo aquí fuera, a oscuras, y Charles dice:

—Tomando un baño de estrellas.

En serio, cuanto antes haga autostop hacia su propio planeta, mejor.

Aunque me pesa todo, paso un buen rato tendida en la cama intentando dormir. ¿No sería curioso que Charles tuviera razón? ¿Que procediéramos de algún otro lugar, de lejos, de muy lejos y no lo supiésemos? Quizá en nuestro planeta de origen las cosas sean mucho mejor, como en el mundo paralelo. El planeta paralelo.

Aguardo el sonido de las chinas, como aguanieve desquiciado, en el cristal de la ventana. Deseo que me concedan, desearía que me concediesen el deseo que deseo esta noche: Malcolm Lovat a la luz de la luna trepando por la enredadera Virginia que va cubriendo Arden lentamente para entrar por la ventana de mi dormitorio. Nuestros cuerpos fundidos en uno. («¿Fundidos?», dice Carmen dubitativa, quien más que una chica parece un animal de dos espaldas).

Los gatos asesinan el sueño, los muros retumban con el ronroneo de los motores, *prut-prut-prut*, como si roncaran desde el olvido. Los otros ocupante de Arden duermen más silenciosamente. Oigo los sueños inquietos de Charles, cosmonautas en trajes plateados vadeando la nada espacial y cohetes de metal remachado aterrizando

en los cráteres polvorientos de la luna, como algo imaginado por Méliès. Los sueños de Vinny son menos audibles, el ruido de los goznes sin engrasar, y Gordon no sueña nada, pero los sueños infantiles de Debbie resuenan huecos por la casa; sueños como nubes de azúcar rosas y esponjosas, conejos y patos de peluche, peleles y cuerpecitos rollizos y mofletudos.

—¿Dónde está Charles? —pregunta Gordon cuando se cruza conmigo en las escaleras—. Parece como si se lo hubiera tragado la tierra.

Su comentario va acompañado de un incongruente tono alegre.

—¿Dónde está Charles? —me grita Debbie desde el comedor, donde limpia las cortinas con la boquilla del aspirador (parece un oso hormiguero). Son las nueve de la noche y la gente sensata está arrellanada frente al televisor. Como Vinny, que insulta a Hughie Green desde las profundidades de su sillón.

—Hay alguien en la puerta de atrás —me dice Vinny cuando me siento. Se inclina hacia delante y hurga el fuego con saña. Seguramente se imagina que está clavando el atizador en la cabeza del señor Arroce. El señor Arroce se ha ausentado sin dar explicaciones y Vinny, a quien se le ha metido en la cabeza que existe alguna clase de «entendimiento» entre ella y el señor Arroce, está muy, muy enfadada. Este entendimiento —o, mejor dicho, falta de entendimiento— ha surgido a raíz de un cumplido casual del señor Arroce, algo como que «Vinny sería la esposa perfecta». Tal vez se refiriese a la novia del monstruo de Frankenstein, pero sin duda no hablaba de sí mismo.

—Hay alguien en la puerta trasera —repite la novia del monstruo de Frankenstein irritada.

—Yo no he oído nada.

—Eso no significa que no haya nadie.

De mala gana, voy a investigar. Se oyen unos extraños arañazos y, cuando abro la puerta, un gimoteo esperanzado atrae mi mirada hacia un gran perro tumbado cual esfinge en el umbral. En cuanto establezco contacto visual con él, se incorpora de un salto y se lanza a su representación canina: la cabeza ladeada de un modo encantador, la pata en alto como saludo.

Es un perro grande y feo con el pelo color playa sucia. Un perro de oscuros orígenes genéticos, un toque de terrier, un remoto indicio de perro lobo, pero, por encima de todo, parece una versión ampliada del Vagabundo de *La dama y el vagabundo*. No lleva collar, ni chapa de identificación. Es la esencia de todo perro. Es Perro.

Sigue agitando su enorme pata en un determinado esfuerzo por entrar, así que me agacho, tomo la pata que me ofrece y miro sus ojos color chocolate. Hay algo en su expresión... los movimientos torpes... las grandes orejas... el pelo mal cortado...

—¿Charles? —pregunto por probar, y el perro aguza una oreja colgante y asiente con el rabo, entusiasmado.

Supongo que una buena hermana habría empezado por tejer una camisa de ortigas

y arrojarla sobre el cuerpo peludo para deshacer el encantamiento y devolverle la forma humana. Yo, en cambio, le doy un poco de comida de gato. Me lo agradece de un modo absurdo.

—Mira —le digo a Gordon cuando entra en la cocina.

—¿Has visto a Debs por alguna parte? —pregunta, rascándose la cabeza como Stan Laurel.

—No, pero mira... un perro, un pobre perro, perdido, sin hogar, hambriento, solo. ¿Nos lo podemos quedar?

Y Gordon, que tiene el aspecto de haber estado jugando a la «identidad perdida» de *Entretenimientos caseros*, dice distraído:

—Mm, si quieres.

Claro, ya sé que el perro en realidad no es Charles hechizado, y de todas formas este vuelve de dondequiera que estuviese a tiempo para tomarse unas tazas de cereales en polvo con Gordon. Ni Debbie ni Vinny dicen una palabra a Gordon cuando, al mismo tiempo, descubren al can usurpador terminando los restos de la cena en la cocina. Comerá cualquier cosa, se nota, incluso lo que prepara Debbie.

Con la llegada del calor y el perro, la colonia de pulgas en Arden parece a punto de conquistar el planeta, aparte de empujar a Debbie al borde del mismo.

—No sé cómo acabaremos con ellas —ríe la señora Baxter cuando una salta del perro a su bonito mantel blanco.

—Mucho ruido y pocas nueces —dice Vinny, capturando una con pericia y estrujando el cuerpecillo, semejante a una cuenta azabache, entre las uñas de los pulgares. Se oye un reventón casi imperceptible, ¡*crack!* (Me imagino que es la cabeza de Richard Primrose). En Arden, la vida en su expresión más ínfima se extiende hasta límites insospechados: pulgas, polvo, diminutas moscas de fruta. Y el mundo invisible, claro, está aún más atestado que el visible.

—¡Vitaminas! —dice Vinny—. ¿Quién las necesita?

—¿Todo el mundo? —mascullo.

—¡Moléculas! —dice Charles—. ¿Quién las entiende?

—¿Los científicos? —sugiero.

(El hecho de que no puedas ver algo no significa que sea irrelevante).

Vinny es tan escuálida y, seguramente, tiene la sangre tan fría que ninguna pulga se molesta en picarla nunca. Debbie, en cambio —rolliza, de sangre caliente y piel fina— es un banquete para ellas, un festín móvil.

Debbie culpa a los gatos (podrían hacer un musical con ese título), lo cual siempre constituye motivo de discusión entre las dos amas de Arden en conflicto.

(*Una palabra sobre los gatos*: No había gatos en Arden hasta la llegada de Vinny. Esta tenía antes su propio hogar, una deslucida casa adosada en Willow Road, pero tras la irreflexiva desaparición de nuestros padres tuvo que venirse a vivir con nosotros. Nunca nos lo ha perdonado. Se trajo consigo al primer gato, el fundador de la dinastía Arden —Grimalkin, una hembra gris y sedienta de sangre, que ha

engendrado una buena cantidad de gordos compañeros de chimenea).

Debbie no es la única a la que le desagradan los gatos. El señor Arroce no se priva de propinarles un puntapié de más cuando cree que nadie lo ve, sin darse cuenta, por lo que parece, de que Vinny tiene radar en los oídos y ojos pedunculados.

Consciente de la antipatía que le inspira al huésped, Elemanzer, la hija más joven y fiera de Grimalkin, hace todo lo posible por fastidiarlo, duerme en sus almohadas cuando está fuera y se tumba a esperarlo en las escaleras para hacerlo tropezar, e incluso ha llegado al punto de quedarse embarazada y dar a luz a su camada en el cajón de calcetines del señor Arroce.

Tuvimos juega para varios días solo de imaginar al señor Arroce rebuscando en su cajón a la difusa luz del amanecer con la idea de sacar un calcetín azul y gritando horrorizado al descubrir que sus calcetines han cobrado vida y se retuercen, húmedos y peludos, en su pequeño nido. Y un calcetín-gata de un gris plateado, muy, muy largo, hundiéndole sus furiosos dientes maternos en la mano.

Cuando llega el verano, uno de esos calcetines aullantes, un precioso gatito llamado Vinagar Tom, se ha esfumado y Vinny está obsesionada con la idea de que el señor Arroce ha tenido algo que ver con la desaparición.

Debbie y yo estamos de acuerdo en una cosa (y solo en una), detestamos al señor Arroce. Detestamos el modo en que come con la boca entreabierta y el modo en que rechina los dientes cuando ha terminado. Detestamos su silbido desafinado entre esos mismos dientes cuando no comen ni rechinan. Sobre todo, detestamos el modo en que, por la noche, esos mismos dientes nos sonrían desde el espejo del lavabo.

Me repugna tener que compartir el lavabo con él, no solo por los dientes sino por los molestos olores que deja tras de sí: a jabón de afeitar y brillantina, y el inconfundible (no vale la pena explayarse en el tema) olor a excremento masculino. Un par de veces, al cruzarme con él por la mañana, le he visto salir del lavabo con el batín abierto y algo inerte, como un hongo pálido, asomando de su cubil.

—Oops —dice el señor Arroce con una sonrisa lasciva.

—*Muerte de un viajante* —fantaseo inexorable con Charles.

—Hombres —rezonga Vinny con repulsión. (Vinny estuvo casada una vez, pero poco tiempo).

Por lo visto, los hombres pertenecen a una de estas categorías: están los padres débiles, los hermanos feos, los malvados villanos, los heroicos leñadores y, por supuesto, los príncipes azules, pero ninguna de ellas, por una cosa u otra, resulta del todo satisfactoria.

—¿Qué pasa? —Se impacienta Eunice mientras volvemos de la escuela a casa, sin Audrey, como de costumbre.

No lo sé, tengo ese extraño sentimiento, desconocido y familiar a la vez, una sensación efervescente y mareante, como si alguien hubiera dejado caer un Alka-Seltzer en mi torrente sanguíneo.

—Torrente sanguíneo —le murmuro a Eunice. Estamos tomando un atajo, para

ahorrar tiempo (¿pero dónde lo guardaremos?, ¿en el banco de la meteorología?), cruzando el puente que vadea el canal, y Eunice, alarmada, se asoma por la barandilla a las aguas turbias y lóbregas que corren por debajo.

—Quizá tengas un problema con los puentes —dice gravemente, más como Freud que como Brunel—. La gente que tiene miedo a cruzar los puentes padece...

Oh, no, ya estamos otra vez... Eunice ha desaparecido, hasta el puente se ha esfumado pero —por suerte— otro lo ha reemplazado, poco más que unas cuantas planchas de madera. El pasaje, Green Man's Ginnel, al que conduce el puente sigue allí pero la farola que domina la entrada ya no está, ni tampoco los almacenes que lo flanquean, ahora reemplazados por dos construcciones de madera de aspecto toscó. Entro cautelosa en el pasaje y salgo por el otro lado al mercado de Glebelands.

Sigue siendo el mercado, eso está claro —la cruz del mercado continúa en su sitio, en el centro de la plaza y La Vieja Fonda del Sol está al otro lado, pero ningún rótulo anuncia ya su nombre, solo un sol dibujado en un tablón de madera, no el de ahora, una cosa amarillo chillón, sino uno apagado, color oro viejo. Supongo que tampoco se llama ya La Vieja Fonda del Sol sino la Fonda del Sol, porque sin duda hemos regresado a los días en que era nueva; solo es un tugurio comparada con la de antes. Eso es. Por lo visto, hemos regresado al Viejo Glebelands, si creo lo que ven mis ojos.

Las carretillas de madera se arrastran por los adoquines, las pescaderas, con prendas de basto hilo al estilo del siglo XVI, anuncian a gritos sus mercancías. Dos tipos elegantes vestidos de terciopelo fanfarronean en una esquina y cuando me acerco a ellos me alcanza una vaharada rancia y pringosa. ¿Me mirarán y gritarán? ¿Me ven? ¿Me oyen?

Cuando sufrí la última torsión temporal (no decimos cosas así a menudo, gracias a Dios) el hombre con el que me crucé en el campo parecía capaz de comunicarse a la perfección, pero la mirada de este par me traspasa y, por mucho que grite y salte arriba y abajo, parece que soy invisible. Por supuesto, si las leyes de la física se han alterado, no hay razón para que las cosas no varíen de una experiencia a otra. El caos podría irrumpir en cualquier momento. Seguramente ya lo ha hecho.

Abro la puerta de la Vieja Fonda del Sol, o la Fonda del Sol, por qué no echar un vistazo a su antiguo aspecto. Al fin y al cabo, es la guarida de Carmen y mía (qué confundida estoy con los tiempos), hemos pasado más de una umbría hora agazapadas en la salita cuando deberíamos haber estado en clase de ciencias. Ojalá hubiera prestado más atención a la física en lugar de cambiarla por el alemán. La puerta principal en 1960 es de un rojo brillante, pero en este desconocido año de Nuestro Señor son dos puertas batientes de madera, como de establo. ¿Quizá debería presentarme con un «vengo del futuro»?

Tal vez sea esta mi versión del espejismo lunar (a lo mejor tengo las referencias cambiadas y estoy confundiendo el mundo fenomenología).

Solo hay dos personas en el interior, con aspecto de extras de *Las vidas privadas*

de *Elizabeth y Essex*, solo que mucho más desaliñadas de lo acostumbrado en Hollywood. Observan tristemente sus pichelos de peltre como si el Renacimiento no hubiera tenido lugar.

Entre las sombras, en la esquina de un alto mostrador de roble, hay un hombre con los ojos cerrados. Es bastante joven, alrededor de veinte años, y me resulta extrañamente familiar, como si le hubiera conocido en el presente —o en lo que era el presente en mi pasado más inmediato, pero que ahora es el futuro, si alguna vez vuelvo. Ay, ay de mí.

El hombre abre los ojos y me mira. No mira a través de mí, como los demás, sino que me mira y me sonrío, una sonrisa torcida y cínica, de reconocimiento. Levanta el pichel en mi dirección y me invade el deseo de acercarme y hablar con él, porque creo que me conoce, no a mi yo cotidiano, exterior, sino a la Isobel interior. Mi auténtico yo. Mi verdadero ser. Pero justo cuando doy el primer paso hacia él, todo se desvanece, igual que antes.

Aún no es la hora de abrir y La Vieja Fonda del Sol parece desierta. Sin duda, hemos vuelto al presente: posavasos y tapetes de cerveza, cubiteras en forma de pina. Salgo de la salita y deambulo por el salón y el bar público hasta que al fin llego a las cocinas y encuentro la puerta trasera abierta. Bajo por un callejón lleno de cubos de basura, abro una puerta y aparezco de nuevo en la plaza del mercado. Veo a Eunice saliendo del Green Man's Ginnel con expresión aturdida y la llamo desde el otro extremo de la plaza.

—¿A dónde has ido? —pregunta malhumorada tras sortear el tráfico—. Gefirofobia —dice de repente.

—¿Qué?

—Gefirofobia... miedo a los puentes.

—Vale —respondo sin comprometerme.

—¿Dromofobia... miedo a cruzar la calle? ¿Potamofobia... miedo a los ríos? Quizá —dice Eunice con suficiencia— algún terror enterrado en tu pasado vuelve a visitarte.

¿De qué está hablando?

—¿De qué estás hablando, Eunice?

—Puedes tener fobia a cualquier cosa, al fuego, por ejemplo, pirofobia, o a los insectos, acarofobia, o al mar, thalassofobia.

Eunicefobia, eso es lo que tengo. Cruzo la calle a toda velocidad, me subo a un autobús sin mirar el número y dejo a Eunice serpenteando entre los coches, tratando de seguirme. Yo, en persona, por alguna razón que escapa a mi entendimiento, he descubierto una brecha en el entramado del tiempo y practico la caída libre por sus intersticios y grietas con tanta facilidad como si abriese una puerta.

¿Habrá otras personas que son arrojadas al pasado y de vuelta al presente y no se molestan en mencionarlo en sus conversaciones cotidianas (como no lo harías tú)? Pero seamos francos, si analizamos la cuestión a fondo, ¿qué es más probable? ¿Un

trastorno en el continuo espacio-temporal o algún tipo de locura?

¿Cómo es el entramado del tiempo? ¿Seda negra? ¿Un hilo suave, un áspero *tweed*? ¿O algo transparente y delicado como lo que teje la señora Baxter?

¿Cómo voy a confiar en la realidad cuando el mundo fenomenológico me tiene preparada una mala pasada en cada esquina? Consideremos el comedor, por ejemplo. Entro un día y descubro que el ambiente es totalmente distinto, como si hubiera cambiado de una forma sutil e inexplicable. Es como si alguien estuviera jugando a «¿Qué está mal?» de *Entretenimientos caseros*, donde una persona sale de la habitación y las otras mueven una silla o cambian un cuadro y a su vuelta él (o más probablemente ella, por lo que parece) tiene que adivinar qué ha variado. Eso es lo que sucede con el comedor, solo que más como si en realidad no fuera nuestro comedor en absoluto. Como si el comedor fuera una habitación reflejada en el espejo, una reproducción, un comedor que finge ser un comedor... no, no, no, este camino conduce a la locura.

Debbie entra en la sala detrás de mí. Lleva un vestido Tudor versión casera que me deja sin aliento un instante.

—¿Por qué vas vestida así?

He intentado con todas mis fuerzas olvidar mi excursión por el camino de la memoria a la Vieja Fonda del Sol y este recordatorio me incomoda.

Se mira el vestido como si nunca lo hubiera visto y después me contempla con sus pequeños ojos.

—Oh, el vestido del ensayo —dice de repente, como si acabara de traducir mis palabras—. El sueño de no sé qué.

Podría decirle que su olor no es lo bastante fuerte como para resultar auténtica, pero no me molesto.

—¿Izzie?

—¿Mm?

—¿Crees que en esta habitación falta algo?

—¿Si falta algo?

—O que algo está mal. Es como si...

—¿Como si fuera la misma habitación que antes y al mismo tiempo no lo fuera? Me observa atónita.

—¡Eso es! ¡Exacto! ¿A ti también te pasa?

—No.

Quizá haya un Dios (eso sí que sería sorprendente) jugando a un extraño juego con la realidad en las calles de árboles. O dioses en plural, más probable.

—Da igual. Me voy —dice Debbie, recogiendo las faldas.

—¿De la cabeza quizá? —pregunto.

—¿Qué?

—Nada.

¿Escaparé algún día a la locura de Arden?

La noche de san Juan. El punto álgido del año, tanta luz del día que no sabemos qué hacer con ella. En el jardín del Edén, cada día era como san Juan. Deberíamos estar saltando hogueras o haciendo algo mágico. En lugar de eso, la señora Baxter y yo tomamos el té en el césped, tal como planeó el arquitecto. Audrey languidece en su habitación. El perro está despatarrado en la hierba, soñando con conejos. El gato carey de la señora Baxter duerme bajo un rododendro. Hay un anillo mágico en el centro del césped, la hierba aplastada como si una nave espacial en miniatura hubiera aterrizado allí durante la noche.

La señora Baxter ha preparado una gran jarra de limonada casera y corta un trozo tras otro de un pastel color rosa que parece una esponja de baño.

La cantidad de versiones del bizcocho Victoria que conoce la señora Baxter es sorprendente, cada una embellecida con una decoración distinta: pasteles de chocolate etiquetados con vermicelli de chocolate, pasteles de limón marcados con rodajas de limón confitado y pasteles de café rotulados con mitades de nuez cual cerebros de minúsculos roedores. Vinny nunca ha horneado siquiera un pastel, no hablemos ya de iniciarse en el ritual de decorarlos.

La señora Baxter también come mucho pastel, claro, y a veces, tras haberse zampado varios trozos, se lleva la mano a la boca y ríe:

—Ay de mí, ¡pronto me convertiré en pastel!

¿En qué clase de pastel se convertiría la señora Baxter? Un bizcocho de vainilla, blandito y esponjoso, lleno de crema de mantequilla.

—Por eso estás como una vaca —le dice el señor Baxter. Al señor Baxter nunca se le ha visto comiendo pastel. («No es muy pastelero», se lamenta la señora Baxter).

La señora Baxter siempre me da un trozo más, envuelto en una servilleta de papel, para que se lo lleve a Charles. Cualquiera que me viera salir a toda prisa de Sithean hacia casa pensaría que dentro se estaba celebrando una interminable fiesta de cumpleaños.

Hoy, en honor al sol, la señora Baxter se ha apartado de su acostumbrado espectro gris y luce un vestido de verano con brillantes franjas rojas y blancas estilo bastón de caramelo, como un toldo o una tumbona. El vestido lleva unos tirantes finos y rojos que van atados a los hombros y le deja al descubierto una buena porción de carne: sus rollizos brazos y sus codos con hoyuelos, la voluptuosa hendidura materna del escote, donde se han alojado migas rosas de pastel. De trabajar en el jardín, la piel de la señora Baxter ha adquirido el color de un toffee carbonizado y está cubierta de pecas grandes como castañas. Parece ardiente al tacto y tengo que reprimir el impulso de saltar al abismo de su pecho y perderme allí para siempre.

La señora Baxter suspira feliz:

—Es perfecto para jugar a «*croquet humano*». —Pero no aclara si se refiere al césped, al tiempo o al estado de ánimo—. Claro que —añade—, no somos bastantes.

El señor Baxter aparece de repente en el césped, proyectando su amenazadora sombra sobre la bandeja de té como un funesto disco solar, y la taza de la señora Baxter tiembla en el platillo. El señor Baxter otea a lo lejos, mucho más allá de Albertine, hacia la protuberancia verde que es Boscrambe Woods.

—¿Una tacilla, querido? —pregunta la señora Baxter, sosteniendo una taza y un plato como para dejar claro de qué está hablando. El señor Baxter la mira y, al ver su pamelita— un sombrero de paja trenzada—, frunce el ceño y dice:

—Acabas de llegar del arrozal, ¿no?

La señora Baxter vuelca la jarra de leche al precipitarse a llenar la tacilla del señor Baxter (son una familia increíblemente torpe).

—Qué tonta soy —dice con una gran sonrisa, aunque no haya motivo para estar contenta.

—¿No tenéis nada mejor que hacer? —pregunta él, levantando una ceja en dirección a la mesilla de los pájaros. Pero no les está preguntando a los pájaros.

Al señor Baxter no le gusta ver a la gente ociosa. Es un autodidacta («Así me libré de la mina», explica con expresión sombría) y le molesta la gente que «lo tiene todo en bandeja». Quizá por eso no le guste el pastel.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta en tono hosco.

—Solo matar el tiempo hasta la representación —musito con la boca llena.

(—Ay, no hagas eso —murmura la señora Baxter).

El señor Baxter se sienta, con bastante brusquedad, en la hierba que hay junto a la tumbona donde yo estoy repantingada y deja al descubierto las piernas, delgadas y peludas, por encima de los calcetines grises. En Arcadia está fuera de lugar, prefiere las sillas de respaldo recto y las filas de escritorios que se extienden en paralelo hasta el infinito.

—Las rosas tienen pulgón —le dice a la señora Baxter en un tono que más sugiere improbidad moral que una plaga de insectos.

—Tendrás que rociarlas con insecticida.

La señora Baxter odia matar cosas. Nunca chafa las arañas ni aplasta las avispas ni provoca un ¡*crack!*, en las pulgas, incluso las moscas domésticas zumban a su antojo por Sithean cuando el señor Baxter está de espaldas. La señora Baxter ha hecho un trato con las cosas que vuelan y se arrastran, no las matará si no la matan a ella.

El aire cálido transporta el olor del señor Baxter hasta mí —crema y loción de afeitar— e intento no inhalarlo.

—Veo, veo —dice la señora Baxter sin arredrarse— una cosita que empieza por «T».

Y el señor Baxter grita:

—Por el amor de Dios, Moira, ¿no puedo tener un momento de paz, por favor?

Así que no averiguamos qué es la «T». Quizá sea Teseo, aún ahora recorriendo el campo a grandes zancadas bajo el implacable sol suburbano para exclamar que la hora de su boda está al caer.

—¡Oh, ya han empezado! —Se entusiasma la señora Baxter—. Voy a buscar a Audrey.

Se refiere a la obra, pero mejor se hubiera referido a otra cosa. Correré un telón imaginario sobre la versión que la Compañía de Lythe hace de *El sueño de una noche de verano*. Las partes poéticas dan risa, las divertidas aburren y no se atisba ni pizca de magia en ella. El señor Primrose, haciendo de Bottom, no podría interpretar a un tosco mecánico ni aunque ensayase hasta el día del juicio final, y la chica que hace de Titania, Janice Richardson, que trabaja en la oficina de correos en Ash Street, es gorda y tiene la voz chillona. (Pero quién sabe, tal vez las hadas sean así).

Debbie vuelve a casa blanca como una sábana y al principio pienso que se debe a su terrible actuación —para eso podía haberle cedido el papel al apuntador—, pero me susurra aferrada a una taza de cereales en polvo:

—El bosque.

—¿El bosque?

—El bosque, el bosque, el bosque —repite como Poe tratando de escribir un poema—, en la obra —sisea—, *El sueño de no sé qué*.

—¿Sí? —pregunto pacientemente.

—Mi personilla.

—¿Personaje?

—Sí, mi personaje se pierde en el bosque, ¿no? (El Gran Roble se ha erguido heroico en escena representando a un millar de árboles para la Compañía).

—¿Sí?

Debbie pasea la mirada por la cocina con una extraña expresión en el rostro, parece tener grandes dificultades para transformar sus pensamientos en palabras.

—¿Qué pasa?

Baja tanto la voz que apenas la oigo.

—He estado en un bosque, en uno de verdad, me he perdido en un maldito bosque. Durante horas —añade, y se echa a llorar. Creo que ha pasado demasiado tiempo al sol. ¿Le hablo de los pasajes, de los puentes y de los entramados del tiempo? No, mejor que no.

—¿Por qué no vas al psiquiatra? —le sugiero en tono amable, y abandona la habitación a toda prisa, horrorizada.

Así que esas tenemos. Las dos estamos locas como sombrereros.

Es tarde, la noche de san Juan casi ha cedido el paso al día de san Juan. En casa no se mueve ni un ratón. Me lleno un vaso de agua del grifo de la cocina; en Arden, el agua del grifo siempre sabe ligeramente salada, como si algo se descompusiera a sus anchas en la cisterna.

En la cocina, tengo la sensación de que alguien acaba de salir. Me siento en el

peldaño de la puerta trasera y bebo el agua despacio. Me arde la piel de tomar el sol en el jardín de la señora Baxter. Huelo la calidez que aún desprende el suelo y el aroma ácido de las ortigas. Una luna amarilla y cortante hiende el cielo como una hoz y en el cuerno inferior pende una estrella, una piedra preciosa en la mejilla de la noche.

Añoro a mi madre. Ese dolor llamado Eliza surge de la nada para estrujarme el corazón y dejarme vacía. Así me afecta... estoy cruzando la calle, haciendo cola para el autobús, aguardando el turno en una tienda y de repente, por nada en especial, necesito a mi madre con tanta urgencia que las lágrimas me arrebatan la voz. ¿Dónde está? ¿Por qué no viene?

El reloj de la iglesia de Lythe toca la hora de las brujas. *Caw*. Un revoloteo de plumas y hojas en el Gran Roble.

Bajo mis pies, los topos excavan y las lombrices hacen túneles invisibles. Un murciélago revolotea en el océano de la oscuridad. En alguna parte, a lo lejos, un perro aúlla y algo se mueve, una figura, una sombra negra que recorre el campo. Juraría que no tiene cabeza. Pero cuando vuelvo a mirar, ha desaparecido.

PASADO

CIERRE DEL MEDIODÍA

Charlotte y Leonard Fairfax, pilares de la comunidad, aunque Leonard pronto se convertiría en un pilar roto al morir de una apoplejía en 1925 perdiendo así la posibilidad de disfrutar su magnífica casa nueva en las calles de árboles.

Charlotte se hizo cargo del negocio como si en la sangre llevara alimentos autorizados en lugar de utensilios de hierro esmaltado. Charlotte, la matriarca Fairfax, aceptó su viudedad con tanta energía que todo el mundo la conocía por «la viuda Fairfax».

A la viuda le gustaba su magnífica casa, la mejor de todas en las calles de árboles. Tenía cinco dormitorios, un guardarropa en el piso inferior, una despensa y amplias habitaciones en el ático, en una de las cuales dormía Vera, su esclava doméstica. Desde la ventana, Vera tenía unas vistas excelentes al Gran Roble, más allá, a las colinas calinosas que parecían la acuarela de un buen pintor y, apenas visible a lo lejos, el borrón verde oscuro que era Boscrambe Wood.

A la viuda le gustaba el gran jardín de árboles frutales y arbustos, le gustaba la gran avenida al frente y le gustaba el invernadero de hierro forjado y cristal de la parte trasera, que el arquitecto había añadido *a posteriori*, como una ocurrencia tardía, donde la viuda guardaba los cactus.

La viuda tenía cosas bonitas. La viuda tenía buen gusto (decía la gente). En primavera, plantaba jacintos en macetas de porcelana de Delft, azules y blancas, y por Navidad adornaba el invernadero con flores de pascua. Alfombras indias de calidad cubrían el *parquet* de roble y fundas de seda salvaje envolvían los cojines, ribeteados y borlados como si pertenecieran al canapé de un sultán. En la sala tenía una araña de cristal, pequeña, Jorge III, con sartas de cuentas de cristal y grandes gotas en forma de pera, cual lágrimas de un gigante.

Madge había escapado hacía mucho casándose con un empleado de banca adúltero y había dado a luz a tres niños.

Por su aspecto, cualquiera hubiera dicho que Vinny solo comía pan duro y huesos secos, y era tan agria como el vinagre de malta que vendía a pintas procedente de la tinaja de la trastienda. La avinagrada Vinny, tan mayor como el siglo pero no tan devastada por la guerra, había nacido para vestir santos pero aún así, después de la Primera Guerra Mundial, contrajo breve matrimonio con un tal señor Fitzgerald —un bibliotecario diplomado, declarado exento, de tendencias maníaco depresivas y bastante mayor que su esposa solterona. Los sentimientos de Vinny respecto a la muerte del señor Fitzgerald (de neumonía en 1926) nunca quedaron del todo claros, aunque, como le confió a Madge, le supuso un cierto alivio verse liberada de los deberes del amor conyugal. En cualquier caso, Vinny se quedó en la pequeña casa matrimonial de Willow Road que tan sucintamente había compartido con el señor Fitzgerald.

Aquellos, al fin y al cabo, constituían sus dominios, a diferencia del ultramarinos,

que su madre dirigía con mano de hierro y donde ella quedaba relegada al papel de mero ayudante. «Podría ser una mujer de negocios tan buena como mamá si me dejara», escribió a Madge-en-Mirfield, «pero nunca me da ninguna responsabilidad». El negocio estaba destinado a Gordon. Tan pronto como este acabó los estudios la viuda lo envolvió en un delantal blanco de tendero y se enfureció cuando lo vio escabullirse por la noche para ir a estudiar al instituto técnico de Glebelands.

—Todo lo que necesitas saber está aquí —dijo la viuda, señalándole el centro de la frente como si apuntase a una diana.

Incómodo con el delantal de tendero, Gordon se quedaba tras el mostrador de caoba pulida con expresión de llevar una vida interior totalmente distinta.

Entonces llegó otra guerra y lo cambió todo. Gordon se convirtió en un héroe que sobrevolaba Inglaterra en su Spitfire, surcando el cielo azul. El orgullo que mostraba la viuda por su hijo, convertido en piloto de caza, era excesivo. «Es la niña de sus ojos», escribió Vinny a Madge-en-Mirfield. «Es su ojito derecho», respondió Madge-en-Mirfield. Sea como sea, los ojitos de Gordon, derecho e izquierdo, eran de color verde y todos lo consideraban un hombre muy guapo.

Eliza constituía un misterio. Nadie conocía sus orígenes, aunque ella afirmaba proceder de Hampstead. Decía *Hempstid*, como lo haría la realeza. Daba a entender, aunque uno no pondría la mano en el fuego, que había sangre azul, si no dinero, en alguna parte.

—Tiene una maldita patata en la boca —le dijo Madge a Vinny cuando conocieron a Eliza. Hablaba con un acento raro, totalmente fuera de lugar en Arden, donde remarcaban las vocales al modo norteno. Eliza parecía trabada en alguna parte entre un internado muy caro y un burdel (o, dicho en otras palabras, en la clase alta).

La familia de Gordon conoció a la novia (no muy radiante) el día de la boda. La viuda tenía la esperanza de que su niño hubiese escogido una esposa agradable y tranquila, vulgar, de cabello oscuro y facilidad para las cuentas. Una chica sin demasiada educación y cuya ambición no alcanzase más allá de llevar a la escuela pública a la prole de nietos Fairfax que pronto daría a luz. Mientras que Eliza era una...

—¿Vamp? —sugirió Madge con vehemencia.

Para la boda, Eliza —esbelta como un sauce, recta como un abeto de Douglas (*pseudotsuga menziesii*)— llevaba un vestido azul marino de cintura de avispa, una gardenia blanca en el ojal y un pequeño sombrero negro hecho de plumas, como la diadema de una bailarina. El cisne negro. Sin ramo, solo uñas carmesí. Un estremecimiento de horror no muy discreto recorrió a la viuda.

Con su larga cabellera como hebras de acero recogidas en un tieso moño, más parecía una viuda siciliana que inglesa. El sentimiento que le inspiraba la boda se deducía fácilmente del atuendo escogido, negro de la cabeza a los pies. Observó atentamente cómo Gordon («¡mi niño!») deslizaba la alianza en el dedo de esa extraña criatura. Uno casi creería que trataba de hacer que el dedo de Eliza se

desprendiese de la mano por la fuerza del pensamiento.

Eliza tenía algo raro, todos estaban de acuerdo, incluso Gordon, aunque nadie podía decir de qué se trataba exactamente. A espaldas de la novia, en el registro, Madge sintió un espasmo de envidia al advertir lo delgados que eran los tobillos de Eliza bajo la antipatriótica falda larga. Como huesos de pájaro. Vinny sintió el deseo de rompérselos. Y ese cuello como un tallo. Quebrarlo.

La viuda había insistido en pagar el convite en el hotel Regency, para que nadie creyese que los Fairfax no podían permitirse una boda como Dios manda. Estaba claro que no se dejaría caer ningún invitado por parte de Eliza; en cuanto a participar en los gastos, no valía la pena ni mencionarlo. Eliza, al parecer, no tenía a nadie.

—*Todos han muerto, cariño* —murmuró, con los ojos compungidos de lágrimas no derramadas. La misma tragedia parecía haber contagiado su voz, ronca con notas de *whisky*, nicotina, terciopelo. Era el tesoro de Gordon, hallado casualmente al sacarla de un edificio bombardeado en Londres mientras estaba allí de permiso. Incluso volvió a entrar para recuperar el zapato de Eliza («*son tan caros, cariño*»).

—*Mi héroe* —sonrió ella, mientras él la depositaba con cuidado en la acera. *Mi héroe*, dijo, y Gordon se perdió, se ahogó en sus ojos de *whisky*.

—*El caballero* —murmuró Eliza, cubierta del polvo de las bombas — *sigue vivito y coleando. ¿Y se llama?*

—Gordon, Gordon Fairfax.

—*Maravilloso.*

—Un poco precipitado, ¿eh? —dijo el marido de Madge, el empleado de banca, guiñando un ojo a nadie en particular, y Eliza apareció de la nada ante él y dijo:

—*Cariño, ¿de verdad somos familia ahora? Es difícil de creer.*

Él se batió en retirada ante esa cascada de vocales al estilo *Hempstid*.

—Es una repipi, esa —le dijo Vinny a Madge.

Eliza tenía el pelo oscuro, oscuro. Brillante y rizado. Negro como un cuervo, una corneja, un grajo.

—Demasiado negruzca, ¿no? —musitó Vinny a Madge a través del pastel de bodas.

Madge hizo señas de sorpresa con la copa de jerez y articuló:

—¿Espaguetti?

Eliza, que podía leer los labios a cien pasos, pensó que sus nuevas cuñadas parecían peces. Bacalao y halibut.

—Empalagosa —le dijo Vinny a Madge despreocupadamente por encima del brindis en honor a los novios.

—Picante —dijo el marido de Madge levantando una ceja con gesto lascivo.

—*De verdad* —dijo Eliza al novio—, *cualquiera diría que soy un trozo de pastel de bodas.*

Y Gordon pensó que no le importaría comérsela. Hasta la última miga, para que nadie más pudiera zampársela nunca.

—¿Qué pastel de bodas? —masculló la viuda, pues era un pastel hecho en tiempos de escasez, preparado con ingredientes de antes de la guerra hallados al fondo de la trastienda. Algo improvisado—, y caro —dijo la viuda a sus hijas peces—, para lo que se merece una ya-sabes-qué.

¿Por qué se han casado tan rápido?

—Me huele mal —dijo Vinny-el-halibut.

—Es sospechoso —dijo Madge-el-bacalao.

—¿*Saben que la reina Isabel ha muerto?* —preguntó Eliza a su reciente marido.

—Seguramente no —rio él, aunque nervioso.

La viuda y Vinny vivían en la noche de los tiempos. Y lo preferían así. Eliza dijo que no podía decidir qué sería peor, si ser Vinny en Willow Road o Madge-en-Mirfield. Se rio muy alto al decirlo y todo el mundo se volvió a mirarla.

Charles nació en un tren, de lo que tuvo la culpa la caprichosa Eliza, quien decidió que necesitaba una excursión a la Alhambra de Bradford cuando cualquier mujer normal, en su estado, se habría quedado en casa con los pies en alto, para descansar del peso y de las venas varicosas.

—Prematuro —dijo la viuda, acunando con mimo al diminuto Charles en sus brazos—. Pero sano, gracias a Dios.

Aplacada, momentáneamente, por su condición de abuela, esbozó un proyecto de sonrisa en dirección a Eliza. Vinny escudriñó Bradford desde la ventana de la maternidad. Nunca antes había estado tan lejos de casa.

—Y grande —añadió la viuda, en tono admirativo, sarcástico y conmovido todo a un mismo e incómodo tiempo—. Imagínate —le dijo a Eliza, entrecerrando los ojos cuando el sarcasmo ganó la batalla—, cómo habría sido si hubiera completado los nueve meses.

—¡*Oh, por favor... no!* —dijo Eliza, presa de un histriónico estremecimiento, y encendió un cigarrillo.

—Un bebé de luna de miel —dijo la viuda especulativamente, acariciando la mejilla del bebé. («¿Pero la luna de miel de quién? ¿Eh?»), escribió Vinny a Madge-en-Mirfield). «Me pregunto a quién se parece», escribió Vinny a Gordon. «¡Porque está claro que no se parece a *ti*, Gordon!»). ¡Nadie utilizaba los signos de exclamación de un modo tan artificial como Vinny! (Nadie había escrito tantas cartas desde la decadencia de la novela epistolar).

—*Es un cielo, un querubín* —dijo Eliza y—: *Oh, Dios, daría cualquier cosa por una ginebra.*

La llegada de Charles apareció incluso en los periódicos:

NIÑO DE GLEBELANDS NACIDO EN UN TREN

Escribió posesiva la *Glebelands Evening Gazette*. Así se enteró la viuda del nacimiento de su nieto, pues Eliza no había querido enviar un mensaje desde el

hospital adonde la llevaron cuando el tren llegó por fin a su destino.

—Fíate de ella para que escriba las notas de prensa —resopló el dragón Vinny.

Nacido en un tren. La gente tropezando para ayudarla, el revisor llevándola a primera para que tuviera más espacio donde gruñir y quejarse (lo que hizo con muy poca elegancia, convino todo el mundo) aunque el revisor pensó que el modo en que había dicho «*Cariño, eres un ángel*» demostraba que su lugar era la primera clase. Resultaba difícil averiguar qué debían poner en el certificado de nacimiento de Charles. Era un acertijo filosófico, como la flecha de Zenón, una paradoja en el continuo espacio-temporal.

—¿Dónde dirías que nació? —preguntó Gordon, cuando tuvo un permiso cerca de casa.

—*Pues en primera clase, cariño* —respondió Eliza.

Por desgracia, Charles era bastante feo.

—Guapo es el que como tal se comporta —declaró la viuda, reina del tópico indescifrable.

Eliza, de todas formas (y como es natural, pues era su madre) declaró que era el bebé más hermoso que jamás había existido.

—*Charlie es mi cielito* —canturreó dulcemente a Charles mientras lo amamantaba, y él dejó de mamar el tiempo suficiente como para obsequiarla con una sonrisa gomosa.

—Siempre está sonriendo —dijo la viuda, no del todo segura de si aquello era bueno o malo.

Eliza bandeó al niño en su regazo y lo besó en la nuca. Vinny separó los labios el tiempo suficiente para decir:

—Va a ser un mimado.

—*Eso será maravilloso para él.*

Gordon volvió a casa de permiso al fin y conoció a su hijo, ahora pecoso como una jirafa y con un copete de pelo color zanahoria que le brotaba en el centro de la gran cabeza pelona.

—¡Pelirrojo! —dijo Vinny a Gordon regocijada—. Me pregunto de dónde lo ha sacado.

—Es un chavalín fuerte, ¿eh? —dijo Gordon, ignorando a su hermana. Ya se había enamorado de su hijo pelirrojo.

—No se te parece en nada —insistió Vinny, mientras Gordon paseaba a Charles por la casa subido a hombros.

—Tampoco se parece a Eliza —dijo Gordon, y ambas cosas, sin duda, eran ciertas.

Entonces Gordon tuvo que sobrevolar en su avión los grises cielos de Europa.

—Cualquiera diría —se burló Vinny— que está luchando él solo contra el

Luftwaffe.

—Tiene nervios de acero —dijo la viuda. Un hombre de hierro.

—*Y el corazón de oro* —añadió Eliza, y se echó a reír con sus carcajadas burbujeantes y algo intranquilizadoras.

Antes de finalizar el permiso, Gordon se las había arreglado para dejar otro bebé en camino (*¡un accidente, cariño!*).

—Echarás un vistazo a Eliza, ¿eh? —le dijo Gordon a su madre antes de irse.

—¿Cómo no? —dijo ella, con una sintaxis tan rígida como su espalda—. Después de todo, vive bajo el mismo techo.

En el lavabo, húmedo y vaporoso, la viuda tenía que abrirse paso por el bosque que formaban las medias de Eliza colgando de cualquier lado y se preguntaba por qué aquello debía formar parte de sus deberes. Y otra cosa, pensó la viuda, ¿de dónde sacaba esas medias? Eliza no se privaba de nada —medias, perfume, chocolate— ¿qué hacía para conseguirlo? Eso le gustaría saber a la viuda.

—Al menos, este niño no nacerá en marcha —le dijo la viuda a Eliza.

A la viuda le preocupaba que Eliza estuviera considerando la idea de unos baños turcos en Harrogate, o de una excursión de un día a Leeds. Eliza sonrió enigmáticamente.

—Maldita Mona Lisa —dijo Vinny para sí en voz alta mientras fumaba cigarrillos como desayuno en la trastienda del ultramarinos.

Eliza entró en la tienda tan embarazada como un barco a toda vela. Se sentó en la silla de madera combada, reservada a los clientes cansados, que había junto a las enormes cajas de té, rojas, doradas y negras, decoradas con desvaídas pinturas de damas japonesas y lo bastante grandes como para esconder a un niño pequeño. Eliza sentó a Charles en sus rodillas y le chupó los dedos, uno por uno. Vinny se crispó asqueada.

—*Me hace reír* —dijo Eliza, y como para demostrarlo soltó su absurda risa. Muchas cosas la hacían reír, aunque la viuda y Vinny no le veían la gracia a la mayoría.

La viuda pasó los dedos por las últimas botellas de amontillado en busca de polvo, inspeccionó los troqueles de mantequilla (cardos y coronas), el cuchillo de bacon, los cortadores de queso. Hizo sonar las ventas en el enorme bote de latón —tan grande como un pequeño cañón de órgano— con tal ferocidad que pareció encoger resentido sobre la sólida caoba del mostrador. Recta como una tabla de planchar y casi tan fina. La viuda tenía la piel tan pálida como pálida puede ser la piel, cual papel blanco arrugado y alisado cien veces. *La vieja bruja*. La vieja bruja con su lengua de hiel y ese pelo crespo como el de una bruja, del color de los cañones y las cenizas. Eliza cantó para ocultar sus pensamientos, porque nadie iba a oír lo que le rondaba por la cabeza. Ni siquiera Gordon. Sobre todo, Gordon no.

La barriga de Eliza parecía un tambor. Dejó a Charles en el suelo. El tambor golpeaba desde dentro. Vinny veía algo empujando la piel del tambor —una mano o

un pie— e intentó no mirar, pero sus ojos se empeñaban en volver a ese bebé invisible.

—*Intenta escapar* —dijo Eliza. Del bolso que tenía a los pies sacó una polvera, esa polvera tan cara que Gordon le había comprado— esmaltada en azul con palmeras de nácar— y se retocó el pintalabios. Se frotó los labios entre sí, rojos como la sangre fresca y las amapolas, y los abrió con un chasquido para desaprobación de Vinny y la viuda. Llevaba un sombrero extraño, lleno de ángulos, como una pintura cubista.

—*Me voy* —dijo, y se puso en pie con tanta rapidez, tan dificultosamente, que la silla cayó al suelo enmaderado de la tienda.

—¿A dónde? —pregunto la viuda mientras contaba el dinero distribuyendo las monedas en montoncillos sobre el mostrador.

—*A dar una vuelta* —dijo Eliza encendiendo un cigarrillo y aspirando con fruición. A Charles le dijo—: *Cariño, ¿te quedarás aquí con la tía Vinny y la yaya Fairfax?*

La «tía Vinny» y la «yaya Fairfax» fulminaron a la intrusa con la mirada y desearon con toda su alma que la guerra terminara, que Gordon volviera a casa, se llevara a Eliza y estableciera su hogar lejos, muy lejos. Como en la luna.

El niño apareció con tres semanas de adelanto y Eliza afirmó estar tan sorprendida como cualquiera. La viuda, decidida a que no la cogieran por sorpresa una segunda vez, ya estaba en pie de guerra.

El fuego del hogar estaba encendido (aquello sucedió en unos lluviosos días de primavera) y la viuda tenía una cama preparada con las sábanas hervidas y blanqueadas con lejía. La había protegido con un hule y había colocado un discreto orinal debajo, y ya se había formado una legión de palanganas y aguamaniles para el conflicto natal.

La intuición la hizo salir del invernadero, donde estaba venerando a sus cactus, y se encontró a Eliza en las escaleras, aferrada a una bellota del pasamanos, doblada de dolor. Eliza llevaba sombrero, abrigo y bolso e insistía en que se iba a dar un paseo.

—Tonterías —dijo la viuda, que reconocía a una loca cuando la veía, y no digamos ya a una loca en avanzado estado de gestación. Escoltó a Eliza con firmeza escaleras arriba hasta el segundo mejor dormitorio. Eliza no dejaba de retorcerse—. Arpía —susurró la viuda por lo bajo. Dejó a Eliza sentada en la cama y se fue a hervir grandes cazos de agua. Cuando volvió, encontró la habitación cerrada a cal y canto, y por mucho que sacudió y empujó, gritó y suplicó, la entrada a la habitación del parto siguió clausurada. Vinny fue convocada, al igual que la muchacha, Vera y el hombre que ayudaba a la viuda en el jardín. Este consiguió al fin derribar la puerta, pero solo tras muchos gritos de aliento de la viuda.

Encontraron ante ellos una escena tranquila. Eliza estaba tendida en la cama, aún con la ropa de calle, y acunaba algo pequeño, nuevo y ligeramente ensangrentado, envuelto en una funda de almohada. Sonrió triunfante a la viuda y a Vinny:

—*Su nueva nieta.*

Cuando la viuda consiguió al fin echar mano al bebé, descubrió que el cordón ya había sido cortado. Un estremecimiento de horror, como electricidad invisible, recorrió el abatido cuerpo de la viuda.

—*Lo ha mordido* —le susurró a Vinny, y Vinny tuvo que correr al lavabo tapándose la boca con la mano.

Y así nació Isobel, en la calles de árboles, en la embrollada mitad del siglo xx, en un país en guerra, en el incómodo colchón de plumas del segundo mejor dormitorio de Arden, su primer aliento perfumado con la ácida fragancia del jugoso espino recién brotado.

A la mañana siguiente, la viuda entró en su segundo mejor dormitorio con una piadosa taza de té para Eliza y se encontró a Eliza, Charles y el bebé amontonados de cualquier manera en medio de la incómoda cama. La viuda dejó la taza y el plato en la mesilla de noche. La cara lencería de Eliza inundaba la habitación, diáfanas prendas de seda y encaje que llenaron de asco a la viuda. Charles roncaba tranquilamente, con la frente húmeda de sueño. Eliza se dio la vuelta dejando a la vista un brazo desnudo, redondo y delgado, pero no se despertó. Por unos instantes, la viuda tuvo la molesta visión de su hijo en esa cama, sus proporcionadas y heroicas extremidades trabadas en una horizontal semidesnuda. La acometió el súbito impulso de sacar el orinal de debajo de la cama y golpear con él a Eliza en la cabeza. O aún mejor, pensó, mirando el blanco cuello de Eliza, estrangularla con una de sus medias negras.

—Como los animales —dijo la viuda, hundiendo el cortaqueso con furia en el centro de un gran Cheddar—, todos en la misma cama, y ella casi desnuda. ¿Qué será de esos niños? Ahogará al bebé. En mi época no tratábamos así a los niños.

Vinny imaginó los pechos hinchados de leche de Eliza, olió su aroma —perfume y nicotina— e hizo una mueca.

La viuda escudriñó las profundidades del calado de la cuna de palisandro.

—Mira —dijo con desacostumbrado afecto, y Eliza embozó la manta infantil con conejitos azules bordados, de Charles—. La hija de Gordon —dijo la viuda, con más convicción de la que había demostrado nunca al decir: «El hijo de Gordon»—. Tiene tus ojos —añadió con generosidad.

—Lo tiene todo tuyo —dijo Vinny, sin dejarse hechizar.

—*Deseo* —musitó Eliza — *que florezca y se haga mayor.*

—Qué deseo tan estúpido —dijo Vinny.

—*Mirad* —dijo Eliza en voz baja al tiempo que apartaba el chal de la cabeza negro carbón—, *¿verdad que es perfecta?*

Vinny hizo una mueca.

—¿Cómo la vas a llamar? —preguntó la viuda.

Eliza la ignoró.

—Podrías ponerle Charlotte —prosiguió la viuda—. Es un nombre precioso.

—Sí, pero es el suyo —susurró Eliza, y acarició la concha en espiral de la oreja —. *Sus orejas son pétalos —dijo — y sus labios florecillas rosas, su piel está hecha de lirios y claveles y sus dientes...*

—¡No tiene dientes, por el amor de Dios! —ladró Vinny.

—*Es un capullito de mayo. Una hoja nueva. Podría llamarla Flor de mayo.*

Eliza rio con el gorjeo que sacaba de quicio a todo el mundo.

—No, no lo harás, maldita sea —dijo la viuda.

—*Duérmete, mi bebé* —cantó Eliza — *en la copa del árbol...*

Y le susurró el nombre en la oreja de pétalo. *I-so-bel*, tintineo de cascabel. *Isobel Fairfax*. Ahora podía empezar la vida de la niña. *Cuando la rama se rompa, la cuna caerá.*

—¿Isobel? —resopló la infeliz viuda, y ya no se le ocurrió nada más que decir.

Cariño, escribió Eliza a Gordon, *será mejor que vengas pronto o mataré a tu maldita familia.*

A partir de entonces, la vida no fue tan dichosa como debería haber sido. La vida, de hecho, era un *maldito rollo*. Eliza siseaba *Tenemos que encontrar una casa para nosotros* a la menor oportunidad. A Gordon. Gordon ya no era un héroe, ya no sobrevolaba cielos de ningún color. Se había envuelto otra vez en el largo delantal blanco y volvía a ser un tendero. Esta conversión civil no era del agrado de Eliza. La viuda, ni que decir tiene, estaba encantada.

—*Un tendero* —dijo Eliza, como si la sola palabra fuese repugnante.

—Bueno, ¿qué esperabas que hiciera? —ladró la viuda—. Ha nacido para eso —añadió pomposa, como si Gordon fuera un príncipe a punto de heredar un gran imperio de ultramarinos.

Gordon seguía siendo un héroe para Charles, sobre todo cuando le hacía trucos de magia, aprendidos en las ociosas horas de espera antes del despegue. Sabía sacar monedas de los dedos de Charles y hacer aparecer huevos por detrás de las orejas de la viuda. Sobre todo, se le daban bien los trucos de desaparición. Cuando mostraba su magia a la viuda, esta exclamaba: «¡Oh, Gordon!», en el mismo tono que empleaba Eliza al decir: ¡*Oh, Charles!*, cuando este hacía algo que la divertía.

Eliza miraba cómo la viuda barría las hojas del jardín trasero. La viuda apartaba con furia hojas de abedul, sicómoro y manzano, pero estas caían como lluvia, y cada vez que conseguía hacer un buen montón el viento las arremolinaba y las hacía volar de nuevo.

—*Para el caso, podría ponerse a barrer las estrellas del cielo.*

—Ojalá nos dejara jugar con ellas —dijo Charles taciturno, y Eliza rio:

—¿*Jugar? La vieja bruja ni siquiera conoce el significado de la palabra.*

Charles e Isobel pegaban hojas secas en un álbum con una cola que olía a pescado.

(—*La sangre de Vinny* —les informó Eliza).

Charles escribía el nombre del árbol bajo cada hoja: sicómoro y fresno, roble y sauce. Rescataban las hojas de la masacre de la viuda o bien las recogían de la calle cuando Eliza e Isobel iban a buscar a Charles al colegio. De los castaños de Chesnut Avenue recogían puñados de esas vainas verdes y llenas de pinchos semejantes a armas medievales, y Eliza les había enseñado a abrirlas. Las partía con sus agudas uñas rojas, pelaba la blanda cubierta blanca que envolvía la castaña y decía:

—*Eres la primera persona del mundo que ve esto.*

Gordon se plantó en el vestíbulo y rio:

—No es exactamente lo mismo que descubrir el Niágara, Lizzy.

Y se ofreció a llevarse a Charles a una tutoría masculina sobre cómo empapar castañas en vinagre, pues resultó que en realidad sí eran armas medievales, pero antes de que le diera tiempo a salir Eliza le arrojó un puñado de castañas sin pelar a la cabeza. Él le dijo, en tono glacial:

—Tengamos un poco de paz en esta casa para variar, ¿quieres, Lizzy?

Eliza hizo una mueca a sus espaldas y, cuando Gordon hubo salido, dijo:

—Paz, ¡ja! No habrá paz en esta casa hasta que la vieja bruja se muera y su ataúd esté a dos metros de profundidad.

—¿A dos metros de profundidad dónde? —preguntó Charles.

Charles estaba cubierto de cola y tenía una gran hoja pegada al codo.

—Pues, debajo de la cama, claro —dijo Eliza alegremente al vislumbrar a Vinny en el vestíbulo.

—Hay hojas por todas partes —se quejó Vinny al entrar en la habitación—. Es peor aquí dentro que fuera.

Las hojas la hicieron volver a salir y se fue a averiguar dónde se había metido Vera con la bandeja del té, sin advertir la hoja de serbal que, con frutos escarlatas y todo, se le había prendido a su cabello espolvoreado de sal como un extraño pasador botánico.

—Quejas, quejas, quejas —susurró Charles—. ¿Por qué no le gustamos?

La misión de Charles en la vida era hacer reír a la gente, pero Vinny se lo ponía difícil.

—No *le gusta nadie, ni siquiera se gusta a sí misma* —se burló Eliza.

—Ni siquiera vive aquí —musitó Charles, pero se animó al ver entrar a Vera con aire abatido, portando una bandeja rebosante de té, tostadas con mantequilla, pasteles y el panecillo con mermelada de albaricoque de la viuda.

—*Dios* —dijo Eliza, aspirando su cigarrillo con fruición—, *pastel, pastel, el maldito pastel, es lo único que hay en esta casa.*

—A mí me parece bien —dijo Charles.

Tras el té, Eliza les sacó las gruesas ceras y los libros de colorear y lo dispuso todo en

la mesa del comedor. Eliza era una crítica generosa, todo lo que hacían sus hijos le parecía *absolutamente maravilloso*. Al otro extremo de la mesa, la viuda dijo algo ininteligible. Estaba sentada con las gafas colocadas en la punta de la nariz, volviendo cuellos y puños («el desperdicio no conduce a nada»). Eliza le dijo a Isobel que de mayor debería ser artista.

—Eso no le dará de comer —dijo la viuda—. Y lleva cuidado con esas pinturas, Charles.

Eliza no dijo nada, pero quien hubiese estado lo bastante cerca de ella habría oído las palabras de vudú que recitaba entre dientes, como abejas pululando. La viuda se limpió las migas de pastel de los dedos y abandonó la mesa.

Charles se inclinó sobre su dibujo, frunciendo el ceño concentrado. Estaba dibujando casas de ensueño con sus trazos torpes: casas cuadradas con tejados a dos aguas, ventanas como ojos y puertas como bocas. Isobel dibujaba un árbol con hojas de un dorado rojizo. Gordon entró y dijo:

—Oh, Margaret, te afliges por la arboleda dorada que persiste en el recuerdo.

Esbozó su sonrisa cada vez más triste. Eliza, sin mirarlo, dijo:

—*Lo hace muy bien, ¿verdad?*

Y obsequió a Isobel una sonrisa cómplice y radiante que excluía a Gordon.

Gordon se echó a reír y dijo:

—Deberíamos tener más, podría salirnos un Shakespeare o un Leonardo da Vinci, nunca se sabe.

—¿Más qué? —preguntó Charles sin apartar los ojos del sol que estaba dibujando, un gran ojo con rayos dorados.

—*Más nada* —zanjó Eliza.

—Niños —le dijo Gordon a Charles—. Deberíamos tener otro niño.

Eliza le apartó a Isobel un mechón de cabello de los ojos y dijo:

—¿*Para qué?*

Últimamente Gordon y Eliza mantenían conversaciones enteras usando intermediarios.

—Porque eso es lo que hace la gente —dijo Gordon, volviendo el dibujo de Charles como si lo estuviese mirando, aunque era evidente que no—. La gente que se quiere, al menos.

Pero en ese momento debió de afectarle el vudú silencioso de Eliza, porque de repente abandonó la habitación también. Todo eran entradas y salidas en Arden en aquellos días.

—¿De dónde sacáis los niños? —preguntó Charles tras completar el dibujo con dos pájaros surcando el cielo cual uves danzantes.

Eliza encendió un cigarrillo con su mechero de oro.

—*De la tienda de niños, por supuesto.*

El origen de los niños era un tema confuso en Arden. Según la viuda, los traía la cigüeña, pero de acuerdo con la versión de Vinny los dejaban bajo matas de grosella.

La respuesta de Eliza parecía mucho más lógica. Sobre todo porque había una larga hilera de matas de grosella en el jardín trasero y nunca aparecía ningún bebé debajo. En cuanto a las cigüeñas, ni siquiera vivían en aquel país —según Gordon— así que no entendía cómo los niños ingleses se las arreglaban para nacer (y no digamos los galeses o los escoceses).

La viuda volvió a entrar en la habitación y miró los dibujos sin mucha atención.

—Los árboles tienen las hojas verdes —le dijo a Isobel—, no rojas.

Como si nunca hubiera abierto sus ojos viudos para contemplar el otoño.

—Niños —dijo Eliza irritada cuando la viuda hubo salido de la habitación—. *¿Por qué todo el mundo quiere niños? Ojalá no hubiera tenido ninguno, maldita sea.*

Estaba tan enojada que una de las ceras se le partió en la mano.

—Pero nos quieres, ¿verdad? —preguntó Charles, con expresión preocupada.

Eliza se echó a reír, un extraño sonido descendente, y dijo:

—*Dios, Dios, por supuesto que os quiero. No estaría aquí si no fuese por vosotros.*

Eliza se pasó el otoño apoltronada en la tumbona de mimbre del invernadero, con las gafas de sol puestas como si estuviera en la playa aunque el cielo estaba nublado, leyendo libros de la biblioteca, bebiendo *whisky* y fumando cigarrillo tras cigarrillo hasta que el invernadero quedó repleto de una bruma azul. Los cactus de la viuda parecían infelices. También la viuda.

—Lizzy —dijo Gordon, en un tono de lo más razonable, convincente, halagador e impotente—. Lizzy, ¿no te parece que podrías ayudar en la casa un poco más? Vera ya tiene bastante con cuidar de todos nosotros y mi madre solo se ocupa de la cocina.

—*Los niños me tienen atada de manos* —dijo Eliza, sin apartar la vista del libro. Aunque, por lo que Gordon veía, no tenía las manos atadas sino ocupadas con un cigarrillo y un gran vaso de *whisky*, y los niños se lanzaban escaleras abajo en bandejas de té armando un gran escándalo.

A última hora de la tarde, cuando los niños ya se habían acostado, Gordon, Eliza y la viuda se sentaban en la sala delantera en torno a un fuego de carbón y escuchaban la radio o jugaban a cartas. La viuda sospechaba que Eliza hacía trampas pero no podía demostrarlo. (Todavía). A veces, Gordon se limitaba a sentarse y a mirar el fuego mientras la viuda ponía su colección de discos rayados en el viejo gramófono de cuerda.

La viuda armaba un gran revuelo con la cena de Gordon.

—Necesita que lo cuiden —le remarcó a Eliza mientras cortaba un trozo de pastel de Navidad del año anterior y ponía un aspa de queso fresco en lo alto.

—*Oh, Dios* —murmuró Eliza a la araña Jorge III—, *incluso está relleno de maldito queso.*

—Oh, lo siento —dijo la viuda con toda la dignidad de una duquesa norteaña—, ¿querías un poco, Eliza?

Mientras Gigli cantaba «Che gelida manina» en el gramófono, la viuda servía té

en tazas decoradas con ramillas en flor. Eliza tomaba el té sin leche ni azúcar, y la viuda, cada vez que le servía una taza, decía:

—¡Oh, no sé cómo puedes!

Y arrugaba su cara semejante a papel blanco.

Entre bocado y bocado de pastel, Gordon cometió el fallo de bromear, en favor de su madre, con el hecho de que Eliza nunca hacía pasteles. Eliza lo miró con los ojos entrecerrados y dijo:

—*No, pero yo follo contigo.*

Gordon dejó caer un charco de té al platillo y se atragantó con el viejo pastel de Navidad. La viuda esbozó la luminosa y educada sonrisa del que no oye bien y dijo:

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha dicho?

En noviembre, los árboles de las calles estaban casi desnudos. Solo aquí y allá persistía una hoja aislada, ondeando como una triste bandera, y ya no había hojas que recoger cuando Charles iba a la escuela primaria de Rowan Street y regresaba después a casa. Charles odiaba el colegio. Charles odiaba tanto el colegio que no podía tragarse el desayuno por las mañanas.

La filosofía de la viuda respecto a la nutrición infantil era simple: comer tanto como fuese posible en cualquier ocasión. Prestaba una especial atención al desayuno e insistía en que Charles e Isobel comieran gachas, huevos, duros o pasados por agua, tostadas y mermelada y en que bebieran media pinta de leche en grandes vasos de cristal.

—*Se hincharán como globos* —dijo Eliza, que desayunaba café negro y cigarrillos como tenía por costumbre.

—Y tú te consumirás hasta desaparecer —respondió la viuda en tono acusador. Charles alzó la vista de su huevo, sobresaltado. Eliza estaba delgada, pero no podía adelgazar tanto como para desaparecer, ¿verdad?

Charles ya se había limpiado los restos de mermelada (de cualquier manera, según la viuda, con una vieja manopla) y se había puesto la americana y la gorra. Le empezó a temblar el grueso labio inferior y dijo, muy bajo, en dirección a Eliza:

—No quiero ir al cole, mami.

—No seas tonto —dijo la viuda con brusquedad— todo el mundo tiene que ir al colegio.

Rowan Street Primary era un lugar exiguo y oscuro que olía a gabardina húmeda y a suela de goma, lleno de solteronas avinagradas que debían de haber nacido bajo la misma mata de grosella que Vinny. La cantidad de violencia física que tenía lugar entre los muros de ladrillos era extraordinaria; Charles, a su regreso, informaba de los azotes, zurras y palizas perpetrados a diario por el director, el señor Baxter (de momento y afortunadamente, a otros niños).

—No hay nada malo en imponer una disciplina severa —decía la viuda mientras ajustaba sin compasión la enorme mochila de piel a los pequeños hombros de Charles—. Los niños pequeños son traviesos y hay que ponerlos en su sitio.

—*Oh, y a los niños grandes también* —dijo Eliza arrastrando las palabras. Dio una larga calada a su cigarrillo y miró a Gordon, quien daba cuenta del desayuno de la viuda, con ojos como rendijas—. *Yo pongo a Gordon en su sitio a menudo, ¿verdad, cariño?*

Eliza sonrió como un gato al sol y la viuda se puso del color de la calabaza en conserva casera. Por su expresión, parecía a punto de romperle la crisma a Eliza con la gran tetera cromada que siempre adornaba el centro de la mesa. Gordon lo ignoró todo estoicamente y, poniéndose en pie, tomó un triángulo de pan frito del plato sin acabar y dijo:

—Vamos, chaval (el puesto de mando en la guerra había influido en su anterior vocabulario plebeyo), te llevaré al colé en coche.

Obligado a aceptar lo inevitable, un halo de catástrofe quedó suspendido sobre la gorra a rayas del pobre Charles. Cuando se acercó a Eliza para darle un beso de despedida, ella le susurró al oído con ferocidad:

—*Si el señor Baxter te pone un dedo encima, dímelo y le arrancaré la cabeza y le sacaré los pulmones por la boca.*

Si en el mundo había una persona más terrible que el señor Baxter, era Eliza.

La Navidad supuso un respiro de dos semanas para Charles. Pasó muchas horas confeccionando pacientemente torpes cadenas de papel y adornos navideños con las tapas plateadas de las botellas de leche.

—*Precioso, cariño* —dijo Eliza, al tiempo que se engalanaba con una cadena de tapas bajo la falsa impresión de que Charles le había hecho un collar.

Gordon fue al campo y regresó con un abeto enorme, embutido en el maletero del gran coche negro, la tierra aún prendida a las raíces. Eliza acarició las ramas con suavidad, como si fuera un animal salvaje, y dijo:

—*Oled esto.*

Todos aspiraron el aroma a frío, resina y algo aún más misterioso. Gordon lo domesticó metiéndolo en un viejo tonel envuelto en papel navideño y llenándolo de pequeñas luces de colores.

Eliza hizo enanitos de tisú y papel crepé. Las caras de tisú tenían sonrisas pintadas de cualquier manera y ojos hechos con cabezas de cerilla. Los brazos y piernas confeccionados con limpiapipas se aferraban al árbol como si les fuera la vida en ello.

—*Son una monada, ¿verdad?* —preguntó Eliza a todo el mundo, encantada con sus manualidades, y nadie tuvo el valor de decirle lo horribles que eran.

Para Navidad, Gordon le regaló a Eliza un anillo gitano victoriano: de oro con pequeñas esmeraldas y diamantes en estrella. Eliza lo sostuvo contra su mejilla y preguntó a Charles:

—*¿Me queda bien?*

La viuda contempló a Eliza con mirada de ave rapaz al acecho, enfadada ante la idea de lo mucho que le habría costado el anillo a su niño. Tendió su soso e

ineludible regalo de suegra: una caja de pañuelos con la inicial bordada.

Gordon le había comprado a Charles un juego de magia para niños mucho mayores que él.

—En realidad te lo has comprado para ti —dijo Vinny, punzante como una aguja de pino. (Vinny no era la misma desde que se había declarado la paz).

—*Haz que desaparezca, ¿quieres, cariño?* —susurró Eliza (bastante alto) a Gordon.

La viuda trinchó el cerdo de Navidad llevando una corona de papel torcida en el moño de cabello gris, y Gordon propuso un brindis por el futuro con vino francés. Eliza ofreció a Charles e Isobel una copa de vino rebajado con agua. La viuda dio un sorbo a su vino rojo sangre y dijo:

—Aquí hay libertad total... todos lo sabemos, ¿no?

Llegó el verano y trajo consigo nuevos vecinos en la puerta de al lado. La pareja de ancianos que había habitado Sherwood desde que fuera construida había muerto con una semana de diferencia, y el señor Baxter compró la casa. El mismísimo señor Baxter —para infinito horror de Charles—, el director de Rowan Street Primary. Parecía injusto que Charles, tras pasarse el día esquivando al señor Baxter en la escuela, no estuviera a salvo siquiera en su propia casa, ni en su jardín. Charles estaba condenado; cada vez que daba una patada al balón, aterrizaba al otro lado de la valla, cada vez que gritaba a todo pulmón, lo que Charles hacía con frecuencia, era el señor Baxter quien estaba dormitando en la tumbona, al otro lado del ligustro.

También había una tímida señora Baxter. Más joven que su marido y perfecta para la maternidad; rechoncha y suave, sin duros contornos, a diferencia del abrupto señor Baxter. La señora Baxter cambió el nombre de la casa y pidió al hombre que le hacía las chapuzas a la viuda que reemplazara la placa donde ponía «Sherwood» por una de madera con la inscripción «*Sithean*».

—Qué manera de desperdiciar el metal —opinó la viuda, aunque no dejó claro si se refería al bronce o al dinero.

«She-ann», explicó la señora Baxter a la viuda, era una palabra escocesa. La señora Baxter era escocesa también y tenía un acento encantador, turba, brezo y casas de dúctil piedra arenisca.

Los Baxter tenían una hija —Audrey— de la misma edad que Isobel. Audrey era una «niñita tímida» (según la viuda) con el pelo color hojas de arce en otoño y los ojos color ala de paloma. El señor Baxter era muy estricto tanto con Audrey como con la señora Baxter.

—*Qué horribles son las familias de las otras personas* —bostezaba Eliza.

La viuda no respondía con mucho entusiasmo a los gestos de buena vecindad de la señora Baxter; pensaba que cada cual en su casa y Dios en la de todos.

—*¿Y quién más iba a quererla en su casa?* —dijo Eliza, tumbada en la hierba, sobre una estera, en bañador. Sus delgadas extremidades se veían increíblemente pálidas, como si nunca antes hubieran visto la luz.

Había poca gente con la que la viuda desease mantener un trato vecinal. Los Lovat eran una de las pocas familias a las que cortejaba. («Invita al pequeño Malcolm a casa», le decía a Charles, sobornándolo con azúcar cande. La profesión médica le inspiraba un respeto desproporcionado, y no hacía ascos a los ginecólogos, pues nunca había tenido problemas femeninos).

Gordon regresó a casa un día y dijo:

—¿Qué te parecerían unas vacaciones?

Eliza respondió:

—*Con ella, no.*

Así que se fueron los cuatro a la playa y se alojaron en una pensión donde la dueña los avisaba de que bajaran a cenar golpeando un gong de cobre en el vestíbulo. En cada ocasión, Gordon hacía la misma broma sobre J. Arthur Rank, hasta que Eliza dijo:

—*Por el amor de Dios, Gordon, cierra el pico, ¿quieres?*

A partir de entonces, no volvió a repetir la broma.

Gordon alquiló una sombrilla en la línea de colores primarios que se extendía a lo largo del paseo y se dedicaba a construir espectaculares castillos de arena. Charles se veía obligado a llevar un gorro de algodón para el sol, como los bebés, porque su piel de pelirrojo se quemaba con gran facilidad.

—¿Y en tu familia había alguien pelirrojo? —preguntó Gordon con un sarcasmo poco habitual en él, pero Eliza se lo quedó mirando tras sus impenetrables gafas de sol.

Enterraron a Eliza en la arena. Ella se quedó tan tranquila, leyendo un libro. De vez en cuando, echaba un vistazo a sus hijos por encima de las gafas de sol y sonreía. (¡*Me tenéis prisionera!*). Llevaba un favorecedor traje de baño rojo atado al cuello y su piel, tras una semana expuesta a un sol que pegaba con fuerza, había adquirido un tono de lo más exótico.

Al atardecer, Eliza y Gordon recorrían el paseo marítimo, Eliza luciendo uno de sus caros vestidos. Y cuando volvían a la habitación, Gordon le desabrochaba el vestido y deshacía el lazo del cuello, recorría con los dedos la cálida piel morena y le enterraba el rostro en el cabello, tan oscuro, hasta que ella se echaba a reír y decía:

—*Lo siento, cariño, la tienda de niños está cerrada.*

Gordon le preguntaba cómo era posible que fuera una zorra con todo el mundo menos con él. Y Eliza reía.

—*Me voy a dar un paseo* —dijo Eliza levantándose de repente de la tumbona —*que nadie me siga* —añadió en tono de advertencia cuando Gordon hizo ademán de incorporarse también—. *Me estoy asfixiando.*

Llevaba una falda roja de algodón sobre el bañador rojo y se la había atado a un costado, así que los hombres, sentados en la playa con sus mujeres e hijos como Dios manda, volvían la cabeza disimuladamente para seguir el lento progreso de Eliza quien, como una cingara, recorría la orilla. En un momento dado, se agachó, recogió

algo y lo examinó antes de proseguir su deambular.

Caminó un largo trecho, hasta que solo era una lejana llama roja al límite del campo de visión. Para cuando regresó a paso indolente el sol ya no calentaba y la marea lamía los castillos de arena que se extendían a lo largo de la orilla.

—Pensaba que no volverías nunca —dijo Gordon cuando Eliza llegó al fin. Ella le ignoró y alargó la mano hacia Charles, diciendo:

—*Mira lo que he encontrado.*

Le tendió una concha en espiral. El exterior era calcáreo, blanco y tosco, pero por dentro era de un rosa vivo y satinado.

—*El color de las entrañas de un bebé* —dijo Eliza, y Gordon exclamó:

—Por el amor de Dios, Lizzy.

Eliza encendió un cigarrillo y miró cómo una ola se arrastraba hasta sus pies, delicados y morenos, con las uñas pintadas del color del acebo.

—Vámonos —dijo Gordon a Charles e Isobel—. J. Arthur Rank nos llamará en cualquier momento, y no queremos perdernos la cena, ¿verdad?

Subieron los peldaños de cemento enguajarrado hacia el paseo pero Eliza se quedó donde estaba, las olas ya lamiendo sus tobillos.

—Maldita reina de los Mares —dijo Charles, que por lo general no maldecía—, dejad que se ahogue.

Pero Charles gritó ante la sola idea, corrió hacia Eliza y, tomándola de la mano, tiró de ella.

—Os podríais hacer amigas —le dijo Gordon a Eliza mientras miraban a la señora Baxter, que trabajaba en el jardín—. No es mucho mayor que tú.

Estaban en el dormitorio del ático, supervisados por la viuda, que fingía ser el capitán de un buque alemán para que la flota de pequeños barcos de Charles pudiera destruirla. Gordon estaba detrás de Eliza, con los brazos rodeándole la cintura y la cabeza apoyada en su hombro. Eliza intentaba ignorar esa cabeza, hacía esfuerzos por no apartarse y empujarlo.

La señora Baxter atacaba la descuidada hierba del jardín de Sithean, apoyándose con todo su peso en el manillar del cortacésped manual y parando cada pocos minutos para desenredar los largos tallos de hierba húmeda del rodillo. El olor a césped cortado invadía la cálida habitación del ático.

—No debería hacer eso en su estado —dijo Gordon frunciendo el ceño preocupado (la señora Baxter estaba embarazada).

El señor Baxter salió y le dijo algo a su esposa.

—Es un tipo raro —dijo Gordon.

Eliza se apartó de la ventana y quedó de cara a Gordon, que le rodeó la cintura con los brazos y la hizo caminar de espaldas, como un prisionero, hasta la pequeña cama de Charles. Eliza le hincó el codo con fuerza en las costillas y le dio una patada en la barbilla con el talón, dejándolo en la cama sorprendido y lastimado.

Gordon se quedó tendido en la cama largo rato escuchando cómo la flota alemana

era destruida («*Achtung! Achtung!*»), gritaba la viuda al ahogarse) y el sonido del cortacésped traqueteando en el aire del atardecer. Oyó cerrarse la puerta delantera con un portazo. En aquellas tardes estivales, Eliza se pasaba el día fuera. ¿A dónde iba? *A dar una vuelta.*

—El veranillo de san Martín —anunció la viuda.

Era septiembre, y todas las hojas de los árboles estaban adquiriendo un tono marrón. Charles e Isobel habían pasado el sarampión y Charles aún no había empezado el curso; Isobel no tenía que ir al colegio hasta el año siguiente.

—¡Están fuertes como robles! —declaraba Vinny malhumorada cada vez que se cruzaba con ellos.

El desayuno era siempre un momento peliagudo. La viuda se mostraba de lo más servicial, Eliza de lo más indolente.

—Te alegrarás cuando Charles vuelva al colegio —dijo la viuda durante un desayuno particularmente tenso. El sol matutino de septiembre se extendía como mantequilla por el mantel de lino blanco de la viuda—. ¡Cuando los dos vayan al colegio, ya puestos! —prosiguió, tomando prestados dos signos de exclamación de Vinny. Gordon seguía en el piso de arriba, afeitándose, rasurando cuidadosamente su bonita garganta con la navaja.

—¿*Ah, sí?* —dijo Eliza, al tiempo que hacía chasquear el mechero tan tranquila. Aspiró profundamente y dijo que, si de ella dependiese, ni siquiera se molestaría en enviar a los niños al colegio. No se había maquillado aún y su rostro se veía limpio y sin impurezas. Con el pelo recogido en una coleta, sus mejillas de esquimal quedaban inopinadamente realzadas.

—Bueno, suerte tenemos de que no depende de ti, ¿no? —ladró la viuda.

Eliza no respondió, aparte de alzar una ceja con desidia y untar mantequilla en una tostada; el tipo de respuesta que hacía hervir la sangre de la viuda.

(—Consigue que me hierva la sangre —rezongó a Vinny, empujando la vieja aspiradora de madera por la alfombra de la sala como si quisiera segarla hasta acabar con ella. Vinny, que la seguía plumero y limpiador en mano, tuvo la inquietante visión de la sangre de su madre hirviendo alegremente en su cuerpo-retorta. La viuda no tenía aspecto de que le hirviera la sangre, más bien parecía que la tuviera congelada).

—¿Y que harías con ellos si no fueran al colegio? —continuó la viuda, a quien la curiosidad impulsaba a prolongar esta conversación cuando, por lo general, prefería no hablar con Eliza en absoluto.

—*Oh, no sé* —dijo Eliza con despreocupación, y a continuación sopló un anillo de humo pequeño y perfecto que hizo las delicias de Charles. Retorció entre los dedos un rizo negro escapado de la cinta y sonrió a Charles. Llevaba una bata vieja de Gordon, de seda con estampado de cachemira, y un camisón tan adornado como para ir a un baile, largo cuerpo de encaje y falda cortada al bies en satén rosa. Estaba tan hermosa con ese aspecto descuidado que Gordon, inadvertido en el umbral del

comedor, tenía el corazón en un puño.

—*Los llevaría a un gran prado en alguna parte* —dijo Eliza al fin—, y los dejaría correr a sus anchas.

—Vaya sarta de tonterías —tableteó la viuda en respuesta.

Las gachas de Isobel eran una pequeña isla, gris y grumosa como cerebros derretidos, que flotaba en un estanque de leche. Hincó la cuchara en el centro de la isla de gachas e imaginó que estaba en el gran prado verde de Eliza. Se imaginaba a sí misma, una figura chiquita en medio de un océano verde.

—¿Te vas a comer las gachas o vas a jugar con ellas? —la reprendió la viuda.

—*No hable así a mis hijos* —dijo Eliza al tiempo que se ponía en pie empujando la silla hacia atrás como si estuviese a punto de atacar a la viuda con el cuchillo de la mantequilla. Se le había escurrido el tirante del camisón, dejando a la vista un hombro desnudo y el hemisferio norte de un pecho suave y redondo que asomaba entre la espesura de encaje. La piel de Eliza era perfecta, a Charles le recordaba a la cremosa cuajada que hacía su madre, pero sin las pecas de nuez moscada.

—Mírate, zorra —siseó la viuda a Eliza, e Isobel se encogió y empezó a devorar las gachas a toda velocidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Gordon avanzando hasta el centro de la habitación. La camisa de Gordon (que la viuda había almidonado) y su rostro recién afeitado se veían tan frescos e impecables que provocaron una tregua en la mesa del desayuno.

De repente Gordon levantó a Isobel de la silla —aún con la cuchara en la mano— y la lanzó tan alto que, por un instante, pareció que no bajaría nunca.

—La colgarás de la pantalla de la lámpara, si no llevas cuidado —le reprochó la viuda.

Vinny entró en el comedor, con el sombrero puesto y el bolso en la mano, lista para ir al trabajo.

—Se lo hará encima —advirtió.

—*A juzgar por la cantidad de horas que pasa aquí* —dijo Eliza en voz alta—, *nadie diría que tiene casa propia.*

Gordon devolvió a Isobel a la silla y le dijo a la viuda:

—¿Es que nadie puede divertirse en esta casa para variar?

Y ella respondió:

—No hace falta que te pongas así, Gordon.

Pero Vinny no pudo evitar la tentación de aportar su granito de arena:

—La diversión, Gordon —se burló—, no lava la colada.

—¿Qué demonios significa eso, Vinny, maldita sea? —dijo Gordon, proyectando en ella su enfado, y como no se le ocurrió ninguna respuesta, Vinny se sentó a la mesa del desayuno y se sirvió una taza de té.

—*Oh, cariño* —coqueteó Eliza acercándose a Gordon y apoyándose en él con todo su cuerpo cubierto de satén y encaje, mientras la viuda le tapaba los ojos a Charles. Eliza tomó la cintura de Gordon, oculta por la chaqueta, le desajustó la

camisa y la camiseta y recorrió su espalda desnuda con la palma de las manos hasta los omóplatos. A Gordon se le escapó un embarazoso gemido. Vinny y la viuda eran ambas reflejo de la repugnancia de la otra. La boca de Vinny se frunció como la de una carpa cuando articuló a escondidas la palabra «puta» en dirección a la tetera.

Eliza se quedó de puntillas y le susurró a Gordon al oído:

—*Cariño, si no nos vamos a vivir solos lo antes posible, voy a dejarte. ¿Entiendes?*

La señora Baxter perdió el niño.

—(¿Cómo se puede perder un niño? —preguntó Charles horrorizado.)

(—*Es bastante fácil, si te empeñas lo bastante, cariño* —rio Eliza.)

Una noche, tuvo que ir al hospital de repente. La señora Baxter se presentó en Arden arrastrando a Audrey de la mano y le preguntó a la viuda si se la quedaría un rato. La viuda difícilmente podía negarse y Gordon llevó a Audrey al piso superior y la metió en la cama junto a Isobel. Audrey era muy callada, no dijo nada aparte de «hola» y «buenas noches», pero lanzaba unos ronquidos suaves, como un gatito.

El niño de la señora Baxter había llegado pronto, demasiado pronto, y murió sin ver siquiera la luz del día.

—Mortinato —dijo la viuda mientras desayunaban huevos pasados por agua, y Gordon dijo:

—Shh... —señalando a Audrey con un gesto. Pero Audrey estaba demasiado concentrada tratando de que el huevo no se le escapara del plato como para darse cuenta.

Más tarde, cuando Audrey ya había vuelto a su casa, Charles preguntó qué significaba mortinato, y Vinny dijo:

—Muerto —en su habitual tono de «dejémonos de tonterías». Se preparaba una tostada mientras esperaba a que la llevaran en coche al trabajo.

—¿A dónde van los bebés muertos? —preguntó Charles.

Vinny no se amilanó:

—Bajo tierra.

La viuda hizo un gesto de desaprobación ante la crudeza del comentario.

—Al cielo, por supuesto —suavizó—, los bebés van al cielo y se convierten en querubines.

Charles miró a Eliza buscando confirmación. Nunca creían nada de lo que les decían si Eliza no lo corroboraba.

—A la tienda de niños, para que los arreglen —dijo para fastidiar a Vinny y a la viuda.

—Y si no te pones en marcha, Charles —fanfarroneó la viuda—, te enviarán de vuelta a la tienda de niños y te cambiarán por otro modelo.

Orgullosa de su sutileza, la viuda esbozó una sonrisa triunfante en dirección a Eliza y abandonó la habitación con paso majestuoso. Eliza entrecerró los ojos y encendió un cigarrillo.

—*Un día —dijo— un día voy a matar a esa vieja bruja.*

—De verdad, tendremos que irnos a vivir solos —comentó Gordon a su madre. La viuda estaba en la cocina haciendo masa para un pastel de ciruelas dominical. En la mesa de la cocina tenía un gran cuenco lleno de sus propias ciruelas Victoria. Una avispa se arrastraba por encima de las frutas rojas, mareada por los vapores de la ciruela. La viuda se cruzó de brazos, apuntalando su escuálido pecho y manchándose la blusa de harina. Con las ganas que tenía de deshacerse de Eliza, a la hora de la verdad no podía soportar la idea de que Gordon («mi niño») se fuera de casa.

—Es una tontería —dijo—, aquí hay espacio de sobras (y si no estuviese yo quién iba a cuidar de vosotros—), y de todas formas esta casa será vuestra algún día, Gordon. Un día muy próximo —añadió con la voz algo entrecortada. Levantó el delantal para enjugarse los ojos y Gordon dijo:

—Vamos, vamos...

Y la rodeó con los brazos.

Eliza estaba tendida en la cama junto a Gordon en actitud fría. La segunda mejor cama. Las sábanas en Arden eran rígidas como papel de embalar. Le habló por encima de su hombro helado:

—*Mírala... ¿por qué no se muda con Vinny y nos deja la casa, o nos da algo de dinero de la tienda? La tienda debería ser tuya, es una anciana, ¿por qué se aferra a ella? Podríamos venderla y sacar algo de dinero, largarnos de este maldito agujero. Hacer algo con nuestras vidas.*

Básicamente, esto era todo lo que Eliza le había dicho a Gordon los últimos meses. Él contemplaba la pared opuesta a través de la oscuridad. Si observaba el papel con la atención suficiente, podía distinguir dónde empezaba la repetición del estampado de rosas que asomaban entre el enrejado. Ululó una lechuza en Sycamore Street.

La viuda se acomodó con dificultad en el asiento del acompañante del gran coche negro.

—Cerramos a mediodía —le dijo Gordon a Charles—. Volveré a la hora de comer.

Vinny se sentó a regañadientes en el asiento trasero:

—¿Por qué siempre me toca a mí ir detrás? ¿Por qué siempre soy la segundona?

Y todos se alejaron para convertirse en tenderos autorizados por un día, *prut-prut-prut*. Charles saludó hasta que el coche se perdió de vista —y después un poco más, porque uno de los trucos de Gordon era fingir que había girado por una esquina y entonces, justo cuando creías que se había ido, asomarse otra vez de repente. Pero esta vez no.

—*Un picnic* —dijo Eliza, apagando el cigarrillo en uno de los platos decorados con ramillas en flor de la viuda—. *Son vacaciones, al fin y al cabo, y no hemos hecho*

absolutamente nada en toda la maldita semana.

Alcanzó la vieja cesta de mimbre, guardada en el armario del hueco de la escalera y dijo:

—*Cogeremos el autobús al pueblo, recogeremos a papá a la hora de comer y le daremos una sorpresa.*

Se dieron el gusto de sentarse en el piso superior del autobús, en la primera fila, y miraron las calles de árboles correr por debajo. La gran rama de un sicómoro chasqueó de repente contra el parabrisas delantero, agitando sus hojas muertas semejantes a manos. Eliza dijo:

—*No pasa nada, solo es un árbol.*

Y encendió un cigarrillo. Agitó la mano para alejar el humo del rostro de los niños, cruzó las piernas y golpeteó el suelo con el pie, como si estuviera impaciente por algo. Llevaba los zapatos favoritos de Charles, de ante marrón y tacón alto con pequeños pompones de piel. Visón, según Eliza. Las medias de quince denier eran del mismo tono. Visón.

El autobús prosiguió su pesada marcha avanzando por la calle donde vivía Vinny. Eliza aplastó el cigarrillo en la suela del zapato, retorciendo el pie con fuerza hasta mucho después de que el cigarrillo se hubiese apagado. Irradiaba mal humor como el frío sol de octubre. Había una parada de autobús justo a la puerta de Vinny y los tres contemplaron su pequeño jardín delantero e intentaron atisbar al otro lado de las cortinas de encaje, tranquilos porque sabían que estaba trabajando. Tenían las caras al nivel de la ventana del dormitorio, pero Vinny mantenía las cortinas corridas en todo momento para protegerlo de los pasajeros entrometidos. Los *voyeurs* no tenían ocasión de descubrir secreto alguno. Vinny vivía en una casa pareada de finos muros de ladrillo con una pequeña rotonda cuadrada y un porche construido cuando el arquitecto se le había agotado la imaginación y el alcohol había inundado sus venas (el sólido tronco del arquitecto sufrió una acometida fatal en 1930).

—*Ugh* —se estremeció Eliza, aunque no dejó claro si por la casa o por la inquilina ausente. Seguramente por ambos. A Charles y a Isobel no les gustaba ir a casa de Vinny. Olía a humedad, a desinfectante y a verduras hervidas.

Cuando llegaron a la tienda encontraron a la viuda de pie junto al molinillo de café Hobart, cuyo metal rojo estaba surcado de arañazos, soñando con dinero y con el fin del racionamiento. Gordon subió a Isobel al pulido mostrador de caoba para que le viera pesar el té. Olía oscuro y amargo como la tetera cromada de la viuda, con su cubierta de punto verde y amarilla. Vinny cortaba un trozo de queso Lancashire, blanco como la piel de la viuda.

—Bueno, bueno, bueno —dijo la señora Tyndale, una cliente habitual, irrumpiendo en la tienda con todo su peso—, pero si son Charles e Isobel.

Se volvió hacia la viuda:

—Es idéntica a su madre, ¿verdad?

La viuda y Vinny enarcaron las cejas al unísono, compartiendo en silencio las

derivaciones de esta observación.

—Es encantador, ¿verdad? —dijo la señora Tyndale—, ver a una familia joven y feliz.

Eliza no respondió nada en absoluto y se esfumó a la trastienda. Gordon la siguió como llevado de una correa invisible. La señora Tyndale se inclinó hacia el mostrador cual conspiradora y le dijo a Vinny:

—Una coquetuela, ¿no?

Vinny esbozó una extraña sonrisa furtiva y dijo:

—Una vampi, también.

Un oyente casual habría pensado que estaban hablando de especies de pájaros poco conocidas.

Eliza y Gordon reaparecieron con los rostros tensos e inexpresivos, como si hubieran estado discutiendo.

—*Nos vamos de pícnic, te llevaremos a casa primero* —le dijo Eliza a la viuda. Ella protestó. Pensaba ir a comer a Temple, dijo con expresión beatífica, como si tuviera intención de ir a misa, como si Temple en realidad fuera un templo y no el restaurante de unos grandes almacenes.

—¿Un pícnic en octubre? —preguntó la señora Tyndale perspicaz, y todos la ignoraron.

Eliza cogió a Isobel del mostrador y se puso a mordisquearle la oreja. ¿Por qué, se preguntó Vinny, Eliza se pasaba el día tratando de comerse a sus hijos?

—*Qué bocado tan sabroso* —susurró Eliza al oído de Isobel mientras Vinny se ensañaba con la mantequilla, imaginando, mientras la igualaba, que era la cabeza de Eliza. Si Eliza no llevaba cuidado, pensó Vinny, miraría un día a su alrededor y descubriría que se los había comido a todos.

La viuda, entretanto, se preguntaba si aquella excursión sería otro de los antojos de Eliza. Quizá volviera con otro niño. O tal vez, con algo de suerte, se perdiera y no regresara. Vinny aplastó un trozo de mantequilla contra la tabla de mármol, nunca se les ocurriría invitarla a ella a un pícnic, ¿a que no?

—*Vinny* —ronroneó Eliza dulcemente—, ¿*por qué no nos acompañas?*

Vinny retrocedió horrorizada. Lo último que le apetecía era ir a ninguna parte con ellos, solo quería que la invitaran.

—Sí, ve —ladró la viuda—. Un poco de aire fresco te dará algo de vida.

—*Pobre Vinny* —dijo Eliza, burbujeante de risa.

Era un auténtico alivio ver a Eliza animada, aunque solo durara un instante. Llevaba semanas de mal humor. *Estoy fuera de mí*, había dicho y a continuación había lanzado una carcajada de maníaca, *pero Dios sabe quién ocupa mi lugar*.

Con un aspaviento, Gordon se liberó de sus ataduras y se puso el impermeable y el sombrero flexible, con lo que dejó de parecer un tendero al instante. Hubiera podido pasar por una estrella de cine con ese pelo espeso y ondulado. Se quedó en la puerta de la tienda, levantó los brazos como para jugar a «naranjas y limones» y dijo:

—¡Que le corten la cabeza!

Isobel corrió bajo el semiarco de sus brazos. Charles se puso nervioso y corrió tres veces para ser ejecutado. Gordon estaba a punto de cortar la cabeza a Eliza también cuando esta dijo —muy fríamente, muy *Hempstid*:

—*Basta ya, Gordon.*

Él le lanzó una mirada extraña. A continuación se cuadró y respondió:

—*Jawohl, meine dame.* Vinny gruñó:

—Eso no tiene gracia, Gordon. ¡Murió gente en la guerra, sabes!

Eliza se echó a reír y dijo.

—*No, ¿en serio, Vinny?*

Gordon se volvió hacia ella de mala manera y gruñó:

—*Cállate, ¿quieres Eliza?*

—*No sé que te pasa* —respondió ella sin hacerle caso.

Gordon se la quedó mirando muy fijamente y dijo:

—*¿No?*

La campanilla de la puerta repicó ruidosamente cuando Gordon empujó la puerta para cerrarla tras ellos. La viuda y la señora Tyndale se quedaron al otro lado del cristal y despidieron al coche haciendo gestos con la mano, tan inexpresivas como marionetas de guiñol. En cuanto el motor empezó a ronronear se dieron la vuelta, impacientes por comentar el comportamiento de la joven familia no demasiado feliz.

—*¿A dónde vamos?* —preguntó Gordon a nadie en particular, tamborileando en el volante con sus manos enfundadas en guantes de piel como si fuese una pandereta.

—*A cualquier parte* —dijo Eliza, encendiendo un cigarrillo.

Gordon le lanzó una extraña mirada de soslayo, como si acabaran de conocerse y se estuviera preguntando qué clase de persona era.

—*¿Qué tal Boscrambe Woods?* —preguntó, y miró a Charles por el espejo retrovisor.

—*¡Sí!* —gritó Charles con entusiasmo.

Eliza dijo algo pero Gordon aceleró para separarse de la acera y el ruido del motor ahogó las palabras.

Vinny, relegada al asiento trasero como de costumbre, se encogía tanto como podía para protegerse de los descuidados puntapiés y de las manos pringosas.

—*¿Qué te parece, Vin?* —preguntó Gordon, y Vinny dijo:

—*¿Qué...? ¿O sea que alguien me está pidiendo la opinión para variar?*

Encendió un cigarrillo sin dar opinión de ninguna clase y desapareció en una nube de humo.

Isobel cerró los ojos casi tan pronto como el motor se puso en marcha. Le encantaba la sensación de hundirse en el sueño, respirando el narcótico de la piel de los asientos, la nicotina, la gasolina y el perfume de Eliza. Seguían en marcha cuando se despertó. Eliza la miró por encima del hombro y dijo:

—*Pronto llegaremos.*

Isobel notaba la lengua áspera, como llena de guijarros. Charles se arrancaba una costra de la rodilla. Tenía la cara llena de pecas y minúsculos cráteres elípticos de la varicela. Frunció su nariz respingona ante la humareda que había en el coche. Gordon empezó a cantar «Down by the salley gardens» con su bonita voz de barítono. De perfil, se le veía la nariz recta y romana y desde el asiento trasero, recostado contra el asiento de piel, podías imaginarlo guiando su avión entre las nubes. De tanto en tanto, echaba un vistazo en dirección a Eliza, como para comprobar que seguía allí.

Frenó de repente cuando un pequeño grupo de ardillas grises pasó como una exhalación ante el coche, y todos fueron impulsados hacia delante. Vinny rebotó de frente en el respaldo del asiento y lanzó un pequeño grito.

—Dios —dijo Gordon conmocionado, pero Eliza se limitó a lanzar su extraña y enervante risa. Gordon se quedó mirando el parabrisas un instante, con un tic nervioso en la mejilla.

—¿Y tú estás bien, Vinny? —se preguntó Vinny a sí misma—. Oh, sí, gracias, no os preocupéis por mí —respondió, y volvió a ser impulsada hacia delante cuando Gordon aceleró.

El frío los cogió por sorpresa después de tanto rato al calor del coche, el limpio aire del bosque los sobresaltó tras la polución del tabaco. Eliza se subió el cuello de su abrigo de camello y se puso los delicados guantes de piel.

—*Debería haberme traído un sombrero* —dijo, al tiempo que se inclinaba para atar la bufanda de Isobel. Esta vio una raya de rímel en la mejilla de Eliza, bajo las pestañas. Eliza le apretó tanto la bufanda que la pequeña se ahogaba, y tuvo que subir las manos para aflojarla.

La bufanda hacía juego con el abrigo Shetland, ambos tejidos por la viuda para Navidad. Charles llevaba la chaqueta y la gorra del colegio, mientras que Vinny se había puesto la gabardina azul marino con sueste a juego. Cualquiera que los hubiera visto en aquel momento los habría tomado por una familia afortunada —saludables, guapos, normales—, del tipo que ilustraban los anuncios cada semana en *Picture Post*. Una simpática familia normal y corriente dando un paseo por el bosque. Al verlos, nunca hubieran dicho que su mundo estaba a punto de derrumbarse.

Eliza chupó la esquina del pañuelo que le habían regalado por Navidad y se inclinó para limpiar las comisuras de la boca de Isobel. Frotó con tanta fuerza que Isobel se vio obligada a dar un paso hacia atrás. Desde algún lugar por encima de su cabeza, la voz de Gordon sonó hueca:

—No frotes tan fuerte, Lizzy, la borrarás.

Isobel vio cómo los ojos de Eliza se estrechaban hasta convertirse en rendijas y que una venilla —color jacinto— se le marcaba en la frente y empezaba a latir a través de la delicada piel. Eliza plegó el pañuelo en un pulcro triángulo, se lo metió a Isobel en el bolsillo del sencillo abrigo de lana y dijo:

—*Por si tienes que sonarte.*

El pícnic no fue un éxito que digamos. La cocina no era el fuerte de Eliza. El

pepino de los *sandwiches* de pepino y pasta de pescado había humedecido el pan, las manzanas tenían golpes color óxido bajo la piel y Eliza había olvidado coger bebidas. Les parecía llevar un buen rato caminando bosque adentro.

—Cuando estés en el bosque —le dijo Gordon a Charles—, no te apartes del sendero, así no te perderás.

—¿Y si no hay sendero? —preguntó Eliza con la voz crispada de mal humor.

—Entonces camina hacia la luz —dijo Gordon sin volverse a mirarla.

Eliza había llevado la gran manta a cuadros del asiento trasero y la extendió sobre una alfombra de hojas de haya.

—*Estaremos de maravilla en este claro soleado* —dijo con un alborozo febril que no convenció a nadie. Charles cayó de rodillas y rodó por la manta. Gordon se tendió apoyado en los codos e Isobel se apretó contra el pliegue de su brazo. Eliza se sentó como una formal aristócrata. Sus piernas, largas y finas, enfundadas en las medias color visón y los elegantes zapatos, se veían fuera de lugar extendidas sobre la sencilla manta a cuadros, como si se hubieran extraviado de un desfile de modelos. Vinny les lanzó miradas de envidia. Las descarnadas piernas de esta parecían pinzas de ropa. Forzando su cuerpo semejante a un atizador, Vinny se sentó de rodillas en la alfombra y se tapó las piernas con la falda. Tenía el aspecto de una refinada viajera victoriana entre primitivos habitantes de los bosques.

La novedad de jugar a moradores del bosque pronto se agotó. Los niños se estremecían desconsolados. Comieron *sandwiches* de jamón y Kit-Kats hasta encontrarse mal.

—Esto no es muy divertido —dijo Charles. Abandonó la manta para arrojarse a un montón de hojas y empezó a enterrarse como un perro. La diversión era muy importante para Charles, divertirse y hacer reír a la gente.

—Solo intenta llamar la atención —dijo Vinny.

—Y lo consigue... ¿verdad que es listo? —dijo Eliza.

El pelo de Charles era casi del mismo color que el bosque agonizante: roble ámbar y haya cobre. Podría haberse perdido en el montón de hojas sin que nadie lo encontrara hasta la primavera.

Vinny se levantó con esfuerzo de la manta y dijo:

—Tengo que ir a ya-sabéis-qué.

Y desapareció entre los árboles. Pasaron los minutos y no regresaba. Gordon se echó a reír y dijo:

—Debe de haber andado kilómetros para asegurarse de que nadie le vea las bragas.

Eliza puso cara de asco ante la sola mención de la ropa interior de Vinny. Se levantó de la manta de repente y dijo:

—*Me voy a dar un paseo.*

Sin mirarlos, se alejó por el sendero en dirección contraria a Vinny.

—¡Te acompañamos! —gritó Gordon tras ella.

Pero Eliza se dio la vuelta al instante, con tanto ímpetu que su gran abrigo de camello se arremolinó en torno a sus piernas dejando a la vista el vestido, y gritó:

—¡Ni se te ocurra!

Parecía furiosa.

—Se ha puesto los peores zapatos posibles —murmuró Gordon enfadado y, con un tiro alto, lanzó una manzana podrida a los árboles que había tras ellos. Justo antes de desaparecer tras un recodo del sendero, Eliza se detuvo y gritó algo. Las palabras resonaron claramente en el diáfano aire:

—¡Me voy a casa, no hace falta que me sigáis!

—¡A casa! —estalló Charles—. ¿Cómo piensa llegar a casa?

Nada más decirlo se levantó y salió en pos de Eliza, al tiempo que le gritaba a Charles por encima del hombro:

—¡Tardaré un segundo... quédate aquí con tu hermana!

Y, tras eso, desapareció también.

El sol se había retirado de los árboles, aparte de un pequeño charco en la esquina de la manta. Isobel yacía con la cara expuesta al cálido charco de luz, entrando y saliendo del sueño. Al final, Charles saltó encima suyo para despertarla. Ella gritó y el chillido resonó con violencia en el silencio. Se sentaron juntos en la manta, las manos unidas, esperando a que algún otro sonido ocupara el lugar del eco agonizante del grito, anhelando oír la voz de Gordon y Eliza, el canto de un pájaro, las quejas de Vinny, el viento en los árboles, algo que no fuera la inmovilidad absoluta del bosque. Quizá fuese uno de los trucos de desaparición de Gordon. Uno que le estuviese resultando particularmente difícil. Tal vez en cualquier momento diese con la solución, saltase de detrás de un árbol y gritase: «¡Sorpresa!».

Una hoja del color del cabello de Charles cayó flotando como una pluma y aterrizó sin ruido. Isobel sentía el miedo en el estómago, como líquido caliente. Algo iba muy, muy mal.

Habían perdido todo el sentido del tiempo. Les parecía llevar horas solos en el bosque. ¿Dónde estaban Gordon y Eliza? ¿Dónde estaba Vinny? ¿La había devorado un animal salvaje mientras hacía ya-sabéis-qué? El rostro ancho y alegre de Charles se había puesto pálido y arrugado de la preocupación. Eliza siempre les decía que si alguna vez se perdían, *debéis quedaros exactamente donde estéis*, y ella vendría a buscarlos. La fe de Charles en esta declaración había perdido bastante fuerza en las últimas dos horas. Al final dijo:

—Venga, vamos a buscarlos a todos.

Cogió a Isobel de la mano y tiró de ella para levantarla.

—Seguramente están jugando al escondite —dijo, pero su palidez y el tono vacilante traicionaron sus auténticos sentimientos. Eso de ser el mayor y, por tanto, el responsable en estas circunstancias no le hacía ninguna gracia. Veían el sendero con toda claridad: definido, la tierra pisoteada, trabada de tanto en tanto por raíces de árbol.

Empezaba a oscurecer. Isobel tropezó con una raíz que sobresalía en el sendero y se hizo daño en las rodillas. Charles la esperó impaciente. Sostenía algo en la mano y forzaba la vista en las sombras. Era un zapato, un zapato de ante marrón con el tacón doblado en un ángulo extraño y una pequeña borla de visón humedecida por algo viscoso que la había dejado plana y flácida como un gatito mojado; el diamante de imitación alojado en el interior de la borla lanzaba un sombrío destello a la luz moribunda.

Charles siguió avanzando, más despacio ahora, con el zapato en la mano. Entonces, sin previo aviso, corrió hacia una zanja llena de hojas, a un lado del sendero. Las hojas le llegaban a Charles a la altura de sus rodillas marcadas de cicatrices y hacían un bonito crujido a medida que Charles avanzaba entre ellas. Por un momento, Isobel pensó que aquello formaba parte de la eterna búsqueda de diversión por parte de su hermano, pero casi al instante de meterse en la zanja Charles volvió a salir por el otro lado. Lo siguió, bajando a la zanja con dificultad y vadeando las hojas. Le hubiera gustado tenderse, hundirse en el cómodo lecho y dormir un rato, pero Charles estaba lanzado, así que trepó por el otro lado y se apresuró a seguirlo.

Charles se abrió paso ahora entre una cortina de ramillas que chasqueaban y fustigaban la cara de Isobel como pequeños látigos. Cuando por fin alcanzó a su hermano, lo encontró inmóvil como una roca de espaldas a ella, como si estuviese jugando a las estatuas, los brazos separados del cuerpo. Sostenía el zapato en una mano. Tenía la otra abierta, los dedos, anchos y planos, totalmente rígidos. Isobel cogió esa mano semejante a una hoja de sicómoro y, juntos, miraron.

A Eliza. Estaba recostada contra el tronco de un gran roble, como una muñeca abandonada de cualquier manera o un pájaro herido. La cabeza le caía muerta en el hombro, el delgado cuello blanco tenso y curvado como el de un cisne o un tallo a punto de quebrarse. Se le había abierto el abrigo de camello y veían el vestido de lana, del color vivo de las hojas en primavera, desparramado sobre las piernas. Tenía un zapato puesto y otro no, y las palabras *Dibidibá-bidibú* acudieron a la mente de Isobel.

Resultaba difícil decidir qué hacer con esa madre durmiente que rehusaba despertarse. Parecía muy tranquila, con las largas pestañas cerradas, la mancha de rímel aún visible. Solo las cintas de sangre rojo oscuro entre los rizos negros insinuaban el modo en que debían de haberle aplastado el cráneo contra el tronco del árbol, abriéndolo como un hayuco o una bellota.

Le cerraron el abrigo y Charles hizo lo posible por devolver el zapato a ese pie arqueado con elegancia y enfundado en la media. Era como si hubiera aumentado de talla mientras Eliza dormía. Le resultaba tan difícil calzar el zapato que Charles tuvo miedo de romper los huesos del pie y se embutió el zapato en el bolsillo de la chaqueta.

Se acurrucaron contra Eliza, para calentarla, para entrar ellos en calor —uno a

cada lado, como una estampa triste y sensiblera (*¿Por qué rehúsas despertarte, madre?*). Las hojas caían de tanto en tanto. Tres o cuatro hojas se habían prendido ya a los rizos negros de Eliza. Charles se levantó y, al modo de un perro, sacudió la cabeza para desprender las hojas. Ya había oscurecido del todo, eso de seguir la luz estaba muy bien pero ¿y si no había luz que seguir? Cuando Isobel intentó ponerse en pie, tenía las piernas tan entumecidas que no pudo mantener el equilibrio y volvió a caer. Y el hambre era tan insoportable que, en un momento de confusión, pensó en morder la corteza del árbol. Pero nunca haría algo así porque sabía que la corteza, en realidad, era la piel del árbol y había aprendido por propia experiencia lo doloroso que puede ser un mordisco. Eliza siempre los estaba mordiendo. Y a veces dolía. Charles dijo:

—Tenemos que encontrar a papá —su voz sonaba estridente en el silencio—, vendrá y recogerá a mami.

Observaron a Eliza dubitativos, sin decidirse a dejarla expuesta al frío y a la oscuridad de la noche, sola. Tenía las mejillas heladas al tacto, se tocaron las suyas para comparar. Si acaso, estaban aún más frías. Charles empezó a recoger hojas y a amontonarlas sobre las piernas de Eliza. Recordaron aquel verano en la playa, cuando habían enterrado a Eliza de cintura para abajo en la arena mientras ella seguía leyendo, con su bañador rojo atado al cuello y las gafas de sol que le daban un aspecto extranjero y glamouroso. Ella apagaba un cigarrillo tras otro en la muralla de arena que habían levantado a su alrededor (*¡Me tenéis prisionera!*). Por un cálido instante, Isobel sintió el sol en los hombros y olió el mar.

—Ayúdame —dijo Charles, e Isobel empujó las hojas con el pie mientras Charles las recogía a brazadas y las arrojaba sobre Eliza.

Después la besaron, uno en cada mejilla, como una extraña inversión del ritual de buenas noches. Se marcharon de mala gana, volviéndose a mirar varias veces. Cuando llegaron a la zanja de hojas, se dieron la vuelta una vez más pero ya no veían a Eliza, solo un montón de hojas contra un árbol.

¿Volver a la manta y al pícnic abandonado y esperar a que los rescatasen? ¿O seguir hacia delante y buscar un modo de salir del bosque? Charles dijo que ojalá se hubiesen traído los bocadillos sobrantes.

—Podríamos dejar un rastro de migas —dijo— y así encontraríamos el camino de vuelta.

Por lo que parecía, la única referencia que tenían para sobrevivir en estas circunstancias era la ficción. Por desgracia, conocían el argumento, en cualquier momento esperaban encontrar la casita de chocolate... y entonces empezaría la auténtica pesadilla.

Isobel se arrepintió de haberse quejado en algún momento de los bocadillos de Eliza, si ahora los tuviera no dejaría un rastro de migas, se los comería. Tenía tanta hambre que se habría zampado una teja de pan de jengibre o un marco de ventana de caramelo, aun conociendo las consecuencias. De repente, se arrepintieron de toda la

comida que habían dejado en el plato a lo largo de su vida. Hasta se habrían comido la papilla de tapioca de la viuda. La gran fuente oval en la que la viuda preparaba las natillas apareció ante ellos como un espejismo. Notaban la viscosidad de la tapioca, paladeaban el charco de jarabe de escaramujo que la viuda vertía siempre en el centro, como una joya líquida. Charles rebuscó en los bolsillos y sacó una castaña para jugar a golpes sin hilo, un cuarto de penique y un caramelo a rayas blancas y negras con bastante pelusa pegada. Estaba demasiado duro para partirlo, así que lo chuparon por turnos.

El bosque estaba lleno de ruidos. De tanto en tanto, extraños sonidos hendían la oscuridad, gritos y silbidos como de ultratumba. Las ramillas chasqueaban y crujían y la maleza susurraba con malevolencia como si algo invisible los estuviese acechando.

Ninguna dirección parecía segura. Un búho planeó en silencio sobre sus cabezas, e Isobel hubiera jurado que había notado sus garras en el pelo. Se arrojó al suelo aterrorizada, pero Charles no se inmutó.

—Solo es un búho, tonta —dijo, al tiempo que tiraba de ella para ponerla en pie. El corazón de Isobel latía tan rápido que parecía a punto de detenerse—. No son los búhos lo que debe preocuparnos —musitó Charles sombrío—, sino los lobos.

A continuación, recordando que se suponía que él era el responsable de aquella lamentable expedición, añadió:

—Era una broma, Izzi... Olvídalo.

Avanzar era menos terrorífico que permanecer inmóviles, temiendo un ataque sorpresa de un momento a otro, así que siguieron adelante desconsolados. Isobel hallaba cierto alivio en la cálida mugre de la mano de Charles aferrada a la suya. Charles recordó un fragmento de un poema: *No se está muy bien en medio del bosque*.

Árboles y más árboles, todos los árboles del mundo estaban aquella noche en Boscrambe Wood. *En medio del bosque cuando no hay luz*. Quizá Eliza, en lugar de dejarlos a sus anchas en el *gran prado verde*, había decidido liberarlos en un bosque infinito. Isobel pensó que ojalá se hubiera limitado a devolverlos a la tienda de niños.

Llegaron a un recodo donde el sendero se bifurcaba de repente. Charles sacó la moneda del bolsillo y, en el tono más viril que pudo articular, dijo:

—La tiraremos... cara a la derecha, cruz a la izquierda.

Isobel, con un hilo de voz, dijo:

—Cruz.

La moneda aterrizó con el troglodita de cara, y el pico del pájaro apuntaba al sendero de la izquierda. Como para corroborarlo, la luna —llena a más no poder— hizo un amago de asomo por detrás de la nube que la ocultaba y, durante una milésima de segundo, iluminó el sendero de la izquierda cual signo de neón.

—Sigue la luz —dijo Charles con decisión.

El sendero se estaba volviendo intransitable, las zarzas lo invadían, se aferraban a sus ropas y les tiraban del pelo como garfas de pájaros. La oscuridad era tan grande

que les llevó algún tiempo advertir que ya no avanzaban por ningún sendero. Dieron algunos pasos más y se les empezaron a hundir los zapatos en la tierra. Tantearon con la punta del pie, pero por todas partes el terreno estaba húmedo y cenagoso. Conocían historias de gente que se había ahogado en arenas movedizas, que se había hundido en un pantano, y se lanzaron precipitadamente entre las zarzas en busca de tierra firme.

—Las cosas no podrían ir peor —se lamentó Charles, justo antes de que la niebla empezara a cernirse, como un fantasma, sobre ellos. Se arremolinaba en torno a los árboles y se hacía más densa, como agua opaca, ola tras ola, engulléndolo todo como un mar de niebla blanco y espectral. Isobel empezó a gimotear, y Charles dijo:

—Cierra el pico, Izzie. Por favor.

Demasiado fatigados para seguir adelante, demasiado confundidos por la niebla, se acurrucaron al pie de un gran árbol, acomodándose entre las enormes raíces que se arqueaban sobre la tierra como dedos nudosos. Había hojas de sobras para taparse con ellas pero recordaron a Eliza bajo su manta de hojas y se arrebujaron con los abrigos. En lugar de eso, un cobertor de niebla se depositó sobre ellos.

Isobel se durmió casi de inmediato pero Charles permaneció despierto, esperando oír el aullido de los lobos.

Isobel tuvo un sueño de lo más extraño. Estaba en una gran cueva subterránea, cálida, llena de gente y de ruido. A la luz de cientos de velas, veía que las paredes y el techo de la cueva eran de oro. En uno de los extremos de la gran sala había un hombre sentado en un trono. Iba vestido de verde de la cabeza a los pies y llevaba una banda dorada en la frente. Alguien tendía a Isobel una bandeja de plata repleta de manjares, platos deliciosos que nunca antes había probado. Otro le ponía una copa de cristal en la mano, llena de un líquido que sabía a miel y grosella, pero más rico, y por mucho que bebiese la copa nunca se vaciaba. La gente del salón empezaba a bailar, lentamente al principio. Pero en seguida la música se volvía frenética y el baile cada vez más desquiciado. El hombre con la banda dorada aparecía de repente a su lado y, gritando por encima del estrépito, le preguntaba su nombre. Ella gritaba: ¡Isobel!, y de inmediato el salón —junto con las luces, la música y la gente— desaparecía. Se quedaba sola en el bosque, comiendo un hongo podrido en una hoja y bebiendo agua sucia en una cáscara de bellota.

Se despertó sobresaltada, mientras los restos del sueño se evaporaban en la aurora. No había señal alguna de la copa de cristal ni de la bandeja de plata, ni siquiera del hongo podrido o de la cáscara de bellota... solo la quietud del bosque. Charles roncaba, enroscado en sí mismo como un animalillo en hibernación. La niebla se había levantado, reemplazada por la acuática luz del alba, nada había cambiado, seguían solos en el corazón del bosque.

PRESENTE

HOJAS DE LUZ

La vida ancestral —las bacterias y las algas verdes— apareció un billón de años más tarde. Las algas verdes fueron las primeras en convertir las partículas de luz en alimento. El oxígeno liberado en este proceso cambió la atmósfera de la Tierra para siempre, permitiendo el inicio de la vida tal como la conocemos.

—Tras las algas hicieron aparición el musgo, los hongos y los helechos. A finales del período Devónico los primeros árboles —*genus cordates*— ya se habían extinguido.

»En el período Carbonífero había bosques de helechos gigantes, aparecieron las primeras coníferas y se produjo la sedimentación que dio lugar a los yacimientos de carbón. Hace 136 millones de años, los árboles de hoja ancha y de flor hicieron su primera aparición. La mayoría de árboles que conocemos hoy día existían ya hace doce millones de años.

La voz de la señorita Thompson zumba en el aula. A mi derecha, Eunice está tan atenta como un perro ovejero a lo que la señorita Thompson escribe en la pizarra con su minúscula caligrafía:



La propia señorita Thompson —falda escocesa plisada color verde oscuro con corte a un lado— es tan pequeña como su escritura.

A mi otro lado está Audrey, dormida sobre el pupitre, usando los brazos de almohada. Debajo de los ojos tiene unas sombras oscuras como cardenales y está pálida cual espectro. En realidad ni siquiera está aquí, es como si alguien hubiera hecho un facsímil muy malo de ella y lo hubiera enviado al mundo sin enseñarle cómo debía comportarse, un *doppelgänger* incompetente.

La señorita Thompson sigue soltando el rollo —*la capa exterior de la epidermis y las células en empalizada...* Nos está dando una «breve historia de la fotosíntesis», con el mismo efecto que un gas narcótico. Las palabras entran por el oído y se arremolinan en el cerebro como niebla verde... *clorofila, grana, fotones...*

Eunice toma apuntes a toda prisa. Lo tiene todo almacenado en su cuaderno, perfectamente dibujado, destacado, coloreado, clasificado y subrayado. Sus diagramas son más exactos que los de un libro de texto. En la pizarra, la señorita Thompson dibuja moléculas del tamaño de pelotas de *ping-pong*. El mundo que habita la señorita Thompson debe de ser gigantesco, los organismos primarios del tamaño de pueblos, los elefantes tan grandes como Sirio B.

Asiento con la cabeza mientras la bruma me inunda el cerebro, pronto me uniré al sueño de Audrey.

—Bien —dice la señorita Thompson de repente, y me despierto sobresaltada—.

Ahora dibujad la sección transversal de una hoja para explicar la fotosíntesis.

No tengo ni idea del aspecto que ofrece la sección transversal de una hoja (veamos... verde, fina, plana...).

(...pero no creo que haya pedido esto). Ni siquiera he traído el libro de texto correcto.

Sin contar a Audrey, todo el mundo está afanado con sus hojas, y la señorita Thompsett, en un tono que exige una respuesta negativa, dice:

—¿Algún problema, Isobel?

Suspiro y meneo la cabeza.

—¡Audrey Baxter! —exclama la señorita Thompsett, y Audrey se despierta con un respingo, como un gato asustado—. Muchas gracias por unirme a nosotros —continúa, pero se ha precipitado, porque Audrey ya se ha levantado de la silla.

—Tengo que irme —murmura y desaparece por la puerta.

—¿Qué le pasa a Audrey, Isobel? —pregunta la señorita Thompsett, con un ceño (aunque minúsculo) de perplejidad en el rostro.

—No es la misma, desde hace un tiempo —respondo sin comprometerme (¿pero quién lo es?).

Me inclino sobre el libro de biología con mis pinturas Lakeland y, para animarme, dibujo un árbol.

No un árbol centenario sino un árbol místico y maravilloso procedente de lo más profundo de mi imaginación. Un árbol de tronco retorcido y corteza nudosa, color canela y ocre, y una enorme copa partida en dos. A la izquierda pinto las hojas en todos los tonos posibles de la gama verde: desde el color del musgo mojado hasta el del sauce ceniciento, el del yerto tomillo, el del manzano y el de los bosques primigenios.

Al otro lado, una hoguera frondosa, hojas llameando en una conflagración de rojo dorado, bermejo y bronce. Esqueletos de hojas tostados como la piel del zorro, hojas agriadas, como el membrillo y el azufre, goteando cual joyas enfermas de ramas carbonizadas, hojas como topacios y limones lanzando sus lenguas de fuego color escaramujo y sangre. Una hoja color pecho de petirrojo se desprende y flota hacia arriba como una pluma de fresno. Y mientras la parte derecha del árbol arde, la izquierda sigue tan verde e íntegra como la primavera.

Quizá sea este el árbol de la vida, o el árbol de la sabiduría de Eva. El roble Dodona de Zeus o el gran roble sagrado de Thor. O quizá YsggadriL, el fresno, el árbol del mundo, que en la mitología nórdica integra el mundo y todo lo que lo rodea, las ramas en lo alto, sujetando el cielo, repletas de hojas-nubes y frutos-estrella, las raíces bajo tierra, nacidas de la fuente de toda materia. Árboles de vida. Ni que decir tiene que la señorita Thompsett no se deja impresionar por mi obra de arte.

—Como deberes, acabad esos diagramas —ordena la señorita Thompsett en tono afable—. Y si encontráis tiempo, leed el siguiente capítulo del libro de texto.

¿Encontrar tiempo? ¿Y dónde buscamos? ¿En el espacio? (No creo que esté en el

gran vacío). ¿En el fondo del inmenso océano? ¿En el centro de la Tierra? ¿Al final del arco iris? Si encontramos tiempo, ¿se resolverán todos nuestros problemas? «Si tuviera más tiempo», dice Debbie, «haría algo». Si tuviera más tiempo, ¿qué haría?

Sección transversal de una hoja según Eunice: Las células sensibles a los fotones se exponen a los rayos del sol exactamente 8,3 segundos y estos se esparcen por la capa exterior de la epidermis hasta el núcleo de las células en empalizada. Las partículas de luz se precipitan al interior del cloroplasto, a los perfectos discos verdes de la grana. La luz avanza cada vez más, atraída irremediablemente por el magnesio del núcleo de las pequeñas moléculas de clorofila. La luz y el verde se abrazan, vibran enfebrecidos una milésima de segundo mientras la pequeña partícula de luz traspasa su energía. La molécula de clorofila está tan perturbada por este encuentro que divide una molécula de aire en moléculas de hidrógeno y oxígeno. La planta libera el oxígeno en el aire para que podamos respirar. El hidrógeno convierte el dióxido de carbono en azúcar que servirá para formar el nuevo tejido de la planta. «A diferencia de las plantas», escribe Eunice con pluma de trazo grueso, «nosotros no podemos sintetizar nuestras propias moléculas alimenticias a partir de la luz, por eso tenemos que comer plantas o animales que a su vez se alimentan de plantas y, en consecuencia, no podríamos existir sin la fotosíntesis».

Conforme baja en el jardín la fragante marea del verano, van apareciendo gran cantidad de objetos perdidos: un zapato viejo (están por todas partes), una pelota de tenis, las segundas mejores gafas de Vinny y el pobre Vinagar Tom, no el suave cuerpo de un gatito-caletín sino una cosa seca y dura como de fieltro, aplastada en el suelo. No se sabe de qué ha muerto, pero Vinny se niega a creer que el señor Arroce esté exento de culpa en el felinicidio.

Vinny está muy disgustada por la muerte del gato. Normalmente, su repertorio de estados de ánimo es muy limitado (irritable, irritada, irritante), de modo que resulta bastante angustioso observar cómo los sollozos sacuden sus hombros de espantapájaros, y Charles y yo intentamos apaciguarla con un funeral en el jardín.

—Gato, de gato nacido, aunque poco tiempo ha tenido para disfrutar la vida en esta Tierra —recita Charles solemnemente mientras Vinny, con la boca abierta, se lamenta junto a la tumba.

Richard Primrose interrumpe la ceremonia asomándose de repente por detrás de un rodoandro y soltando una risilla:

—RIP, reanímate infeliz si puedes, *snarf, snarf*.

Y tengo el gusto de ver cómo Vinny le atiza con la pala.

El señor Arroce termina de caer en desgracia cuando Debbie lo descubre en una postura comprometida en la tumbona de la sala con una rubia armada hasta las cejas llamada Shirley, la camarera del Tap and Spile, un bar de Lythe Road.

—A cuatro patas —le confía el señor Arroce a Charles de tapadillo.

—¿Como un perro? —pregunta Charles, con una ceja a punto de salir volando de la perplejidad.

Pero ahora el señor Arroce está en su habitación, con el rabo entre las piernas, esperando a que Debbie se calme.

—Lo siento, amigo —murmura Charles impotente—, a perro flaco todo son pulgas.

—Me las habrás pasado tú —se burla el señor Arroce.

—Mira —dice Charles, al tiempo que deposita algo en mi mano cuando salgo a toda prisa hacia el colegio. Un pañuelo, bastante mugriento, plegado en un lacio triángulo.

—¿Suyo? —pregunto en tono cínico.

—Sí —dice Charles desdoblado el triángulo—, está claro.

El pañuelo lleva un complicado monograma bordado, «E», y como no se nos ocurre nadie más con esa inicial, supongo que debe de ser suyo. Un amago de recuerdo, una contracción casi imperceptible en las neuronas (un vago *click*) me trae algo a la memoria. Charles se lo aprieta contra la nariz y aspira tan fuerte que lanza un desagradable ronquido.

—Sí —dice.

Husmeo el pañuelo con menos agresividad. Esperaba encontrar un aroma a tabaco y a perfume (la fragancia de las mujeres adultas) pero solo huele a naftalina.

—Lo he encontrado en un cajón —dice Charles.

Empiezo a sospechar que está revisando la casa de punta a punta, buscando a Eliza; quizá ya la haya emprendido con el suelo y los tabiques. Pero buscar a Eliza es una tarea desalentadora y nada agradecida. Llevamos toda la vida haciéndolo, a estas alturas ya deberíamos saberlo.

A pesar de todo, cojo el pañuelo y me lo meto en el bolsillo del abrigo antes de recorrer Chestnut Avenue como una exhalación hacia la parada del autobús.

El autobús avanza majestuoso por High Street mientras yo me esfuerzo por hacer oídos sordos a la charla de Eunice. Sentada a mi lado en el piso superior, parlotea sin descanso sobre el adenosín trifosfato. Yo, en cambio, fumo un lujoso Sobranie para hacerme la sofisticada y me concentro en imaginar a Malcolm Lovat sin ropa.

Por un pasmoso instante, pienso que debo de haberlo materializado por la fuerza del pensamiento, porque ahí está, en la calle. Aunque vestido. El autobús se detiene y engulle unos cuantos pasajeros, lo que me da tiempo de sobras para contemplar los preciosos rizos negros, las suaves mejillas y las delicadas manos de cirujano. ¿Qué está haciendo en Glebelands cuando debería estar en Guy's jugando con la vida y la muerte? Pero espera, está absorto en una conversación con alguien. ¿Quién es? ¿Quién agita su cabello rubio como en un anuncio de champú y sonrío y hace la boba como una niña tonta?

—¡Hilary! —le digo a Eunice echando humo, sin poder dar crédito a mis ojos.

Eunice pone cara de asco.

—¿Qué hace Malcolm aquí? —digo perpleja.

—Oh, su madre está enferma —dice Eunice, sin demostrar ni pizca de compasión—. Cáncer o algo así.

—¿Y qué está haciendo con ella?

—Por lo visto, salen juntos, ya hace algún tiempo.

¿Hay algo que Eunice no sepa?

Hilary, cuando habla con los chicos, ladea la cabeza y entrecierra esos ojos de un azul antinatural de un modo que, por alguna razón, provoca un aumento de la testosterona en un radio de trescientos metros. Es guapa sin discusión.

—Es demasiado guapa y todo —dice Eunice.

—En ese caso, tendré que matarla.

—Buena idea —dice Eunice razonablemente.

De pie ante el fregadero de la cocina, lavando los platos distraída, echo un vistazo por la ventana y lanzo un grito de horror al entrever una cara al otro lado del cristal, una extraña figura como de Quint que intenta atraer mi atención. Por un instante pienso que por fin he desenmascarado a mi fantasma invisible, pero entonces se hace la luz: no es un fantasma, es el señor Arroce, de pie en el jardín. Un halo de luz procedente de una linterna eléctrica ilumina la desagradable estampa: el señor Arroce interpretando un solo. Dirige el haz a una mano sin linterna que, aferrada a la seta de su pene, se menea arriba y abajo como una taladradora. Me aparto de la ventana horrorizada y cuando me atrevo a mirar otra vez no lo veo por ninguna parte.

Cuando por fin reúno el valor suficiente para salir a investigar, el jardín parece privado de toda vida humana, solo el vago rumor de alguien que silba «On top of old smokey». Pero el sonido se desvanece en seguida. Probablemente los trolls le han echado mano.

En alguna parte de Sycamore Street ulula un mochuelo, un fantasmal *uhuhuuuh* flotando como una pluma en el aire silencioso. El señor Arroce ha desaparecido.

El señor Arroce se despierta gradualmente de una pesadilla en la que cierra los ojos y abraza a la camarera Shirley solo para abrirlos y descubrir que está sujetando el cuerpo en descomposición de Vinny, con los ojos saliéndose de las órbitas y la carne en proceso de licuación. Se siente bastante estúpido.

Sin embargo, se ríe para sí al recordar su estratagema; ha dejado los maletines de muestras y una maleta con sus mejores ropas en la consigna de la estación de Glebelands y planea largarse de Arden después del desayuno como si se dirigiera al trabajo ¡para no volver nunca! Debe casi tres meses de alquiler y no tiene intención de pagarlos. Escapar de este tugurio será una bendición, piensa, esto es, si consigue levantarse.

El señor Arroce abre los ojos con dificultad y ve doble. Nota la cabeza densa y

pesada, consecuencia, sin duda, de un exceso de brandy y vino espumoso la noche pasada en el Tap and Spile. Vuelve a abrir los ojos. No ve doble, su visión parece haberse multiplicado en cientos de imágenes, como una colmena. El señor Arroce mueve una pierna y ve algo delgado, negro y peludo que se agita ante él. Nunca tuvo las piernas muy fuertes... pero no estaban tan mal, ¿verdad? Lo intenta con la otra pierna y obtiene idéntico resultado. Y hay cuatro piernas más.

El señor Arroce grita, pero es un grito silencioso... solo oye un tremendo zumbido en su cabeza. Atisba cien imágenes de sí mismo en el espejo, oh no... no puede ser... se trata de otra pesadilla y de un momento a otro despertará. ¿O no?

Intenta moverse. Su centro de gravedad se ha desplazado. Le resulta imposible coordinar los movimientos con tantos brazos y piernas, o quizá sean solo... patas. Decide arriesgarse a saltar de la cama. Se concentra en las piernas, un-dos-tres ¡arriba! Y se encuentra en el alféizar de la ventana. La ventana no está cerrada; tal vez, piensa el señor Arroce, pueda deslizarse por el intersticio. El olor de la salsa de la señora Baxter y un montón de excrementos en el jardín son como un canto de sirena para el señor Arroce mientras buzzzbuzzzz-buzzzzzzzzzzz impulsa su gran cuerpo por la apertura y despliega sus alas iridiscentes.

A la mañana siguiente, salgo de la cama y descorro las cortinas, casi esperando ver al señor Arroce interpretando su numerito a la luz del día. Pero no. En cambio, entre la neblina matutina, veo a la señora Baxter llenando una cesta de trompetas de la muerte en el campo. Envuelta en varias chaquetas y con un viejo gorro de lana semejante a un cubre-tetera parece una anciana, una vieja bruja acumulando provisiones. Supongo que tiene intención de servir las setas en el desayuno. Sería fantástico que las setas asadas del señor Baxter realmente tocaran a muerto. La señora Baxter y Audrey estarían mucho mejor sin él. Quizá entonces Audrey se animase y volviese a ser la de antes. Quienquiera que fuese.

Estoy confusa. No sé qué decirle al señor Arroce ante el bacon del desayuno. Pero descubro que me he librado de esos detalles de la etiqueta, pues no se presenta a desayunar, de hecho, nunca más aparece por casa.

—Se ha fugado —concluye Vinny mientras inspecciona las piltrafas que ha dejado tras de sí. Aparta un moscardón—. Estas cosas se multiplican como conejos —dice cuando encuentra montones y montones de revistas bajo la cama.

Vinny hace una hoguera con la colección de revistas del señor Arroce, dejándolas caer una por una con las tenazas de madera que la viuda usaba para sacar la colada del caldero. Las revistas del señor Arroce, en conjunto, son unos trapos mucho más sucios que los que Vinny o Debbie están acostumbradas a manejar. Los gustos literarios del señor Arroce nos han dejado pasmados.

—¿Cómo es posible que a alguien le guste mirar fotos de gente con impermeable y máscara de gas? —pregunta Debbie.

Yo no lo entiendo.

—Pobre tía Vi —ríe Debbie sin demostrar mucha simpatía.

—¿Desaparecido? —pregunta Charles con gran interés, pero Gordon le asegura que el señor Arroce no se ha desvanecido en el aire atestado porque ha tenido la precaución de llevarse su traje y sus maletines de muestras. Quizá lo que vi la noche pasada fue algún tipo de ceremonia de despedida.

—Cabrón de mierda —dice Vinny, arrojando sus ropas a la hoguera.

—Un auténtico bicharraco —concluye Debbie.

Un hilo de humo paralelo al nuestro asoma por el seto de la casa vecina, donde encuentro a Audrey vigilando una hoguera de hojas para el señor Baxter. Su pelo suelto ondea a la brisa y hebras color oro rojizo le tapan la cara como un velo.

—No somos nada —dice enigmáticamente al verme. Quizá se refiera al examen de biología que acabamos de suspender.

La tristeza del otoño está en el aire, olor a humo, a tierra y a cosas largo tiempo olvidadas. En lo alto, la primera bandada de patos silvestres (las almas de los muertos) agita las alas en el aire mientras se dirige a su hogar invernal, al norte de Boscrambe Woods. Sus graznidos provocan en ambas un acceso de melancolía. El perro levanta la cabeza para contemplar los trazos negros en el cielo y suelta un triste gemido.

—Ahí viene el invierno —dice Audrey.

Mi madre se marchó en esta época del año, y veces tengo la sensación de que en otoño el mundo entero se convierte en una elegía por Eliza. A veces —como ahora— su pérdida me abrumba, el corazón se me endurece como una piedra y algo me lastra las entrañas como el tirón de la marea baja. Es como regresar a la niñez, su ausencia me paraliza hasta que todas mis emociones se reducen a un único mantra, *necesito a mi madre, necesito a mi madre, necesito a mi madre*.

Audrey, como si compartiera mis sentimientos, lanza un profundo suspiro. Aunque va envuelta en el viejo e informe abrigo de la señora Baxter, parece estar dejando atrás el molde infantil al tiempo que empieza a florecer, como una flor muy tardía. Esta nueva feminidad no se debe a que coma más, de hecho es posible que coma aún menos, bocados de pajarito que picotea obediente cuando alguien la está mirando.

En la cocina, la señora Baxter tiene un cazo de sopa de champiñones al fuego (la favorita de papá) y está muy atareada preparando un pastel de moras y manzana, con manzanas arrancadas de su propio árbol y las últimas moras del año recogidas en el cementerio, sin que parezca importarle cuál fue el alimento de esas moras (carne y sangre). Me pone en las manos una bolsa de papel llena de manzanas para que me la lleve a casa.

—Para un pastel de verbena o algo.

Pero no vive ninguna Verbena en casa para prepararlo.

La señora Baxter mezcla sebo con harina. Levanta la masa bien alto y después la deja caer como nieve blanda y fina. Dice:

—Audrey se está poniendo más rellenita, ¿verdad?

Corta las manzanas, dividiendo los trozos en forma de luna llena en una docena de lunas menguantes.

La señora Baxter tiene un enorme morado en la cara, como un vistoso arco iris truncado: violeta, índigo y azul mora.

—Qué tonta soy —dice la señora Baxter cuando me descubre observándolo—. Tropecé con el gato y me di un golpe contra el aparador.

La refinada gata carey de los Baxter está sentada en el alféizar con indiferencia, observando a los pájaros que picotean en el jardín. La puerta de la cocina está abierta de par en par al día de octubre azul y brillante del exterior. Sithean sería un lugar maravilloso si no fuera por el señor Baxter.

El señor Baxter cogerá la jubilación anticipada cuando termine el trimestre de Navidad, aunque no por voluntad propia. Ha habido un escándalo, sofocado a toda prisa, en la escuela primaria de Rowan Street. Un niño pequeño tuvo que ser hospitalizado tras una de las típicas sesiones de castigo del señor Baxter. El padre de Audrey es como un caldero sobrecalentado y la señora Baxter dedica mucho tiempo a atemperarlo.

Justo entonces irrumpe en la cocina destruyendo la paz, le pregunta a la señora Baxter qué demonios ha hecho con su pipa y golpea el escurridor de las moras, que quedan esparcidas por todo el suelo de la cocina. Me largo pitando por si está a punto de desbordarse.

—Aquí estás —dice Debbie cuando entro con las manzanas—, ¿o eres tú?

—¿Qué?

Debemos de estar jugando otra vez a la «identidad perdida».

Vinny está sentada a la mesa de la cocina comiendo una galleta y fumando un cigarrillo al mismo tiempo, mientras contempla un corazón de buey enorme y sangriento que yace en el centro de la mesa de la cocina como procedente de un sacrificio azteca (juraría que aún late). Supongo que es la cena de esta noche y no los despojos del señor Arroce. No parece el corazón de Vinny; es demasiado grande y, de todas formas, su descarnado pecho parece intacto.

Uno de los vasallos de Vinny —Pywacket, un refinado macho negro con pechera, escote y polainas blancas— lame con delicadeza el corazón, como si le inspirara un extraño afecto.

El gato no hace amago de beberse el platillo de leche que reposa también sobre la mesa, cosa comprensible por otra parte si tenemos en cuenta que la leche está llena de amanita muscaria desmenuzada.

—Mata las moscardas —explica Vinny. Aspira con fuerza su cigarrillo liado y lanza un penacho de humo por la nariz. Parece un dragón soplando una fumarada.

El perro, con la cabeza apoyada en las rodillas de Vinny, empieza a babear ligeramente en su falda. Por su expresión, cualquiera diría que le está entregando su alma (aunque en realidad se está preguntando si se le caerán unas migas de galleta).

Debbie está demasiado absorta como para advertir ninguno de esos ataques a la

higiene de la cocina. De pie ante el fregadero, se lava las manos una y otra vez, como si ella en persona acabara de arrancar el corazón. No hay duda de que está loca. Ayer la encontré en la sala, petrificada, mirando la repisa de la chimenea para comprobar si se había movido algo, incapaz de hacer ella el menor movimiento.

—Si les doy la espalda un solo segundo desaparecerán —dijo.

—¿Desaparecerán?

—Los candelabros.

—¿Ves ese perro? —me dice ahora, y sigo su mirada en dirección a Gigi, que hace trizas una zapatilla con una actitud de lo más psicopática.

—Sí, lo veo.

—Parece Gigi, ¿verdad?

—Muchísimo. De hecho, es idéntico.

Debbie baja la voz hasta convertirla en un susurro y mira a su alrededor como una paranoica—. Bueno, pues no lo es.

—¿No?

—No —dice y, apremiante, me estira de la manga para que Gigi no pueda oírnos. Acerca más sus morritos de cerdo a mi oreja—. ¡Es un robot!

Vinny resopla con desdén y Gigi responde con un gruñido, retirando el labio superior para dejar al descubierto una fila de diminutos y amarillentos dientes de tiburón. Pywacket desvía la atención de su adorada víscera de buey y contempla la escena con cierto interés. El caos, sospecho, está a punto de volver a irrumpir en la cocina.

—¿Un robot? ¿Han reemplazado a Gigi por un robot?

—Sí.

Vaya majadería, como diría la señora Baxter, pero qué se puede esperar de una mujer que comparte su única neurona con un caniche, por turnos. Y vete a saber a quién le ha tocado usarla hoy. Cojo al perro por el collar y lo planto ante ella como en un juicio perruno.

—¿Y este perro qué? ¿Es el mismo de ayer o lo han cambiado por un robot?

Para ayudarla en su sentencia, el perro ofrece su limitado repertorio de expresiones faciales (triste, más triste, trágica), pero Debbie rehúsa responder.

—¿Le has hablado a Gordon de esto?

—¿Gordon? —repite, lanzándome una de sus miradas desquiciadas. (Oh, no, él también no).

—Sí, Gordon.

Debbie entrecierra los ojos (si ello es posible) y mira a otra parte, mordisqueándose el labio. Al fin dice:

—La persona que finge ser Gordon, querrás decir.

—Oye —le digo a Gordon cuando vuelve a rastras del trabajo, un Atlas suburbano

con las preocupaciones de Atlas sobre los hombros—. Mira, Debbie está muy pero que muy mal.

—Ya lo sé —dice en tono hastiado—, la he llevado al médico.

—¿Y?

Gordon se encoge de hombros con impotencia.

—Le ha recetado unas pastillas, dice que tiene los nervios de punta (nervios de punta, vaya idea). Pobre Debs —se compadece—, todo sería distinto si tuviera un niño.

Para compensarla por no tener un niño, Gordon (la persona que finge ser Gordon, quién sabe, tal vez Debbie esté en lo cierto después de todo, Charles y yo tenemos nuestras dudas) hace un esfuerzo y la lleva a cenar al Tap and Spile.

Charles se ha ido a dar una vuelta con el perro y Vinny y yo miramos *Coronation Street* (Vinny es miembro del club de fans de Ena Sharples). Durante el intermedio, la desintegración de su cigarrillo liado la tiene absorta, y no deja de sacarse briznas de tabaco de la boca. Parece una tortuga intentando comer tiras de lechuga. También tiene un trozo de papel de fumar pegado al labio. En serio, debería volver a fumar Woodbines.

—Hay alguien en la puerta —dice Vinny sin apartar la vista de la pantalla.

Vinny está cubierta de gatos, como una imagen de una película surrealista: tres en el regazo, uno sobre los hombros, otro a los pies. Casi espero ver uno en su cabeza de un momento a otro. Podría hacerse una esclavina cuando se le mueran otros dos, sería original. (¿Por qué los gatos duermen tanto? Quizá les ha sido confiada una tarea cósmica de vital importancia, una ley física de primera magnitud, tal que: si hay menos de cinco millones de gatos durmiendo a la vez, el mundo dejará de girar. Así que cuando los miras y piensas: *animal perezoso e inútil*, ellos, en realidad, están trabajando muy, muy duro).

Piel de gato Vinny coge la horquilla de la chimenea y parece a punto de arponear a Gigi con ella.

—Hay alguien en la puerta —se impacienta.

—Yo no he oído nada.

—Eso no significa que no haya nadie —dice. (¿No fue así como el perro entró en la historia? Debo de estar sufriendo un *déjà vu*, un pequeño enredo más en el entramado del tiempo, supongo).

—Vale, ya voy, ya voy —digo cuando empieza a blandir la horquilla en mi dirección.

Abro la puerta trasera con cuidado, nunca se sabe lo que puede andar por fuera — se acerca Halloween, y el recuerdo del señor Arroce aún se mantiene fresco en mi memoria. Casi espero encontrar otro perro en el umbral, Arden es todo entradas y salidas, y los umbrales son el lugar donde suceden las cosas interesantes. De todas formas, no es un perro, es una caja de cartón. Y dentro de la caja hay un bebé.

¡UN BEBÉ!

Cierro los ojos, cuento hasta diez y vuelvo a abrirlos. Sigue siendo un bebé. Duerme a pierna suelta. Es muy pequeño y, por lo que parece, recién nacido. Hay un trozo de papel pautado pegado a la caja con celo. Alguien (no creo que haya sido el bebé) ha escrito en mayúsculas:

POR FAVOR, CUÍDAME

Dudo que el ruego vaya dirigido a mí en persona, no me distingo precisamente por mis aptitudes para el cuidado de los niños, no tenemos demasiada experiencia directa con bebés, aquí en Arden, ni siquiera hemos visto uno de cerca.

Mi pobre corazón se ha convertido en un pajarillo enjaulado entre costillas. El hallazgo del bebé tiene algo de estimulante, como localizar peces en los ríos (o zorros en los campos, o ciervos en los bosques), pero también algo de terrorífico (tigres en los árboles, serpientes en la hierba). Y el bebé no es una misteriosa entrega de la tienda de niños, dejada por error a mi puerta, acarrea mito y leyenda, Moisés y Edipo, y las suplantaciones de las hadas.

Con cuidado, cojo la caja sin sacar al bebé, no quiero tocarlo por si le hago daño (o viceversa).

—Mira —le digo a Vinny tendiéndole la caja de cartón para que la examine.

—Sea lo que sea, no quiero nada —dice empujándola.

—No, mira —insisto.

Levanta una de las solapas y abre la boca de la incredulidad.

—¿Qué es esto?

—¿Qué te parece?

Vinny se aparta de la caja del mismo modo que otras personas se apartan de los roedores.

—¿Un bebé?

—Sí.

Menea la cabeza perpleja.

—¿Pero por qué?

No es momento de preguntas existenciales, el bebé acaba de abrir sus flamantes ojos y empieza a vociferar.

—Llévatelo —me apremia Vinny.

Coloco la caja en el suelo, entre las dos, para que nos vayamos acostumbrando.

Charles vuelve con el perro y le enseñamos el bebé, que ha dejado de llorar y se ha dormido de nuevo. El perro mete la cabeza en la caja y mueve el rabo con entusiasmo. A continuación, por desgracia, empieza a lamer al bebé. Este se despierta y reanuda sus aullidos. Quizá el perro pueda ocuparse de él.

—¿Como Rómulo y Remo? —dice Charles—. O Peter Pan.

(Entiende de esas cosas, él también es un niño perdido).

El llanto del bebé alcanza un punto crítico. Desafortunadamente, el perro no es del sexo indicado para socorrerlo.

Charles saca al bebé de la caja como si fuera una bomba cargada y, manteniéndolo alejado de su cuerpo, lo sostiene con los brazos tan rígidos que el bebé, creyéndose a punto de caer de una gran altura, empieza a lanzar unos gritos espeluznantes. Vinny hace otra intentona avanzando hacia él entre tímidas risillas y un rictus de sonrisa en el rostro pero, como era de esperar, eso solo empeora las cosas. Por suerte, Gordon y Debbie llegan a casa justo a tiempo y aunque pasan algunos minutos sumidos en el más completo asombro, seguido de histeria y furibunda discusión, el resultado final es que Debbie se quedará al bebé.

—No puedes quedártelo —dice Gordon horrorizado.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes. No es tuyo.

Debbie le pasa el papel pautado por las narices.

—¿Qué dice aquí, Gordon?

—Ya sé lo que dice, Debs —responde con suavidad—, pero tenemos que llevar al niño a la policía.

—¿Y qué harán con él? Meterlo en un orfanato, eso es lo que harán. O —añade en tono siniestro— encerrarlo en una celda. Nadie quiere a este niño, Gordon, y alguien nos ha pedido *a nosotros* que lo cuidemos. «Por favor, cuídame», aquí lo dice.

—¿Y qué le dirás a la gente? —pregunta Gordon suspicaz.

—Solo diré que es mío.

—¿Tuyo? —pregunta Gordon.

—Sí, diré que lo tuve en casa (lo cual, supongo, es cierto). Nadie lo sabrá.

Debbie está lo bastante gorda como para haber tenido un bebé sin que nadie lo advirtiera, y se oyen historias de gente que da a luz por sorpresa: están calentando leche y de repente... madres.

—La gente cree todo lo que le dices —continúa Debbie—. Nos limitaremos a explicar: «Habíamos tenido tantas decepciones que no queríamos comentarlo demasiado para que no nos trajese mala suerte». Y fíjate qué suerte hemos tenido —añade, y empieza a hacerle carantoñas al bebé con una voz de lela tal que Vinny abandona la habitación. Y, a juzgar por su expresión, el bebé se largaría también de tener la menor oportunidad.

—A la gente le da igual, Gordon —se impacienta Debbie cuando Gordon empieza a objetar de nuevo—, a nadie le importa lo que hacen los demás, en realidad les da igual. Puedes cometer un asesinato sin que nadie se entere.

Gordon da un respingo y clava la vista en el bebé.

Supongo que, en cierto modo, es como un asesinato; seguramente por cada asesino que descubren veinte quedan impunes. Es probable que suceda lo mismo con

los bebés, cada vez que te enteras de que han abandonado un bebé a una puerta veinte han entrado con la leche en otras tantas casas.

—Tiene hambre, pobre chaval —dice Gordon enternecido.

—Es una niña, tonto —dice Debbie (ahora en su elemento), al tiempo que desenvuelve el bebé-regalo para mostrárselo a Gordon, pues el bebé no llega desnudo a la puerta de Arden, aparece cuidadosamente envuelto para regalo en una mantilla blanca como la nieve y repleta de conchas como el mar.

En realidad, hay más fotosíntesis de la que ven nuestros ojos, ¿verdad? Estoy pensando en eso mientras recorro Chesnut Avenue de camino al autobús matutino. Se trata de la alquimia básica de todo proceso vital: el oro del sol transformado en el verde de la vida. Y volver a empezar —pues los árboles de Chesnut Avenue se han convertido en oro otoñal, un tesoro de hojas que cae al suelo despacio. Todas las cosas del mundo parecen tener la cualidad de transformarse.

Y quizá la nada no exista; incluso el aire, diáfano como es, sigue siendo *algo*. (Composición de la atmósfera en las calles de árboles: 78 por ciento de nitrógeno, 21 por ciento de oxígeno y un 1 por ciento de elementos indefinidos: el lamento de los espíritus, el aullido del lobo, el llanto de los desaparecidos).

Todo muere, pero se transforma en otra cosa: polvo, ceniza, humus, alimento para los gusanos. En realidad, nada deja de existir, solo se convierte en algo distinto, no se pierde para siempre. Todo o que muere, vuelve de un modo u otro. Y quizá la gente regrese también, en la piel de otra persona... quizá el bebé sea la reencarnación de alguien.

Las moléculas de una cosa se dividen y se asocian con otras moléculas, y así se transforman en algo distinto. La nada, como tal, no existe al fin y al cabo —a no ser el gran vacío espacial— y aún allí podría haber más cosas de las que sueña nuestra filosofía. (El mero hecho de que no podamos ver una cosa no niega su existencia).

Quizá allí haya moléculas de tiempo, aún desconocidas para nosotros, invisibles —moléculas enrarecidas que ni de lejos parecen pelotas de *ping-pong*— y quizá las moléculas de tiempo puedan reagruparse y enviarte volando en cualquier dirección, pasado, futuro, quizá incluso a un presente paralelo.

Eunice me espera en la esquina, mirando su reloj con gesto intencionado —el acostumbrado reproche mudo de la gente puntual para demostrar su superioridad moral a sus amigos impuntuales (con lo fácil que sería que la gente puntual se limitara a llegar tarde). La hora ha cambiado hace poco, con un día de retraso en nuestra incompetente morada, donde nunca sabemos si el tiempo corre hacia adelante o hacia atrás.

—Primavera hacia adelante, otoño hacia atrás —recita Eunice—. Para ahorrar luz del día. Qué idea tan sorprendente. (Si fuera posible, ¿pero dónde la guardarías? ¿Con el tiempo que se encuentra? ¿O con el tiempo que se toma? ¿En un arca del tesoro o

en un hoyo en la tierra?).

—Llegas tarde —dice Eunice.

—Más vale tarde que nunca —respondo malhumorada. Audrey ya está esperando en la parada del autobús—. Mira —le digo cuando atisbo una ardilla roja correteando alrededor de un gran sicómoro, y Eunice se dispone a explicarnos con todo detalle que eso es imposible, pues no hay ardillas rojas en Glebelands. (Quizá sea Ratatosk, que corretea arriba y abajo del gran fresno Ysggadril).

Eunice se embarca en una conferencia sobre la diferencia entre ardillas rojas y grises cuando Audrey distraída comenta:

—¿Así que no es solo la diferencia entre el rojo y el gris?

Veo como una hoja de un rojo dorado cae lentamente y se adhiere al pelo de Audrey. Me produce una extraña sensación en la boca del estómago. Tengo que hablar con Audrey. Tengo que decirle algo del bebé, de la mantilla de conchas que Debbie cedió a toda prisa a nuestro depósito de residuos (Vinny) para que ardiera en una hoguera y cuya existencia cuestiona ahora mi memoria.

(—¿Qué fue de aquella preciosa mantilla que estaba tejiendo para su sobrina de Sudáfrica? —le pregunto a la señora Baxter en tono casual).

(—Oh, ya la terminé —responde complacida al recordarlo—, la envié por correo. Ahí lo tienes).

—Ya viene el autobús —anuncia Eunice como si fuésemos incapaces de ver el vehículo de dos pisos que, entre vapores, remonta Sycamore Street hacia nuestra parada, la última antes de dar la vuelta y dirigirse al pueblo.

Y entonces desaparece ante mis ojos.

—¿Qué ha sido eso? —digo, volviéndome sorprendida hacia Audrey para ver si ella también ha presenciado el extraordinario escamoteo, pero, si no lo veo no lo creo, también se ha esfumado. Y Eunice. Y la parada, y las calles, casas, árboles, antenas, tejados... el pasado ha vuelto a irrumpir en el presente sin siquiera murmurar un «con su permiso».

Estoy en medio de una impenetrable espesura de pino escocés, abedul y álamo, olmo inglés y olmo escocés, avellano, roble y acebo, varada en el centro de un gran océano verde. Tal vez no sea el pasado, claro —en lugar de viajar en el tiempo puedo haberme limitado a viajar— quizá una mano invisible y gigantesca me haya cogido y me haya depositado después en medio de una gran fronda. Pero da la sensación de pasado, parece como si los relojes hubieran retrocedido al principio de los tiempos, a la época en que la magia y la tierra aún vibraban al unísono. Por otra parte, no puedo haber retrocedido mucho más de doce millones de años, segundo más o menos, si la historia de la fotosíntesis de la señorita Thompsett es correcta. (*La mayoría de los árboles que conocemos hoy día existían ya hace doce millones de años*).

Recojo el esqueleto de una hoja. También es otoño en el pasado. El olor a hongo podrido de la decadencia invade mis fosas nasales. Una oscura manta de hiedra verde cubre la tierra. Hay un silencio increíble, solo se oye el canto de los pájaros. Incluso

el dulce gorjeo de los pájaros ocultos en los árboles contribuye a la paz de la gran catedral del bosque. Quizá no estoy en el principio de los tiempos, sino en el fin, cuando las personas han desaparecido y el bosque ha recuperado la Tierra.

Me gusta estar aquí, es más sosegado que el presente, dondequiera que esté. Recogeré frutos silvestres, me haré una madriguera en el hueco de un árbol y me volveré tan ágil como una ardilla en mi gran hogar selvático. ¿Tiene fin este bosque, posee un lindero definido donde terminan los árboles, o se extiende para siempre, curvándose como un manto de hojas alrededor de la Tierra, convirtiendo la gran esfera en un infinito?

Pero entonces, por desgracia, el autobús número 21 me arranca de mi nuevo Edén al irrumpir en la espesura entre grandes chasquidos y ramas astilladas, haciendo volar las hojas por los aires. El antiguo bosque se ha desvanecido. He vuelto a la parada del autobús.

—¿Izzie? —dice Audrey, poniendo un pie en la plataforma del autobús— vamos.

Subo a bordo. El conductor toca el timbre y el motor se pone en marcha estrepitosamente. Pago el billete con un suspiro. Con qué calma me tomo estos desvaríos temporales.

Miro a Audrey que, sentada a mi lado, hojea el libro de francés y no digo nada. Cada cual tiene sus secretos, supongo.

¿Por qué soy arrojada a compartimentos del tiempo aleatorios y después arrebatada de golpe? ¿Lo hago realmente o solo imagino que lo hago? ¿Me están sometiendo a algún tipo de prueba epistemológica? Nunca debería haber perdido el tiempo. Lo he matado, y ahora él está haciendo lo mismo conmigo.

Si pudiera controlarlo, tal vez le encontrase alguna utilidad. Podría retroceder y apostar todo mi dinero al ganador de las tres en punto en Sandown o patentar la bombilla eléctrica, o cualquiera de las típicas fantasías de «si pudiera viajar en el tiempo». O —aún más emocionante— podría viajar al pasado y conocer a mi madre. («Podrías conocerla ahora si tuvieras su dirección», dice Debbie, con bastante sarcasmo). Paso el dedo por el esqueleto de hoja que tengo en la mano, en realidad, no serviría como prueba en un juicio, es idéntica a la que he recogido hace un minuto en las calles de árboles.

Es Halloween, y Carmen está sentada en mi cama pintándose las uñas de los pies en un tono cárdeno llamado «frutas del bosque» que deja sus dedos como si se los hubieran apretado con unas tenazas. El perro está despatarrado en el suelo tratando de ignorar a Eunice, que explica la evolución del lobo al can doméstico.

—Mirad el rabo —dice, al tiempo que levanta la fina cola del perro para ilustrarlo. Él la aparta de inmediato, horrorizado.

Carmen, cuando termina de martirizar sus uñas, la emprende con las mías, tarea más difícil de lo normal si tenemos en cuenta que la única luz de la habitación la

proporcionan los ojos y la macabra sonrisa de un fanal de calabaza depositado en la repisa de la ventana para iluminar el camino de los muertos e indicarles dónde está la casa.

Carmen está metida de lleno en la preparación de su boda con Cosque.

—¿No crees que deberías esperar un poco? —le pregunto dubitativa.

—Oh, vamos... Tengo dieciséis años, no soy una cría —dice Carmen, empujando una enorme bola de caramelo de un lado a otro en la boca.

¿Cuándo encontraré a alguien que piense en mí lo bastante como para llevarme a Gaomount, de King Street, y no digamos ya para casarse conmigo?

—Oh, te sucederá algún día —dice Carmen quitándole importancia—. Le pasa a todo el mundo. Te enamoras, te casas, tienes hijos, eso es lo que haces... aparecerá alguien.

(—Oh, un día —dice la señora Baxter, con la misma seguridad— llegará tu príncipe azul [casi se pone a cantar], te enamorarás y serás feliz).

(Pero ¿y si apareciese un príncipe parecido al señor Baxter, con la armadura toda oxidada y taladrándote con la mirada?).

Pero nadie me querrá nunca cuando descubran lo loca que estoy. Además, no quiero a «alguien», quiero a Malcolm Lovat.

¿Cómo mataré a Hilary? ¿Con una amanita muscaria? ¿Escondo aconitina en un anillo y se la vierto en la copa? ¿Le aplasto el cráneo como un huevo duro o un hayuco? O, mejor aún, me la llevo conmigo a mi próximo viaje en el tiempo y la abandono en el pasado prechampú, Mongolia siglo XII, pongamos. Así aprendería.

—¿Qué ven los chicos en Hilary? —dice Eunice en tono despreocupado—. Es tan repipi. Rubia, ojos azules y tipo perfecto pero ¿qué más tiene para que todos le vayan detrás?

(Eunice está enfadada porque ha sacado mejor nota que ella en el examen de química).

—¿Mmm? ¿Qué más?

Carmen le explica pacientemente que eso es suficiente para la mayoría de los chicos. Rebusca en su bolso hasta encontrar un paquete de diez Player's n.º 6 y lo agita para hacer caer unos cuantos sobre mi cama.

—Venga —insta a Eunice—, no te matará.

Aspiramos los cigarrillos. Carmen se las arregla para meterse también una pastilla de menta, más elíptica que redonda (quizá si su boca descansase más de un minuto moriría). Audrey no está, como de costumbre.

—¿Qué le pasa a Audrey? —pregunta Carmen.

—Tiene la gripe otra vez.

—No, quiero decir, ¿qué le pasa?

En alguna parte, en lo más recóndito de la casa, el bebé llora.

—¿Cómo lo lleva? —pregunta Carmen, ladeando la cabeza en una dirección indefinida. Supongo que se refiere a Debbie.

—Bueno... es difícil de explicar. Está un poco chiflada.

—Eso le pasó a mi madre después de dar a luz a cada uno de sus hijos —dice Carmen—. Se le pasará. Problemas femeninos —añade con un suspiro de conocimiento.

No creo que la chifladura de Debbie se pase, ahora el bebé es la única persona de su familia más inmediata que, según ella, no ha sido suplantada por una réplica perfecta. Los berridos del bebé aumentan de volumen (en cierto sentido me recuerda a Vinny). De repente el aroma de la tristeza me roza como una corriente de aire frío, y me estremezco.

—Parece que hayas visto tu propio entierro —comenta Carmen compadecida.

—Es un dicho ridículo —dice Eunice (sería más feliz si el mundo fuera reemplazado por fórmulas químicas y ecuaciones algebraicas)—. Hay que estar muerto para ver tu entierro, pero tú estás viva, aquí y ahora.

—Los muertos vivientes —dice Carmen alegremente, metiéndose caramelos de limón en la boca.

Quizá todos seamos muertos vivientes, reconstituidos del polvo de los muertos, como esculturas de barro. Los gritos del bebé molestan a mi fantasma invisible, vacila y resplandece en la longitud de onda espiritual como una aurora boreal invisible.

—¿No notáis un olor raro? —(¿Espíritu bueno? ¿O duende maldito?) pregunta Carmen, husmeando el aire con desconfianza.

—Solo es mi fantasma.

—Fantasmas —se mofa Eunice—, no existe nada semejante, es un miedo completamente irracional. Fantasmofilia.

Pero a mí no me da miedo mi fantasma. Él —o ella— es como un viejo amigo, un zapato cómodo. Fantasmofobia.

—Eso suena de lo más asqueroso —dice Eunice, poniendo una cara que no le favorece.

Cuando se van, enciendo la luz y me sumerjo en mis deberes de latín. Tendida en la cama, con la compañía de Radio Luxemburgo en mi pequeño transistor Philips —que Charles fue tan amable de regalarme para mi cumpleaños gracias al descuento de empleado.

Por desgracia, el mensaje en las ondas radiofónicas es de una tristeza infinita: Ricky Valance le dice a Laura que la quiere, Elvis Presley me pregunta si me siento sola esta noche (sí, sí) y Roy Orbison declara que solo el solitario comprende cómo se siente (yo, yo). Me tumbo boca arriba y contemplo las grietas del techo. Creo que estoy hecha a partir de un molde de pura melancolía. Estoy harta de las tinieblas, sí que lo estoy.

Tengo que traducir a Ovidio. En *Las Metamorfosis* no pasa un momento sin que las personas se conviertan en cisnes, novillos, osos, arañas, murciélagos, pájaros, estrellas, perdices y agua, mucha agua. Es el problema de tener poderes divinos, la

tentación de usarlos resulta demasiado grande. Si yo tuviera poderes metamórficos, los emplearía a la menor oportunidad: Habría convertido a Debbie en un asno hace mucho, y Hilary andaría por ahí saltando como una rana.

Y yo, yo soy la hija del sol, convertida en algo extraño a causa de la pena. De deberes, tengo que traducir la historia de las hermanas de Faetón, una historia pura como la naturaleza, hecha de yemas y brotes. Las hermanas de Faeton se lamentaban tanto por su hermano carbonizado que se convirtieron en árboles —imagina sus sentimientos cuando descubrieron que no podían levantar los pies del suelo pues se estaban convirtiendo en raíces ante sus ojos. Cuando se arrancaron el cabello descubrieron que no tenían las manos llenas de pelo, sino de hojas. Las piernas atrapadas en el interior de troncos, los brazos transformados en ramas mientras contemplaban horrorizadas cómo la corteza les cubría el pecho y el estómago. Clymena, su pobre madre, intentaba arrancar frenética la corteza de sus hijas, sin conseguir otra cosa que quebrar las frágiles ramas, y las hijas árbol gritaron lastimadas y despavoridas, suplicaron a su madre que no las maltratase.

Entonces, despacio, muy despacio, la corteza les cubrió los rostros, hasta que solo quedaron las bocas, y la madre corría de una a otra, besando a sus hijas en un arrebato enloquecido. Después, por fin, dieron a su madre un último adiós, antes de que la corteza les sellase los labios para siempre. Siguieron llorando incluso convertidas en árbol, las lágrimas caían al río que fluía a sus pies y formaban gotas de ámbar color sol.

(«Una traducción muy emotiva, Isobel», es el veredicto de mi profesor de latín por lo general). Solo el solitario sabe cómo me siento.

¿Seré feliz algún día? No lo creo. ¿Besaré algún día a Malcolm Lovat? No lo creo. Ya conozco esta historia, conduce al abismo de la desesperación y a las noches insomnes.

Los ojos muertos y extintos del fanal me contemplan en la oscuridad mientras intento conciliar el sueño.

Ahora los muertos deben de estar paseando por el exterior, rasgando el velo del otro mundo para su visita anual. Quizá la viuda esté en el piso de abajo, reclamándole a Vinny su cama. Tal vez los gatos muertos hayan empezado a maullar y a ronronear en la alfombrilla y quizá incluso *Lady Fairfax* esté deslizándose por las escaleras, arriba y abajo, con la cabeza bajo el brazo como una gracia de musical.

¿Dónde está Malcolm? ¿Por qué no llama a mi ventana en lugar de la lluvia, fría y pesada? ¿Dónde está mi madre?

Caigo dormida con el olor del humo de la chimenea adherido al pelo y el aroma de la tristeza arrollado a mí como una parra. Sueño que me he perdido en un bosque interminable, sola, y nadie viene a rescatarme, ni siquiera aparece Virgilio para ofrecerme un viaje organizado al infierno, como castigo.

PASADO

GENTE RETRASADA

Isobel hubiera jurado que alguien acababa de gritar su nombre, el eco parecía suspendido en la luz gris, invisible, y le tiró a Charles de la oreja para despertarlo. Alguien gritaba sus nombres, la voz sonaba lejana y ronca. Charles se incorporó y se encajó la gorra en la cabeza.

—Es papá —dijo.

Charles parecía meditabundo, como si desde la noche anterior hubiera envejecido varias décadas. La voz se acercaba, estaba lo bastante próxima como para que pudieran seguirla. Y entonces, de repente, como si acabara de salir del árbol tras el que había permanecido oculto todo ese tiempo, ahí estaba, ahí estaba Gordon.

Se dejó caer de rodillas, el cuerpo desplomado de alivio, e Isobel trastabilló hasta sus brazos y se echó a llorar, pero Charles se mantuvo apartado, mirando al frente con expresión vacía, como si sospechase que Gordon podía ser otro espejismo del bosque. Un truco de aparición.

—Ven aquí, chaval —rogó Gordon en tono afable, y le tendió la mano hasta que Charles, al fin, se dejó caer contra la pechera de la gabardina de su padre y se echó a llorar, unos sollozos fuertes y feos que agitaban su pequeño cuerpo. Gordon apoyó la mejilla contra los rizos de Isobel, y así los tres formaron otra estampa sensiblera y trágica (*¿Dónde te hallabas, padre querido?*, quizá). Gordon se quedó mirando un árbol que había ante él, pero no veía el árbol, sino una horca.

—Es hora de irse —dijo Gordon al fin, de mala gana.

Charles sorbió con fuerza y se limpió la nariz con la manga.

—Tenemos que ayudar a mamá —dijo, la urgencia del mensaje interrumpida por desconsolados hipidos.

Gordon cogió a Isobel en brazos y con la otra mano tomó la de Charles.

—Mamá está bien —dijo, y antes de que Charles pudiera protestar lo obligó a avanzar hasta que divisaron a Vinny— Vinny, a la que ambos habían olvidado por completo desde que se fuera a hacer «ya sabéis qué». Estaba sentada, con la cabeza entre las manos, en un tocón de árbol cubierto de musgo. Se la veía oscura y nudosa como algún primigenio morador del bosque. Pero cuando se levantó, sin una palabra de bienvenida para Charles o Isobel, vieron que era la misma Vinny de siempre y no una criatura legendaria.

—Ya está —dijo Gordon. Cualquiera hubiera dicho que acababa de encontrársela en el jardín trasero. Como compartiendo esa misma ilusión, ella respondió:

—Cuánto has tardado.

Se le habían torcido las gruesas medias marrones y tenía un rasguño en la nariz. Quizá la hubiera arañado un animal salvaje.

La familiaridad del interior del coche negro los mareó de alegría. Inhalaron el narcótico de los asientos de piel. Isobel pensó que se moriría de hambre en cualquier momento, aunque siempre podía comerse la piel de los asientos. Quizá Charles

pensase lo mismo cuando pasaba las manos por la piel del asiento trasero como si siguiera prendida al animal. Columpiaban los pies sobre el piso del coche, tenían los calcetines hechos un asco, las piernas llenas de arañazos.

—Mamá —le recordó Charles a Gordon, quien le devolvió una forzada sonrisa tranquilizadora por el espejo retrovisor.

—Mamá está bien —dijo, apretando el acelerador.

No entendían cómo podía estar bien, no parecía nada bien la última vez que la habían visto. ¿Dónde estaba ahora?

—¿Dónde está mamá? —preguntó Charles en tono quejumbroso.

A Gordon le tembló un párpado. Puso el intermitente y dio un brusco giro a la derecha en lugar de responder.

—En el hospital —dijo cuando ya llevaban un rato recorriendo esa nueva carretera—. Está en el hospital, allí la curarán.

Vinny, que iba derrumbada en el asiento del acompañante con aspecto de precisar una transfusión sanguínea, revivió un instante y comentó, en tono inseguro:

—No os preocupéis por ella.

Lanzó una risilla macabra.

—Al menos, por fin puedo sentarme delante —añadió con un suspiro, y cerró los ojos.

Charles se sacó el zapato de Eliza del bolsillo, de donde no se había movido desde la noche pasada, y se lo alargó en silencio a Gordon, que lo dejó caer perdiendo casi el control del coche. Vinny se incorporó, agarró el zapato y se lo metió en el bolso. A esas alturas, el tacón colgaba como un diente a punto de caer.

—¿Vamos a casa? —preguntó Charles al cabo de un rato.

—¿A casa? —repitió Gordon dubitativo, como si fuese el último lugar al que tenía pensado dirigirse. Lanzó una mirada a Vinny, como buscando consejo, pero esta había caído dormida y roncaba aliviada. Con un suspiro de resignación, Gordon dijo:

—Sí, tenemos que ir a casa.

En Arden, la viuda les preparó gachas, bacon y huevos antes de meterlos en la cama.

—Los condenados toman un desayuno consistente —dijo Gordon, mientras contemplaba sombrío los huevos con bacon. Cortó el bacon en trocitos y lo miró largo rato antes de meterse uno en la boca, como si fuera una exquisitez que pudiera estropearse si la masticaba con demasiado ímpetu. Tras un esfuerzo considerable, se las arregló para tragarse el trozo y a continuación dejó el cuchillo y el tenedor como si no tuviese intención de volver a comer jamás en la vida. Vinny no tenía esos problemas y daba cuenta de su desayuno con fruición, como si una noche en los bosques fuera perfecta para abrir el apetito.

La viuda los despertó de su profundo sueño matutino para que comieran en la cama, cual inválidos. Tomaron bocadillos de jamón, los últimos tomates del invernadero y pastel de limón, y volvieron a caer dormidos. No vieron a la viuda

entrar en la habitación y llevarse las bandejas.

A la hora de la cena los despabiló de nuevo y bajaron a tomar huevos pasados por agua y tiras de tostada seguidos por el pastel de manzana restante. Quizá a partir de ahora sus vidas se limitaran a eso: comer, dormir, comer, dormir, el plan de vida perfecto para un niño, según la viuda.

Gordon, Vinny y la viuda se sentaron a la mesa con ellos pero no probaron bocado, aunque la viuda servía una taza de té tras otra —cobrizo, como las hojas de un haya joven— de la gran tetera cromada con el cubre de punto verde y amarillo. Los huevos aguardaban envueltos en chaquetas verdes y amarillas a juego, como si la propia tetera los hubiera incubado. Vinny sorbía su té con delicadeza, el dedo meñique curvado. La viuda observaba atentamente a Charles e Isobel, todos sus movimientos parecían despertar en ella un gran interés.

Charles quitó el cubre de su huevo y, delicadamente, golpeó con la cucharilla el cráneo redondeado, hasta dejarlo todo agrietado como antigua porcelana china. Gordon, que observaba el gesto con atención, hizo un ruido extraño, como si un gran peso oprimiera su pecho, y la viuda le dijo a Charles:

—¡Para de hacer eso!

Se inclinó hacia él y cortó el casquete del huevo. Hizo lo mismo con el de Isobel y ordenó:

—¡Come!

Obediente, Isobel hundió una tira de tostada en la yema naranja del huevo.

El silencio, por una vez, era asombroso: nada de capones de Vinny, nada de los grandilocuentes sermones de la viuda. Solo Charles mascando su tostada y los extraños ruidos deglutientes que hacía Vinny al tragar el té. Gordon miraba el mantel, perdido en alguna sombría mazmorra del pensamiento. Alzaba la vista de tanto en tanto hacia las gruesas cortinas de algodón, hacia las puertas de la terraza, como si esperase ver aparecer a alguien de un momento a otro. Eliza, quizá. Pero no... Eliza estaba en el hospital, confirmó la viuda. La lengua de Vinny siseaba como la de una serpiente cada vez que se pronunciaba el nombre de Eliza. Ni Gordon ni Vinny ni la viuda querían hablar de Eliza. Por lo que parecía, nadie quería hablar de nada.

¿Pero qué había pasado? Todo lo que ayer pareciera tan claro —el bosque, el miedo, el abandono— se tornaba hoy esquivo, como si la niebla que los había envuelto la noche pasada siguiera presente, aunque invisible. Charles se aferraba a la única seguridad que poseían: la ausencia de Eliza.

—¿Cuándo podremos ver a mamá? —preguntaba una y otra vez, como un plañido.

—Pronto —decía la viuda—, supongo.

Charles se tapó los ojos con las manos como si no pudiera soportar la visión del mantel por más tiempo.

Vinny, pretendiendo ser de alguna utilidad, retiró la vajilla en una gran bandeja de madera. La viuda dijo que le había dado a Vera «un par de días libres» y Vinny

protestó:

—No esperarás que yo ocupe su lugar.

Y para demostrar lo mal que se le daba el papel de criada, se las arregló para dejar caer toda la porcelana de la bandeja antes de alcanzar la puerta. Gordon ni siquiera alzó la vista.

Antes de irse a la cama por tercera y última vez ese día, bajaron al piso inferior en pijama a dar las buenas noches. La viuda les dio leche y galletas integrales para que las tomaran arriba y ellos, a cambio, repartieron besos de buenas noches — depositando rápidos besos de pajarillo en las mejillas de Vinny y la viuda, ninguna de las cuales sabía cómo enfrentar nada más afectuoso. La viuda olía a agua de lavanda, Vinny a jabón mineral y col. Gordon los abrazó, primero a uno y después al otro, con fuerza, con demasiada fuerza, tanta que hubieran querido desasirse, pero no lo hicieron. Susurró:

—Nunca sabréis lo mucho que os quiero.

El bigote les hizo cosquillas en las orejas.

Por un instante, Isobel pensó que se hallaba de nuevo en Boscrambe Woods. Pero entonces reparó en que se había despertado en la cama. El maníaco que hacía exagerados gestos en la penumbra, como un demente mudo, no era otro que Charles, pidiéndole que lo siguiera al primer piso.

Una lista de luz se colaba por el resquicio de las cortinas y hasta ellos llegaba el familiar *prut-prut-prut* del motor del coche negro.

Ocultos tras las cortinas, contemplaron la escena que tenía lugar en el aparcamiento. Gordon (el cuello de la gabardina subido, el ala del sombrero baja, cual malhechor) estaba de pie junto a la portezuela abierta del coche. Le dijo algo a la viuda, quien ahogó un grito y se colgó de las solapas de Gordon. Vinny tuvo que separarla a la fuerza. A continuación Gordon se metió en el coche, cerró la portezuela y, sin mirar atrás, se alejó de Hawthorn Close.

La misma luna henchida que, como un fanal, los había iluminado en el bosque hacía solo veinticuatro horas estaba ahora suspendida en la negrura, sobre las calles de árboles. Al final de Chesnut Avenue vieron detenerse el coche, como tratando de decidir si giraba a la izquierda por Holly Tree Lane o a la derecha por Sycamore Street. El coche negro se decidió al fin y torció a la izquierda, hacia la carretera del norte. Los faros traseros desaparecieron súbitamente en la noche.

Al día siguiente, en el desayuno, Vinny seguía allí. Cortaba grandes hogazas de pan con mermelada y decía:

—Voy a venir a vivir con vosotros un tiempo, para cuidaros.

Esperó la reacción a estas noticias, pero ellos guardaron silencio, pues la viuda siempre les estaba diciendo: «Si no se os ocurre nada agradable que decir, es mejor que no digáis nada».

—Vuestro papá ha tenido que irse por un viaje de negocios —continuó Vinny, mirándolos por turno, primero a uno, luego al otro, como si buscara signos de

incredulidad en sus rostros.

La viuda entró en el comedor y se sentó a la mesa del desayuno.

—Vuestro papá ha tenido que marcharse —anunció con voz ronca, y procedió a enjugarse los ojos con un pañuelo que ostentaba una aparatosa inicial (no «V» de viuda sino «C» de Charlotte) y que trajo algo a la memoria de Isobel. Casi se cae de la silla en su precipitación por levantarse de la mesa. Corrió al vestíbulo, empujó una silla hasta el perchero y metió la mano en el bolsillo del abrigo de lana que seguía allí colgado desde que regresaran del bosque, ayer por la mañana.

Allí estaba, el pañuelo de Eliza, plegado en un pulcro triángulo como un emparedado, todavía adornado con el monograma y conservando aún rastros del perfume de Eliza —tabaco y Arpege, y algo más decadente, como pétalos de flor putrefactos y abono.

Para cuando Vinny tiró de ella para bajarla de la silla estaba histérica y le arrancó un mechón de pelo en su esfuerzo por escapar del apretón nudoso. Vinny gritó (el sonido de los goznes oxidados y de las tapas de ataúd) y le propinó a Isobel una palmada seca en el dorso de las rodillas.

—¡Lavinia! —la reprendió la viuda con severidad desde la puerta del comedor. Vinny dio un respingo ante el tono de la viuda—. Recuerda lo que acaba de suceder —susurró al oído de su desgarbada hija.

Vinny trató de desasirse y dijo:

—Estará mejor sin ella, de todas formas.

En la refriega, Vinny se las había arreglado para arrancar el pañuelo de la mano de Isobel, y la viuda se inclinó para recoger el trofeo rubricado y ribeteado de encaje. Visto y no visto. Desapareció en la sobria pechera de su blusa.

Los días siguientes a la partida nocturna de Gordon, la viuda y Vinny estaban con los nervios de punta. Cada motor de coche, cada paso las ponía en estado de alerta. A diario, examinaban los periódicos de cabo a rabo, como si contuvieran mensajes cifrados.

—Soy un manojo de nervios —dijo la viuda cuando la silenciosa entrada de Vera en el comedor con una fuente de sopa la hizo dar un respingo.

La viuda intentaba mostrarse amable con ellos, pero al poco la tensión empezó a aflorar.

—Sois unos niños muy traviesos —suspiraba exasperada.

—Esto es lo que les pasa a los niños malos —dijo la viuda una tarde de domingo, al tiempo que los encerraba en el cuarto del desván como castigo por alguna transgresión cometida. Les daba igual, no les importaba que los encerrasen juntos. Casi les gustaba.

Aguardaban el regreso de Gordon y Eliza. Aguardaban el *prut-prut-prut* del coche negro. Aguardaban a que Eliza volviera del hospital. A que Gordon regresara de su viaje de negocios. Por fuera, sus vidas continuaban más o menos como antes — se levantaban, comían, dormían, volvieron al colegio después de las vacaciones—

pero igual podrían haber sido robots. Para ellos, todo aquello no tenía ningún sentido. El tiempo real, el que transcurre en la mente, se había detenido. Solo esperaban a que Eliza volviese a casa.

Su sentido del tiempo se había distorsionado. Los días se sucedían a un paso insoportablemente lento, a rastras, ni siquiera el hecho de ir al colegio variaba demasiado las grandes extensiones de tiempo muerto que bostezaban ante ellos. El señor Baxter permitió que Isobel empezara la escuela antes de hora, «para quitarla de en medio». La señora Baxter se ofreció a llevarlos al colegio por las mañanas y a cuidarlos hasta que la viuda y Vinny regresaban a casa por la noche. La señora Baxter les daba leche y pastel en su enorme y cálida cocina, y Charles fingía ser un niño totalmente distinto por si el señor Baxter aparecía por allí.

A Vinny, malhumorada desde que nació, el giro que habían tomado los acontecimientos la había vuelto aún más irascible. De haber dependido de ella, los habría tenido encerrados todo el día. Al menos, eso decía. El rostro de Vinny se había convertido en una ciruela pasa, y la viuda la mantenía ocupada en la trastienda, lejos de los clientes, por si agriaba la crema o enmohecía el queso.

—Es el cambio de vida —explicó la viuda en *sotto voce* a la señora Tyndale por encima de los trastos rotos (aunque no tan *sotto* como para que Vinny no lo oyese).

La vida había cambiado para todos, pero aquello no podía durar, ¿verdad? Antes o después Eliza abandonaría el hospital, Gordon regresaría de su viaje de negocios y todo volvería a la normalidad. Ni Charles ni Isobel pensaron ni por un momento que Gordon y Eliza los hubiesen dejado para siempre en las garras de Vinny y la viuda. El recuerdo de Eliza rota bajo un árbol, su cáscara de huevo agrietada y abollada, la garganta extendida (como el tiempo) más allá de toda resistencia, era algo en lo que rehusaban pensar. La viuda decía que Eliza se estaba reponiendo en el hospital.

—¿Y por qué no podemos ir a verla? —preguntaba Charles frunciendo el ceño.

—Pronto, pronto —respondía la viuda, y sus ojos azul lechoso se nublaban.

La vida sin Gordon era más aburrida, algo secundario, pero sin Eliza no tenía sentido. Ella lo era todo: la seguridad (incluso cuando estaba enfadada), la diversión (incluso cuando estaba aburrida), el pan, la carne y la leche. La llevaban a todas partes como un dolor interno, en alguna parte cerca del corazón.

—A lo mejor no la dejan hablar —especuló Charles un melancólico domingo mientras jugaban a Serpientes y Escaleras en la prisión del ático. No estaba claro el motivo de su encierro, pero algo tenía que ver con el largo arañazo en la mesa de la viuda y el cortaplumas que Charles llevaba en el bolsillo—. A lo mejor tiene la garganta mal o algo así —siguió razonando.

Isobel quedó atrapada en la cola de una de las serpientes más largas y no se dio cuenta de que Charles se había echado a llorar hasta que una gran lágrima de cristal —casi tan grande como las gotas en forma de pera de la araña de la viuda— atrajo su atención al salpicar el tablero.

Estaban acostumbrados a ver llorar al otro, las lágrimas sazonaban su espera, y

también la humedecían.

(—Uno u otro, siempre tiene que haber alguno con el grifo abierto —los reprendió Vinny indiscriminadamente una mañana cuando Charles empezó a hipar de camino al colegio. Tuvo que golpearlo entre los omóplatos— remedio este más apropiado para matar que para curar).

—Ánimo —le instaba Isobel ahora, pero en un tono tan melancólico que solo consiguió empeorar las cosas. Le pasó el cubilete, pero transcurrió un buen rato antes de que ninguno de los dos hiciese otro movimiento.

Estaban sentados junto al fuego, escuchando *La hora de los niños*. Vinny (en el sillón que reivindicaba como suyo) zurcía sus gruesas medias. A Vinny no se le daba bien la costura —el remiendo parecía una cerca desvencijada— y la viuda observaba la chapuza haciendo ruidillos de desaprobación.

De fondo oían el estrépito de Vera, que ponía la mesa del comedor. La viuda miró a Vinny y esta dejó la costura a un lado. A continuación lanzó un profundo suspiro, se inclinó hacia adelante y apagó la radio. La miraron expectantes.

—Niños —dijo con gravedad—. Me temo que tengo malas noticias para vosotros. Vuestra mamá no va a volver. Se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿A dónde? —gritó Charles, poniéndose en pie de un salto y adoptando una postura agresiva, listo para el combate.

—Cálmate, Charles —dijo la viuda—. Nunca ha sido lo que se dice «de fiar».

¿Que no era de fiar? Como explicación a la desaparición de Eliza, no parecía muy adecuada.

—¡No te creo, eso es mentira! —le gritó Charles—. ¡Ella no nos dejaría!

—Bueno, Charles, me temo que eso es lo que ha hecho —dijo la viuda sin inmutarse.

¿Decía la verdad? Parecía improbable pero ¿cómo iban a saberlo cuando estaban tan indefensos? La viuda señaló a Vera, que aguardaba en el umbral, y dijo:

—Venga, ya está, sécate esas lágrimas, Isobel... Hay un buen pastel de carne para cenar. Y crema de frambuesa de postre. Charles, ya sabes lo mucho que te gusta.

Charles la miró con incredulidad. ¿Cómo podía pensar que un dulce, que desaparecía en un abrir y cerrar de ojos, podía compensar lo más mínimo la pérdida de una madre?

Ya hacía casi dos meses que Gordon se había alejado en la noche con la luna como única compañía. Una mañana, la viuda recibió una carta —un fino papel azul con sellos extranjeros. La abrió y, mientras la leía, las lágrimas inundaron sus ojos.

—Bueno, ni que se hubiera muerto —murmuró Vinny a la tetera con irritación.

—¿Quién? —preguntó Charles ansioso.

—¡Nadie que tú conozcas! —ladró Vinny.

Aquella misma noche, antes de mandarlos a la cama, la viuda dijo que tenía malas

noticias para ellos. El rostro de Charles era la viva imagen de la desolación.

—¿Papá no nos ha dejado también? —susurró a la viuda, quien asintió tristemente y dijo:

—Sí, me temo que sí, Charles.

—Volverá —se obcecó Charles—. Papá va a volver.

Vinny hundió una galleta en el té y la mordisqueó como un roedor enorme. La mano vieja y manchada de la viuda tembló y la taza repiqueteó en el plato cuando dijo:

—Papá no puede volver, Charles.

—¿Por qué no? —Charles se tiró la taza de cacao por encima de la impresión.

—Un trapo, Vinny —dijo la viuda en un tono que más parecía una advertencia acerca del trapo que la petición de que fuera a buscar uno. Oyeron decir a Vinny «Untrapovinnyuntrapovinnny» cuando llegó al pasillo.

La viuda se recompuso.

—No puede volver porque está en el cielo.

—¿En el cielo? —repitieron ambos al unísono. La viuda los obligaba a ir a catequesis cada domingo, así que sabían lo que era «el cielo»— azul, con un montón de nubes y ángeles, pero nadie con sombrero y gabardina.

—¿Es un ángel? —preguntó Charles, confuso.

—Sí —dijo la viuda, tras vacilar un instante—. Ahora papá es un ángel, y cuida de vosotros desde el cielo.

—No está muerto, ¿verdad? —Trató de aclarar Charles.

La viuda palideció aún más, si es que era posible, y dijo:

—Bueno, muerto exactamente no...

Se tapó la cara con las manos y dejaron de verla. Se quedó así un buen rato, sin decir nada, hasta que empezaron a sentirse incómodos. Salieron de la habitación de puntillas y subieron al piso de arriba. Se acostaron sin saber una cosa más, de hecho, más confusos que antes de que les diera la «mala noticia».

Fue la utilísima Vinny quien aclaró la situación a la mañana siguiente, durante el desayuno. La viuda seguía en su habitación y Vera había arrojado la gran tetera cromada sobre la mesa y se había ido a quemar tostadas. Charles e Isobel jugueteaban con sus gachas en silencio, porque Vinny, por las mañanas, no estaba en su mejor momento. Esta encendió un cigarrillo y dijo:

—No vayáis a pensar vosotros dos que las cosas van a ser lo mismo a partir de ahora.

Recibieron este comentario con el silencio que merecía. Eran lamentablemente conscientes de que las cosas no eran como antes.

—Tendréis que portaros bien, ahora que vuestro papá ha muerto.

—¿Muerto? —repitió Charles horrorizado—. ¿Muerto?

Se puso tan blanco como la masa de sebo de la viuda y se alejó de la mesa corriendo. Más tarde, tuvieron que sacarlo a la fuerza del trastero del hueco de las

escaleras, donde se le oía aullar como un cachorro de lobo.

Gordon había muerto de una bronquitis, a causa de la niebla de Londres.

—Muere mucha gente —dijo Vinny, como si eso fuera un consuelo—. Es una niebla terrible, imponente de verdad —añadió y, por una vez, parecía orgullosa de Gordon.

—Era asmático —se oía decir a la viuda a todo el mundo—, desde pequeño.

Espiaban los murmullos de sorpresa y consternación desde el puesto de centinela de las escaleras. No tenían ni idea de lo que era un asmático, pero sonaba grave.

Sobre el aparador había una foto de Gordon en un marco de plata repujada. Nunca habían reparado en ella mientras tenían delante al original, pero ahora había adquirido la categoría de tótem. ¿Cómo podía Gordon ser tan visible y tangible (aunque solo fuera en dos dimensiones) y hallarse al mismo tiempo fuera de su alcance? Veían un oficial bien parecido ataviado con el uniforme de la RAF la gorra ladeada, un bizarro desconocido al que se arrepentían de no haber prestado más atención.

Por las noches, en la cama, Isobel lo imaginaba alejándose hacia un lienzo de niebla blanca, niebla como algodón que envolvía su cuerpo, niebla como algodón que le llenaba los pulmones y lo ahogaba. A veces, en sueños, volvía a salir del lienzo, se dirigía hacia ella, la tomaba en brazos y la lanzaba hacia el cielo, pero cuando regresaba flotando a la Tierra Gordon había desaparecido y estaba sola en medio de una extensa y oscura arboleda.

¿Dónde habían enterrado a Gordon? La viuda pareció sobresaltada cuando se lo preguntaron.

—¿Enterrado?

Puso en marcha los engranajes de su cerebro, pequeñas ruedas dentadas asomaron a sus ojos.

—En el sur, en Londres, donde murió.

—¿Por qué? —insistió Charles.

—¿Por qué qué? —respondió la viuda malhumorada.

—¿Por qué lo enterraron allí? ¿Por qué no lo has traído a casa?

Pero la viuda no parecía conocer la respuesta a esta pregunta.

De Eliza no quedaba nada. Aparte de los niños, claro. Charles pidió ver fotos de ella, pero la viuda dijo que no había ninguna, lo cual era incomprensible teniendo en cuenta la cantidad de veces que Gordon sacaba su vieja Kodak y decía:

—¡Que todo el mundo diga «sí», venga!

Y para su desaliento, la imagen mental que aún conservaban se desdibujaba un poco más cada día, como revelar al revés, como desovillar el tiempo —como los jerseys que Vinny deshacía para tejer algo igual de horrible. Quizá Eliza apareciera de nuevo transcurridos unos cuantos años, una nueva madre vuelta a tejer.

—No digas tonterías, Isobel —dijo la viuda, cuya paciencia con ellos estaba llegando al límite.

—A lo mejor os ha dejado por malos —observó un día después de que Charles le

cogiera a Vera la lata de cera Mansion para convertir el *parquet* del comedor en una pista de patinaje y Vinny hubiera resbalado un buen tramo sobre la alfombra india transformada en patín.

Al principio, rondaban por el segundo mejor dormitorio, acariciaban las prendas de Eliza, que seguían colgadas en el armario, revolvían los tesoros de su joyero cual reliquias. Charles encontró una cinta roja de Eliza enroscada —como una serpiente dormida— a una pequeña vasija Capodimonte llena de rosas. La viuda se la quitó antes de que pudiera esconderla y le dijo a Vinny:

—Esto tiene que acabar. Es malsano.

Al día siguiente, cuando el trapero apareció chacoloteando por Hawthorn Close, envió a Vinny a buscarlo. Todas las cosas del segundo mejor dormitorio fueron a parar al carro. Vinny dudó:

—Todo esto tiene algún valor. Podríamos sacar algo de dinero.

—No quiero dinero —respondió la viuda con frialdad—. Quiero deshacerme de todo.

La señora Baxter, que salió con una manzana para el caballo del trapero, exclamó:

—Oh, pero si toda esta ropa es preciosa, ¡no irán a dársela al trapero!

Levantó el dobladillo de un vestido de lana rojo y dijo tristemente:

—Oh, recuerdo haber visto a la señora Fairfax con este vestido, qué bien le quedaba.

La viuda, con los labios apretados, aguardó a que la señora Baxter se fuera y, cuando ya no podía oírla, dijo:

—¡Yo soy la única señora Fairfax de por aquí!

Por desgracia, era verdad.

—Cotilla —dijo Vinny, y chilló cuando el caballo del trapero la empujó por detrás.

La gente, oculta detrás de las cortinas, observaba con interés el lento progreso de las cosas de Eliza por las calles de árboles. La viuda había propagado el motivo de la desaparición de Eliza (se escapó con su amante) con menos discreción de la que cabría esperar. A menudo lo aderezaba con algunos comentarios sobre la hasta entonces inadvertida asma del «pobre Gordon».

Justo después de las Navidades más tristes que se pueda imaginar, la viuda cogió la gripe y Vinny quedó a cargo del negocio. El primer día se fue el chico de los recados, el segundo Ivy, la nueva ayudante.

—¿Qué haces con ellos? —gruñó la viuda con frustración desde su lecho de convaleciente—. ¿Te los comes?

Un sábado de enero particularmente gris y sombrío, la viuda aún se encontraba demasiado mal como para levantarse y Charles e Isobel se las tenían que arreglar solos mientras ella se debatía y maldecía en el dormitorio. La señora Baxter, insegura, llamó a la puerta para ofrecerse a cuidar de los niños pero, de mala gana, tuvieron que rehusar pues tenían claras instrucciones de la viuda de no moverse de casa bajo

ningún concepto, ya que ellos padecían también un fuerte resfriado. La pobre señora Baxter tuvo que hablarles por el hueco de la cerradura porque Vinny les había ordenado que no abrieran a nadie.

Jugaban en el primer piso. Charles había sacado sus coches y camiones e Isobel sus animales de granja. Colocó la gallina, con la nidada de polluelos amarillos, en el remolque de una camioneta —roja, de hierro— la favorita de Charles.

La viuda salió de la habitación y se quejó del ruido. Llevaba una gruesa bata lisa y las viejas zapatillas de estar por casa. El pelo suelto le caía como una madeja grasienta por la espalda. Parecía una cruel reina de la antigüedad. Estaba ronca, pero eso no le impidió gritar al advertir el bullicio de coches y animales.

—¿Qué es este desorden? Recogedlo —dijo, cerniéndose ante la alfombra de figuras rojas y azules donde estaban desparramados.

Se cogió a la barandilla y añadió:

—Voy a buscar una aspirina.

Se sujetó la frente como para mantener la cabeza en su sitio. Llevaba unos días tan mal que no pudieron evitar compadecerla. Charles se levantó de un salto y dijo:

—Yo te la traeré, yaya.

Pero la razón por la que Charles había saltado con tanta celeridad era doble: a) para traer la susodicha aspirina y b) porque la pierna le cosquilleaba horriblemente. Tenía la pierna tan dormida que cuando se apoyó con todo su peso, esta cedió y tuvo que cogerse a la viuda.

Aquello no habría bastado para empujarla escaleras abajo, pero el encontronazo con el cuerpo de Charles la hizo levantar un pie para mantener el equilibrio y, por desgracia, el lugar adonde fue a parar el pie enfundado en la vieja zapatilla estaba ya ocupado por la camioneta roja y su carga de pollos amarillos. Lanzó el otro pie hacia adelante, escampando coches y animales, mientras la camioneta —aparcada con imprudencia al borde del último peldaño— se ponía en marcha, llevándose con ella su nueva carga: la zapatilla con el pie dentro. Mamá gallina y sus polluelos amarillos fueron esparcidos a los cuatro vientos y la viuda cayó patas para arriba (o culo para arriba, como diría Vinny) —pelo gris zapatillas-pelo gris-zapatillas-pelo gris— por las escaleras, rebotando en cada peldaño, gritando. Gritando de un modo sobrecogedor, como un animal, como había gritado el viejo gato de la señora Baxter cuando comió raticida. Los gritos cesaron cuando la viuda llegó al pie de las escaleras. Aterrizó de cualquier manera, con todo el peso de su cuerpo en la nuca, y sus ojos vacíos parecían mirar las piernas despatarradas hacia arriba. Daba la sensación de ser una postura muy incómoda.

A toda velocidad, recuperaron la camioneta roja y los pollos del pie de las escaleras. Volvieron a subir a la carrera, recogiendo a su paso la carnicería que la viuda había dejado tras ella —vacas y ovejas, el carro marrón, el coche de bomberos, el Rover negro, el camión de la leche, los patos y los gansos—, lo guardaron todo en la caja de los juguetes y la llevaron al ático.

A continuación volvieron a bajar, procurando no mirar a la viuda cuando tuvieron que pasar junto a ella. Se pusieron los abrigos y las botas de agua a toda prisa, abrieron la puerta trasera y corrieron por el jardín bajo la lluvia, ignorando todas las prohibiciones al respecto.

El jardín de la viuda siempre se veía aseado, con flores obedientes, escogidas con cuidado: bocas de dragón y cepas, y meticulosos arriates de patrióticos alyssum blanco, lobelia azul y salvia roja. El césped, de un verde aterciopelado, podría haber adornado una bolera y los árboles —lilos, perales, espinos y manzanos— nunca se desmandaban. Para jugar, no resultaba un jardín muy emocionante, pero, como habría dicho la viuda si pudiese hablar, ya tenían bastantes emociones para un solo día.

Jugaron con toda su alma al fondo del jardín, donde incluso a un niño con el oído fino le habría resultado difícil oír los gritos de una mujer al caer, no digamos ya a uno con las orejas tapadas y obstruidas por el catarro. En cualquier caso, aquella era su coartada.

Sin embargo, sí oyeron gritar a Vinny cuando esta acudió corriendo a la puerta trasera.

Semanas después, mientras jugaban a las canicas, Charles encontró un pollo amarillo solitario bajo el perchero, adonde había rodado su canica, y lo recogió para enseñárselo a su hermana. Ninguno de los dos habló. El polluelo amarillo también guardó el secreto. Gracias a Dios.

Y así quedaron a cargo de la avinagrada Vinny, el pariente a la fuerza, la tía infernal, tan vieja como el siglo (cuarenta y nueve) pero no tan moderna. Ni de lejos. Nunca antes habían prestado mucha atención a Vinny, aparte de procurar mantenerse tan lejos de ella como fuera posible, pero ahora que todos los demás se habían ido no había forma humana de evitarla.

Vera presentó la dimisión en cuanto murió la viuda y se fue a vivir con su hermana. La idea de Vinny como ama de la casa era demasiado para ella. Charles se trasladó a la habitación de Vera y Vinny a la de la viuda (el mejor dormitorio) con su gata, Grimalkin, y no paraba de quejarse de que el colchón la estaba matando —lo que les recordaba a *La princesa y el guisante* (aunque a Vinny le pegaba más el papel de guisante que el de princesa)— y Charles se deleitaba con innumerables fantasías sobre colchones asesinos, porque a menudo habrían sido más que felices si la crin y el terliz se hubieran tragado a Vinny.

Vinny no estaba hecha para criar niños. En primer lugar, no le gustaban, y no le procuraba satisfacción alguna cuidar a nadie excepto a su gato —única criatura capaz de hacer asomar la inusitada parte tierna de Vinny. Resultaba desconcertante entrar de vez en cuando en una habitación y encontrarla a cuatro patas, mirando bajo el sofá, camelando a la gata con un «misimisimisi» en tono dulce, la voz ronca por falta de costumbre.

—Todo es culpa de vuestra madre —rabió Vinny al tiempo que tiraba de los enmarañados rizos de Isobel. De no peinarlo, el pelo de Isobel estaba cada vez más enredado y empezaba a parecer una mata—. No soy una maldita peluquera —rezongó Vinny, peleándose con el cepillo del pelo.

Charles se refugió en el mal comportamiento. En el colegio, siempre buscaba pelea, pateaba y mordía hasta que lo enviaban a casa castigado, y a Vinny le tocaba azotarlo con ese mismo cepillo. Corría de un lado a otro como un poseso, derribando cosas y rompiéndolas para detenerse después con una sonrisa idiota en el rostro. No podía estarse quieto. Quizá porque nació en marcha. Cuando Vinny le decía que parase se plantaba con los brazos en jarras y reía como un autómeta —ja-ja-ja—, y Vinny tenía que abofetearlo para hacerlo callar.

Mojaba la cama casi cada noche, lo que sacaba de quicio a Vinny, quien cada mañana liaba las sábanas y las metía en el caldero con el tipo de gestos y lamentos que suelen acompañar a los desastres bíblicos.

—¡No sé qué te pasa! —gritaba mientras lo agarraba de la oreja y lo arrastraba a su habitación.

Uno de los aspectos de la maternidad delegada que Vinny no podía entender era que los niños crecían. Si los chinos hubiesen desarrollado un sistema para vender todo el cuerpo, Vinny habría sido la primera en adoptarlo.

—¡No es posible que hayas crecido! —gritaba cada vez que Isobel le enseñaba los dedos rozados por culpa de unos zapatos demasiado pequeños, o cuando las muñecas de Charles, delgadas y pecosas, asomaban por los puños de su chaqueta. De haber dependido de ella, caso de verse obligada a ello, no habría tenido niños, sino enanos. A ojos de Vinny, no existía el tamaño ideal de un niño, aparte, claro está, de adulto y fuera de casa.

Charles, pequeño para su edad y muy aventajado por sus compañeros, no representaba un problema tan grande como Isobel. Vinny se negó en redondo a comprarle un uniforme nuevo cuando el otro se le quedó pequeño en seis meses.

—Crecen de la noche a la mañana —dijo la señora Baxter con amabilidad cuando se presentó con un paquete para que Vinny le echara un vistazo—. Es de segunda mano, pero está en perfecto estado —apeló la señora Baxter.

Vinny declaró que, por lo que ella sabía, no necesitaba la caridad de nadie, y la señora Baxter dijo:

—Oh, no, no, no, *no*... no es caridad, solo que la escuela del señor Baxter tiene un depósito de uniformes... todo el mundo está de acuerdo en que es una idea sensata... y había pensado que... crecen tan rápido... es un derroche comprar uno nuevo cuando... es una buena idea... mucha gente lo cree así...

Y por fin, cuando dio la sensación de que Vinny le estaba haciendo un favor a la señora Baxter en lugar de a la inversa, aceptó el paquete. De mala gana y sin dar las gracias. ¿Puede uno ahogarse en un depósito de uniformes?

La cara de payaso de Charles asomó por detrás de su gorra Billy Bunter. Charles

había desarrollado una increíble variedad de expresiones estúpidas, mediante las cuales se comunicaba con el mundo, como si el mundo fuese a quererlo más porque sabía ponerse bizco y fingir que se pasaba una pelota de *ping-pong* de un carrillo a otro, todo al mismo tiempo. Por desgracia, no era este el caso.

El resfriado de Charles, que arrastraba desde el día en que muriera la viuda, no lo había abandonado. Siempre tenía la nariz tapada con mocos verde amarillentos y las orejas obstruidas con algo parecido. Habitaba el mundo submarino de los duros de oído y solo cuando la enfermera del colegio lo envió al hospital descubrió todo el mundo el alcance del problema: Charles se desenvolvía leyendo los labios, descifrando las palabras, como una dislexia auditiva o un Scrabble auricular.

—Quién iba a decir que no oía —dijo Vinny, disgustada por tener que aguardar horas en la sala de espera del hospital— con lo grandes que tiene las orejas.

Pobre Charles, con esos alerones a lo Dumbo, unas orejas de soplillo como las del príncipe tocayo.

—¿Vas a volar o qué? —le preguntó Trevor Randall, el peor matón del colegio. Y en lugar de actuar con sensatez y escurrir el bulto como un cobarde, Charles le atizó en el ojo y el señor Baxter tuvo que darle una paliza para que aprendiera.

Por fin operaron a Charles. Un amable cirujano le hurgó los oídos y drenó los mocos verde amarillentos. Desgraciadamente, eso no le ayudó a leer mejor y el señor Baxter aún se veía obligado a golpearle las palmas de la mano con la regla para ayudarlo a descifrar las palabras de la página.

Charles tenía que contenerse para no decirle al señor Baxter que cuando Eliza volviera le arrancaría la cabeza y le sacaría los pulmones por la boca. Ansiaba saborear la expresión atónita del señor Baxter. ¡*Zwack!* ¡*Zwack!* ¡*Zwackkk!* Hacía la correa del señor Baxter (o la «cinta» en el pintoresco lenguaje de la señora Baxter).

Las escasas aptitudes de Vinny para la crianza fueron puestas a prueba hasta el límite mediante toses y catarros, virus e infecciones, heridas y dolores, verrugas y sarpullidos —la carencia paterna documentada por los gérmenes. Charles volvió a ser hospitalizado por una presunta apendicitis, para ser enviado a casa de nuevo ante la imposibilidad de explicar el misterioso origen de sus dolores.

En Arden, las tareas domésticas de cualquier tipo brillaban por su ausencia. Muerta la viuda, se había convertido en un lugar frío e inhóspito. Vinny solo encendía la estufa de carbón de la sala cuando el termómetro alcanzaba temperaturas árticas. («¡Cuidado con ese oso polar!» gritaba Charles con expresión horrorizada en sus ojos enrojecidos, y Vinny gritaba y se daba la vuelta. *Ja-ja-ja*).

Llevaban guantes dentro de casa y Charles se ponía un pasamontañas azul marino (tejido, muy mal, por Vinny) que le daba aspecto de duende. Solo faltaban dos agujeros para las orejas puntiagudas y el disfraz sería completo. Isobel llevaba un jersey, tejido por la señora Baxter, cuya parte delantera ostentaba una complicada composición de nudos, cuerdas y cabos, como algo tejido en sueños por un pescador.

En la casa no se encendía la calefacción para ahorrar. El ahorro era cicatería en la

religión de Vinny (y aún así sus aptitudes para la economía eran nulas).

—Lo hago para que no nos coja el lobo —decía. A continuación entrecerraba los ojos (gris mar del Norte) y añadía—. Estamos a un paso de la pobreza.

¿Cómo pretendían que se las arreglase para llevar un negocio y criar a dos niños? ¿Qué podía hacer? Contrataba un ayudante para la tienda tras otro, todos los cuales no parecían tener más propósito en la vida que defraudar a Vinny.

Por la noche, pasaba muchas horas sentada a la mesa del comedor, bizqueando ante grandes libros de cuentas, incapaz de encontrar ningún sentido al debe y al haber. Al final, había resultado que no era tan buena mujer de negocios como su madre.

Vinny escatimaba, pero no conseguía ahorrar. Las abundantes comidas de la viuda fueron reemplazadas por huevos revueltos aguados, como vómito de limón, tostadas y tocino, o la especialidad de Vinny: pastel de carne y riñón, una viscosa sustancia gris emparedada entre cortezas de cartón. Siempre tenían hambre, se pasaban la vida tratando de almacenar comida en sus huecos estómagos. A veces Isobel tenía tanta hambre que se preguntaba si habría otra persona en su interior, un ser glotón e insaciable al que debía alimentar constantemente.

Vinny había guardado los manteles de lino de la viuda, la cubertería de plata, la vajilla decorada con ramillas en flor y los servilleteros de marfil, pues «su cuidado le traía demasiados problemas». Ahora comían con cubiertos Woolworths y viejos salvamanteles de rafia, procedentes de casa de Vinny. «Las servilletas», decía Vinny, «son para la gente que tiene criados», y Vinny, Dios no lo quiera, no era la criada de nadie. «Dios nos dio lengua para limpiarnos los labios», declaraba Vinny, «no nos creó con servilletas en las manos», un argumento carente de toda lógica pues... ¿y los cigarrillos?, ¿y las tazas?, ¿y las pastas de té? Por no hablar de Dios, que no se dejaba ver a menudo en Arden.

La señora Baxter se precipitó a llenar el vacío materno, horrorizada ante la súbita disminución de los miembros de aquella familia —una abuela, un padre y una madre— en tan corto espacio de tiempo. ¿Cómo?, preguntaba a menudo al señor Baxter, ¿cómo podía una madre abandonar a sus hijos? ¿Sus propios pistoletes? (La señora Baxter era bilingüe). ¿Sobre todo unos tan monos? Debía de haber perdido la cabeza.

Isobel atisbaba la temprana partida del señor Baxter al colegio y corría a la puerta trasera de Sithean para que fuera la señora Baxter, y no Vinny, quien la peinara. Le recogía el pelo en dos aseadas trenzas, porque a las niñas al cuidado del señor Baxter no se les permitía llevar el pelo suelto en las proximidades del colegio. La señora Baxter había comprado también unas cintas azul marino para rematar las trenzas con grandes lazos y decía: «Ya está... Pero qué guapa estás» con una inmensa y alentadora sonrisa de cuarto menguante que no disfrazaba del todo la expresión dubitativa de su rostro.

La hermosa cabellera dorada rojiza de Audrey, que en otro tiempo fluyera suelta por su espalda como un río de lava, un estandarte en llamas, se recogía ahora en una

gruesa trenza que le llegaba casi hasta la cintura. El pelo largo y suelto, por alguna razón, ponía al señor Baxter de mal humor. «Harías mejor cortándote todo ese pelo», decía, y parecía un milagro que los largos bucles de Audrey hubiesen durado tanto tiempo sin ser esquilados.

Llegó el verano. Las malas hierbas se habían apoderado del sombrío jardín de Arden. El señor Baxter se quejó a Vinny del estado del mismo.

—No quiero sus malditos dientes de león —gritó enfadado por encima del seto. Charles esperó hasta que se hubo metido en casa y sopló los dientes de león al otro lado del seto, mientras Vinny mostraba su aprobación desde el peldaño de la puerta trasera. No sabía lo que era la buena vecindad.

Sin embargo, fue la señora Baxter quien se encargó del diente de león, la señora Baxter quien se ocupó del jardín de Sithean. Cultivó frambuesas y grosellas, patatas, guisantes y habichuelas, y cuidó la bonita rosa Alberine que trepaba por el enrejado que separaba el césped de los árboles frutales y las verduras. Matas de romero salpicadas de menudas flores azules y oscuras espigas de lavanda te cosquilleaban las piernas cuando recorrías el sendero del jardín, y el césped semicircular presentaba suaves contornos, interrumpidos por campanillas azules que repicaban con delicadeza y espuela de caballero que, agitada por la brisa, asentía a la pálida madreSelva que se trenzaba con el seto de haya.

Había nuevos vecinos —los McDade—, en Willow Road. Uno sabía lo que el señor Baxter pensaba de Carmen McDade por la mueca que le fruncía el labio superior y el bigote cuando pronunciaba su nombre. Los McDade procedían de Londres y eran una familia tan grande que de vez en cuando el señor McDade (constructor o algo así) y la señora McDade (una arpía) perdían a uno de los pequeños McDade sin tan siquiera advertirlo. «Retrasados», era el juicio profesional del señor Baxter para el clan McDade casi al completo, aunque el señor Baxter era generoso en la aplicación de dicho apelativo y a menudo incluía a Charles en el mismo. E incluso a la señora Baxter.

Carmen se metió el vestido dentro de las bragas tirando a gris y dio una vuelta de campana en el césped de Sithean.

—Un poco adelantada, esa niña —dijo el señor Baxter con expresión de disgusto.

¿Pero cómo podía ser retrasada y adelantada al mismo tiempo? No había manera de contentar al señor Baxter.

—Solo es una niña —protestó la señora Baxter.

—¿Y? —respondió él sombrío—. Todas son iguales.

Vinny no levantaba cabeza, estaba perdiendo el negocio familiar. Todo era culpa de Eliza. La señora Baxter le ofreció la solución cuando llamó a la puerta trasera con un plato de pasteles rosas. Vinny cogió uno con desconfianza.

—Cójalos, cójalos, todos —la apremió la señora Baxter.

Las galletas no eran la solución pero ¿adopción?

Los ojos de Vinny se entrecerraron con recelo. ¿Adopción? Claro que no, no permitiría que nadie le arrebatase a los «pobres huerfanitos». Vinny sopesó la idea. Y entonces casi se ahoga con el pastelillo.

—No son huérfanos —dijo, con voz casi inaudible tras el ahogo—. No son huérfanos, su madre está viva.

—Sí, sí, claro —se apresuró a decir la señora Baxter. La señora Baxter ya no recordaba el aspecto de Eliza. Cuando pensaba en ella veía una figura a lo lejos, al fondo del jardín, en el campo, alguien que se alejaba. Vinny se chupó los dedos para limpiarlos de alcorza y dijo:

—¿Por qué no?

Pero la tonta de la señora Baxter no había comentado la propuesta con «papá» y este la contempló sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Has perdido la cabeza, Moira [otra], tengo que ver a ese niño estúpido todo el día en el colegio, no lo quiero en mi casa también. Y esa niña es tétrica. ¿Me oyes? («Charles parece bastante tonto a veces» escribió el señor Baxter, moderado por una vez, en el informe de Navidad).

A veces, la señora Baxter leía para Isobel. Ella apoyaba la cabeza en el cojín plumoso del pecho de la señora Baxter, equilibrado por Audrey al otro lado, y por un breve instante se olvidaba de Eliza, de Gordon y de la viuda mientras escuchaba la armoniosa voz de turba y brezo de la señora Baxter. La señora Baxter contaba las historias de maravilla, era capaz de transformarse en un ruidoso gigante para, al minuto siguiente, convertirse en un diminuto ratoncillo.

La señora Baxter se sabía los mismos cuentos que Eliza, pero cuando Eliza los contaba casi siempre acababan mal y contenían una buena dosis de mutilación y tortura, mientras que las versiones de la señora Baxter siempre tenían un final feliz. En la Caperucita Roja de la señora Baxter, por ejemplo, el padre leñador rescataba a la niña, mataba al lobo y lo abría en canal para sacar a la abuela vivita y coleando y, ni que decir tiene, todos vivían felices y comían perdices. En la versión de Eliza, en cambio, todo el mundo moría por lo general, incluso Caperucita.

A veces, cuando llegaban al final de un cuento, donde todo se ponía en su lugar y se hacía justicia, la señora Baxter suspiraba y decía:

—Qué pena que la vida no sea así en realidad.

El señor Baxter no sabía nada de esas sesiones de lectura. Desaprobaba los cuentos de hadas de todo corazón («paparruchas») aunque eso de que tuviese corazón era discutible.

Un día, el señor Baxter volvió de la escuela antes de lo acostumbrado y las encontró a las tres ante un fuego brillante. La señora Baxter recorría las líneas con el dedo índice mientras leía porque no había encontrado las gafas, y en el momento en que Caperucita Roja estaba llenando la cesta de tortas, advirtieron de repente la presencia del señor Baxter en el umbral. El cuerpo de la señora Baxter se contrajo

ligeramente, como un conejo asustado, y el dedo se detuvo misteriosamente en la palabra «bobina».

El señor Baxter clavó en ellas sus ojos como guijarros tras las gafillas un buen rato antes de decir:

—A diferencia del estúpido de su hermano, la niña puede leer sola a la perfección, Moira... te lo aseguro, yo le he enseñado. En cuanto a ti, Audrey, ve a tu habitación y haz los deberes de aritmética.

Audrey se escabulló a toda prisa de la habitación y la señora Baxter dijo:

—Oh, querido, papá, solo estábamos leyendo. ¿Qué tiene de malo?

Al día siguiente, la señora Baxter tenía un ojo tan hinchado que no podía abrirlo.

—Me di contra una puerta —explicó mientras le cepillaba el pelo a Isobel—. Qué tonta soy.

Audrey estaba sentada a la mesa del desayuno con un tazón de cereales, y se llevaba la cuchara a la boca una y otra vez, solo que la cucharada de cereales era siempre la misma. A partir de aquel día, se acabaron las historias.

—¡Espera a que vuelva mi madre! —gritó Charles a Vinny tras un ataque con el cepillo más encarnizado de lo habitual, y Vinny se burló:

—¡Me gustaría verlo!

Vinny hacía todo lo posible por erradicar cualquier huella de Eliza.

Para Vinny, el pasado no existía. Nunca hablaba de él, era la antihistoriadora, la antidocumentalista de todo lo sucedido. No conservaba ningún recuerdo, ningún trasto, ningún documento, ninguna fotografía, había destruido toda huella de su anterior existencia feliz. Vinny hacía hogueras con el pasado, hacía hogueras con todo, nada estaba a salvo de sus llamas.

Cada semana, se podía ver a Vinny en el jardín trasero de Arden vigilando la hoguera, envuelta en un manto de humo, rodeada de cenizas agitadas por el viento, como una bruja medieval en la estaca.

Hacía más de un año que Eliza se había ido. ¿Cuándo pensaba volver? ¿Por qué tardaba tanto? A veces, tenían la sensación de que la niebla blanca que los había envuelto en Boscrambe Woods se había colado en sus cerebros. Quizá Gordon hubiese muerto así también, no porque la niebla hubiera empapado sus pulmones sino porque había empañado su cerebro y lo había vuelto loco. Quizá la bruma de los bosques había enloquecido también a Eliza, pues debía de estar loca para dejarlos en las garras de Vinny. Ella nunca los habría abandonado, no por propia voluntad, ni todos los amantes del mundo la habrían convencido de que renunciase a sus hijos. ¿O sí?

Vinny tenía el pelo completamente blanco, cada vez que pasaba ante el espejo del recibidor acariciaba su cabello a lo chico y decía:

—Mira lo que me has hecho.

Como si el espejo fuera el causante de sus problemas.

Madge-en-Mirfield, que ahora padecía un cáncer arraigado y mortal, no podía ayudarla, sus tres hijas adultas no querían saber nada. Pero Madge tenía un amigo que conocía a alguien que siempre había querido...

—¿Dos niños? —preguntó Vinny esperanzada, durante una visita al hospital.

—No —dijo Madge—. Un niño.

—Bueno, mejor que nada, supongo.

—Es culpa de Eliza —dijo Madge.

Charles tenía mucha, mucha suerte, dijo Vinny. Pero si se portaba mal perdería su oportunidad. El señor y la señora Crosland tenían un coche muy grande y abrigos caros. El señor Crosland lo llevaba de pelo de camello, largo, y la señora Crosland de castor, también largo, aunque era un cálido día de agosto. A Isobel le entraron unas ganas locas de frotar la cara en las pieles cuando la señora Crosland se sentó en la sala con una taza de té.

—Pobre niño —dijo la señora Crosland a Charles. Charles, no tan niño (un corpulento niño de ocho años entonces), la observó con gesto hosco. La señora Crosland ni siquiera echó un vistazo en dirección a Isobel. Vinny señaló las cualidades de Charles como un criador detallando el pedigrí y la señora Crosland murmuró aprobando a su nueva mascota.

Charles estaba sumido en la confusión; Vinny no había sido del todo sincera y le había dejado creer que Isobel iba con él en el lote. No habían visto a Vinny hacer una sola maleta. Cuando los Crosland hubieron acabado el té y agotado su limitado repertorio de charla enfática, la señora Crosland dijo:

—Bien, muchas gracias, señora Fitzgerald, espero que le vaya todo bien. —Y se sentó en el asiento trasero del gran coche negro. Dio unas palmadas en el asiento junto a ella y dijo—: Ven aquí, Charles.

Charles, de mala gana, entró en el coche y quedó envuelto en piel.

Vinny cerró la puerta del coche y el señor Crosland puso en marcha el motor, levantando una mano como despedida y sin mirar atrás mientras arrancaba entre un crujido de grava. La señora Crosland agitó la mano, anillo incluido, y articuló adiós con sus grandes labios escarlatas. El pálido rostro de Charles asomó por el parabrisas trasero, su grito silenciado por el ruido del motor. El coche se alejó despacio, Chesnut Avenue abajo, y la cara de Charles reapareció en el parabrisas trasero. Parecía que intentara desgarrar el cristal.

Su cabeza desapareció de repente como si una mano invisible le hubiera tirado de los tobillos, y el coche aceleró calle abajo y giró por Sycamore Street, poniendo en escena exactamente el mismo truco de desaparición llevado a cabo por Gordon tanto tiempo atrás, pero en dirección contraria. Al igual que sucediera con este, no reapareció por la esquina, no hubo gritos de «¡Sorpresa!» por parte de los ocupantes del coche.

Isobel corrió tras el coche hasta que sintió flato y no pudo seguir corriendo.

Entonces se quedó impotente en medio de la calzada, y el chico de los recados del carnicero, que giró la esquina en su bici silbando tranquilamente, tuvo que virar con tanta brusquedad para esquivar a la pequeña figura sollozante que se cayó. La carretera quedó sembrada de paquetes de carne. Vinny se guardó una fina ristra de salchichas en el bolsillo del delantal cuando tiró de Isobel para ponerla en pie. La llevó a casa a rastras.

En plena noche, el mundo estaba oscuro y vacío, pero ya nada le provocaba pavor, no después del bosque. En realidad no estaba tan oscuro, la luna llena, desde la ventana, arrojaba un resplandor difuso sobre todas las cosas, como peltre. Era el momento de escapar, de deslizarse cañería abajo y correr por el césped húmedo. El único ruido que se oía en la casa era el grr grr de los ronquidos de la señora Crosland. Charles salió de la cama y sintió el espesor de la alfombra entre los dedos de los pies. Sus ropas estaban sobre una silla y se arrastró hacia ellas. Pensó que había encogido. Sus ojos no alcanzaban el nivel del respaldo de la silla, la nariz no sobrepasaba el pomo de la puerta. Las uñas de sus pies resonaban contra el linóleo del suelo de la habitación.

El color se había escurrido de todas las cosas, todo se perfilaba en una gama gris. Cuando se paró a escuchar, advirtió que en la casa no reinaba el silencio, en absoluto. Oía al ratón comiendo en la despensa, al viejo gato de los Crosland soñando (en comerse el ratón). Los olores inundaban su mente: el polvo atrapado en las alfombras, los aromas de salsas pasadas procedentes de la cocina, los polvos de talco de clavel que la señora Crosland había derramado en el lavabo. El olor a gasolina que se filtraba desde el garaje lo embriagó, merodeó por la habitación intentando pensar, invadido por una extraña sensación: por una vez, se sentía cómodo en su propia piel.

Se inclinó sobre el tocador que reposaba en una esquina de la habitación. La luna había transformado en acero la superficie del espejo, miró su reflejo... no. No. No era posible, no podía ser. Charles levantó la cabeza y soltó un tremendo aullido de miedo, se alejó corriendo del espejo, saltó a la cama y enterró la cabeza bajo las mantas. Por la mañana, todo sería distinto. ¿Verdad?

Una semana después de que fuera secuestrado por los Crosland, Charles reapareció entre un inesperado crujido de grava. La puerta trasera del coche se abrió y... ¡sorpresa! Charles se arrojó del coche con tanta rapidez que uno casi creería que lo habían empujado. La portezuela del coche volvió a cerrarse y alguien bajó la ventanilla.

Apareció la cara de la señora Crosland, empolvada y acicalada como la de una geisha.

—Muerde —declaró, con la voz hueca de enojo—. Muerde como si estuviera rabioso.

Y el señor Crosland gritó por encima del hombro:

—¡Este niño es retrasado, señora Fitzgerald!

A continuación, los Crosland se alejaron con un malhumorado chirrido del cambio de marchas. Charles se sentó con las piernas cruzadas en la grava, columpiándose adelante y atrás como un balancín de Buda y riendo con su risa de payaso *ja-ja-ja, ja-ja, ja* mientras veía el coche alejarse por la avenida.

Lo realmente difícil del truco de desaparición —algo que, por lo visto, se les había escapado a Gordon y a Eliza— era volver tras haberte esfumado. A diferencia de sus padres, Charles era un experto en ambas partes del truco y para celebrarlo ejecutó unos locos pasos de polka, eufórico, arriba y abajo de la avenida de entrada —hasta que dio un traspiés y se rasguñó. Vinny dijo:

—Ya sabía yo que acabarías llorando.

Vinny estaba a punto de hundir Fairfax e Hijo, en parte por el mal trato a los clientes («Bueno, ¿cuál quiere... Cheddar o Cheshire? ¡Aclárese, no tengo todo el día!») y en parte por una administración pésima. Al final tuvo que vendérsela a un competidor a un precio de risa y también vendió su pequeña casa adosada de Willow Road a una pareja llamada Miller. Cada vez que veía su vieja casa desde el autobús, Vinny decía:

—Los Miller se han hecho con una ganga.

Vinny era la señora Renegona, y nada, pero nada, le parecía bien. Sobre todo sus parientes.

—Pronto tendremos que vivir de la beneficencia —les informó.

Pero tuvo una idea: cogerían huéspedes pues, ¿para que querían una casa de cinco dormitorios si solo utilizaban tres? ¿Eh? Alquilarían uno a un huésped.

Vinny reparó vagamente en que sus pobres habilidades domésticas tal vez restaran atractivo a la casa para los invitados de pago y se propuso mejorarlas. Estudió los libros de la viuda sobre el gobierno de la casa: un estante entero de la cocina sobre menaje del hogar: el *Manual de la perfecta ama de casa*, el *Libro de cocina de la tía Kitty*, *Todo desde dentro*, el *Libro de la moderna ama de casa* (pues, en tiempos, la viuda había sido un ama de casa muy moderna). Durante una temporada, el entusiasmo de Vinny la llevó incluso a interesarse por la sección de entretenimientos de *Todo desde dentro* e intentó hacer, entre otras cosas útiles, «artesanía con lacre» y «una bonita manualidad con papel de celofán y rafia». Resultaba bastante inquietante entrar en la cocina y encontrar a Vinny hundida hasta los codos en papel maché (del color de su piel) o tratando de escalar las artísticas alturas de una «esponja de luffa», tijeando la esponja del lavabo hasta convertirla en una naturaleza aún viva para la habitación del Huésped Desconocido.

Pero mil veces peor era la *ancienne cuisine* que a Vinny, de repente, le había dado por aprender, platos desenterrados de las secciones de cocina de los viejos libros de la viuda que apestaban a la Inglaterra de entreguerras. Comidas como experimentos, en los cuales se utilizaba a los ingleses de conejillos de Indias. «Buñuelos de espagueti», «Sopa de conejo al curry», «Compota de pichón con salsa de sesos». Nada complacía

más a Vinny que aquellas recetas cuyo encabezamiento era: «Coja una gran olla y hiérvalo todo...».

—Es asqueroso —se atrevió a decir Charles ante algo llamado «Budín de pezuñas de ternera hervidas».

—Asqueroso es el que como tal se comporta —respondió Vinny sin inmutarse. Nunca, jamás, habían pensado que llegarían a añorar la antigua cocina de Vinny.

En cuanto Vinny consideró que dominaba el arte de la cocina de la perfecta patrona, cambió de punto de mira y se centró en la ropa de cama. Escarbó en las profundidades del armario de la viuda y sacó varios pares de sábanas de lino irlandés, solo un poco amarillentas.

—En un hotel no encontrarías nada mejor —declaró. No tenía ni idea de cuál era la calidad de las sábanas en un hotel, pues nunca había dormido en ninguno, pero eso no le impidió fantasear con la idea de que el hotel Arden estaba a punto de hacer la competencia al Ritz. Charles e Isobel no entendían por qué iba alguien a querer alojarse con ellos si los colchones eran tan blandos y las salsas tan grumosas.

Casi tan pronto como Vinny se declaró lista para recibir a todos los solicitantes, apareció el primer huésped. Se quedó algo sorprendida, pues ni siquiera había discurrido aún el modo de anunciarse, pero el señor Arroce se presentó con las referencias en mano y un empleo adecuado para un huésped: viajante de comercio.

El señor Arroce tenía entre treinta y cinco y sesenta y cinco años y ostentaba un enorme bigote francés, seguramente para compensar el hecho de que la calvicie hubiera engullido casi todo su pelo negro. A lo que más se parecía el conjunto era a un huevo hervido. Charles e Isobel intercambiaron miradas desoladas, pues no podían imaginar a nadie más aburrido.

—No os preocupéis —dijo Vinny—. Abundan en el lugar de donde viene.

El señor Arroce usaba ramplonas chaquetas de pata de gallo y abrigos color mostaza con cinturón y afirmaba que había sido piloto durante la guerra.

—¿A quién quiere engañar? —se mofaba Vinny, pero solo a sus espaldas, porque no quería perder su dinero.

—Aquí tiene —dijo Vinny, dirigiéndose a su nuevo huésped—, un buen plato de «Mollejas Royale».

Vinny convertida en ama de llaves... una triste gobernanta en los tiempos duros.

—Bueno, señor Arroce —dijo Vinny, rebanando lonchas de un indeterminado mamífero asado a la mesa de la comida dominical—, ¿qué tal le sienta la vida aquí?

El señor Arroce es un caballero, en opinión de Vinny, y su llegada la vuelve coqueta por un tiempo.

Al principio sonreía, hacía reverencias y enjabonaba al señor Arroce, retorciendo las manos en actitud de «a sus pies», y el señor Arroce se lo agradecía poniendo por las nubes sus cualidades de gobernanta, cuando cualquiera habría esperado que se quedara perplejo ante el «Soufflé de pescadilla» y que pusiera reparos a la humedad de su habitación y al aspecto inquietante de algunas de las comidas.

(—Empanada de salchichas hervidas —anunció Vinny con timidez, aunque orgullosa de sus recién descubiertos talentos).

Durante el desayuno y la cena, el señor Arroce les ofrecía historias de sus viajes por carretera.

—Esta semana me ha sucedido algo muy divertido en Birmingham, ¿os lo había explicado? —preguntó ante un plato de «Despojos de cordero escocés» a cuya preparación Vinny había dedicado toda la tarde.

El señor Arroce no tenía ningún sentido del humor, de hecho, si es que era posible, tenía un sentido del humor en negativo. Sabían que todas las historias precedidas por un «me ha sucedido algo muy divertido» acababan resultando, indefectiblemente, lo más aburrido del mundo. Y lo que es más, al señor Arroce le sucedían cosas divertidas todo el tiempo, así que apenas transcurría una comida sin que se murieran de aburrimiento.

—¡Señor Tapioca! ¡Señor Sémola! —aulló Charles. Golpeó la frente con la mesa al doblarse de risa entre maníacas risas sofocadas. Isobel estaba preocupada por Charles. Tenía nueve años ahora, y la mitad del tiempo se comportaba como si no pasara de los tres. El señor Arroce hizo oídos sordos, se sirvió una cucharada de patatas hervidas grises y empezó a perorar sobre la comodidad de la vida hogareña.

—¡Tonto! ¡Más que tonto! —siseó Vinny a Charles.

—Ah —dijo el señor Arroce, husmeando como en un anuncio mientras Vinny le alargaba su loncha de «Lengua de cordero».

Vinny sacó un paquete de cigarrillos de su sobretodo Imperio y lo encendió. Sus manos nudosas, ahuecadas alrededor del cigarrillo, parecían más propias de una gran ave de rapiña. Cerró los ojos y aspiró con fruición, con una expresión que más sugería dolor que placer, y después exhaló el humo por la nariz al tiempo que servía un exótico «Pudín de ferrocarril».

—Delicioso —exclamó el señor Arroce con un reguero de salsa amarillenta en la barbilla.

Vinny agitó las pestañas de un modo que podría haber sido interpretado como coqueto.

—¿Tiene algo en el ojo, señora Fitzgerald? —preguntó el señor Arroce con la boca llena de pudín.

—Universos paralelos —dijo Charles al señor Arroce, ansioso por exponer sus nuevas teorías a un oído atento. Estaban cenando unas crujientes «Croquetas de hígado». ¿Y si hubiera otros mundos, donde nosotros existiéramos bajo otras personalidades... y lleváramos unas vidas totalmente distintas? Vinny, por ejemplo, podría ser una estrella de cine [halagada, Vinny esbozó una desusada sonrisa de aprobación en dirección a Charles], Izzie podría ser la reina de un país desconocido y yo... —Charles buscó la vida paralela que le gustaría llevar—, yo podría ser un atleta olímpico, o un famoso actor de Shakespeare, o un científico espacial...

Mientras tanto, el señor Arroce contemplaba a Charles como si fuera un lunático.

Cuando la imaginación de Charles se agotó al fin, clavó en él una mirada realista y dijo:

—Deberías sentar la cabeza, hijo.

Charles adquirió un tono grana que contrastaba horriblemente con su cabello. Pero en realidad solo había un universo paralelo que deseaban habitar: aquel en el que tuviesen padres y, a ser posible, los mismos que antes.

Pasó otro año. Y después otro. Eliza se fue difuminando, inmovilizada en el tiempo, ahora convertida en un recuerdo. La gente siempre le decía a Isobel que parecía extranjera. Española o italiana. ¿No tendría Eliza sangre española? Vinny fijaba la vista en el túnel largo y sombrío que conducía al pasado y veía algo confuso, oía una palabra imprecisa.

—Celta. —Y decía—: Española no... Irlandesa, creo.

—¿Tenía acento irlandés? —preguntaba Charles ansioso.

—¿Acento? —repetía Vinny impotente. Una vaharada a *Hempstid* la alcanzaba desde el túnel—. Tenía un acento... ridículo —concluía Vinny.

La imagen borrosa y olvidada de Eliza los atormentaba. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no volvía? ¿Por qué no acudía nadie relacionado con ella? ¿Una hermana o un hermano? ¿Una tía o una abuela? Y si Eliza no podía volver, ¿por qué no venía algún amigo de la infancia, alguien que llamase a la puerta y dijese: «Yo conocí a vuestra madre»? Alguien capaz de explicarles algunos detalles: qué libros leía, su plato favorito, su estación preferida.

—Quizá alguien la secuestró —especulaba Charles— y la tenía cautiva contra su voluntad aunque ella le suplicaba que la dejase marchar para ir a buscar a sus hijos.

—¿No tenía madre ni padre?

—Preguntas, preguntas, preguntas —respondía Vinny irritada—. ¿No sabéis preguntar otra cosa?

Isobel descubrió la procedencia del pelo de Audrey (los orígenes genéticos del cabello de Charles, sin embargo, seguían constituyendo un misterio). La hermana de la señora Baxter, Rhona, fue a visitarlos desde Sudáfrica y, acariciando el pelo de Audrey como si fuera algo de gran valor, dijo:

—Tiene el pelo de nuestra madre, Moira.

La señora Baxter respondió:

—Lo sé, Rhoda.

Y los ojos de ambas se llenaron de lágrimas.

Al señor Baxter no le gustaba esa cabellera sensiblera, en realidad no le gustaba la hermana de la señora Baxter, con su buena disposición y su risa fácil. Parecía fuera de lugar cuando entró en la cocina y las encontró a todas reunidas alrededor de la

mesa de fórmica de la cocina, entristecidas por el recuerdo del cabello materno. Antes de retirarse a toda prisa a la vista de tanta emoción inducida por una mata de pelo, lo pagó con Audrey:

—Más te valdría estar aprendiendo las tablas de multiplicar. Aún no te sabes bien la del seis.

—Qué lata —rio la hermana de la señora Baxter cuando el señor Baxter hubo salido. Esta sonrió nerviosa y se partió un trozo de pastel Madeira— de almendras, al jerez— que, descarado, se etiquetaba a sí mismo con un círculo de cerezas al marrasquino cual grandes gotas de lustrosa sangre.

La llegada de la hermana de la señora Baxter trajo consigo muchas reminiscencias. Al parecer, hasta la muerte de su madre habían tenido una infancia ideal.

—Repleta de juegos y diversiones, teníamos demasiadas emociones y todo, ¿verdad Moira?

A pesar de tantos años al sol africano, la hermana de la señora Baxter aún conservaba su armonioso acento, con rastros de brezo y colinas, y cantó «John Anderson, my Jo» con tanto sentimiento que la señora Baxter se echó a llorar.

—Di que sí —dijo la señora Baxter con una sonrisa melancólica—. Aquello sí que eran buenos tiempos.

Siempre que la señora Baxter mencionaba su vida anterior al matrimonio, se ponía muy meditabunda.

¿Cómo era una infancia ideal?

—Bueeeno —dijo Rhona—, picnics, disfraces, alguna representación que otra —carcajadas de ambas ante este recuerdo en particular—, y jugábamos a muchas cosas, nuestra madre conocía unos juegos estupendos...

En ese momento, la señora Baxter gritó y agitó las manos en el aire. A continuación salió corriendo de la habitación y reapareció unos minutos más tarde, sin aliento, para depositar un librito rojo en las manos de su hermana. Al verlo, Rhoda, también sin habla, se puso a botar arriba y abajo en el sitio y gritó:

—*Entretenimientos caseros...* ¡aún lo tienes!

—Lo tengo —dijo la señora Baxter con una sonrisa de oreja a oreja.

—«El objeto envenenado». —La señora Baxter rio con los ojos inundados de lágrimas—. «¿Golf con limones? Pocas cosas ruedan tan imprevisiblemente como un limón» —leyó en las instrucciones.

—¡*Croquet* humano! —dijo la hermana de la señora Baxter extasiada—. Ese era mi favorito.

Jugaban a *croquet* humano, explicó, en el césped de la casa parroquial.

—Teníamos un césped precioso. Tan verde... —añadió con un suspiro de exilada—. Claro, hace falta mucha gente para jugar al *croquet* humano.

—Y todos tienen que estar por el juego —agregó la señora Baxter.

—Oh, sí —asintió su hermana.

Al final, saquearon el cuenco de la fruta. Al principio para jugar a «golf con limones», partido que tuvo lugar en la alfombra de la sala con una gran variedad de accesorios: bastones, un viejo bastón de *jockey*, una pata de silla hallada en el trastero y (como es natural) limones. A continuación celebraron una enérgica «batalla de naranjas», en la cual incluso Audrey participó, y la inesperada llegada del señor Baxter —justo cuando la señora Baxter trataba de derribar la naranja de su hermana con una cuchara— no consiguió disipar del todo la atmósfera festiva.

La hermana regresó a Sudáfrica al día siguiente y su partida dejó muy triste a la señora Baxter. Y muy torpe, por lo visto, pues estaba verde y negra de la cabeza a los pies, como un chiste malo.

—Me caí por las escaleras —dijo—, qué tonta.

La tonta de la señora Baxter debería llevar más cuidado.

El tiempo pasaba. Siete años de aquello. Eliza nunca volvería. Para el caso, podía estar tan muerta como Gordon.

Arden había entrado en decadencia, había podredumbre húmeda en los suelos y podredumbre seca en las escaleras. Las ventanas atascadas, las puertas obstruidas. El papel de las paredes pelado. Las telarañas adornaban las polvorientas lágrimas de la araña de la viuda, que repicaban y tintineaban al son de violentas corrientes, como si Boreas y Eurus llevaran a cabo una competición en las cercanías del vestíbulo o un gran águila Hraesvelg volara arriba y abajo solamente para fastidiarlas.

Mientras el resto de las casas de las calles de árboles habían sido modernizadas y puestas al día, Arden seguía intacta desde que el propio arquitecto clavara la última pizarra.

El jardín se había convertido en hogar de sapos y ranas, ratones y topos y millones de pájaros de jardín. Las ortigas llegaban a la altura del pecho, la tierra, surcada de saúco y una maraña de zarzas en todas direcciones, se había abierto paso lentamente por el jardín hasta la puerta trasera. A la viuda le habría dado un ataque.

—Hay alguien en la puerta trasera —dijo Vinny, observando las llamas del fuego como un gato viejo y sibilino. A Vinny también la envolvía un aire de corrupción: tenía polvo acumulado en los surcos de la piel y su fino cabello empezaba a parecer una telaraña.

—Yo no he oído a nadie —replicó Charles (ahora un chico de catorce años manifiestamente feo).

—Eso no significa que no haya nadie —dijo Vinny.

El ojo vidrioso de los restos de una «Cabeza de bacalao al horno» siguió a Charles mientras atravesaba la cocina hacia la puerta. La abrió y descubrió que Vinny tenía razón. Había un hombre en el umbral. Se quitó el sombrero, esbozó una triste sonrisa y, con voz cascada, dijo:

—¿Charles?

Charles retrocedió un paso.

—¿Te acuerdas de mí, chaval?

Charles no habría recibido una impresión más fuerte si una nave espacial extraterrestre hubiera aterrizado en la cocina y una tropa de marcianos se hubiera abalanzado al exterior.

—¿Papá? —dijo con un hilo de voz.

Vinny se dirigió a la cocina refunfuñando, pero cuando vio a Gordon perdió la capacidad de habla. Se puso casi verde.

—¿Vin?

—Estás aquí —dijo Vinny al fin.

Isobel entró en la cocina y miró al desconocido con interés... había algo extraño en él, algo no acababa de encajar, pero no sabía qué era.

—¿Papá? —repitió Charles. ¿Papá? ¿Cómo era posible? Gordon estaba muerto, la niebla lo había matado, llevaba muerto más de siete años. ¿Era un fantasma? Tenía los ojos de un fantasma, pero no la palidez, estaba flaco y moreno, como de trabajar al sol. Cuando evocaban a Gordon, pensaban en el hombre de la fotografía del marco plateado— el uniforme de la RAF, la alegre sonrisa, el cabello ondulado. Este Gordon—fantasma o impostor— llevaba el cabello —aclorado por el sol— cortado a cepillo y la sonrisa que esbozaba con esfuerzo estaba lejos de ser alegre.

—¿Papá? —repitió Charles atrofiado.

—¿Estás contento de verme, chaval? —susurró Gordon, casi sin habla de la emoción.

—Pero papá... estás muerto —dijo Isobel.

—¿Muerto? —repitió Gordon, lanzando a Vinny una mirada inquisitiva. Esta se encogió de hombros, como si aquello no tuviera nada que ver con ella—. ¿Les dijiste que había muerto? —insistió Gordon.

—Madre pensó que era lo mejor —replicó Vinny malhumorada—. Pensábamos que nunca volverías.

La historia había cambiado de repente. Gordon estaba vivo, no muerto; era, que se supiese, el primer viajero que había vuelto de ese país inexplorado. El mundo ya no estaba sujeto a las reglas de la lógica, según las cuales los muertos muertos estaban y los vivos habitaban la Tierra. Nunca había atravesado el muro de niebla, nunca se había ahogado en una nube. Todo era un error.

—¿Alguien se equivocó? —dijo Charles con incredulidad. Sí, asintió Gordon, sin apartar la vista de la pared que había tras ellos, y ambos se volvieron para ver si había alguien allí. Pero no.

Alguien había confundido a Gordon con otra persona (un muerto), el auténtico Gordon había sufrido un repentino ataque de amnesia y se había ido a vivir a Nueva Zelanda, sin saber que él era el verdadero Gordon, sin saber quién era. Sin saber nada. Quizá Gordon hubiese jugado demasiado a «la identidad perdida» y se hubiera confundido. «Amnesia», le oirían explicar a la gente más tarde, del mismo modo que

habían oído a la viuda decir «asma» tras la partida de su padre, hacía toda una vida. Las dos palabras se parecían mucho. A lo mejor la viuda y Gordon, por algo, se habían hecho un lío.

—Quiero que conozcáis a alguien —dijo Gordon con una pequeña y esperanzada sonrisa—. Está esperando en el coche.

Charles hizo un ruido extraño, como si se estuviese ahogando.

—¿Es mamá? —preguntó, dividido entre una esperanza imposible y una desesperación desbordante.

Los rasgos de Gordon se contrajeron en una mueca y Vinny repitió de inmediato:

—Se escapó con un amante.

Gordon la miró como si fuese incapaz de descifrar lo que le estaban diciendo.

—*Eliza*, se escapó con un amante.

Gordon pareció enfermar ante la mención de Eliza.

—¿Es mamá? —lo apremió Charles.

—¿Quién es qué, muchacho? —Gordon parecía aturdido.

—¿Está mamá en el coche contigo?

Gordon pareció considerar la respuesta a esta pregunta durante un buen rato, pero finalmente sacudió la cabeza despacio y dijo:

—No, no está.

—¡Hola! —dijo de repente una vocecilla aguda. Los cuatro dieron un respingo y se volvieron a mirar a la persona que aguardaba en el umbral de la puerta trasera—. Soy vuestra nueva mamá.

La llegada de Eliza ya no parecía inminente, la auténtica justicia no estaba a punto de ser restablecida y tal vez tanto sufrimiento nunca fuese recompensado (el final feliz). Y si había resultado que Gordon, muerto, estaba vivo, quizá Eliza, viva, estuviese muerta.

—Esté donde esté —dijo Charles abatido—, nunca volverá, afrontémoslo, Izzie.

PRESENTE

EXPERIMENTOS CON EXTRATERRESTRES

Debbie no sabe cómo llamar al bebé, creo que debido a que no es de su legítima propiedad; la identidad del bebé, después de todo, no está clara y ponerle un nombre parece, de algún modo, arrebatarle su patrimonio. (¿Pero acaso el bebé sabe quién es?).

—¿Sharon? —Ensayo con Gordon—. ¿O Cindy? ¿Andrea? ¿Jackie? ¿Lindy? No me gustaría nada demasiado anticuado.

Como, por ejemplo, Isobel, supongo.

Debbie tenía razón: en las calles de árboles han aceptado al bebé sin rechistar y como nadie se ha presentado a reclamar a su niño perdido, nos lo quedaremos, por lo que parece, para toda la vida. Quizá sí sea una suplantación, llevado a cabo por error. Tal vez las hadas no se dieran cuenta de que no teníamos un niño de verdad en casa para cambiar —porque, como es sabido, las hadas deben pagar al infierno un diezmo de vidas humanas cada siete años.

El bebé es la única persona que, según Debbie, sigue siendo él mismo (quizá se deba a su pequeño tamaño), aunque se comunica con el resto de nuestras réplicas robóticas más o menos del mismo modo que lo ha hecho siempre.

Debbie usa ahora una dosis de tranquilizantes para elefantes, cuyo efecto no se hace notar demasiado, al menos, no a juzgar por el extraño y obsesivo comportamiento que se ha apoderado de ella: el lavado a mano, el frote de grifos y pomos de puertas, la histeria si un jarrón cambia de sitio algo así como un centímetro. Quizá estos rituales la protejan de la locura en vez de ser los síntomas.

—Debería visitar a un maldito alienista —refunfuña Vinny, en voz alta, a Gordon.

—¿A un animista? —grita Debbie—. ¡Ni hablar, maldita sea!

Tras hurgar en los rincones más apartados de su cerebro, Eunice ha establecido (después de mucho *click-clickear*) su propio diagnóstico:

—Síndrome de Capgras.

(«Rarilla», es el diagnóstico de la señora Baxter).

—¿El síndrome de Capgras?

—Uno cree que los miembros de su familia más próxima han sido reemplazados por robots o réplicas.

—Caray.

(¿Qué más se puede decir?).

—Los científicos creen (una contradicción de términos, ¿verdad?) que se trata de un estado relacionado con el famoso fenómeno del *déjà vu*.

(Eso me interesa).

—Tiene que ver con nuestro sentido del reconocimiento y la familiaridad.

(¿Hay algo que no tenga que ver con eso?).

—El primer caso conocido data de 1923. Una francesa de cincuenta y tres años se quejaba de que su familia había sido reemplazada por dobles idénticos. Al cabo de un

tiempo, empezó a quejarse de que les había sucedido lo mismo a sus amigos, y después a sus vecinos, y por fin a todo el mundo. Al final, pensó que su propio doble la seguía a todas partes.

(¡Ajá!).

Eunice estropea bastante el efecto científico al hacer hincapié en su veteranía. Al fin y al cabo, hace poco que ha empezado a caminar por un caminito de rosas (como cabía esperar), ¿adónde irá a parar? Al sexo y a la muerte, supongo.

¿Y si todo eso sucede de verdad? ¿Y si, pongamos por caso, realmente tengo un doble? La señora Baxter, por ejemplo, me informa de que ayer me vio en Boots comprando champú, cuando estoy segura de que estaba en mitad de clase de inglés y, para ser más precisa («¿sobre las diez y media, querida?»), entre:

Me huyen los que a veces me buscan.

Y:

Con los pies desnudos acechan en mi cuarto.

¿A quién vio? ¿A mi yo del mundo paralelo o a mi *doppelgänger* de este? («¿Un doble?», se extraña la señora Baxter). ¿Una quimera de mi propio síndrome de Capgras? Sabemos quiénes somos, pero no quiénes podemos ser. Quizá sí. Quizá no.

—¿Estás en otro planeta, Isobel? —me pregunta Debbie bruscamente.

—Lo siento —respondo ausente.

Debbie sigue desgranando la lista de nombres.

—Mandy, Crystal, Kirsty, Patty... Oh, Dios, no sé, piénsalo tú —dice hastiada.

La niña (muda por una vez) me mira como si yo fuera una completa desconocida, a lo mejor el síndrome de Capgras es contagioso. Observo las profundidades de sus ojos inciertos, empañados de dudas. Le ha salido un pequeño penacho dorado rojizo en la coronilla.

—Fontanela —dice Debbie.

Nunca antes había oído ese nombre.

—No es un nombre, tonta —responde satisfecha de sus conocimientos de anatomía neonatal—, es el nombre de la parte blanda del cráneo [bajo el penacho dorado rojizo] donde los huesos aún no se han cerrado.

Pienso en huevos duros con el casquete cortado.

—Entonces habrá que tener cuidado de que no caiga de cabeza.

—Hay que tener cuidado de que no caiga y punto —zanja Debbie.

No sé... no se me ocurre ningún nombre. Perdita quizá.

—¿Quieres que te lleve? —pregunta Malcolm Lovat (en casa por vacaciones) cuando se cruza conmigo a la vuelta del colegio. Eunice participa en un torneo de ajedrez y la ausente Audrey debe de tener la gripe otra vez. Tengo que hablar con Audrey.

—¿Que me lleves? —repito, sintiéndome repentinamente desfallecida.

—En mi coche —dice, agitando las llaves en mi cara como tratando de demostrar

que no intenta enredarme para que me suba a una silla de manos o a un carro tirado por un burro.

—¿Tu coche?

Tengo que dejar de repetir todo lo que dice.

—Mi padre acaba de comprármelo —dice con una expresión abatida de lo más inapropiada.

—¿Te lo ha comprado?

—Estaba pensando en dejar medicina —dice, abriéndome la puerta del coche—. Me ha sobornado para que me quede en Guy's.

No está nada mal el soborno, en mi opinión. Yo me quedaría en la facultad de medicina si alguien me regalara un coche. Aunque no creo que me admitieran en una facultad de medicina. («En el lugar de donde vienes, Isobel», pregunta la señorita Thompsett con sarcasmo, «¿existe la ciencia, la razón o la lógica?»). ¿Qué lugar sería ese? La Ilógica Iliria, el planeta de la sinrazón).

—¿Y lo harías? ¿Has pensado en dejarla?

Malcolm suspira y pone en marcha el coche.

—A veces creo que me gustaría... sabes, renunciar a todo y desaparecer.

¿Por qué todo el mundo menos Debbie está empeñado en desaparecer? Quizá deberíamos convencer a Gordon de que volviera a practicar la magia —el truco de la desaparición, con Debbie, o mejor aún, que la serrara por la mitad.

—Parece que todo el mundo ha planeado mi vida por mí —dice Malcolm mientras rebusco por la guantera algo de comer. Ni siquiera una pastilla de menta deforme—. ¿Quieres ir a casa? —pregunta cuando nos detenemos en un semáforo.

—No... da igual —respondo sin comprometerme, por si me propone algo mejor (el este del sol, el oeste de la luna).

—Podrías acompañarme al hospital. Voy a visitar a mi madre.

—Me encantaría.

Por mí, mientras esté con Malcolm podemos ir a la morgue, a una cripta o a los fosos del infierno.

—Cáncer —dice Malcolm cuando entramos en el aparcamiento del hospital—. Ha sido terriblemente rápido, la está devorando.

Estaba imaginando que Malcolm me arrojaba a una cama con dosel y me decía lo hermosa que soy comparada con Hilary, así que la palabra *devorando* chirría de un modo horrible en mi mente.

—Qué horror.

A lo mejor le ha traído bombones o uvas.

Como no hay sillas, nos quedamos de pie, como rígidos apoya-libros, junto a la almohada de la señora Lovat. La cabeza es la única parte visible de su cuerpo, un poco como un personaje de Beckett, y su pelo parece un manojito de estropajos de aluminio muy gastados.

—Hola —dice Malcolm. Se inclina y la besa con suavidad en la mejilla. Ella lo

espanta con la mano como si fuese un gran moscardón. A juzgar por su voz, tal vez se haya tragado también un par de estropajos— más una especie de ladrido áspero que el dulce tono del agonizante. Pero es un ogro, ¿qué esperabas? Y, al fin y al cabo, me recuerdo a mí misma, se está muriendo.

—¿Quién hay? —grazna—. Acércate, acércate más, ¿es Hilary?

Me agarra los brazos con sus zarpas y tira de mí para arrimarme con una fuerza sorprendente para alguien que está a las puertas de la muerte.

No me reconoce («¡Pero bueno, claro que no!», exclama la señora Baxter. «Antes eras un patito feo y ahora te has convertido en...»). Duda.

«Un hermoso cisne», le apunto. Pero todos sabemos en qué se convierten los patitos feos cuando crecen. En patos feos).

—¿No habías dicho que era guapa? —reprocha la señora Lovat a Malcolm. A continuación suspira y dice—: Supongo que servirá. ¿Para qué? ¿Algún tipo de sacrificio, virgen incluida, para devolverle la salud a la señora Lovat? Pero no, parece que pretende legarme a su hijo en su lecho de muerte:

—Tómalo —dice a la ligera, perdida en las crujientes sábanas del lecho de hospital—. Cuídalo por mí, Hilary, alguien debe hacerlo.

Me río nerviosa y me dispongo a explicarle que no soy Hilary sin duda el cáncer le está atacando el cerebro a estas alturas— pero entonces me asalta la idea de que, en cierto modo, estoy en representación de la princesa Hilary, así que cierro la boca y contemplo la forma del cuerpo de la señora Lovat bajo el cobertor azul claro del hospital. Quizá haga aparecer un sacerdote de debajo de las sábanas y nos case, y cuando Malcolm por fin se dé cuenta de que no soy Hilary será demasiado tarde.

No parece que nada esté devorando a la señora Lovat, a juzgar por su tamaño, aunque si te fijas bien adviertes que sus piernas tienen un contorno indefinido. Sería raro, ¿verdad?, que las enfermedades empezaran por los pies y te fueran devorando hacia arriba. Supongo que la cabeza se iría volviendo cada vez más vocinglera, conforme pasara el tiempo.

No es de muy buena educación disgustar a una mujer agonizante —aparte de que resulta un poco presuntuoso por su parte (si no antinatural) entregarlo con tanta precipitación a la primera persona que se le planta delante. Y aunque le quiero, ¿realmente deseo cuidar de él? ¿No se supone que debe ser al contrario? (La cabeza flota de repente ante mis ojos, *Ayúdame...*). Mi estómago se queja tan alto que me avergüenza, pero no veo nada de comer allí, a no ser que contemos a la misma señora Lovat, claro.

Por fin, tras una interminable charla enfática bastante deplorable, la señora Lovat nos despide con un adiós no muy cariñoso. A la entrada del hospital nos encontramos al señor Lovat, que se pasea dándose importancia con un estetoscopio al cuello.

—¿Qué haces aquí? —pregunta amenazador cuando ve a su hijo—. ¡Deberías estar estudiando, el que estés de vacaciones no te da derecho a hacer el vago!

Me parece un comentario cruel, al fin y al cabo tu madre solo muere una vez en la

vida (a no ser que tengas mala suerte y se empeñe en desafiar las leyes de la física).

Pobre Malcolm, supongo que todas las familias infelices se parecen (aunque todas las familias felices lo son a su manera, claro). En ese caso, ¿existen las familias felices, o los finales felices, ya puestos, fuera de la ficción? ¿Y cómo puede haber final de ninguna clase hasta que mueres? (¿Y cómo va a ser la muerte un final feliz?). Mi inminente fallecimiento (de hambre) difícilmente podría ser feliz, a no ser que primero besase a Malcolm Lovat, por supuesto.

—¿Tienes algo de comer, Malcolm?

—Creo que llevo una manzana en el bolsillo de la chaqueta.

Qué íntimo resulta meter la mano en el bolsillo de la chaqueta de otra persona —sobre todo si el gesto lleva consigo un plus en forma de comida, una maravillosa manzana roja, el tipo de manzana que, en otro argumento, habría sido denigrada con veneno. Pero esta no.

—Gracias.

Nos detenemos en el puesto de pescado y patatas fritas de Tait Street —así me gusta— y nos comemos el cartón de patatas aparcados en el «Salto de los Amantes», una colina desde la que ningún amante ha saltado nunca, al menos en la memoria viva. En la memoria de los muertos tal vez sea distinto, claro.

Desde el Salto de los Amantes uno tiene una vista panorámica de Glebelands y el campo de los alrededores —los grandes valles industriales al oeste, los agrestes páramos al sur, las pastoriles colinas y los bosques al norte. De día, el cielo aquí es tan inmenso que puedes ver la curva de la gran esfera terrestre. En la oscuridad, Glebelands parpadea a nuestros pies como una constelación geológica.

—Es como... —dice Malcolm de repente, frunciendo su hermoso ceño mientras se esfuerza por encontrar las palabras exactas—, es como si solo estuvieses fingiendo ser tú mismo... como si en tu interior hubiera alguien totalmente distinto que debe permanecer oculto.

—¿Seguro? ¿No te refieres a una persona muy parecida que te sigue los pasos?

Me lanza una mirada extraña.

—No... alguien en tu interior que sabes que a la gente no le va a gustar.

—¿Como una persona gorda que escondiese una delgada dentro? De todas formas, le caes bien a todo el mundo —le señalo—, hasta le caes bien al señor Baxter.

—Pero eso es solo la parte que se ve —dice, mirando a través del parabrisas. No hay nada (tal vez) entre nosotros y la estrella del norte. Debería considerarse afortunado de que a todo el mundo le guste su parte visible, a la gente no le cae bien ni el Charles que se ve ni el que no se ve. Me rodea con el brazo (¡qué éxtasis!) y dice:

—Eres una buena amiga, Iz.

Y me da la última patata.

—Bueno —continúa— será mejor que volvamos.

Así que no habrá beso. En cuanto al salto ni soñarlo.

—Sí, vamos —digo, disimulando mi decepción. Soy un monumento a la paciencia. ¿Cuánto tiempo mantendré mi pasión en silencio? ¿Hasta que me corten la lengua y mi cola de escamas plateadas se convierta en unas piernas torpes e ineptas? Quizá no tanto.

Cuando Malcom me lleva a casa por Chesnut Avenue, los faros de los coches iluminan a una mujer que camina por la calzada ante nosotros. Lleva un elegante vestido ajustado (tipo vaina) en rosa estampado, con torera a juego y sombrero, como si acabara de volver de una fiesta al aire libre, incongruente en una noche de noviembre. Las pantorrillas que asoman por debajo del vestido son incongruentes también: musculosas, como las de un bailarín.

Hay algo en ella que no encaja («¿Qué está mal?») y cuando gira por la avenida de Avalon, la casa de los Primrose, la observo con gran atención a través del parabrisas del coche, a la luz del porche. Por un segundo veo sus rasgos con toda claridad y, a pesar de todo el maquillaje, por no mencionar la peluca, esos rasgos pertenecen, sin ningún género de duda, al señor Primrose. Supongo que podría estar ensayando para una obra, improvisando un personaje. Por otra parte, tal vez no. Cómo engañan las apariencias.

Al entrar en Arden, me recibe la imagen de Vinny recorriendo el vestíbulo arriba y abajo, acunando al bebé, con un cigarrillo colgando de la comisura de los labios en un fútil intento por evitar que la ceniza caiga sobre el bebé. ¿Por qué han dejado a Vinny a cargo de la niña?

—Porque no hay nadie más para hacerlo —dice, sin perder de vista al bebé, que protesta con toda su alma.

—¿Dónde está Debbie?

Vinny suelta una carcajada resentida.

—Haciendo guardia delante de la vitrina, supongo.

Vinny tiene razón, Debbie está controlando la porcelana de la vitrina, en el comedor.

—En cuanto me vuelvo —dice resentida al tiempo que señala dos platos Worcester y una pastora Dresden—, cambian de sitio.

—¿En serio?

—Pero no son tontos... si entra otra persona, se cierran en banda y no se mueven ni un centímetro.

¿Esto formará parte del síndrome de Capgras?

—¿No creerás que son parientes cercanos o algo así, verdad?

Me lanza una mirada de inmenso desdén.

—No soy idiota, Isobel.

¿Pero distingue el tocino de la velocidad? Esa es la cuestión.

Se aleja ofendida, ignorando al bebé que protesta, saca una bayeta y un bote de

limpiador de alguna parte de su persona (pronto serán conejos blancos) y empieza a frotar los pomos. Una y otra vez. Y después un poco más.

—Así que te ha llevado al hospital a ver a su madre moribunda —duda Audrey—, ¿y consideras eso una cita?

Estoy repantingada en la cama de Audrey. Parece muy melancólica, como Lizzy Siddal en la *Beata Beatrix* de Rossetti. En serio, tengo que hablar con Audrey. ¿Pero qué puedo decirle? «Por cierto, Audrey, ¿dejaste un bebé a la puerta de mi casa?». Audrey es la única persona a la que le he contado que Debbie no tuvo al bebé de la manera habitual, que en realidad no lo tuvo ella, con la esperanza de que arroje algo de luz al misterio.

—¿Estás bien, Audrey?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—¿No quieres contarme... bueno, algo?

—No —responde, y mira a otra parte.

(—Aquella mantilla tan bonita que tejió —le digo a la señora Baxter como sin darle importancia—, ya sabe, aquella que le hizo a su sobrina de Sudáfrica... ¿le... ejem... le gustó?

—Oh, no creo que la tenga aún —dice la señora Baxter—. La envié por correo ordinario porque no le toca nacer hasta el mes que viene. Tarda muchísimo —añade, aunque no aclara si se refiere al correo en Sudáfrica o a la gestación del bebé).

Vuelvo a Arden con un gorro recién tejido para el bebé y un bote de requesón al limón aún caliente, que dejo en la mesa de la cocina sin una palabra porque Debbie está muy ocupada redistribuyendo los productos de limpieza por orden alfabético (de Ajax a Windolene).

Por lo que parece, Vinny vuelve a encargarse de la cocina y remueve una gran olla (requisada una vez para la representación de *Macbeth* de la Compañía de Lythe como caldero de las brujas) en la que se cuece un cerebro de ternera.

—Prueba esto —me dice, pescando algo indescifrable en la olla. Rehúso a toda prisa y me largo escaleras arriba, a mi habitación.

Poco a poco, reparo en algunas cosas. En primer lugar, la alfombra de las escaleras, con su extraño diseño de «hojas de otoño» ha sido reemplazada por una mucho más vieja y pasada de moda —roja, con un estampado azul y verde (bastante más bonita)— y en los peldaños, de repente, han brotado varillas de latón. Tal vez «brotar» no sea el verbo adecuado para describir la súbita aparición de unas varillas pero ¿cuál sería? Aparte de «llover», claro está. Me detengo en el rellano y considero la cuestión. El nuevo papel de borra de las paredes también se ha esfumado, reemplazado por un pesado papel liso, color magnolia encima del friso —desaparecido tiempo atrás bajo el régimen de Debbie— y verde oscuro debajo.

Debo de estar en el pasado. Eso es. ¿Pero se trata de mi propio pasado? Investigo en busca de pistas. ¿Me verá a mí misma de pequeña saliendo de una habitación? (A lo mejor es así como se crean los dobles. Los traemos del pasado). Un ruido me hace

mirar al pie de las escaleras. Acaba de entrar una joven (no soy yo) en el recibidor y ahora sube las escaleras. A juzgar por su atuendo —vestido de cintura baja con un estrecho ribete por encima de los finos tobillos— debo de haber sido lanzada a los años veinte.

Pasa junto a mí, sin advertir mi presencia (gracias a Dios no pasa *a través* de mí, eso resultaría inquietante) y se apresura escaleras arriba, hacia el ático. Curiosa, la sigo a mi propia habitación —que es mi dormitorio y no lo es al mismo tiempo—, donde se sienta en un pesado tocador victoriano y observa su imagen en el espejo. Por lo que parece, se está preparando para una fiesta, a juzgar por el vestido —hecho a mano, de seda turquesa y sembrado de grandes escarapelas del mismo material, sorprendentemente feo— y la cantidad de prendas descartadas escampadas por la desordenada habitación.

Sus rasgos son bastante vulgares, aunque su expresión tiene algo de atractivo y franco —la clase de optimismo juvenil que Charles y yo nunca hemos poseído (ni Audrey, ahora que lo pienso). Se queda sentada largo rato mirándose al espejo y de repente se suelta el moño de la nuca, coge unas grandes tijeras de sastre del tocador y con un complicado tijeretazo se deshace del pelo.

El resultado es desastroso, pero lo recorta hasta conseguir una tosca aproximación de lo que sería una media melena estilo años veinte, se ata una diadema de lentejuelas a lo indio y contempla el resultado satisfecha. Una voz indefinida se eleva hasta el piso superior con el mensaje de que el señor Fitzgerald ha venido a buscarla y se está impacientando.

Cuando sale de la habitación, la sigo de cerca. En el rellano casi tropieza con un niño —siete u ocho años, muy mono con su traje de marinero— que boquea al verla con el pelo corto. Ella lo ignora. Llegamos al vestíbulo, la chica camina delante de mí y entra en la sala, donde la recibe el grito de alguien invisible.

—¡Tu pelo! ¿Qué te has hecho en el pelo, Lavinia?

Y una indefinida voz masculina (el señor Fitzgerald, supongo) dice:

—¡Dios mío, Vinny! ¡Pero qué te has hecho!

¡Vinny! Nunca habría reconocido a mi tía en esa joven. ¡Hay que ver! El Arden de la juventud de Vinny es mucho más bonito que el de hoy día, huele a lavanda y a rosbif y brilla con cierto aire de opulencia. Estoy a punto de deslizarme en la sala detrás de Vinny cuando me asalta una idea extraordinaria: el niño de las escaleras... ese niño guapo y rubio vestido de marinero... ¡debe de ser mi padre!

Doy media vuelta y corro escaleras arriba. Pero demasiado tarde, las «hojas de otoño» ya visten las escaleras y el niño ataviado de marinero sale del mejor dormitorio con expresión cansada, el cabello cano y ralo y ese absurdo bebé hallado a la puerta rezumando vómito lechoso sobre su jersey Shetland.

—Hola Izzi —dice con su abatida sonrisa—, ¿qué haces?

—Nada —respondo con forzada alegría. Si le contase la verdad, no me creería. Pronto estaremos todos en manos del animista.

—Mira —dice Charles, deslizando una mano furtiva en el bolsillo.

—¿Qué?

Sostiene en lo alto un mechón de cabello, un rizo negro, sujeto por un trozo de cinta deshilachado, rojo desvaído.

—¡Suyo! —dice eufórico. Parece completamente enloquecido.

—¿Cómo puedes estar seguro? ¿Dónde lo has encontrado?

—En el primer piso, en ese estuche de la repisa de la ventana.

Sé a cuál se refiere, la cajita Spode cerrada, pero la he abierto muchas veces y nunca he encontrado ni una pestaña, no digamos ya un mechón de pelo.

—Quizá se ha materializado de la nada —dice Charles ilusionado—. Es como encontrar pistas, ¿no?

—¿Pistas de qué?

—De *ella* —susurra como si alguien pudiese oírnos—. De dónde se encuentra.

Un mechón de cabello, una polvera, un zapato extraviado dos veces y un olor extraño; no es mucho para trazar un mapa. En un juicio estas pruebas no conducirían a una madre. Conducirían a la locura. Rehúso incluso tocar el mechón. No quiero un rizo negro, quiero a Eliza entera, vivita y coleando, una persona completa en su propia piel, un pelo que le crezca de raíz en la cabeza, las venas palpitando con sangre roja. ¿Por qué no puedo retroceder y encontrarme con *ella*?

El tiempo es cada vez más frío. Y más frío aún. Quizá sea el inicio del invierno eterno de Charles, un hechizo glacial lanzado a la Tierra. Estoy acostumbrada al frío en Arden. Yo resultaría útil para experimentos polares: ¿cuánto puede durar una chica de metro setenta y ocho y sesenta y cinco kilos de peso en la Antártida sin un atuendo térmico especial? Siempre, si te has criado en Arden.

Intento entrar en calor, sentada en mi habitación con guantes, bufanda y gorro y envuelta en el edredón como un sioux. La calefacción central de gasoil, debido al tremendo gasto que supone y a instancias de Debbie, funciona solo al mínimo, con toda parsimonia. Noto que la sangre se me congela, la médula ósea se me cristaliza, mis huesos se disponen a quebrarse como estalactitas. Se trata de la prueba límite a mi constitución polar, pero sobrevivo, y eso que cada vez que espiro casi desaparezco en una nube blanca de aire escarchado. ¿Por qué no podemos hibernar, como las ardillas y los erizos? ¿No sería más lógico? Me acurrucaría bajo un montón de mantas y edredones y solo asomaría la nariz cuando el aire empezara a caldear, en primavera.

Estoy tratando de escribir un ensayo sobre *Noche de Reyes*: «Las apariencias engañan: comentario». Me gustan las heroínas enmascaradas de Shakespeare, sus Violas y sus Rosalindas. Puestos a ello, preferiría ser una de las dos que ser Hilary. Si fuera Viola, tendría un Sebastián idéntico a mí, un rostro, una voz, unas costumbres,

pero dos personas (una manzana partida en dos). Quizá el incesto no esté tan mal con alguien muy próximo a ti. Malcolm Lovat, por ejemplo.

Me viene a la mente el señor Primrose: Rosalinda y Ganímedes, Viola y Cesario en un mismo cuerpo. Supongo que, en realidad, todo es cuestión de percepción; lo que ves depende de lo que crees estar viendo. Y, de todas formas, ¿cómo estar seguros de que lo que vemos es real? Cuando la percepción entra por la puerta la realidad parece salir por la ventana. Y, si lo pensamos bien, ¿cómo sabemos que existe eso que llamamos realidad? Ay, ay de mí, pronto seré tan solipsística como el obispo Berkeley. ¿Sé siquiera quién soy? «Sé fiel a ti mismo», dice Gordon de cuando en cuando (aunque últimamente no). ¿Pero a cuál de ellos?

Noche de Reyes, escribo con un suspiro y cierta dificultad por culpa de los guantes, trata de la oscuridad y la muerte. La música y la comedia solo sirven para destacar lo que yace bajo la superficie deslumbrante: las sombras, la indefectibilidad de la muerte, el modo en que el tiempo lo destruye todo. («Pero Isobel», protesta amablemente la señorita Hallam, mi profesora de inglés, «es una de sus comedias líricas»).

Si pudiera retroceder en el tiempo (algo que soy capaz de hacer, ya lo sé) y conocer a Shakespeare, le preguntaría si mi interpretación de la obra es la correcta. Eso sí que dejaría a la señorita Hallam sorprendida. («Sí, señorita Hallam, pero el propio Shakespeare dice que el *carpe diem* de *Noche de Reyes*, es, por definición, pesimista...»). Y la señorita Hallam, como es lógico, pensaría que he perdido la cabeza.

Miro por la ventana la negrura desnuda de las ramas del Gran Roble, recortadas contra el cielo marfil de media tarde. Bandadas de grajos compiten con la luz para alcanzar el abrigo de sus ramas. Los pájaros se apoderan del árbol a toda prisa y cuando la última ala se pliega entre susurros y el último graznido se desvanece más allá del eco, uno nunca diría que el roble está inundado de grajos, a no ser que se hallase entre ellos y los descubriese disfrazados de hojas negras.

Pronto celebraremos la noche más larga y siento que la melancolía del solsticio me envuelve, como una canción. Caiga la lluvia cada día. Debería estar entre las luces navideñas de Glebelands, sentada en el café Three Js. Incluso compartir un café con leche y una galleta rellena con Eunice sería preferible a esta tristeza. Estoy hecha de ausencia, melancolía, muerte; de cosas que no son.

Me tiendo de espaldas, envuelta en el edredón, atontada por el aburrimiento y el frío, y me consuelo imaginando que es la víspera de santa Inés; en cualquier momento, el hombre de mis sueños (Malcolm Lovat) cruzará el umbral, me raptará y me arrancará de esta monotonía. Justo entonces, llaman a la puerta de mi habitación.

—Entra —grito esperanzada, pero no es el hombre de mis sueños, solo Richard Primrose, plantado al otro lado de la puerta, arrastrando los pies (un concepto extraño) como si tuviera ganas de ir al lavabo.

—¿Cómo has entrado? —pregunto, sobresaltada por su fealdad extrema.

—Tu madre me ha abierto —dice, ofendido por la acusación de allanamiento de morada.

—¿Mi madre? —me extraño, hasta que me doy cuenta de que se refiere a la madre-Debbie.

—Felicidades —dice desmañado.

—¿Por qué?

—El niño.

—¿El niño?

No estoy nada segura de que sea motivo de felicitación, incluso ahora sus gritos rebotan en el papel de las escaleras como si alguien fuera a cortarlo en pedazos y meterlo en un pastel.

—¿Y para eso has venido?

—No —rezonga, y frunce la nariz al oler la tristeza—. Quería preguntarte si te apetecía salir.

—¿Salir? —repito sin comprender. (Llueve a cántaros, ¿por qué iba a querer salir?).

—Salir —machaca impaciente, pronunciando las palabras alto y claro como si yo fuera extranjera. O idiota. Mira con tanta insistencia a un punto situado detrás de mi hombro izquierdo que me doy la vuelta para ver qué, o quién, hay allí. Nada ni nadie, como era de esperar.

—Salir —repito con prudencia—. ¿Te refieres [seguro que no] a una cita?

—Bueno —dice con expresión resentida— no hace falta que lo llamemos así, si no quieres.

Una leve ola de histeria empieza a inundarme.

—¿Y cómo lo llamamos entonces? ¿Un higo? ¿Una ciruela?

Richard se sonroja, lo que pone de relieve su asqueroso acné galopante. De repente, se abalanza sobre mí y me empuja sobre la cama. Es sorprendentemente pesado, debe de estar hecho de algún material extraterrestre de gran densidad, noto cómo me exprime los pulmones hasta dejarme sin aire. Me besa, si es que se puede llamar así al modo viscoso, absorbente y asqueroso en que hace presión con la lengua para hundirla entre mis dientes. ¿Dónde están las torsiones temporales cuando las necesitas? ¿O el perro? ¿O un leñador?

Cuando la lengua de Richard descubre mis encías se excita muchísimo y tiene que cambiar de posición para acomodar una parte de su cuerpo que se hincha más rápido que la levadura, lo que me permite liberar la rodilla y lanzarla contra su abultada ingle. Rueda de la cama al suelo, aferrado a su hinchazón, antes de ponerse en pie y escupir:

—Zorra, te iba a invitar a una fiesta pero ahora no te invitaría ni aunque me pagases.

Se da media vuelta y se tambalea escaleras abajo.

—¡Muérete! —le grito.

¡Qué cara más dura! Antes lo haría con el perro que con Richard. De verdad, uno se pregunta por qué la zoofilia está tan mal vista y el contacto sexual con alguien como Richard se considera totalmente normal.

Da igual, no necesito a Richard y sus fiestas. Ya tengo una fiesta a la que ir. Y la organiza nada menos que Hilary. Cuando salgo de clase de inglés me tiende una invitación, escrita a mano en una pequeña tarjeta blanca —*Dorothy, Hilary y Graham tienen el placer de invitarte a su fiesta de Navidad*— válida para Nochebuena.

—No tienes que traer un regalo ni nada —dice, sin mostrar ningún entusiasmo por invitarme. Estoy estupefacta. ¿Por qué me invita? ¿Me ha confundido con otra? ¿Con mi *doppelgänger*? (Quizá sea del tipo de chicas a las que se invita a las fiestas).

A lo mejor Hilary está planeando una terrible venganza por haber ocupado sin querer su codiciado puesto y haber sido presentada como la novia de Malcolm a la difunta madre. (Pues, por lo visto, ha muerto. Me acerqué a su casa para dar el pésame pero no había nadie).

—Oh —se emociona la señora Baxter al conocer mi buena suerte—, te haré un vestido de fiesta, ¿quieres?

—¿Seguro? ¿Estando la Navidad tan cerca?

—Ogh, no te preocupes, sacaré tiempo.

¿Y de dónde lo sacaré, del entramado del tiempo o lo deshará y volverá a tejerlo de nuevo?

El perro arrastra su insomnio hasta mi habitación (a veces se siente impulsado a probar todas las camas de la casa en una noche) y se tumba como un peso muerto a los pies de mi cama. En sueños, emite señales de radio, gañidos de alta frecuencia, señal de que está soñando en conejos. El perro y yo (otro título para un musical) nos despertamos con un sobresalto simultáneo.

Sé que acabamos de oír algo muy extraño, pero ahora reina un silencio de muerte. Me deslizo escaleras abajo, el perro camina sin hacer ruido pegado a mis talones. El reloj de la sala da las dos y las campanadas retumban por toda la casa. El perro me adelanta y se dirige al viejo invernadero. Hay cristales rotos en el embaldosado del suelo; un pájaro chocó contra una ventana, como una estrella fugaz, y lo rompió. También hay tierra en el piso, vertida de las macetas de arcilla rotas. El olor a abandono lo invade todo. Algunos de los cactus de la viuda más resistentes siguen vivos, sus cuerpos cubiertos de pinchos ahora grises y polvorientos.

De repente, una luz verde y fantasmal ilumina todo el invernadero, como un neón verde y fluorescente en lo alto. La luz verde se mueve, sobrevuela la casa y desciende hasta quedar suspendida sobre el jardín. Es una medusa verde y enorme, que late con fuerza. Luces blancas como arcos parecen moverse de un lado a otro en su interior, al azar, reforzando los latidos. El perro, con las orejas hacia atrás como si estuviese en pleno vuelo, se acurruca en el suelo y gime.

Noto que la luz verde me inunda, me invade una sensación cálida, como la electricidad estática de las tormentas y las lámparas solares, no ultravioleta, ultraverde. Noto una tremenda confusión en la cabeza, como si un enjambre de avispas, grandes y furiosas, zumbaran desesperadas por escapar. El olor a huevos podridos invade el invernadero.

Me mareo, la gravedad no actúa sobre mí, voy a despegar del suelo, a elevarme como un cohete perezoso, voy a salir flotando por el agujero del techo. La ameba verde atrae mi cuerpo a su interior, me he elevado varios centímetros del suelo.

Y entonces, para mi estupor, desaparece —completamente, del todo— como si nunca hubiera estado allí. La noche vuelve a ser negra, el invernadero tétrico. Miro hacia abajo y veo que un viejo cactus ha recuperado el verdor, y al final de su dedo espinoso se abre despacio una flor escarlata, como una trompeta de ángel. Me acerco para tocarla y me pincho el dedo con una espina.

Salgo del invernadero, no parece un sueño, mis pasos parecen reales, el aire es frío y estoy muy cansada. ¿Qué era eso? ¿El pasado? ¿El futuro? ¿Gente de otro planeta que ha venido a llevarme a casa? Supongo que si una nave extraterrestre hubiera pasado varios minutos suspendida sobre la casa alguien más lo habría notado. Paso junto a la habitación de Charles, oigo sus fuertes ronquidos. Pobre Charles, daría cualquier cosa por tener estas experiencias. Yo daría cualquier cosa por no tenerlas.

A la mañana siguiente, no hay rastro alguno de la ameba verde, los extraterrestres no han dejado huellas tras ellos, solo el dedo hinchado donde me pinché y la llama escarlata de la flor del cactus.

—Es un milagro —dice Gordon cuando lo ve.

Es absurdo. Las torsiones temporales deberían estar sujetas a algún tipo de regla (no más de una por capítulo, por ejemplo) y sin duda uno debería saber en qué parte del continuo espacio-temporal se encuentra.

Si el tiempo no siempre va hacia delante —como, por lo visto, sucede en mi caso — entonces las leyes fundamentales de la física pueden quebrantarse. ¿Y qué pasa con la segunda ley de la termodinámica? ¿Y con la muerte, ya puestos? Para probar, dejo caer al suelo de la cocina un plato viejo de Arden decorado con ramillas en flor, y se rompe a la perfección.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta una Debbie de expresión preocupada con un bebé de expresión aún más preocupada en cabestrillo.

—Solo estaba observando este plato. (Debbie, ella más que nadie, debería entenderlo). Estoy llevando a cabo un experimento para ver si el tiempo puede ir hacia atrás. Si puede, los trozos del plato se levantarán y se reagruparán.

Pero la segunda ley de la termodinámica se mantiene intacta y el plato sigue en el suelo, hecho pedazos.

—Está loca, eso es lo que pasa —dice Debbie, al tiempo que mete la tetilla del biberón en la boca del bebé.

—Mira quién fue a hablar —digo antes de salvar al bebé de morir ahogado. Me lo llevo a mi habitación y le doy de comer tendida en la cama mientras trato de realizar un análisis crítico de un soneto de Shakespeare. No creo que imaginase a sus lectores en estas condiciones. Si es que alguna vez se los imaginó.

El vestido de fiesta que me está haciendo la señora Baxter está confeccionado de un extraño material sintético que cruje cuando lo mueves. Es rosa claro, cubierto de flores más oscuras, mangas abombadas, escote de novia y una amplia falda que la señora Baxter hace aún más grande al añadir unas rígidas enaguas de tul. Empieza a parecer un gran bejín rosa.

En un cuento, sería el vestido de ensueño, la clase de vestido sublime y maravilloso que otorga a la chica una belleza arrebatadora, que la convierte en el centro de atención. (Por lo que sabemos, eso nunca es así, pero la gente lo sigue creyendo). Habría hecho mejor en colocarme bajo el Gran Roble y pedir mis tres deseos (uno nunca basta): el primero plateado como la luna, el segundo dorado como el sol y el tercero del color de los cielos salpicado con lentejuelas plateadas como estrellas.

La señora Baxter se ve obligada a realizar gran cantidad de arreglos en el vestido rosa.

—Juraría que si me quedo mirando el rato suficiente te veré crecer —murmura complacida mientras baja el dobladillo por segunda vez.

El vestido acaba de ser trasladado del maniquí de sastre que hace guardia en una esquina del dormitorio de la señora Baxter a mi cuerpo. Cuando lo lucía el maniquí, resultaba bastante presentable, pero a mí, no sé por qué, no me queda nada bien.

Parezco una enorme ameba rosa que hubiera crecido hasta llenar todo el espejo de cuerpo entero. La señora Baxter, de rodillas a mis pies, dice algo ininteligible con la boca llena de alfileres y a continuación empieza a sofocarse y a escupir los alfileres como una lluvia de flechas liliputienses o una ducha de proyectiles de elfo.

Ladea la cabeza como un spaniel desquiciado y dice:

—Me había parecido oír el coche de papá. —Menea su cabeza de spaniel—. Pero no es. Estoy como un cencerro, sí que lo estoy. Cada vez estoy más chalada, me estoy convirtiendo en un manojo de nervios.

Un manojo de nervios. Qué expresión tan espantosa. ¿Pero qué clase de manojo? ¿Un ramo de flores, como el que habría llevado la *Lady Bracknell* del señor Primrose? ¿O un haz hecho de cualquier forma (un manojo de nervios deshilachados)?

La siniestra presencia del señor Baxter está atemperada en el dormitorio conyugal —un cenicero de vidrio y un ejemplar del *Reader's Digest* en su mesilla de noche y un par de pijamas a rayas bien doblados en la almohada de la izquierda son los únicos indicios de su presencia. Me resulta difícil imaginar cómo debe de ser dormir tan

cerca de «papá» cada noche. El atavío nocturno de la señora Baxter —un camisón de fibra— yace recatadamente en la almohada de la derecha y hay unas zapatillas rosas y peludas («chinelas») aparcadas a un lado de la cama. El resto de la habitación está decorado en un estilo muy femenino que debe de sacar de quicio al señor Baxter.

La señora Baxter recoge el dobladillo con alfileres.

—Mírame —dice, atisbándose a sí misma en el espejo—. Parezco una vieja chiflada.

Se la ve algo desaliñada, le hace falta un lavado de pelo y un buen corte y lleva el maquillaje corrido, como si se lo hubiera aplicado a oscuras. Y las marcas rojas — como pintura de guerra iroquesa— en las mejillas, donde la ha golpeado el señor Baxter, no contribuyen a mejorar su aspecto.

—Qué tonta soy, tropecé con una puerta —añade, pasando el dedo por la pintura de guerra—. La verdad es que me he abandonado, ¿verdad? —dice, contemplando su reflejo con tristeza. (¿Pero *dónde* se ha abandonado?).

—Ya está —dice la señora Baxter mientras coloca el último alfiler en el dobladillo del vestido rosa, y yo giro sobre mí misma para ver el efecto, llenando todo el espejo con un remolino rosa (por un instante recuerdo con desasosiego a la joven Vinny en su vestido de fiesta turquesa). Mi madre debería estar aquí, aconsejándome: diciéndome que el rosa no me favorece, que las rosas son demasiado grandes, que debería ponerme un cinturón ancho para parecer más baja.

—Muy bonito, querida —dice en cambio la señora Baxter.

Cuando damos las pruebas por terminadas, bajamos a la cocina a comer pasteles propios de nuestra locura: setas; pastelillos de bizcocho con crema de café por encima, la crema marcada con un tenedor para que parezcan esporas y un tallo de mazapán clavado en el centro. La señora Baxter, gracias a Dios, no intenta modelar un pastel con la forma de sombreros de muerte que han crecido junto al Gran Roble.

Le llevo un pastel a Audrey, que está sentada en la sala, junto al fuego, en actitud lánguida. Mira el pastelillo como si estuviera envenenado y dice:

—No gracias.

El viento helado arrastra las protestas del bebé desde Arden y Audrey da un respingo.

—Audrey... ¿qué pasa?

—Nada —dice tristemente.

(—Y... mm... —pregunto indecisa a la señora Baxter—, ¿cuánto cuesta enviar una mantilla por correo ordinario a Sudáfrica?

—Dios me ampare —dice frunciendo el ceño confusa—. No estoy segura. Le encargué a Audrey que la llevara al correo).

Supongo que en la carnada y en la nidada del tiempo, todo llegaría bien.

En la puerta trasera de Arden me encuentro con Gordon, que vuelve a casa del trabajo.

—Hola, Izzie —me saluda con tristeza. Lleva una gabardina beige y sombría y

acarrea un ajado maletín de piel. El bebé está aparcado en la cocina, en su cochecito, y solloza calladamente como si no supiera hacer otra cosa. A Debbie le ha dado por controlar la despensa y lo está reorganizando todo por orden alfabético. Va por la mermelada— de la cual, gracias a la señora Baxter, tenemos una buena provisión— y acaba de iniciar una subclasificación de la misma: Albaricoque, Casis, Ciruela. Cada dos botes le toca ir a la pila de la cocina a lavarse las manos como una *Lady Macbeth* misteriosamente adiestrada.

Gordon me lanza una mirada abatida. Recuerdo su antiguo yo vestido de marinero y le compadezco por haber acabado así.

—Pensaba que el bebé solucionaría las cosas —murmura (no creo que los bebés sirvan para eso)—, pero solo las ha empeorado.

Con ternura, coge al bebé del carrito y murmura al penacho rubio rojizo:

—Pobrecita.

Se la lleva al piso de arriba, y cuando la vuelvo a ver, a través de la puerta entreabierta del segundo mejor dormitorio, está durmiendo a pierna suelta con el perro haciendo guardia junto a la cuna. (El perro se ha vuelto muy sumiso desde que viajó en el tiempo). En serio, deberíamos devolverla a su lugar de origen, o al menos retornarla a la tienda de bebés y explicar que nos la enviaron por error.

Eunice me ha obligado a asistir a la función navideña de la Compañía de Lythe, que tendrá lugar en el atrio de la iglesia de Poplar Road. Eunice debuta como actriz, interpretando los cuartos traseros de la vaca, y por alguna razón quiere que todo el mundo presencie esa humillación pública. Trato de enredar a Charles para que me acompañe, aunque no creo que la visión de Eunice haciendo de media vaca despierte su deseo sexual. Pero, muy sensato por su parte, tiene planeado pasar una noche tranquila con el perro. Debbie, entre el bebé y el mundo de los objetos móviles, no tiene ni un momento libre y a Gordon le sucede lo mismo con Debbie.

—Vamos —animo a Vinny—. Te divertirás.

(Altamente improbable). Debo de estar desesperada si me rebajo a recurrir a Vinny con tal de tener compañía. Pero en esas estamos. Y, de todas formas, desde que conocí a su yo juvenil la considero, de algún modo, distinta.

—Oh, vale —dice, al tiempo que se coloca el sombrero—. Sé que me arrepentiré, pero no puedo soportar los gritos de esa cabrona [se refiere a la niña] ni un minuto más.

Mientras caminamos por Chestnut Avenue, sucede una cosa muy extraña. Cada vez que pasamos junto a una farola, la luz empieza a parpadear. Cuando la dejamos atrás, se detiene... y empieza a parpadear la siguiente. Encendida-apagada-encendida-apagada.

Paramos y reanudamos la marcha por todo Chestnut Avenue, poniendo a prueba cada farola, intentando averiguar si existe algún tipo de pauta. ¿Nos están

transmitiendo algo? ¿Interfiere mi cuerpo, de algún modo, en la red eléctrica nacional? (Mi cuerpo etérico). ¿O el de Vinny? Le explico a Vinny que, últimamente, las puertas de la percepción se columpian enloquecidas en sus goznes.

Estoy reñida con el mundo material —cada día se confirma un nuevo trastorno. Quizá soy de otro planeta, considero abatida mientras nos acercamos al atrio de la iglesia, y mis compatriotas extraterrestres intentan enviarme un mensaje en código morse a través de las farolas.

La pantomima se desarrolla de acuerdo con el plan: Jack esparce sus habichuelas por todas partes, el señor Primrose, haciendo de Vieja Dama (naturalmente) y ataviado con lo que parecen unas cortinas de cocina, hace un *double entendre* y Eunice y su anónimo acompañante chacolotean con torpeza al ritmo de la música que proporcionan un tambor de la Brigada Infantil y un par de instrumentos de viento rechazados por la banda. La alegre melodía no solo suena a lata sino que está ejecutada a toda pastilla. Incluso los zagales y las zagalas del pueblo tienen problemas para llevar el ritmo, de la pobre vaca mejor no hablar. (¿Adónde se lleva el ritmo? ¿Al mismo sitio que el tiempo cuando lo ahorras? Y, si es así, ¿por qué es tan difícil volver a cogerlo? Debe de ser un lugar muy seguro. Gordon siempre anda de un lado a otro con expresión extrañada buscando algo que no consigue encontrar y diciendo: «Pero recuerdo que lo dejé en un lugar seguro»).

Alguien tira de una cuerda para subir la habichuela de Jack hasta el techo, las hojas de papel pintadas de verde crecen y se reproducen milagrosamente mientras sube a los cielos, donde la luna y todas sus estrelladas augures parpadearán alegres en la oscuridad para darle la bienvenida.

—Mira —dice Charles con reserva a Gordon, que está enfrascado en la preparación de un biberón para la niña. Esta, incorporada con dificultad en el cochecito, ofrece más variaciones del primer llanto que un tordo.

—¿Qué? —responde, mirando por encima del hombro. El biberón le resbala de la mano cuando ve el rizo negro, como una gran coma inquisitiva, en la palma de Charles. Gordon se queda rígido e inmóvil varios segundos antes de arrebatarse el rizo a Charles y largarse pitando de la cocina.

Hastada, recojo el biberón del suelo y le cierro la boca al bebé.

Estoy tendida en la cama, contemplando el techo, en una habitación inundada de luz de luna, preguntándome por qué no me visita el sueño (quizá los gatos lo hayan agotado) cuando oigo unas suaves pisadas escaleras arriba. El pomo gira —resplandeciente a la luz de la luna gracias al incansable pulido de Debbie— y aguardo expectante. ¿Será mi fantasma personal o la Dama Verde (quizá sean uno y el mismo)? Pero no... la sombra que aparece en el sombrío umbral es la de mi padre.

—¿Izzie? —susurra en la oscuridad—. ¿Estás despierta?

Entra de puntillas y se sienta a los pies de mi cama, la vista fija en algo que sostiene en la mano. Me incorporo con esfuerzo y él alarga la mano para que inspeccione el objeto. Es el mechón de pelo negro, más oscuro que el negro a la luz de la luna.

—*Suyo* —dice en tono trágico. Un estremecimiento recorre mi cuerpo de los pies a la cabeza, por fin va a hablarme de Eliza. Va a contarme lo hermosa que era, lo mucho que la amaba, lo felices que fueron, el terrible error que cometió al fugarse, lo mucho que siempre deseó regresar...

En cambio, noto su mirada en la penumbra cuando dice con voz inexpresiva:

—Yo maté a tu madre.

—¿Qué?

PASADO

LOS FRUTOS DE ESTE PAÍS

En el aire azul y diáfano Gordon era libre, solo cuando descendía a tierra empezaban los problemas. Caer en llamas como un Lucifer envuelto en metal sería más sencillo que afrontar el tortuoso futuro que se extendía ante él si sobrevivía a la guerra. A Gordon no le importaban demasiado sus dos hermanas, le traían sin cuidado, pero quería a su madre y no deseaba herirla.

No pensaba en eso cuando tropezó con su destino. Estaba algo borracho, salía de un club del que no recordaba el nombre, el tipo de lugar donde las cosas se desmadraban por la noche. Llevaba un rato con un grupo de aviadores polacos y se había ido porque sabía que no aguantaba la bebida tanto como ellos. Y estaba cansado, muy cansado, solo quería volver y hundirse entre las sábanas.

—Se me cierran los ojos —dijo, excusándose con los polacos. Dormía en casa de la hermana de un amigo y su marido, un lugar agradable, muy elegante, en Knightsbridge, el tipo de casa que habría provocado un mohín a la viuda. La hermana y su marido también. Demasiado modernos. Demasiado libertinos. Nunca llegó. El sonido de las campanas y el aire lleno de polvo lo detuvieron.

Los bomberos ya estaban allí y había mucha gente reunida en los alrededores. Alguien dijo:

—Hay gente dentro, sabes.

Gordon olía el gas de las tuberías rotas pero entró en la casa derruida, pensando que la entrada debía de ser fastuosa antes del bombardeo: las columnas yacían rotas por todo el vestíbulo y un trozo de intrincada cornisa de yeso le hizo tropezar. Empezó a tener problemas para respirar a causa del polvo y se sintió muy sobrio. Ella estaba allí, velada por el polvo, tanto que se la podía tomar por una estatua de tamaño natural caída de una hornacina. Pero supo que no era una estatua porque le sonrió, y Gordon la cogió en brazos y la sacó de allí.

En el exterior, la dejó en el suelo con mucho cuidado, como si fuera a romperse en caso de tratarla con rudeza. Cuando le preguntó si estaba bien, ella, en lugar de responder, alargó un dedo, acarició una de las solapas del abrigo de Gordon y volvió a sonreír —una sonrisa extraña, como hacia adentro, como si estuviera a punto de contarle un secreto divertido.

Él se quitó el abrigo para tapanla y ella le miró, directamente a los ojos, del modo que nunca miraría un extraño, y susurró:

—*Mi héroe.*

Fue como si el resto del mundo se desvaneciese, Gordon solo veía aquellos ojos trágicos y exóticos, solo oía las roncadas notas de aquella voz singular diciendo:

—*El zapato, he perdido el zapato.*

Gordon se echó a reír, se precipitó al interior del edificio bombardeado y consiguió recuperar el zapato. Sabía que era absurdo, pero no le importó. Ella se apoyó en su hombro para no perder el equilibrio mientras se ponía el zapato. El

mugriento pie descalzo era esbelto, con puente de bailarina y uñas rojo sangre, erótico e incongruente entre los miembros rotos y las ruinas que se iban acumulando a su alrededor. Sacaron a un pobre tipo en camilla más muerto que una sardina en escabeche.

—¿Le conocías? —preguntó Gordon compadecido, pero ella se limitó a menear la cabeza y a decir:

—*No lo había visto en mi vida.*

Gordon temió que se marchase ahora que había recuperado el zapato y supo que no había tiempo que perder. Intuyó que era un momento trascendental en su vida, quizá el más importante, repleto de un significado que apenas podía atisbar. Debía aferrarse a ese instante, si fracasaba todo habría terminado. Le ofreció el brazo:

—¿Puedo invitarte a una taza de té? Hay un café aquí mismo, en la esquina.

—*El caballero sigue vivo y coleando* —rio ella. Lo tomó del brazo y Gordon pudo notar que estaba temblando de la cabeza a los pies, como una hoja.

Eliza era tan misteriosa como la luna, creciendo y menguando hacia él. Tenía sus propias fases, a veces generosa, a veces mezquina, y siempre con un lado oscuro, inalcanzable, secreto, oculto.

No acababa de creer en ella. No acababa de creerse la facilidad con que se había entregado a él, no acababa de creer que existiese realmente. Su piel de seda, suave y fría, apretada contra el cuerpo de Gordon le hacía sentirse al borde de la muerte. El modo en que se arrastraba desde los pies de la cama, las caricias de su lengua de gato, aunque no áspera como la de un gato. Su olor... un aroma extraño, mezcla de perfume, la fragancia de su piel y algo misterioso que nunca antes había oído.

El modo en que dijo: «*Claro, cariño*», cuando le pidió que se casara con él. Así, sin más, y él se asustó, porque nada tan maravilloso podía durar. Y si lo hacía, acabaría por volverse loco. Y le hacía sentirse tan libre como cuando pilotaba el avión por el gran cielo azul, como cuando sobrevolaba su país, pequeño y verde; le daba poder sobre su madre, sobre Arden, sobre el mundo entero. Al principio.

Y nunca creyó que duraría, por eso el fin no le cogió por sorpresa. Alguien como Eliza no podía ser feliz en el exiguo trozo de vida que él acabó por ofrecerle, y la odió por ello, la odió tanto que sentía el cerebro a punto de estallar. Su fracaso con Eliza era su fracaso en la vida, y, en el fondo, estaba seguro de merecer el desprecio de Eliza, su desdén. Cuando rodeó el cuello de Eliza con las manos supo lo fácil que le resultaría detenerla, inmovilizarla, adquirir poder sobre ella. Era sorprendente, podía arrebatarse la vida con tanta facilidad como si fuera un animalillo indefenso — una liebre o una paloma— y quería decirle: ¿Qué, te arrepientes ahora?, pero ella ya no estaba y él había destruido lo único que le importaba. Aquello era el fracaso por definición.

Era hechicera, cautivadora. «Oh, es capaz de enseñar a arder a las antorchas», dijo Gordon a la viuda con una tímida carcajada la primera vez que le habló del trascendente hecho que le había sucedido (Eliza), y vio cómo el labio de la viuda se

fruncía muy ligeramente al oír esas palabras enamoradas. Gordon no podía evitarlo, era como estar poseído. En la comida y en la cena, no podía hablar de otra cosa, y tampoco cuando la viuda lo paseaba por el vecindario para lucirlo, durante los permisos. Las palabras sobre Eliza brotaban de sus labios por sí solas.

—No es como las demás personas —le dijo arrebatado a su madre mientras ella rellenaba con carvi la pasta de huevos secos.

—¿No? —dijo la viuda, levantando una ceja gris en forma de mariposa—. ¿Y eso es bueno?

Eliza paraba el tiempo. Te introducía con ella en un círculo de luz donde absolutamente todo desaparecía, el tiempo y el miedo, incluso la guerra.

—El encanto de una furcia barata —murmuró Vinny ante los sacos de harina en el almacén.

—Oh, no —dijo la viuda sombría—. Saldrá muy cara, te lo aseguro.

La viuda tenía su fuerte corazón en un puño al ver cómo habían enredado a Gordon, un hombre hecho y derecho, con algo tan vulgar como el sexo. ¿Cómo podía ser tan ingenuo? ¿Tan tonto? Le dolía que no fuese capaz de mirar a su propia madre y ver en ella el modelo de mujer como Dios manda, y que en cambio lo hubieran seducido con arterías.

Gordon compadecía a su madre porque era evidente que nunca había experimentado nada semejante, y no porque en algún momento hubiera intentado imaginarla en ese estado, e incluso si lo hubiera intentado le habría resultado imposible. Tal vez su madre hubiese sido joven algún día (aunque tampoco eso se lo podía imaginar) pero sin duda nunca se había parecido ni remotamente a Eliza.

Eliza era un milagro, una geografía humana sublime: la larga línea de su cuerpo, las colinas y los valles, el rostro enterrado en la almohada, dejando solo a la vista el bosque de rizos negros de su cabeza, el soto a juego entre las esbeltas piernas, las maravillosas cúpulas con aureolas marrón oscuro —unos pechos de los que se avergonzarían las mujeres inglesas, unos pechos que Gordon solo había visto antes en las prostitutas extranjeras.

Su aspecto... las perlas cual semillas de sudor que relucían en su piel de albaricoque, los húmedos zarcillos de pelo ensortijados en su larga nuca, el dulce contorno de sus brazos, finos y redondeados, las perfectas medias lunas de sus uñas (rara vez avistadas, excepto cuando se estaba quitando el esmalte), la sonrisa indolente. Su olor: perfume, tabaco y sexo. Su sabor: perfume, tabaco, sexo y sudor salado.

A veces, por la noche, yacía despierto solo para contemplar su sueño, apartaba las sábanas y estudiaba las distintas partes de su cuerpo, el descuidado pliegue detrás de la rodilla, una clavícula perfecta, frágil como cristal, el fragante dorso de su muñeca con las vulnerables venas azul oscuro. Una vez cogió unas tijeras y le cortó un rizo sin que ella se diera cuenta y después le invadió un sentimiento de culpa que le duró varios días.

No había nadie que se le pareciese en todo Glebelands, en todo el norte («Al menos, fuera de un burdel no», escribió Vinny a Madge).

Incluso las funciones corporales más vulgares adquirirían en ella un significado sublime. La viuda se habría sentido asqueada.

—Te idolatro —le susurró al oído, y ella se apartó de él y emitió su extraña risa, enterrando la cabeza en el pliegue de su brazo. Gordon se preguntó si había dicho algo ridículo. Ella era sublime, divina, ni de lejos una criatura terrena.

—No puedes poner a tu mujer en un pedestal —le advirtió la viuda mientras troceaba un repollo con su enorme cuchillo—. En el matrimonio, hay más cosas que el físico.

Gordon se ruborizó solo de pensar que su madre pudiera llegar a imaginar las cosas que hacía con Eliza.

—*Las madres y sus hijos* —rio Eliza (con bastante desprecio) — *hay que ver cómo los quieren.*

—No sé a qué te refieres.

—*¿No? No, claro, no creo que lo sepa.*

En su habitación, la viuda se quitó las diversas capas de sobria ropa interior y contempló su cuerpo arrugado, desmadejado y marchito, las ubres ajadas, y maldijo a Eliza.

Al final, como era inevitable, todo lo que antes fuera novedoso y único se volvió cotidiano y normal.

«Se acabó la miel en ese panal», escribió Vinny, «ya solo es un avispero». ¿Por qué Eliza no era capaz de adaptarse a la vida normal en familia, a la rutina diaria de trabajo y comidas, al cuidado de los hijos? Gordon ahora reclamaba normalidad. Quería que ella fuera normal, como todo el mundo. No deseaba que otros hombres la mirasen, porque sabía que todos los hombres, al mirarla, trataban de imaginar cómo sería en la cama. Él sabía cómo era en la cama, y eso aún empeoraba más las cosas.

Aunque ya no era así, al menos, no con Gordon.

Gordon recordaba algunas cosas. Recordaba haber pasado las manos por el cuello delgado, recordaba la absurda risa, burbujeando y gorjeando en su garganta, recordaba cómo se había sentido cuando le golpeó la cabeza contra el árbol, sacudiéndola para arrebatarle la vida; exultante, triunfante de haberla vencido al fin. Quería decirle: «¿Lo ves? ¿Lo ves? No puedes ganar todas las batallas, no puedes salirte siempre con la tuya, no puedes volverme loco y quedarte tan ancha». Pero no hubiera servido de nada, porque ya no le oía. Su triunfo se disolvió en la nada, sin ella estaba perdido. Y después... nada. No tenía ni idea de lo que había hecho toda la noche, debía de haber vagado por el bosque, olvidado de todo, incluso de sus hijos. A la fría luz del día no podía creerlo.

—Tengo que ir a la policía —dijo en cuanto la viuda hubo dado el desayuno a los niños («Lo primero es lo primero») para meterlos en cama después.

—Memeces y tonterías —dijo la viuda—. No querrás que te cuelguen por *su*

culpa.

Pero a Gordon le daba igual. Por él, podrían haber levantado la horca allí mismo, en la cocina de Arden, y él habría subido al cadalso.

—No Gordon —zanjó la viuda—, terminantemente no.

—Lo mejor para ti —dijo la viuda (que se había hecho cargo de la situación por completo)— sería que te fueras un tiempo. Quizá al extranjero.

—¿Al extranjero? —dijo Vinny, que nunca había estado más lejos de Bradford, como ya sabemos.

—Al extranjero —se reafirmó la viuda.

—«¡Mi niño!» —pensó la viuda en voz alta. Siempre había sabido que Eliza traería problemas, que acabaría por hundirlo en el lodo con ella. Estaba mejor muerta. Pobre Gordon, hechizado por una zorra. ¿Quién iba a echarla de menos? (*Están todos muertos, cariño*). Nadie, eso es. Gordon podía irse al extranjero y dirían que había muerto... de un terrible accidente o algo así. De asma. De cualquier cosa. Y la viuda nunca volvería a verlo, pero al menos estaría a salvo. Cualquier cosa era mejor que la sogá. «¡Mi niño!».

Vinny estaba más enfadada de lo que nunca había estado. Se había pasado casi toda la noche deambulando por el bosque al equivocarse de sendero cuando había ido a hacer «ya sabéis qué» y, entre una cosa y otra, había pasado el peor momento de su vida, incluida la noche de bodas.

El bosque, para Vinny, se había convertido en algo mucho peor que un bosque, había sido un infierno de ramas y zarzas, espectros y apariciones vistas y no vistas, y por todo ello maldijo a Eliza. Si al final no hubiese tropezado con Gordon tras horas de vagar y lamentarse, se habría vuelto loca. Aunque, desde luego, lo sucedido después fue casi igual de malo.

Vinny se alegraba de que hubiese muerto. Al menos, eso se dijo a sí misma, pero no podía olvidar la visión del cuerpo de Eliza convertido en una muñeca de trapo bajo el árbol. Vinny había tocado la sangre del pelo, había sentido el hielo de su piel. Hizo algo que nunca hubiera imaginado: compadeció a Eliza.

A Vinny le habría encantado olvidar esas cosas. Le habría encantado olvidar a Gordon aferrándose a su brazo como si fuera un salvavidas, arrastrándola hacia el árbol, las lágrimas surcando su rostro, sollozando.

—¿Qué voy a hacer, Vin? ¿Qué voy a hacer?

Yo ni siquiera quería ir a un maldito pícnic, pensó Vinny resentida.

Eliza había representado un problema desde el principio. Un problema de ojos grandes, tobillos delgados y voz estúpida, *Oh, Vinny, cariño, podrías...*, siempre riéndose de la pobre Vinny como si esta fuera idiota. Pero todo aquello no importaba ahora, debían ponerse a salvo lo mejor que pudieran.

Y Gordon se fue. Se marchó, lo dejó todo, incluso el asesinato de su esposa. Y lo guardó todo en algún lugar oscuro donde nunca daba la luz, siguió adelante, trabajó duro y se curtió, y se convirtió en otra persona. Conoció a Debbie en un baile, la

cortejó y se casó con ella al poco tiempo. Ella no podría haber estado más ansiosa, aunque «mamá y papá» no acababan de aprobarlo; al fin y al cabo, era un hombre divorciado. Eso les dijo, eso dijo a todo el mundo, «divorciado» con una expresión de tristeza tal que nadie osaba seguir preguntando, excepto Debbie, claro, para quien Eliza era una rival misteriosa y desconocida, la primera señora Fairfax.

Y entonces, de repente, tuvo que volver. Necesitaba ver a sus hijos. A su madre. Tenía que volver a Inglaterra y reencontrar al viejo Gordon. No se dio cuenta de que nada de todo aquello era lo mismo.

Consiguió aquello que, como un necio, tanto había anhelado. Tuvo una vida normal. No hacía falta que lo encerrasen por asesinato, no hacía falta que lo colgasen por haber dado muerte a Eliza, pagaba su castigo día a día. Había perdido su tesoro, mayor que el rescate por un rey. Había perdido a Eliza.

PRESENTE

EXPERIMENTOS CON EXTRATERRESTRES (CONT.)

—¿Mataste a mi madre? —repito sin dar crédito a mis oídos. No era esto lo que yo esperaba, para nada.

Gordon está hundido en mi cama con la cabeza entre las manos.

—¿Mataste a mi madre? —insisto.

Alza la vista y me mira. En la oscuridad, sus ojos son dos agujeros negros. Cuando abre la boca... otro agujero negro. Se sacude como un perro, se recompone.

—Bueno, quiero decir... —Se atasca y acaba de reponerse—. Quiero decir que asesiné su espíritu. —Se encoge de hombros—. La amaba por lo que era, y cuando la tuve quise cambiarla.

El mismo cuento de siempre, pero no voy a sacarle nada más. Gordon me palmea la pierna por encima de la manta.

—Siento haberte despertado, bonita.

Y vuelve a desaparecer en la noche. El perro lo sigue hasta la puerta y se tumba en el umbral con un exquisito suspiro de abatimiento.

EL ARTE DE ENTRETENER

El día de Nochebuena, me despierto despacio de un sueño estilo Ovidio en el que Eunice se convertía en una vaca —una de verdad, no como la de la función. Lanzaba un lúgubre mugido pidiéndome ayuda. Su mitad inferior (pantalón de gimnasia y calcetines blancos por debajo de la rodilla) seguía perteneciendo a Eunice, pero la cabeza era totalmente bovina.

La metamorfosis había llegado hasta los brazos, y las manos ya habían sido reemplazadas por pezuñas pero (por suerte) aún no tenía ubres. Estaba pensando que Eunice le había otorgado un nuevo sentido a la palabra «vaquera» cuando me he despertado.

Hace una mañana fría y soleada. Procedentes de algún lugar de la casa, oigo los gorgoritos del bebé y los villancicos que suenan en la radio. Charles irrumpe en mi habitación sin llamar y pregunta irritado si tengo papel de envolver.

—Solo me queda un regalo por envolver y se me ha acabado.

Murmuro una respuesta negativa y me tapo la cabeza con las mantas. Vuelvo a levantarme a media tarde y en el exterior ya está anocheciendo. En esta época de año, si te descuidas un momento ya te has perdido la luz del día. Por mucho que la ahorres.

Me levanto de la cama con esfuerzo, exhausta, como si no hubiera dormido nada. El vestido de fiesta cuelga en la puerta del armario, pero es demasiado temprano para ponérmelo, sería tentar a la suerte. A pesar de lo que dijo Hilary de no llevar regalo, le he comprado una caja de jabones de limón Bronnley que aguardan envueltos para regalo en la mesilla de noche. Me parece un modo de suavizar mi tránsito al sofisticado ambiente de los Walsh. Aunque, como es de suponer, la única razón por la que quiero ir a esa fiesta es para hacerme con Malcolm Lovat en las mismas naricillas de Hilary.

Bajo al piso inferior en bata. Debbie y Gordon están en la cocina. Gordon, ante el fregadero, se pelea con el pavo de mañana, un ceporro congelado, lo bastante letal como para ser lanzado con una catapulta y destruir un castillo entero, ocupantes incluidos. La relación del ave muerta con los genitales masculinos aún me tiene perpleja, pero no me atrevería a comentarlo con Gordon, quien, heroicamente, retira una sangrienta bolsa de menudillos del interior del pavo. Haríamos mejor en servir un lactante asado a la mesa de Navidad, al menos habría carne de sobras para todos.

Gordon me ve y sonrío. Parece ignorar por completo a su esposa chiflada, quien, por lo visto, se ha transformado en una fábrica de empanadas —debe de haber cientos amontonadas en la mesa de la cocina. Espero que no se le haya ocurrido organizar una fiesta navideña.

—¿No habrás organizado una fiesta, verdad?

—¿No? ¿Debería? —pregunta, al tiempo que ataca y un indefenso rectángulo de masa con un troquel acanalado semejante a una pequeña corona hueca. Decido

dejarla por inútil.

En el vestíbulo, Vinny pasea al bebé arriba y abajo en el cochecito. La niña la contempla con expresión sombría, como si hubiera esperado algo mejor de la vida. ¿Quién puede culparla? Vinny parece desaparecer ante mis ojos, es tan delgada e insustancial que más parece una nube de denso ectoplasma que un ser humano. Se está agotando, se deseca como un escarabajo muerto y está desarrollando un aura extraña, cual telarañas entrecruzadas alrededor de su silueta, como si sus contornos se estuvieran deshilachando (quizá sean los nervios). Tal vez el bebé le esté aspirando la vida.

El bebé al fin tiene nombre. Supongo que de haberse ocupado Vinny del asunto —la encargada de bautizar a los gatos—, habría acabado por llamarse Tibbles o algo así. Aunque Tibbles le quedaría mejor que la modernidad a la que han recurrido: Jodi.

—Yo lo haré —me ofrezco de mala gana, y tomo el manillar del cochecito. Vinny, agradecida, sale tambaleándose de la habitación, seguida de varios gatos que la rondan celosos.

Quizá deberíamos coger el bebé y abandonarlo a otra puerta, tal vez consiguiésemos enredar a los habitantes de otra casa y pensasen que se trataba de un regalo de Navidad anónimo. Incluso podrían tomarlo por la manifestación de una segunda venida, el regreso de Jesús a la Tierra en forma de mujer. (Eso no estaría mal). Pero el bebé no tiene aspecto de salvador del mundo, creo que se daría por satisfecho si consiguiese aquello que todos ansiamos en Arden: dormir bien por las noches.

Resulta una actividad bastante relajante, esto de pasear el cochecito por el vestíbulo, balanceándolo arriba y abajo de vez en cuando. De todas formas, no hay prisa. «No llegues demasiado pronto», me ha aconsejado la señora Baxter. «No hay nada peor que llegar el primero a una fiesta», bueno, excepto, quizá, que nunca te inviten a ninguna.

—¿No tenías que ir a una fiesta? —pregunta Debbie, irrumpiendo en mi ensimismamiento. Miro el reloj sorprendida... es mucho más tarde de lo que creía. ¿Cómo es posible? He perdido por completo el sentido del tiempo. Otra vez.

—El tiempo te ha jugado una mala pasada, ¿eh? —(Casi) ríe Gordon cuando me cruzo con él en las escaleras.

Bien. Tengo los zapatos (blancos, con un tacón tan alto que casi no puedo andar) y el vestido, sí, ¿pero qué pasa con el resto de mi persona? Necesito a mi madre, necesito a mi madre para que me convierta en una mujer de verdad. En su ausencia, me las arreglo como puedo, humedeciendo las encrespadas culebras de mi pelo con Vitapointe hasta que acabo oliendo a pringue de comida navideña. No importa, pienso, y me pongo la esclavina de pieles que se acomoda alrededor de mi cuello.

Entraré en la fiesta y Malcolm, al verme, caminará hacia mí como en sueños, nos

fundiremos (sí, nos fundiremos) en un abrazo, me arrancará el vestido rosa e, inflamado ante tanta carne desnuda, sucumbiremos a un... ¿por qué no tengo una madre que me prevenga de una precipitación excesiva en el curso de los acontecimientos? (Tengo dieciséis años, por el amor de Dios, soy una cría). ¿Por qué mi padre no me pregunta adonde voy cuando me ve bajar las escaleras a toda prisa?

—¿Adónde vas? —pregunta Gordon.

—A dar una vuelta —respondo sin entrar en detalles, y un pequeño ceño arruga su entrecejo.

—Te llevaré —dice—, pero...

Señala la cocina a sus espaldas, ahora tan llena de empanadas de carne que empiezan a rodar por la puerta.

—No te preocupes, cogeré el autobús —lo tranquilizo precipitadamente.

Se acerca y me endereza la esclavina. Pero ahora no tengo tiempo para gestos afectuosos, estoy a punto de renunciar a mi virginidad y el reloj no perdona la pérdida de tiempo.

—¿Cómo volverás? —grita Gordon a mis espaldas—. Esta noche los autobuses se reducen al mínimo.

—Tranquilo, Malcolm Lovat me traerá.

(No hay nada como ser optimista). Aunque la idea de un autobús reducido al mínimo, como un esqueleto, aunque algo macabra resulta atractiva por lo insólito.

La casa de los Walsh es una elegante mansión georgiana con columnas y pórtico. Contengo el aliento, anticipándome a la fiesta. Me detengo un instante a las puertas del jardín para saborear la emoción. Las luces de todas las habitaciones están encendidas y en el jardín hay un árbol decorado, no con las charras luces del paseo marítimo sino con exquisitas bolas de colores cual lunas pequeñas y brillantes. Las puertas de hierro forjado al pie de la avenida de entrada están abiertas de par en par. Han colgado una guirnalda de Navidad adornada con un lazo rojo, símbolo de alegría y festividad, para dar la bienvenida a los invitados. Recorro el sendero entre crujidos del vestido, cojo aire y llamo a la puerta.

La puerta se abre en cuanto mi dedo entra en contacto con el timbre, como si alguien me hubiera estado esperando tras ella. Un chico con cara de rana al que nunca antes he visto hace las veces de lacayo. Me sonrío con naturalidad y dice:

—Hola, quien seas.

Sin duda no he llegado demasiado pronto. La fiesta rebulle con charlas, emoción y chicas esbeltas, todas desbordando autoconfianza y derramando sus caros vestidos por todas partes —comprados, salta a la legua.

—Ve a la sala —brama el chico de la puerta alegremente por encima del ruido, y señala un pasillo a la izquierda donde se oye a los Shadows ganguear a todo volumen.

En la sala están los padres de Hilary —John y Tessa— sonriendo como si se

hallaran en un convite de boda, solo que van ataviados para salir. Dorothy, la hermana mayor de Hilary, deambula cerca de ellos, una aparición vestida de tul color limón.

—Os vamos a dejar solos —ríe la señora Walsh jovialmente—. Los jóvenes a lo vuestro, que nosotros nos vamos a la aburrida reunión de los Taylor-Wests... la verdad es que os envidio.

No está muy claro a quién va dirigido el comentario, pero cómo soy la persona más próxima, me siento obligada a reír y a asentir con desenvoltura, como si supiera *exactamente* a qué se refiere. El señor Walsh me mira con extrañeza y, volviéndose a Dorothy, dice:

—Bueno Dotty, ya tienes el número de los Taylor-Wests por si nos necesitas. Y recuerda, no pongáis la música demasiado alta y no olvidéis darles a todos esos pobres tipos al menos un beso de Navidad.

Dotty se ríe de buena gana y dice:

—No os preocupéis por nosotros, papá, largaos ya y... ¡pasadlo en grande!

De modo que así se comportan las familias normales, ¡siempre lo había imaginado! (Caray, hasta puede que sean felices). Oh, cómo quiero a John, Tessa, Dotty y Hilary. ¿Dónde está Hilary? No es que me interese ver a Hilary, pero es el hilo que me conducirá al objeto de mi deseo (el príncipe Malcolm).

—¿Dónde está Hilary? —pregunto en mi tono más educado. Dorothy se vuelve a mirarme y sonrío con indulgencia como si yo fuera un pariente curioso pero retrasado.

—Creo que está en la cocina, con el «ponchazo» de frutas —dice, y se echa a reír a carcajadas de su «broma»—. No suena muy bien, ¿verdad?

El señor y la señora Walsh ríen también, carcajadas abiertas y gorjeantes que me habrían hecho rechinar los dientes si no estuviese de un humor tan festivo.

La señora Walsh se arrebujá el abrigo de visón (los zorros en mis hombros se encogen afligidos) y le da a Dorothy un beso de despedida en la mejilla. Casi espero que haga lo mismo conmigo, pero sus ojos resbalan sobre mí cuando se da la vuelta hacia el señor Walsh y trina:

—Vamos pues, Johnny, será mejor que los dejemos solos.

Hilary está en la cocina con la ponchada de fruta, la distribuye con un cucharón de cristal como una dama, una aristócrata trabajando para la beneficencia.

—Aquí estás, Isobel —dice, regalándome una caritativa media sonrisa. Las tazas del ponche tienen minúsculas asas de cristal, imposibles de asir. Le tiendo los jabones envueltos.

—Te he traído un regalo.

Lo coge con reparo, como si la caja contuviera algo venenoso. La deja sin molestarse en desenvolverla, se da la vuelta y empieza a manosear una bandeja de galletas Ritzs cubiertas con sofisticados ingredientes de fiesta que habrían puesto los

dientes largos a Debbie: dados de Gouda y cebolletas, olivas verdes rellenas y diminutas huevas de pescado, negras y brillantes, como pulgas.

Sorbo mi ponche de frutas con dificultad, procurando que la pequeña taza no se me escurra de la manaza. Sabe a zumo de naranja y Ribena, un gusto bastante asqueroso. Justo entonces, el capitán del equipo de fútbol, un chico guapo y brutote llamado Paul Jackson, entra en la cocina, me guiña el ojo y vierte una botella entera de vodka en la ponchada. Cuando Hilary se da la vuelta se mete la botella en el bolsillo de la chaqueta y sonrío. Ella sonrío también y dice:

—¿Un canapé, Paul?

Hilary y Paul parecen muy interesados el uno en el otro y no demasiado interesados en mí, así que me sirvo algo de ponche recién reforzado (que ahora sabe a zumo de naranja, Ribena y cierto regusto a quitaesmalte, mejor que antes) y me largo a ver si encuentro a alguien que se interese por mí, como Malcolm Lovat, por ejemplo.

Todos los asistentes a la fiesta parecen conocerse entre sí, pero yo no conozco a nadie. Sin duda, nunca he visto a toda esta gente en el colegio, ¿de dónde han salido?

La casa de los Walsh tiene numerosos aposentos, y deambulo por las distintas salas, todas animadas por invitados parlanchines, cada cual ofreciendo una estampa de diversión distinta. Tratar de infiltrarse en esos prietos nudos de gente es como intentar introducirse en una melé de rugby. Crecida por el anonimato, emprendo tácticas sociales varias.

—Hola, soy Isobel —digo con timidez a los flecos de un grupo... y se me ignora por completo. Quizá me haya puesto mi manto de invisibilidad, sin darme cuenta.

—Hola, me llamo Isobel, ¿cómo te llamas? —Vuelvo a intentarlo, más alto, en la orilla de otro grupo, y todos se vuelven a mirarme como si fuera una imbécil a la que nadie ha invitado. No se ve a Malcolm Lovat por ninguna parte.

Alcanzo a oír a alguien que dice:

—Dios, ¿has visto ese vestido? ¿A qué te recuerda?

Y otro replica:

—A una tarta de fresa. —Grita de risa.

¿Están hablando de mí? Seguro que no. Me escabullo a la cocina. Hilary ha desaparecido (ojalá) y en su lugar está su hermano, Graham, que me sonrío de un modo muy extraño.

—Hola, I-so-bel —dice con afectación.

Graham está con un grupo de compañeros de facultad, todos ataviados con jerseys, chaquetas de pana y bufandas a rayas para que no quepa lugar a dudas. Horrorizada, advierto de repente que Richard Primrose es uno de ellos.

—Sorpresa —dice, acompañado su saludo con un *snarf-snarf*.

—¿Qué haces aquí?

—Graham, mi buen amigo —dice al tiempo que pasa su larguísimo brazo por el hombro de Graham como un borracho—, me ha invitado, por supuesto. Y yo le dije

que te invitase —ríe, blandiendo el dedo en mi dirección. Apenas se tiene en pie, de tan bebido—. Esta —dice haciendo gestos al resto del grupo—. Es la hermana pequeña de mi amigo —su voz baja hasta convertirse en un susurro antinatural—, aquella de la que os hablé.

Todos me miran como si yo fuera una atracción del zoo y me ruborizo en un tono que, seguramente, hace juego con el vestido.

Se apiñan a mi alrededor y uno dice:

—Hola, I-so-bel, me llamo Clive.

Y otro:

—Hola, yo soy Geoff.

Convertirse en el centro de tanta atención masculina resulta sorprendente y, por un iluso segundo, imagino que la magia del vestido empieza a funcionar y que me he transformado en una persona atractiva y magnética. Están tan cerca de mí que puedo oler los vapores etílicos que desprenden, más el aroma acre de la cerveza que un inocente ponche cargado con vodka. Uno me rodea la cintura con el brazo y, sonriendo con afectación, dice:

—Bueno, I-so-bel, ya nos han dicho lo lanzada que eres. ¿Por qué no me dejas probar?

—¿Lanzada? —repito estupefacta al tiempo que me desprendo de su desagradable abrazo.

¿Lanzada? ¿A qué te refieres? Mi mente, algo aturdida, piensa si «lanzada» no será algún tipo de serpiente... ¿o es una isla?

—¿Lanzada? —pregunto extrañada al que tengo más cerca (Clive, creo, pero resulta difícil distinguirlos, pues todos ostentan idénticas perillas. Nada más mirarlos, sabes que a todos les encanta el jazz).

—Sí —dice, recorriendo con el dedo una de mis mangas abombadas—. Ya nos han contado lo complaciente que eres, I-so-bel. Izzie-Wizzy, vamos allá.

—El amigo Dick —dice otro, señalando a Richard con la cabeza, quien suelta una risilla— nos ha estado explicando que haces de todo, I-so-bel. —Se ríe con un ronquido—. Cosas que las buenas chicas no hacen.

—Las *buenas* chicas —dice otro riéndose entre dientes, y finge vomitar.

—No como esta Ding-Dong —continúa otro, Geoff seguramente (hay tantos como empanadas de carne)—. Hemos oído que Dick se lo hace contigo, Ding-Dong.

—Sí, el conejito está en el pozo —dice otro lanzándome una mirada lasciva. Los zorros a mi cuello gruñen amenazadores.

Contemplo incrédula a Richard.

—¿Qué has estado diciendo de mí?

Se digna bajar los ojos, medio avergonzado, pero justo entonces Dorothy irrumpe en la cocina con una bandeja de copas sucias y el lote al completo se da la vuelta para admirar los magníficos pechos y trasero de Dorothy.

—Vaya culo —suspira uno en voz baja, y Dorothy, con expresión asqueada, dice:

—¡Espero que sepas lo que estás haciendo, Isobel!

Y vuelve a salir con paso majestuoso.

Escarmentados solo un instante por la imponente presencia de Dorothy, el corro de acosadores se cierra ahora en torno a mí y empiezo a sentirme alarmada de verdad. Parecen armarios y no creo que la esclavina de zorro sea la salvaguardia adecuada si llegamos a las manos. Richard guarda las distancias, algo apartado del círculo, y examina mi inquietud con una sonrisa arrogante. Juro solemnemente que lo mataré a la primera oportunidad.

Uno empieza a cantar *Carrillón Ding-Dong, el conejito está en el pozo* y Graham echa un tiento *amateur* a mi escote de novia. La huida es la única solución posible. Me vuelvo hacia uno y le propino un fuerte puntapié en la espinilla antes de abrirme paso entre ellos y dirigirme a la puerta trasera, al jardín.

Esperaba que el jardín de los Walsh fuera tan mansamente suburbano como los de las calles de árboles, pero la vastedad de su arquitectura recuerda a una casa solariega. Es como irrumpir de repente en otra dimensión. (A veces, las apariencias engañan).

Corro por la hierba tan rápido como puedo pero los zapatos de tacón alto y la gran masa rosa que llevo encima dificultan mis movimientos. No he llegado muy lejos cuando Graham me hace un placaje de rugby y me derriba en el césped escarchado. Desliza la mano por el cuerpo de mi vestido, obcecado con esta meta en particular, pero me las arreglo para darle un fuerte codazo en las costillas con el codo izquierdo y él rueda para apartarse de mí gritando de dolor. He perdido un zapato. Me quito el otro de un puntapié y me incorporo a toda prisa.

De pie y a la carrera otra vez, me dirijo al extremo más alejado del jardín pensando que allí debe de haber una puerta a la calle. Atisbando a mi espalda, veo que dos de ellos se precipitan por la hierba detrás de mí. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Se supone que debería estar bailando extasiada en los hermosos brazos de Malcolm Lovat y no corriendo para proteger mi virginidad.

Corro ahora por una parte blanda y llana del césped, y solo reparo en que no es un césped normal cuando tropiezo con un aro de *croquet* y caigo a tierra como un peso muerto. (Quizá *Entretenimientos caseros* se refiera a esto cuando habla de *croquet* humano). Uno de los chicos ya ha llegado a mi altura, trata de asirme por la cintura mientras yo me debato para levantarme. Consigo liberarme y oigo que algo se desgarrar. Quizá le haya arrancado la cabeza.

Me pongo en marcha, de nuevo al galope. Los dos chicos me siguen los pasos, lisonjeándome y tratando de engatusarme como torturadores. Reparo en un gran abedul plateado que crece junto al muro circundante y viro hacia él pensando que podría escalarlo y alcanzar el muro, pero cuando llego allí descubro que las ramas son demasiado altas para subir.

—¡Te tenemos, Ding-Dong! —grita uno.

Estoy agotada. Solo puedo quedarme aquí y recuperar el aliento, siento náuseas

del esfuerzo y por mucho que lo intente no consigo gritar. Es como estar atrapada en una pesadilla. Me apoyo en el tronco del abedul plateado boqueando para coger aire como un pez agonizante y suplico ayuda en silencio. ¿Por qué no tengo un ángel de la guarda, alguien que cuide de mí?

Ni siquiera puedo moverme, las piernas me pesan como si fueran de plomo y tengo los pies clavados a tierra. Uno de los chicos, Geoff, creo, corre directo hacia mí y se detiene; el brillo demente de sus ojos dionisiacos se transforma en extrañeza. Parece atravesarme con la mirada. El otro, Clive, corre hasta alcanzarlo y acto seguido se dobla en dos para recuperar el aliento.

—¿Dónde se ha metido? —pregunta jadeando.

—Por ahí, en alguna parte —dice Clive mirando a su alrededor, a todas partes menos a mí—. Calientapollas de mierda —añade. Coloca la mano en mi hombro izquierdo y se apoya con todo su peso como si yo fuera parte del árbol.

Pero cuando bajo la vista para mirar su mano, veo que donde antes estaba mi hombro izquierdo, y donde antes estaba el derecho —donde antes estaba mi cuerpo entero, de hecho— solo hay una corteza plateada y fina, la corteza del abedul. Mis brazos se han convertido en rígidas ramas que salen de los costados, mis piernas, antes bifurcadas, se han transformado en un sólido tronco de árbol. Gritaría, pero no puedo abrir la boca. Llamadme Daphne.

Los contornos de todas las cosas empiezan a emborronarse y a confundirse. Cuando recupero la consciencia estoy sentada en la tierra fría, bajo el árbol. No hay rastro de ninguno de los chicos y Hilary avanza por la hierba hacia mí.

—¿Pero qué estás haciendo aquí fuera, Isobel? No habrás visto a Malcolm, ¿verdad? No lo encuentro por ninguna parte.

Me arrastro de vuelta a la casa pegada a los talones de Hilary. No tendría mucho sentido contarle que me acabo de convertir en un árbol. No soy lo que soy. Soy un árbol luego estoy loca, una loca sujeta a frecuentes ilusiones y alucinaciones.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunta Hilary educada, mientras sus ojos ya examinan la cocina en busca de alguien con quien hablar que no sea yo.

—Oh, sí, muy bien —respondo, y cojo una salchicha de aperitivo de una berza Prima cubierta de salchichas clavadas en palillos. Parece recién llegada del espacio exterior.

Subo al lavabo del primer piso e intento asearme un poco. Tengo ramillas y hojas muertas en el pelo, las medias llenas de carreras y la rígida enagua de tul hecha jirones. Eso ha debido de ser el desgarrón que he oído durante mi odisea por el jardín trasero. El vestido rosa ya no es del color del azúcar y las especias, ahora es del color de los cerdos, la vergüenza y el salmón ahumado.

Arranco la enagua rasgada del vestido con un desgarrón final. Un par de hojas secas han quedado atrapadas en el entramado de la red. Miro a mi alrededor buscando una papelera, pero no hay ninguna. Finalmente, meto la enagua detrás del calentador, en la cámara de la ropa. El calentador no está recubierto y desprende una cantidad de

calor increíble. Burbujea como un instrumento de tortura medieval particularmente perverso. Es enorme, del tamaño exacto para contener a Hilary.

Cuando salgo del lavabo, casi tropiezo con Hilary, que ahora está envuelta en un desmayado abrazo con Paul Jackson, el capitán del equipo de fútbol. Por lo visto, se traslada de un lado a otro de la casa a una velocidad vertiginosa, tal vez tenga un *doppelgänger*, una especie de doble cuerpo que ocupa su lugar en los momentos más aburridos. Desde luego, no se puede decir que su estrujón con Paul Jackson parezca aburrido —le introduce la mano por debajo de la falda y le separa las piernas con la rodilla. Me pregunto qué dirían el señor y la señora Walsh si la vieran ahora. ¿Tenían idea de cuánto (si es que la tenían) alcohol se estaba consumiendo en su propiedad? ¿O de los niveles de corrupción que iban a alcanzarse en cuanto se dieran la vuelta? Lo dudo mucho. Con todo, resulta alentador ver cómo Hilary traiciona a Malcolm, la verdad es que parece haberlo olvidado por completo. Por su expresión, debe de estar a punto de vomitar, y cuando levanta la cabeza para coger aire muestra un vivido chupetón en el cuello, casi espero ver sangre en los dientes de Paul Jackson.

—Isobel —farfulla, intentando enfocarme y poniéndose bizca del esfuerzo. Si al menos Malcolm pudiera vernos ahora, la una al lado de la otra, no le cabría duda de cuál de las dos le convenía. (Yo).

—Isobel —repite con algún esfuerzo—, ¿has visto a Graham?

—¿Graham?

—Graham, mi hermano —deja caer la cabeza sobre el hombro de Paul Jackson—, insistió en que te invitáramos.

—¿Ah, sí? ¿Como... entretenimiento? —le pregunto indignada. Solo quería invitarme por una razón, porque el mentiroso de Richard le había dicho que se lo había hecho conmigo. Empiezo a explicárselo, pero se ha dormido y ronca como un cerdo. Paul Jackson ya está jugueteando con su sostén. Cruzamos las miradas y dice:

—Vete a la mierda.

Así que me voy.

Vuelvo a la sala. En el vestíbulo, un gran reloj de péndulo toca la media —las once y media— ¿a dónde ha ido a parar el tiempo? (¿A dónde va? ¿Hay un gran sumidero de horas en el fondo del mundo? Mi excursión al abedul plateado debe de haberse tragado unas cuantas).

En la sala se han producido numerosos cambios desde mi última visita. Los inocentes Shadows, las brillantes luces altas, el parloteo festivo de aperitivo juvenil se han esfumado. Ahora recuerda bastante a un círculo interior del infierno —las oscuras formas que se retuercen, los torturados gemidos de gente *in extremo*— y a esas veladas sombras les lleva varios segundos definirse como parejas en pleno besuqueo —de pie, sentadas, tendidas— todas manoseándose con orgiástico entusiasmo.

Alguien está vomitando en el pasillo, y Dorothy, también deteriorada por la bebida pero sin perder su inagotable sentido práctico, saca el aspirador y se pone a

aspirar el vómito. Discuto conmigo misma si debería decirle que no ha tenido muy buena idea, pero decido guardarme para mí mis escasos trucos domésticos cuando aspira en mi dirección y gruñe:

—Eres un poco putón, ¿no Isobel? Y mantente alejada de mi hermano, no eres su tipo.

Graham está en las escaleras, detrás de Dorothy, bombeando arriba y abajo encima de una chica tetuda que, por lo que parece, sí es su tipo. Me abro paso entre sus cuerpos entrelazados y corro escaleras arriba para tratar, por última vez, de encontrar a Malcolm Lovat.

La primera puerta que abro conduce al dormitorio del señor y la señora Walsh; enormes camas gemelas semejantes a barcazas dominan una habitación saturada de brocados. La siguiente habitación apesta a Dorothy. Llena de volantes y chucherías, organizada en hileras de una precisión militar: un estante de libros de ciencias, ficción en orden alfabético y objetos de tocador colocados en el mismo con regularidad matemática. Si una sola cosa se moviera en esta habitación, Dorothy se daría cuenta.

Subo al piso siguiente y pruebo en otra puerta. Esta habitación también está llena de volantes y chucherías, pero es, al mismo tiempo, bastante deportiva —raquetas de tenis, ropa de deporte y gorras de equitación por todas partes— debe de ser el cuarto de Hilary. En la mesilla de noche hay una fotografía, plano medio, de un caballo y en la cama reposa un enorme surtido de muñecas: muñecas con cara de bebé, muñecas vestidas de escocesa, muñecas con traje flamenco, desmelenadas muñecas de trapo y muñecas antiguas con tirabuzones amarillos y expresiones pasmadas.

Y allí, incongruente entre las muñecas, yace el cuerpo, mucho mayor, de un supino Malcolm Lovat. Me recibe muy contento y muy borracho, agitando una botella medio vacía de ginebra.

—Hola, Izzie.

—No sabía que estabas aquí.

Me pego un buen lingotazo de ginebra de la botella verde, engulléndolo sin miramientos, y me siento bastante complacida cuando no me atraganto hasta morir.

—Huele esto —dice Malcolm, dándose la vuelta de repente y hundiendo la cara en la almohada—, ¡esencia de caballo!

¡Qué risa!

Palmea el espacio libre de la (casi seguro) virginal cama de Hilary y me apretujo junto a él.

—Qué gran vestido —dice amablemente y me rodea el hombro con el brazo. Nos quedamos allí tendidos, como dos amigos, bebiendo ginebra y atribuyendo personalidades imaginarias a las muñecas de Hilary, la mayoría de las cuales son extensiones de su carácter.

Casi hemos terminado la botella. Me siento como si alguien hubiera prendido fuego al interior de mi cuerpo, una sensación no del todo desagradable, y el aturdido globo de mi cerebro se ha convertido en gachas de avena. A estas alturas, la mayoría

de las pobres muñecas de Hilary yacen desparramadas por el suelo. Las hemos apartado a patadas. O han saltado para ponerse a salvo.

Creo que pierdo y recupero la consciencia unas cuantas veces. El tiempo parece más lento, más viscoso, como si las moléculas del tiempo pudieran mutar, tal como yo creía, y ya no fueran gas invisible sino un líquido que fluye. (Tal vez este sea el fluido de Heráclito).

—Bésame —murmuro de repente, envalentonada por la ginebra y la extraña fluidez del tiempo. Malcolm abre los ojos, creo que estaba durmiendo. Apoyándose en los codos, se incorpora a una posición de cobra y me mira—. Por favor —añado, para que no me considere maleducada.

Frunce el ceño en dirección a una de las pocas muñecas que aún yacen en la cama —un bebé del tamaño de nuestra niña—, concentrado, y, muy serio, dice:

—Isobel.

Ha llegado el momento... Se ha dado cuenta de los lazos cósmicos que nos unen, está a punto de besarme y abrir los sellos de nuestro amor... Seremos transportados a algún lugar transcendente donde la música proviene de las esferas y la luz de Turner... Espero no convertirme en árbol antes de que esto suceda, o volar en el tiempo otra vez. Cierro los ojos esperanzada. Y pierdo el sentido.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, la habitación está a oscuras y alguien me ha tapado con el edredón de Hilary. Alguien se ha dedicado a pegarme el cerebro al interior del cráneo, y cuando intento sentarme hace todo lo posible por despegarse de un modo espantoso. Para acabarlo de rematar, las fibras de mi cerebro se han soldado. La puerta del dormitorio se abre y cierro los ojos para protegerlos de la luz.

Cuando me fuerzo a abrirlos, una ranura apenas, veo a una furiosa Hilary, el rímel y el pintalabios emborronados, el pelo un almiar, la piel de una palidez espectral (seguramente porque Paul Jackson le ha absorbido toda la sangre del cuerpo a estas alturas), que me contempla con repulsión.

—¿Qué haces en mi cama, Isobel?

Intento sentarme y me invade un sudor frío y húmedo. Sin fuerzas, trato de hacerle un gesto de advertencia a Hilary con la mano porque sé que no le va a gustar lo que está a punto de suceder.

Pero demasiado tarde... me agarro la frente en un vano intento por contener el vómito, me inclino a un lado de la cama y vacío lo que me queda en el estómago (principalmente trocitos de salchichas de aperitivo empapados en ginebra) sobre las sorprendidas muñecas de Hilary.

Hilary empieza a gritarme, un torrente de distinguidas invectivas que caen de su boca en un revuelto torrente de rayos y centellas.

—Muérete —gimo.

El señor y la señora Walsh llegan poco después («¿Qué le ha pasado al aspirador, Dotty?») y largan asqueados a lo que queda de la fiesta, yo incluida, sobre todo a mí.

—Vete —sisea la señora Walsh de mala manera—. Solo Dios sabe qué más estabas haciendo en la habitación de mi hija. Conozco a las de tu ralea, no eres más que una puta.

Qué grosera. No veo por ninguna parte a Malcolm Lovat y en parte me alegro. Eso significa que, al menos, no está en los brazos de Hilary.

Los zorros me esperan en la mesa del recibidor. Los recojo y me largo pitando a la noche —una noche bañada en escarcha y un frío de muerte. Casi espero oír al señor Walsh gritar: «¡Y nunca vuelvas a nublar mi puerta, jovencita!».

—¡Y no quiero que vuelvas a poner los pies en mi casa, pequeña zorra! —grita, como era de esperar. No he sobrepasado las puertas de hierro forjado antes de que me invada una modorra arrolladora. Soy una mujer caída, o, en cualquier caso, una chica caída, caída al pie de un enorme arbusto de laurel junto a las puertas de hierro forjado. Caigo, me arrastro, me acurruco y empiezo a roncar tan pacíficamente como un erizo, determinada a hibernar. La nieve me empolva el rostro como azúcar de alcorza helada.

Malcolm Lovat me despierta de mala manera al tratar de meterme en el asiento del copiloto de su coche. Rezonga, menos caritativamente esta vez, que mi «puto vestido es enorme».

—Así se muere la gente, sabes —dice malhumorado, al tiempo que pone el motor en marcha y sale de la avenida de los Walsh. Ya no tengo el cerebro pegado al interior del cráneo, ahora ha encogido al tamaño de una nuez dura y adobada en ginebra y traquetea de un lado a otro, rebotando en el hueso, desligada de la membrana.

—Hipotermia —dice Malcolm, como si sugiriera un nombre para nuestro bebé abandonado. Nuestro delicado avance, serpenteante y borracho, por la carretera helada constituye la lección perfecta contra los efectos del alcohol.

—Mierda —exclama Malcolm ceñudo cuando, de vez en cuando, patinamos en la carretera, haciendo piruetas y girando como si el coche se hubiera convertido en una Sonja Henie curda.

Hago varios intentos de encender un cigarrillo. Al cuarto, que llevo a cabo con éxito, se me cae la cerilla encendida al vestido y un gran trozo de tela rosa se derrite al instante. Por poco me convierto en una antorcha humana. ¿Cómo moriré? ¿Congelada o quemada?

De un modo u otro acabamos de nuevo en la cima del Salto de los Amantes, pero amarnos y saltar es lo último que nos apetece ahora, sería más fácil vadear un río de sangre que nos llegase hasta las rodillas, y ambos caemos dormidos en cuanto apagamos el motor. Cuando me despierto, hace un frío que pela. Se me ha congelado un reguero de saliva en la barbilla y tengo los ojos legañosos de sueño. Rebusco

desesperada en la guantera y me sorprende al encontrar medio paquete de rancias galletas rellenas. Me lanzo sobre ellas como un animal. Al cabo de un rato doy un codazo a Malcolm para despertarlo y le ofrezco una. Es una pena que no me encuentre en las condiciones óptimas (la cabeza se me va a caer de un momento a otro) para apreciar su hermoso perfil, la curva de sus labios, la delicadeza del rizo negro que se le ensortija alrededor de la oreja. Abro la puerta del coche y vomito en la tierra.

Emprendemos otro viaje que parece interminable. Las calles de Glebelands están desiertas, todo el mundo reposa en el lecho aguardando la salida del sol y la carrera del ciervo. Nuestra odisea nos lleva a pasar una vez más por casa de los Walsh, pero aquí, a diferencia del resto del pueblo, hay una actividad extraordinaria. Supongo que si no nos hubiéramos dormido en el Salto de los Amantes habríamos visto, desde nuestra posición privilegiada, a los coches de bomberos recorriendo el pueblo a toda prisa y habríamos contemplado las lenguas de fuego devorando la casa de los Walsh, ahí abajo, en la pequeña maqueta que era pueblo a nuestros pies; quizá incluso habríamos oído las sirenas de las ambulancias que trataban desesperadamente de salvar a los ocupantes.

La calle está atestada de coches de bomberos, ambulancias y policías. Salimos del coche tambaleándonos y rondamos las puertas de hierro forjado como mirones. Las cintas rojas de la guirnalda navideña cuelgan lacias en el aire inmóvil. Hay cenizas y hollín en el aire, olor a vestidos y canapés quemados. Recuerdo de repente la enagua de tul que con tanto descuido he metido detrás del calentador, me la imagino prendiéndose, el fuego alcanza las aseadas pilas de sábanas y toallas y por fin engulle la casa entera. Por lo que parece, todos han salido sanos y salvos del infierno, excepto...

—Richard y Hilary —dice Malcolm con voz impávida de la incredulidad.

Conforme nos acercamos a las calles de árboles, empieza a llover de verdad. Al principio, los pequeños copos revoloteantes se adhieren al parabrisas, cristalizan y se derriten, y los limpiaparabrisas los barren, pero pronto la nieve cae a ráfagas, los copos se hacen más grandes y empiezan a cuajar por todas partes, antenas, chimeneas, tejados, árboles.

En lugar de girar por Chestnut Avenue, Malcolm sigue por Holly Tree Lane. Los dos estamos tan entumecidos de la impresión ante la súbita defunción de Hilary y Richard que no creo que sepamos adonde nos dirigimos. (*Muérete... ¿De verdad les dije eso a ambos?*).

La nieve se arremolina ahora en la oscuridad de un modo bastante amenazador. Avanzamos junto a Boscrambe Woods, los árboles son un borrón de tinta negra junto

a la carretera. De repente, Malcolm dirige el coche, entre tumbos, a una de las entradas del bosque y aparca ante una fila de retamas rompiefuegos que despuntan hacia las estrellas. Están en el lugar equivocado. Esta noche, el bosque no podría incendiarse. La tierra está dura como el hierro, los arroyos se han convertido en piedra. Cuando Malcolm apaga el motor, reina un silencio como nunca antes he oído.

—Vamos —dice Malcolm, y abre la portezuela del coche aunque la nieve se ha convertido en una ventisca. A regañadientes, me interno en el bosque detrás de él. En el bosque no hay ventisca, todo está inmóvil. La nieve debe de haber caído muchas más horas dentro del bosque que fuera de él (¿cómo es posible?), pues está amontonada por todas partes— nieve de postal de Navidad, nieve invernal de ensueño, crujiente y virgen. Las ramas desnudas de los árboles de hoja caduca están ribeteadas de nieve, arqueadas y combadas en lo alto, como el techo abovedado de una catedral. Es como estar en una iglesia, silenciosa y reverente, pero más espiritual.

El bosque también está repleto de árboles de hoja perenne, abetos de todo el mundo: piceas noruegas (*abies picea*) y pinos albar (*pinus sylvestris*), abetos alpinos (*abies balsamea*) y los hermosos abetos nobles (*abies procera*) apiñados bajo los abrigos de nieve como si estuviera a punto de sobrevenir una Navidad eterna.

Avanzamos despacio, silenciosos en el silencio. Es como ser las dos únicas personas del mundo. Quizá lo seamos, quizá hayamos sido atrapados en una torsión temporal que nos ha impulsado al frío de los últimos días. Solo en el bosque se pierde de verdad el sentido del tiempo. Un conejo rebota por la hierba ante nosotros.

Delante de mí, Malcolm se para de repente, se da la vuelta hacia mí y se lleva un dedo a los labios. Un ciervo rojo, una hembra, está ahí, en el sendero, husmeando en el aire, sabiendo que estamos allí pero sin acabar de vernos. Y entonces, con un brinco de alarma, desaparece entre las ramas heladas. Los chasquidos de las ramillas resuenan ruidosos en el frío silencio que nos envuelve.

—Eso da buena suerte, espero —susurra Malcolm, y me rodea con el brazo. Noto su aliento cálido contra mi mejilla helada. Ha llegado el momento. Cierro los ojos anhelante...

—Habrás que volver —dice de repente y, tomándome de la mano, se dispone a regresar vadeando la nieve. Supongo que si no estuviéramos hasta las cejas de anticongelante Beefeater ya nos habríamos muerto de frío a estas alturas.

Encontramos el coche cubierto por una gruesa colcha de nieve y nos toca retirarla con nuestras pobres manos desnudas. Las ruedas resbalan en la nieve cuando el coche da la vuelta para volver a la carretera.

Ya no nieva, y avanzamos patinando por la pista serpenteante.

—Creo que eres la única persona con la que puedo ser yo mismo —dice Malcolm, más lúcido de lo que ha estado en horas. ¿Por qué todo el mundo tiene tantos problemas con su auténtico yo?

Echa un vistazo en mi dirección para comprobar si he comprendido lo que intenta decirme y de repente, de la nada, aparece un ciervo ante nosotros, atrapado por las

luces de los faros. Muda, como en una pesadilla, levanto la mano y lo señalo. Malcolm sigue enfrascado en su verdadero yo y sus problemas para encontrarlo cuando advierte mi dedo y mi mirada horrorizada y dice:

—Oh, mierda...

Es idéntico al ciervo que acabamos de ver en el bosque (aunque en realidad todos se parecen), pero no es momento de comparaciones. Al final, no nos ha dado muy buena suerte. El tiempo empieza a dilatarse. Malcolm hace un regate e intenta esquivar al ciervo. Lo veo con toda claridad: los ojos abiertos de par en par, aterrorizado, los músculos en movimiento, tensos bajo la piel de terciopelo mientras hace acopio de fuerzas para un gran salto desesperado.

El ciervo salta en libertad. Y también el coche —despegando, abandonando la calzada, volando lentamente por el aire, planeando hasta el terraplén, bajo la carretera, como si tuviera alas, todo en silencio, como si alguien hubiera apagado la banda sonora del mundo; pero cuando el coche golpea el suelo por primera vez el sonido vuelve súbitamente: el ruido del metal que se desgarran y el cristal que se rompe, el sonido del fin del mundo mientras botamos por la tierra nevada, hacemos astillas un árbol joven, arrollamos los tojos entre un enloquecido revoloteo de nieve, el coche es un imparable animal salvaje decidido a autodestruirse antes de que un gran sicómoro lo amanse al fin, centinela fijo del campo helado.

De nuevo reina el silencio. Nadie nos encontrará aquí. Estoy muy cansada, pero también me envuelve una sensación de paz. Las palabras «Noche de Paz» asaltan mi pensamiento. Podríamos cantar para animarnos, pero, por lo visto, ninguno de los dos es capaz de abrir la boca. Cuando intento articular las palabras, se me pegan a la lengua. De hecho, ni siquiera puedo mover la cabeza. Quizá el tiempo haya mutado otra vez, ahora es un bloque de hielo, grande y sólido, y estamos atrapados dentro, congelados como moscas en ámbar.

Concentrándome con todas mis fuerzas en los músculos del cuello me las arreglo para volver la cabeza unos centímetros. Solo veo a Malcolm. Su rostro está desgarrado, la sangre reluce en la oscuridad. También intenta hablar. Pasa un largo rato antes de que consiga entender lo que intenta decirme. Las palabras salen despacio, deformes, chirriantes en el silencio de la noche.

—Ayúdame —dice—. Ayúdame.

Pero sé que es imposible, porque ya está muerto.

MATANDO EL TIEMPO

Me despierto en la cama, en mi habitación, en Arden. Han desaparecido las nieves (de ayer), los árboles, el ciervo, el coche, Malcolm Lovat muerto. Llevo el camisón puesto y mi cuerpo no presenta señal alguna de haber protagonizado un accidente de coche, aunque tengo el cerebro hecho cisco.

El vestido de fiesta rosa cuelga en la puerta del armario, con un aspecto de lo más inmaculado teniendo en cuenta todo lo que ha sufrido. Incluso parece rígido, como si aún conservara las enaguas de tul. La vista desde mi ventana revela un tiempo totalmente distinto al de ayer: una llovizna que en nada se parece a la escarcha cortante. ¿Fue un sueño lo sucedido anoche? ¿Fue todo una terrible y vivida pesadilla?

Por el rabillo del ojo atisbo algo en mi mesilla de noche: la caja de jabones Bronnley envuelta para regalo. Me incorporo y abro el paquete. Procedente de alguna parte de la casa oigo los villancicos que suenan en la radio y al bebé llorando. Pensativa, me coloco un jabón de limón en la palma de la mano donde reposa pesado, como una luna ácida y pequeña. Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día.

Si ayer era el día de Nochebuena, hoy debería ser Navidad... pero, como es lógico, sé que las leyes de la causalidad son tan oblicuas como la flecha del tiempo y no me considero la más apropiada para hacer predicciones sobre la secuencia de los acontecimientos.

Quizá no exista una realidad permanente, solo la realidad del cambio. Un pensamiento inquietante.

Para postres, Charles entra como una tromba en mi habitación y dice:

—¿Tienes papel? Solo me queda un regalo por envolver y se me ha acabado.

—¿Qué día crees que es hoy? —pregunto, y él me mira como si estuviera loca (bueno, lo estoy).

—Nochebuena, claro. ¿Y tú qué día crees que es?

(¿Puede el tiempo ser *tan* relativo?).

Esto es absurdo. Escondo la cabeza bajo las mantas. ¿Realmente he conseguido regresar al día de ayer? ¿He tropezado dos veces con la misma piedra? ¿Voy a tener que vivir de nuevo el terrible día de ayer? ¿No basta con haber sufrido la pesadilla una vez, me va a tocar repetirla? ¿Cuántas preguntas retóricas soy capaz de hacerme antes de hastiarme?

Quizá haya muerto, haya ido al infierno y este sea mi castigo: vivir una y otra vez el peor día de mi vida, hasta la eternidad.

Tal vez esté soñando mi vida. A lo mejor me despierto y descubro que soy una mariposa. O una oruga. O una seta, una seta que sueña que es una chica llamada Isobel Fairfax.

¿Aún poseo libre albedrío? Quizá si me limito a *quedarme en la cama*, y no

acudo a la fiesta de los Walsh, y sin duda no voy de paseo a ninguna parte con Malcolm Lovat, todo el mundo esté a salvo. Cierro los ojos y me fuerzo a dormirme de nuevo (quizá los gatos hagan eso, dormir para provocar la desaparición de algunas cosas. De los perros quizá), pero he asesinado el sueño tan radicalmente como he destruido las leyes temporales.

Pero, pienso de repente al tiempo que abro los ojos y observo el vestido rosa, ¿y si no es mi influencia maligna la que ha precipitado (o precipita, o precipitará, escoge la que creas más conveniente) los acontecimientos? ¿Y si las cosas van a suceder de todas formas? Y si van a suceder de todas formas tal vez yo pueda hacer algo para que no sucedan. En ese caso, aunque Malcolm, Hilary y Richard mueran igual, al menos no será mi culpa. Lo que ya es algo.

Claro que... por lo que yo sé, ya están muertos. Abandono la cama con esfuerzo. Lo quiera o no, debo averiguar qué está pasando. Levanto la falda del vestido rosa; sí, ahí está la enagua, intacta, en su lugar. Lanzo un suspiro hastiado.

No hay nadie en el piso de abajo —Vinny, Debbie y Gordon no ocupan sus emplazamientos previos, aunque las empanadas de carne tienen su papel bien aprendido, ahí están, amontonadas en la cocina, bien empolvadas con azúcar de alcorza semejante a nieve. Me como una, después otra, después una tercera; tengo un hambre de lobo. No he comido nada desde las galletas rellenas de ayer por la noche, aunque, claro, puede que no me las haya comido aún. La realidad me abandona más rápido que el pensamiento acerca de la misma.

Telefono a los Lovat. Contesta Malcolm. «¿Sí? ¿Sí?», repite una y otra vez hasta que cuelgo porque no se me ocurre ningún comentario que no suene a locura. Lo intento con los Walsh y la aflautada voz de la señora Walsh me taladra el tímpano. Murmuro algo sobre Hilary y me dice que se ha ido al pueblo con Dorothy.

Decido no llamar a casa de los Primrose, en realidad me da igual si Richard está vivo o muerto y, de todas formas, dos de tres no está mal. Pero cómo mantenerlos con vida, esa es la cuestión. El tipo de pregunta en cuya respuesta Charles sería de alguna utilidad, pero tampoco hay señales de mi hermano. Arden es como el *Marte Celeste*, el único superviviente a cualquiera que sea la catástrofe invisible sucedida es el bebé (es indestructible). Aguarda en el cochecito, en el vestíbulo, gritando a todo pulmón.

Lo cojo (no me acostumbro a llamarla Jodi) del cochecito y trato de apaciguarlo, pero está furioso, berrea como un loco (otro) y de tanto en tanto se queda rígido como si le hubiera dado un ataque. Tiene la cara roja de rabia y los pequeños puños prietos como si quisiera atizarle un puñetazo a alguien.

Intento envolverlo en la mantilla, pero se revuelve demasiado. Al final, lo lío de cualquier manera como si fuera una col y lo llevo a Sithean. Quizá la señora Baxter sepa qué hacer con él. Además, me gustaría comentar con alguien lo que me está pasando, a ser posible con alguien que sobreviviera a mi masacre de ayer.

También en casa de los Baxter hay un misterioso aire de abandono. Sithean parece tan vacío y desierto como Arden. Nadie responde cuando grito: «¡Hola!» al

vacío, el único sonido son los sollozos e hipidos de la niña.

En la sala, brilla el fuego del hogar y las luces parpadean en el árbol de Navidad, pero no sé si lo hacen porque es así como funcionan o debido a mi interferencia eléctrica.

La mesa del comedor está puesta con la mejor porcelana. La señora Baxter arma tanto revuelo en Nochebuena como en el día de Navidad. Si dependiese de la señora Baxter, seguramente celebrarían la Navidad cada día del año.

En el centro de la mesa hay velas rojas y en cada sitio aguarda una sorpresa navideña y una servilleta de papel roja con hojas de acebo verdes, plegada en una forma caprichosa. En los platos reposa una copa llena de cóctel de gambas, listo para comer.

Me siento en una silla, cojo una hoja de lechuga del cóctel de gambas y la mordisqueo mientras trato de adivinar dónde se ha metido todo el mundo. Quizá los Baxter acostumbren deslizarse por los intersticios del tiempo también. Tal vez en este momento estén celebrando la Navidad en el siglo XVIII o en la Alta Edad Media. Unto un poco de salsa rosa del cóctel de gambas en los labios del bebé y se calla al instante.

Descubro que me he acabado el cóctel de gambas sin darme cuenta. Quizá si me cambio de sitio y me como los otros dos la cosa tenga mejor aspecto, podría fingir que no había ninguno cuando llegué. Pero es demasiado tarde... la puerta trasera se cierra con un portazo y el señor Baxter irrumpe en el vestíbulo, atisba por la puerta abierta del comedor, sigue adelante y, de repente, da media vuelta y ladra:

—¿Qué haces aquí? ¿Sentada en mi sitio? ¿Comiéndote mi comida?

—¿Dónde están Audrey y la señora Baxter? —pregunto, levantándome de un salto de la mesa inculminatoria.

—Una buena pregunta —dice en el tono que reserva a los alumnos que considera unos idiotas rematados, con ojos desorbitados, enloquecidos—. O sea, ¿dónde están? —dice, pronunciando cada palabra con cuidado—, hum... veamos... —Finge una expresión de extrañeza y mira una punta de uno de los paquetes sorpresa—. No —dice—, no están aquí.

(Qué tedioso debe de ser vivir con el señor Baxter). La pantomima se prolonga un rato hasta que el volumen de los gritos del bebé (a veces resulta útil) le obliga a abandonar la habitación. Se va arriba, a su estudio.

Me llevo a la niña a la sala y me siento con ella en el sofá. El parpadeo de las luces la tranquiliza bastante. Se ha embutido el pulgar en la boca como para forzarse a guardar silencio y la compadezco de todo corazón. Tiene toda la vida por delante para ser infeliz, es una pena que empiece tan pronto.

La puerta trasera se abre y se cierra. Espero que sean la señora Baxter y Audrey y no el señor Baxter que entra en casa por segunda vez sin haber salido primero (uno se vuelve paranoico con gran rapidez cuando el tiempo empieza a descomponerse, o a deshacerse. O lo que sea).

Pero, gracias a Dios, son la señora Baxter y Audrey. Van vestidas de calle — abrigos, bufandas y gorros de lana— como si hubieran salido a dar una vuelta.

—Solo hemos salido a dar una vueltecilla —dice la señora Baxter— para ver si papá se calmaba. Estaba un poquillo trastornado —añade con un amago de sonrisa afligida. Tiene una expresión increíblemente triste.

Al ver a la niña, la señora Baxter se derrite de instinto materno y envía a Audrey al árbol a coger su regalo. Audrey lo desenvuelve —un sonajero (como si no hiciera ya bastante ruido)— y se lo da al bebé con una luminosa sonrisa.

—Prepararé el té —dice la señora Baxter—. Tomarás una tacita, ¿verdad, Isobel?

—Papá... —dice Audrey cuando la señora Baxter sale de la habitación, y se calla, por lo visto incapaz de seguir hablando.

—¿Está un poquillo trastornado? —le apunto con amabilidad.

Coge al bebé y lo acuna con gesto protector, apoyando la barbilla en lo alto de su penacho dorado rojizo. Se le llenan los ojos de lágrimas y hace un esfuerzo tremendo por no derramarlas sobre el bebé.

—Los chicos —consigue decir.

—¿Los chicos? ¿Cree que has...?

—Está convencido de que he estado con un chico —susurra.

—¿Y has estado?

(Seguro que sí, ¿a qué se debe si no el fenómeno de la niña Jodie? Aunque si hay una candidata a la inmaculada concepción es Audrey).

Me mira con sus grandes ojos afligidos, como si acabara de hacerle la pregunta más absurda del mundo y se acerca más al bebé. Ahora está muy tranquilo, de hecho se ha dormido, el puño aún trabado en la boca por si siente tentaciones de revelar la verdad en sueños.

Constituyen la escena perfecta de la natividad, Audrey con su hermosa sonrisa al estilo Madre de Dios y la niña felizmente dormida en sus brazos. Cuidadosamente, con una mano, Audrey se desabrocha el abrigo, se desenrolla la bufanda, se lleva una mano a la cabeza y se quita el gorro de lana. Pero en lugar de agitar su hermosa cabellera de Virgen María, no hay nada. Boqueo horrorizada a la vista de su cabeza desnuda, no el corte a lo chico de un peluquero, sino los trasquilones de un colaboracionista.

—Papá —dice Audrey.

La señora Baxter regresa con una bandeja llena de pastas de Navidad, procurando no mirar los resultados de la hecatombe de «papá» en la cabeza de Audrey. Está a punto de decir algo cuando oye al señor Baxter bajar las escaleras con estrépito. Escuchamos sus pisadas como si aguardáramos la entrada de cierto monstruo anónimo en una película de terror, y casi nos sentimos aliviadas al comprobar que sigue siendo humano cuando irrumpe en la habitación y, frunciendo el ceño, me dice:

—¿Aún estás aquí? Eres una mala influencia. Supongo que has sido tú quien la ha llevado por el mal camino, ¿verdad?

—Papá, no —dice la señora Baxter en su tono más apaciguador.

—Tú no te metas —responde. Pone la cara a pocos centímetros de la mía, en actitud de matón, y dice—: Bueno, Isobel, ¿con quién se ha liado Audrey? Ha estado con algún chico, ¿con quién? Espero que no haya sido con ese horrible hermanito tuyo.

—Papá, no —suplica Audrey.

—Tú calla, pequeña puta —brama el señor Baxter al tiempo que se vuelve hacia ella—, entregándote a los chicos, dejando que te hagan Dios sabe qué. ¿Quién ha sido? ¡Dímelo!

La señora Baxter no para de moverse en el sitio y agita las manos como si intentase echar a volar. El señor Baxter saca algo del bolsillo de su chaqueta de *tweed* y empieza a blandirlo de un lado a otro. Algo oscuro, metálico y en forma de pistola. O sea, una pistola.

—Tu viejo revólver del ejército —se maravilla la señora Baxter—. Pensaba que te habías desecho de él hacía muchos años, papá.

El señor Baxter deja el revólver en la repisa de la chimenea con todos los aspavientos propios del malo de la película —en realidad del mismo modo que dejaba el bastón en su pupitre del colegio para que todos los alumnos estuvieran pendientes del mismo. (Supongo que tuvimos suerte de que nunca se trajera la pistola a clase como disuasivo).

A continuación avanza hacia Audrey, la agarra del poco pelo que le queda, la arrastra hacia él y, sin hacer caso del bebé, que grita aterrorizado, ruge:

—¿Quién?

Más para calmar al bebé que para apaciguar a su padre, Audrey responde a la pregunta al fin y, casi sin voz, responde:

—Pero papá, fuiste tú.

Me lanzo contra el señor Baxter para hacerle soltar a Audrey sin digerir lo que esta acaba de decir. Y a continuación —PUMBA— el señor Baxter se da la vuelta y me atiza un puñetazo en la cara. El golpe me da de lleno en la mejilla, un puñetazo de campeonato, de los que astillan los huesos y provocan lesiones cerebrales.

Caigo de rodillas, muerta de dolor, agarrándome la cabeza mientras trato de coger aire. Estoy horriblemente mareada, como si acabara de caer de una gran altura.

Poco a poco, advierto un extraño silencio en la sala. Parece como si todos nos hubiéramos paralizado, como si en realidad el tiempo se hubiera detenido. Nos imagino congelados así para siempre, pero en ese momento el gato de la señora Baxter, que había permanecido disfrazado de antimacasar manchado en el respaldo de un sillón Parker Knoll, rueda de repente y cae con fuerza en la alfombra, de pie. El fuego lanza un escandaloso chasquido, un trozo de carbón cae chisporroteando al suelo y todo el mundo se despierta.

La señora Baxter murmura:

—¿Papá?

Es como si alguien acabara de darle la improbable respuesta a la pregunta que la llevaba de cabeza desde hacía tiempo. La señora Baxter emite un pequeño jadeo y me vuelvo a mirarla. Contempla, estupefacta, a Audrey y al bebé. Es evidente cuando las ves juntas, supongo. En realidad son idénticas, no solo el pelo y los rasgos breves, sino la expresión desanimada que suelen exhibir.

—¿Audrey? —susurra la señora Baxter mientras grandes lágrimas surcan las mejillas de su hija. Audrey debería haberse puesto su abrigo de felpa y haber huido lo más lejos posible del señor Baxter antes de permitir que las cosas llegaran a este horrible extremo.

El señor Baxter, mientras tanto, se dirige tranquilamente a la chimenea, coge la pipa de la repisa y le da unos golpes para extraer la ceniza, que deja caer al suelo, como si nada hubiera pasado. Lo contemplo como en trance mientras él enciende la pipa, aspirando con fuerza. La cazoleta volcánica se calienta y se enfría, una y otra vez, hasta que una tenue bruma azul lo envuelve. ¿Cómo puede estar tan tranquilo tras tanta perversión? Pero supongo que Barba Azul debía de cerrar con llave su carnicería secreta y prepararse una taza de té después de perpetrar sus crímenes.

De repente, reparo en que la señora Baxter está de pie en el umbral, totalmente inmóvil, como una estatua. Ha salido de la habitación y ha vuelto a entrar, porque tiene en la mano un cuchillo de cocina.

¡Al final me las he arreglado para encontrar un argumento peor que el de ayer! Sithean en Navidad es como estar atrapada en una pesadilla de Cluedo. ¿Quién ha sido, la señora Baxter en el pasillo con el cuchillo de trinchar o el señor Baxter en la sala con la pistola? La siguiente será Audrey en la cocina con el candelabro.

La señora Baxter empieza a avanzar pesadamente hacia su marido, con movimientos lentos, como un rinoceronte que cargara bufando contra su objetivo. Conforme se acerca, el señor Baxter emite un ruido espantoso, semejante al gemido de un animal herido.

—¿Qué demonios estás haciendo, Moira? —dice el señor Baxter enfadado, pero a medida que la señora Baxter prosigue su avance va adquiriendo una expresión de incredulidad. Mira a su alrededor, quizá buscando la pistola, pero es demasiado tarde: la señora Baxter ha alcanzado su objetivo. Embiste al señor Baxter (que emite una especie de *whumf*) y este se deja caer de rodillas en la alfombra. Como si, de repente, hubiera decidido adorar a su mujer.

Se sujeta el estómago con las manos, teñidas de un rojo brillante. No el rojo de las bayas de acebo. Ni el rojo de la flor de Pascua. No el rojo del pecho del petirrojo, ni el de la salsa de tomate. El rojo de la sangre. La sangre que rezuma entre los dedos del señor Baxter, cuya mancha se extiende por la parte delantera del jersey tejido por la señora Baxter para su último cumpleaños. El último en todos los sentidos de la palabra.

La señora Baxter, de pie ante él, sangriento cuchillo en mano, parece la terrible figura de una tragedia griega, el rostro mancillado por la sangre de su primer

asesinato. El señor Baxter alza la vista y mira a su esposa estupefacto, después se contempla el estómago con igual expresión. Aparta una mano para ver qué sucede y la sangre brota en un fino chorro rojo, un potente surtidor que rocía la pared.

Agarro un cojín del sofá y lo empujo contra el chorro de sangre, pero casi al instante el señor Baxter cae de cara. Intento darle la vuelta pero pesa demasiado. Tiene los ojos casi cerrados y su respiración es débil y dificultosa. De repente, no respira. Sus ojos exánimes contemplan la alfombra. La señora Baxter se ha quedado de piedra. Audrey, sentada en el sofá, sonrío al bebé como si nada hubiera pasado. ¿Quién es el más loco de esta habitación? El señor Baxter, sin duda, es el más muerto.

Un suave silbido procedente del umbral me hace saltar sobresaltada. Al otro lado de la puerta está Carmen. Eunice, cargada con un montón de regalos, la empuja para abrirse paso, se arrodilla junto al señor Baxter derramando paquetes por todas partes y le busca el pulso en el cuello como una profesional.

—Muerto —sentencia, como un detective.

Eunice pasea la mirada por la sala, sopesando la situación.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta (aún en su papel de detective). Se lo explico lo mejor que puedo (omitiendo cualquier referencia temporal —que se trata de mi segundo día de Nochebuena, ambos igual de desastrosos, y todo eso— pues creo que solo serviría para confundir la situación).

—¿Pero cómo es posible? —Se extraña Eunice, mirando a Audrey y al bebé—. Es su padre, no puede ser también el padre de la niña.

Por lo visto, Eunice ignora ciertas cosas. Carmen le explica lo que son el incesto y el abuso sexual de un modo sorprendentemente lúcido para alguien cuya cabeza está llena de queso.

Supongo que en algún momento pasa por nuestras mentes la idea de llamar a la policía pero, si es así, no llegamos a expresarla. Ni siquiera Eunice.

—A lo mejor deberíamos clavarle el cuchillo por turnos —sugiero abatida—. Así todas seríamos culpables.

—Entonces cargaríamos todas con el asesinato —señala Eunice con sensatez.

Las tres pasamos un rato discutiendo el asunto (Audrey y la señora Baxter no están para discutir nada). Carmen propone que llevemos al señor Baxter a urgencias del hospital de Glebelands y expliquemos que se ha caído encima del cuchillo.

—¿Mientras cortaba el pavo? —bufa Eunice con desdén.

Si fuera más pequeño, podríamos arrastrarlo hasta la chimenea e inmolarlo en el fuego.

—¿Y qué decimos? —pregunta Eunice con sarcasmo—. ¿Qué se cayó en la chimenea cuando iba a dejar los regalos?

Me levanto y apago las luces del árbol de Navidad, los guiños y parpadeos me

están volviendo loca. Carmen nos ofrece cigarrillos y, ante la situación extrema, se fuma dos a la vez.

—Creo que deberíamos enterrarlo —sugiere.

—¿Enterrarlo? —repito horrorizada. Parte de mí sigue esperando que el señor Baxter se levante, y el enterramiento me parece una opción terminante.

Carmen nos pasa un paquete de gominolas.

—Por el amor de Dios, Carmen —dice Eunice malhumorada—. ¿Pero enterrarlo dónde?

Carmen prosigue, ya lanzada:

—Podríamos coger el coche del señor Baxter y llevarlo a alguna parte, tirarlo al río o enterrarlo en el bosque o en alguna parte.

—Pero no sabemos conducir —señalo.

—Podríamos intentarlo —dice Carmen, siempre optimista—, o podríamos enterrarlo en el jardín, eso sería más fácil.

—¿Más fácil? —dudo—. ¿Y qué le diríamos a la gente? Quiero decir, ¿cómo explicaríamos su desaparición? La gente no desaparece así como así.

(¿Qué estoy diciendo?). Carmen se come una empanadilla de carne con un apetito digno de encomio.

La lluvia azota ahora la ventana encortinada de la sala de estar (o de no estar, por lo que respecta al señor Baxter).

—Vale —dice Eunice de repente, y repasa mentalmente su guía de Exploradora—. Necesitaremos guantes, una linterna, algo de cuerda y... —Detiene un instante el clickclickeo de su cerebro, superada por las circunstancias.

—¿Una pala? —sugiero.

—¡Una pala, exacto!

Encontramos dos palas en el cobertizo del jardín, y Eunice idea un sistema de turnos en el que dos cavan/una descansa. Nuestros intentos de excavar son torpes al principio, pero pronto le vamos cogiendo el truco. En cuanto consigues olvidar las circunstancias (asesinato), el tiempo (horrible) y el barro (asqueroso) es sorprendente lo rápido que coges el ritmo. Pronto sudamos exhaustas y temblamos de frío al mismo tiempo.

—¿Cuánto tenemos que cavar? —jadea Carmen, dando una gran calada a su cigarrillo.

—Unos dos metros —dice Eunice, apoyándose en la pala como una enterradora profesional.

—No digas tonterías —ladra Carmen—, esto no es un puto cementerio, es el huerto de la señora Baxter. Basta con que lo ocultemos.

Tardaríamos años en cavar un hoyo de dos metros. Así que nos contentamos con el hoyo superficial que hemos logrado excavar. Vamos al interior de la casa a recoger

al señor Baxter. Nada ha cambiado. Audrey y el bebé están dormidos ahora y la señora Baxter sigue sentada en el sofá con el cuchillo en el regazo.

—Casi es la hora del té —dice alegremente cuando nos ve—, cómo vuela el tiempo.

Sin contestar, nos preparamos para arrastrar al señor Baxter al jardín por las puertas del balcón. Carmen, que en algún momento de su vida debe de haber visto a un empleado de funeraria en acción, sonrío amablemente a la recién enviudada y dice:

—Es hora de llevarse al señor Baxter.

Eunice y yo intercambiamos incómodas miradas, inquietas por si la señora Baxter se levanta del sofá de un salto y comprende de repente lo que está sucediendo, pero esta se limita a sonreír y dice:

—Oh, adelante.

Una auténtica Viuda Alegre.

Arrastramos la forma exánime del señor Baxter al exterior, a la lluvia, y recorreremos así el sendero del jardín. Al final, entre gruñidos, empujones y sudores, lo arrojamos a la tumba.

Eunice lo enfoca con la linterna. Parece menos muerto que dos horas antes.

—Tenemos que taponarle la cara —me apresuro a decir cuando Carmen vuelve a coger la pala. Corro a la casa y agarro un puñado de servilletas de papel navideñas de la cocina. Vuelvo a recorrer el sendero, me arrodillo a un lado del hoyo y se las pongo en la cara.

—Cuidado —dice Carmen, preocupada por si me caigo encima del señor Baxter.

Cubrirlo con tierra resulta sencillo, pero trasladar la tierra desplazada por el cuerpo del señor Baxter es tarea más ingrata, pues debemos empujar la carretilla llena de esa materia húmeda hasta el fondo del jardín, donde la vamos amontonando, como un castillo de arena oscuro.

Para cuando nos arrastramos de nuevo al interior de la casa, tenemos el aspecto de haber estado abriendo una mina, harapietas, caladas hasta los huesos y sin habla de la impresión. Nos quitamos los zapatos junto a la puerta trasera y aguardamos un momento bajo la luz del porche, mirándonos las unas a las otras, horrorizadas.

Mientras tanto, en la cocina, la señora Baxter prepara una tetera y dispone en bandejas más pastel de Navidad y empanadillas de carne junto a paños bordados y a las servilletas de papel que ahora hacen también de mortajas.

La señora Baxter nos envía a la sala con la bandeja del té. Después, colocándola en la mesilla de café, dice sonriendo alegremente:

—Vamos, vamos, servios. —Me da un vuelco el corazón—. Y tú, Isobel, venga, ¡come! —me apremia, al tiempo que me alarga una servilleta de papel. La visión del rojo y el verde me hace palidecer. El dolor en la cara, donde el señor Baxter me ha golpeado, se hace más intenso a cada minuto.

En la sala, hay sangre por todas partes, grandes listas en las paredes, salpicaduras

en el sofá y una enorme mancha de sangre, ahora convertida en una macabra figura, en la alfombra.

—Tendremos que hacer algo con eso —me dice Carmen.

—Ay de mí —dice la señora Baxter al oír esta conversación. Tendremos que alquilar una Lady Vap para eso.

Estoy segura de que el olor de la sangre —sal y óxido— ha inundado el mismo aire.

—Coge un trocillo —apremia la señora Baxter—. Lo he hecho yo misma.

Audrey se agita, abre unos ojos soñolientos y, al advertir al bebé en sus brazos, sonríe con su preciosa sonrisa. Haría falta una palanca para separarlos ahora.

Eunice suspira y sale de la habitación. Regresa al cabo de un momento con un cubo de agua caliente y una botella de Estrella, y murmura, con bastante crueldad, en mi dirección:

—Venga.

Pero el cansancio me abrumba y todo me parece superior a mis fuerzas. Tengo los huesos doloridos y si no hubiera tanta sangre en la sala me acurrucaría en el sofá con la señora Baxter y me dormiría.

—Es agradable tener tanta gente joven en casa —dice la señora Baxter alegremente—. Papá se pondrá muy contento cuando vuelva... se lleva muy bien con los jóvenes.

Un comentario errado en tantos sentidos que me olvido del barro, la sangre y el horror y me dejo caer pesadamente en el sofá con la cabeza entre las manos.

—No te preocupes ahora por eso —le dice la señora Baxter a Eunice, que, de rodillas, frota la alfombra con una expresión que desafía cualquier intento de describirla—. ¿Qué os parecería jugar a algo? —dice la señora Baxter radiante—. ¿Qué tal a «las charadas», o la «patata caliente»? «Un limón y medio limón»... ese es divertido y tranquilo. «*Croquet humano*», ese es maravilloso... claro que haría falta más gente para jugar —añade melancólica. (¿Cuánta gente se necesita para jugar a *Croquet humano*, por el amor de Dios?).

Me pongo en pie de repente, corro a la cocina y vomito en la pila. La puerta trasera sigue abierta de par en par, cediendo el paso a la lluvia. Nuestros zapatos, cubiertos de lodo, están pulcramente alineados en el escalón de entrada, como recordatorios de la inocencia perdida. No puedo volver a esa sala infernal. Paso por encima de los zapatos, me adentro en el inquietante jardín y me voy a casa.

Tengo las manos manchadas de sangre y por mucho que me frote las uñas no consigo quitármela. Me meto en la bañera hasta que el agua se enfría. Después me envuelvo en una toalla y salgo aún húmeda del baño. Con pasos silenciosos, me dirijo a mi habitación. Me tiendo en la cama y me duermo como los muertos.

Y sueño con el jardín de la señora Baxter en verano. Sueño con las habichuelas

rojas trepando por un tipi de cañas, con calabacines cobijados bajo grandes hojas y plumosas frondas de zanahorias. Una ordenada hilera de calabazas, como guisantes gigantes, y una fila de coliflores, con las rizadas cabezas, grandes y blancas, asomando entre las hojas. Una de las coliflores parece distinta a las demás. Despacio, mientras la estoy mirando, se convierte en la cabeza del señor Baxter que asoma entre la tierra oscura. Habla enfadado, me grita, me dice que soy perversa. A continuación, los hombros del señor Baxter se abren paso a través de la tierra marrón, salta sobre una hilera de lechugas y empieza a avanzar pesadamente por el sendero. Tiene la carne pútrida y el torpe andar de un zombi. Me doy la vuelta para echar a correr pero no consigo moverme del sitio, como si estuviera atrapada en un acetato. Empiezo a gritar, pero mi voz es tan silenciosa como si me hallara en las profundidades del espacio.

Bajo al piso inferior en camisón y me preparo un cacao caliente. Gordon está sentado en el sillón de Vinny, junto a las cenizas de la chimenea, acunando a la niña. ¿Cómo ha llegado el bebé a casa?

—Está muy inquieta —dice Gordon, sonriéndome.

—¿Cómo ha llegado aquí el bebé? —le pregunto a Gordon.

—Quién sabe —dice con una vaga sonrisa. En la cocina, Debbie hace inventario del contenido del aparador, vigilando los platos dispuestos en forma de sauce como un carcelero. Los restos del pavo a medio comer reposan en la mesa de la cocina. La comida de Navidad. Sacudo a Debbie por el brazo.

—¿Qué día es hoy?

—Navidad, por supuesto.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—¿De qué estás hablando?

Desplaza una salsera algo así como un milímetro.

—¿He comido con vosotros, por ejemplo?

—¿Por ejemplo? —Se extraña Debbie—. Pues claro que has comido con nosotros. No sé qué ejemplo es ese.

Gordon entra en la cocina, coge el hueso de la suerte y me lo ofrece.

—¿Un deseo? —pregunta. Rehúso.

Tengo que ir a casa de los Baxter. Debo averiguar si el señor Baxter está vivo, como Hilary y Richard (se supone) o si se está convirtiendo en verdura en este momento. Salgo corriendo por la puerta trasera y bajo por la avenida, con el viento azotando mi pelo y la lluvia empapando mi camisón.

Corro tan rápido que no puedo detenerme al final de la avenida y cruzo la calle, habitualmente desierta, a la carrera. El coche que se aproxima me embiste antes de que advierta siquiera la luz de los faros. Nuestros caminos están destinados a cruzarse exactamente en el centro de la calzada, el conductor debe de ver a la perfección mi rostro aterrorizado cuando reboto en el capó antes de que él haga una brusca maniobra, atraviese el seto de espino al otro lado de la calle y se estrelle contra el

viejo y retorcido árbol de espino.

Sin duda he visto su cara, he visto el horror en los rasgos de Malcolm Lovat cuando intentaba esquivar mi insalvable cuerpo.

He aterrizado en el seto y las espinas me han desgarrado la cara y las manos. Me arrastro hacia el coche. La portezuela del conductor cuelga de los goznes y Malcolm está hundido en el asiento. Me arrodillo a su lado y le tomo la mano. Sé que no hay escape posible de las espantosas palabras que va a pronunciar. Aguardo con paciencia, casi plácidamente, a que las diga.

Entreabre los ojos. La sangre le enmaraña el pelo, su rostro es casi irreconocible.

—Ayúdame —susurra—, ayúdame.

Y cierra los ojos. Me alejo a rastras, hacia el seto. No puedo soportarlo, de verdad.

Soy invisible. Soy como una terrible criatura mítica que aparece en las vidas de otras personas para provocar la destrucción y el desastre. Por el rabillo del ojo atisbo gente que sale de su casa a toda prisa para ver qué ha sido ese estruendo. Vislumbro al señor Baxter, vivito y coleando, que corre por su avenida. Estoy de acuerdo con Audrey... no somos nada. Veo policías y a los camilleros que rescatan a Malcolm del naufragio de su coche, oigo que uno dice con suavidad:

—¿Ha muerto?

Y el otro murmura:

—Pobre cabrón.

¿Por qué siempre termina así? ¿Por qué el final es la muerte de Malcolm Lovat?
¿De nuevo?

—Es Malcolm Lovat, el hijo del médico —dice alguien.

—Qué desgracia —dice otra persona—, un chaval así, con tanto futuro por delante.

Un policía me ve de repente y un camillero se apresura hacia mí con una manta, pero ya no estoy, me ha barrido la ola de negrura que me lleva al fondo del océano Polar donde todo es del color de los diamantes azules y solo nadan las focas y las sirenas.

PRESENTE

QUIZÁS

HAY OTRO MUNDO PERO ESTÁ EN ÉSTE

Me despierta un olor a bacon frito. Mi habitación está caldeada. Casi nunca está caldeada, excepto en verano, cuando hace calor. La habitación es la misma... pero distinta. En la ventana hay unas bonitas cortinas salpicadas de flores, una alfombra en el suelo y un papel a rayas en tono claro en lugar del habitual estucado beige. ¿Qué pasa? ¿Puedes tropezar con la misma piedra *tres veces*? El tiempo se ha dislocado en Arden, me temo.

Advierto que no hay rastro de la caja de jabones ni del vestido de fiesta rosa... ausencias a las que doy la bienvenida.

Junto a la cama, unas chanclas rosas de peluche aguardan a mis pies, un négligé amarillo pollito, de nilón, espera de igual modo a mi cuerpo colgado de un gancho en la puerta. Atravesado en la cama hay un calcetín tan pesado como si la pierna siguiese dentro. Lleva una etiqueta de regalo prendida. Alargo el brazo y le doy la vuelta para leerla. ¡Dice: *A Isobel de Papá Noel*! ¿Qué significa? ¿Quién es Papá Noel?

Sintiéndome culpable —pues quizá no soy yo la «Isobel» de la tarjeta— examino el contenido de la media. Pequeños regalos apropiados para una chica: sales de baño, espejos de mano, cintas para el pelo y chocolatinas.

Medio reticente, medio curiosa, salgo de la cama y me pongo las chanclas y el negligé. En una esquina de la habitación hay un gran espejo de cuerpo entero, no un armatoste como el de la señora Baxter sino una bonita imitación Luis XV en madera en blanco con dorados. Piso la alfombra con cuidado por si estoy andando en sueños (nunca se sabe) y me miro al espejo. Otra vez soy y no soy la misma. Saltan a la vista ciertas diferencias: el pelo, por ejemplo, está más cuidado que de costumbre. Pero hay otros cambios sutiles más desconcertantes. ¿Estoy loca o tengo un aspecto más?, bueno (¿cómo decirlo?), ¿*feliz*? ¿Qué está mal?

En la mesilla de noche hay un montón de cosméticos adolescentes: pintalabios rosa claro y esmalte de uñas color perla. Abro el armario de madera en blanco y descubro que está lleno de bonitas prendas: blusas y faldas acampanadas, suaves jerseys Orlon en colores pastel, un vestidito de punto. Sin duda es una versión de la Navidad infinitamente mejor que las tres anteriores, pero no hace falta que me recuerde a mí misma que las apariencias engañan. ¿Quién sabe lo que acecha bajo esta grata superficie? ¿Qué tipo de pacto faustiano adolescente habré hecho para que mi suerte haya cambiado de este modo? ¿He entregado mi alma inmortal a Mefistófeles a cambio de ropa bonita y una cita cada sábado por la noche?

Tras examinar el contenido del armario, escojo un vestido recto de lino verde y una chaqueta Courtelle blanca, cambio las chanclas de peluche por unos zapatos negros de tacón bajo y examino el resultado en el espejo, contenta de haberme convertido en una persona de aspecto totalmente normal.

Desde la ventana veo el mundo exterior cubierto por una reluciente escarcha

blanca de función navideña. En el campo, más allá del jardín, el Gran Roble parece un árbol sacado de un libro de Arthur Rackham, una grácil silueta recortada contra el cielo invernal. Cuatro Navidades, una detrás de otra, y un tiempo distinto en cada ocasión. Prodigioso, si queréis que os diga la verdad.

Bajo al piso inferior en esta casa que es la misma pero distinta y sigo el olor del bacon y el café hasta el comedor.

Charles está sentado a la mesa, devorando un plato de bacon, huevos revueltos y champiñones fritos. Alguien dice:

—¿Té o café?

Charles alza la vista y, sonriendo con la boca llena de pan frito, dice:

—Yo prefiero café, gracias.

Muy suavemente, empujo la puerta para abrirla unos centímetros. Vinny unta mantequilla y mermelada en el pan. Parece más o menos la misma de siempre, lo que no resulta sorprendente.

Un grueso mantel blanco cubre la mesa, y están usando la cubertería de plata de la viuda, al igual que la porcelana de ramillas en flor, no en pedazos, sino reconstituida. La tetera cromada de la viuda está en el centro de la mesa, como de costumbre, limpia, bruñida y con un cubretetera recién tejido, marrón y amarillo. La propia viuda (¡sorpresa!) está sentada al lado de Vinny, casi tan acicalada como la tetera, el pelo gris recogido en un aseado moño, las gafas en la punta de la nariz. Su aspecto es sorprendentemente bueno para alguien tan mayor. Sin duda, la viuda parece en muy buena forma considerando que está *muerta*... todo es, como de costumbre, muy extraño. ¿No van a producirse más muertes entonces?

Alguien tiende la mano sobre la mesa y alcanza una tostada. Abro la puerta un poco más y veo a quién pertenece la mano. A Gordon. No el Gordon abrumado de siempre, sino un Gordon alegre, de carrillos llenos y el tipo de cintura que le pega a un tendero como Dios manda. Se vuelve hacia Charles y dice:

—¿Seguro que no quieres un poco más de bacon, chaval?

Charles murmura con la boca llena de huevo:

—No, gracias.

Juraría que Charles es más alto, pero está sentado, así que no puedo asegurarlo. Sin duda tiene menos granos, parece menos desgraciado, menos idiotizado. Hay alguien más en la mesa, sentado junto a Gordon, envuelto en humo de cigarrillo. Gordon se vuelve hacia esa persona invisible y le sirve otra taza de café sin preguntar, sin que se la pidan. Veo una mano perteneciente a ese alguien: larga, piel blanca, finos dedos rematados por uñas escarlatas.

Tengo que abrir la puerta un poco más para ver quién está sentado al lado de mi padre... demasiado, Gordon alza la vista y dice:

—Hola, bonita, pensaba que nunca te levantarías. Ven y desayuna algo.

Y esa persona invisible, ahora visible, dice:

—*Cariño, ven y siéntate. ¿Qué te apetece desayunar?*

Estoy radiante, me hincho y floto de felicidad, floto por la mesa del comedor, paso junto a mi hermano, que se ha vuelto casi guapo, junto a Vinny y a la viuda, me poso en la alfombra con tanta suavidad como una mariposa y beso a Eliza en la mejilla.

—*Feliz Navidad, cariño.*

Un anillo lanza destellos desde su dedo, esmeraldas y diamantes que atrapan luces del fuego del hogar. Esto no es el pasado ni el futuro... sin duda debe de ser mi vida paralela, aquella en la que todo va bien. Aquella en la que la justicia prevalece por encima de todo (aquella en la que la aflicción no existe). Aquella que solo debe de existir en la ficción.

Así transcurre el día, cada momento un regalo sin desenvolver.

—¿Por qué estás tan contenta? —dice Vinny, y yo me río y le planto un beso en la mejilla. Exclamo:

—¡Oh, Vinny... te quiero!

Atisbo la cara de payaso de Charles, que bizquea horrorizado.

La comida de Navidad es tal como se podría esperar en un día semejante, el ganso tan gordo y succulento como un ganso criado por la misma niña-ganso, las patatas asadas crujientes como chicharrones por fuera, tan blandas como nubes por dentro.

—Esta salsa de manzana está buenísima —dice Gordon, y la viuda responde:

—Está hecha con tus manzanas.

Gordon saca el postre, que flamea como un dragón, y la viuda coge un cucharón de salsa y dice:

—Bueno, ¿a quién le apetece salsa de ron y mantequilla?

Cuando estamos tan llenos como el ganso, jugamos una tranquila partida de rummy en la sala, con el acompañamiento de los villancicos que la viuda pone en el tocadiscos. En cuanto hemos digerido un poco la comida jugamos una ruidosa partida de «carreras de demonios» y después un divertido juego de «charadas», para las que Eliza demuestra un talento especial. Alguien debería ir a buscar a la señora Baxter, es exactamente el tipo de Navidad que le gustaría.

En el exterior está oscuro, pero aquí dentro todo reluce con su propia luz interior: las flores de Pascua de la viuda, la pulida caoba de la mesa, el oropel y las felicitaciones, el acebo con sus bayas rojas, el muérdago colgado en la araña de la viuda, bajo el cual Gordon está besando a Eliza con tanta pasión que la viuda no puede evitar un ligero carraspeo.

Y llega el momento de comer más, aquí está la viuda con una gran bandeja de madera llena de empanada de carne y pastel de Navidad, bocadillos de pavo y tallos de apio en el tarro con apios pintados. Nos sentamos a comer alrededor del fuego.

Después, Gordon dice:

—Vamos a cantar un poco, ¿eh, Vin?

Y nos lo pasamos en grande cantando «Early one morning», «Polly-Wolly-Doodle» y «What shall we do with the drunken sailor», de la cual (milagrosamente) descubro que me sé la letra.

Después Gordon se siente impulsado a cantar «Sweet lass of Richmond Hill», lo que hace de maravilla, y continúa con «Scarlet ribbons», que hace asomar lágrimas a los ojos de Eliza. Terminamos con «One fish ball» y «Some folks do», e incluso Vinny se anima a compartir el espíritu de alegría que ríe de día y de noche. Esto es la plena realización de un deseo. Somos la familia ideal. Somos una familia feliz. Estoy viviendo el argumento perfecto pero ¿cómo será el final?

¿Es real? ¿O lo estoy imaginando? ¿Y cuál es la diferencia? Si imagino una mesa de Navidad crujiendo bajo el ganso relleno y el postre flameante, ¿por qué no es tan real como la que tiene lugar de verdad? ¿En qué se diferencia una Navidad imaginada de una recordada?

Estamos en plena ronda de empanadas y té cuando suena el claxon de un coche en el exterior. Eliza aparta la cortina de la ventana que tiene al lado y dice (a mí):

—*Es para ti, cariño, es tu novio.*

Mi novio... qué frase tan maravillosa. ¿Pero quién será mi novio?

—Ahí está Malcolm —dice Gordon, avanzando hacia él y dándole la mano después de que Vinny le abra la puerta—. ¡Feliz Navidad, Malcolm!

—Feliz Navidad, señor —dice Malcolm Lovat, y da una vuelta por la habitación intercambiando felicitaciones de Navidad con todo el mundo.

Se sonroja cuando Eliza murmura: «*Feliz Navidad, cariño*» y le besa de lleno en los labios, pero Gordon se ríe y dice:

—Tendrás que disculpar a mi esposa, Malcolm, es la inventora del coqueteo, sabes. ¡Estamos intentando convencerla de que lo patente y nos haga ricos!

—*Oh, eso no es justo, cariño* —dice Eliza—, *estamos debajo del muérdago... está permitido.*

¿Cuánto puede durar esto? ¿Y si siguiera para siempre?

Por lo visto, vamos a visitar a los padres de Malcolm.

—¿A tu madre también? —pregunto con cautela, procurando que el conocimiento del pasado no empañe este maravilloso presente.

—Por supuesto —sonríe—. Al fin y al cabo, es uno de mis progenitores.

—¿Y está bien?

—Perfectamente.

Quizá nadie en el mundo ha muerto, ni va a morir. Tal vez todo el mundo está sano y salvo... y feliz, medito mientras sigo a Malcolm al recibidor. Tal vez no existan la enfermedad, ni la hambruna, ni la guerra. Un coro de ¡*Adiós!* Resuena a

nuestras espaldas y me detengo de golpe en el peldaño de la entrada... ¡Claro! Esto es el cielo. Me he muerto y he ido al cielo. Morí en el accidente de coche... y también Malcolm, y estamos en el cielo, donde nuestras familias nos aguardaban. Pero, en ese caso, todos han muerto también. ¿Ha muerto todo el mundo? ¿Todas las personas de la Tierra? Quizá sea este el día del Juicio y los muertos innominados, aquellos a quienes desbordó la inundación y el fuego ha de arrasarse, se hayan levantado y reconstituido del polvo en el que se convirtieron.

—¿Isobel?

—Sí, sí, ya voy —respondo a toda prisa y cierro la puerta principal a mis espaldas. Mientras me subo al coche, miro hacia atrás inquieta, contemplo la puerta y su magnífica guirnalda. ¿Y si acabo de cerrar la puerta del cielo? Qué idea tan horrible. Pero el motor está en marcha, mi novio, más guapo que nunca, me espera, y ya nos alejamos avenida abajo.

—Estaba pensando —sonríe Malcolm (es un Malcolm más alegre y despreocupado que el que he visto últimamente. De hecho, apenas parece la misma persona)— que podríamos dar una vuelta primero. Pasar un rato a solas.

¿Está hablando de sexo? Como mínimo, se refiere a unos cuantos besos.

—Sí, ¿por qué no? Por mí, perfecto.

Es un sueño, uno fantástico, por qué no sacarle el máximo partido.

Vislumbro a Audrey en la ventana frontal de Sithean, con todo el pelo intacto, una nube de fuego alrededor de la cabeza. En todas las ventanas brillan árboles de Navidad con sus alegres luces. Qué extraño me resulta pensar que todas las casas en las calles de árboles están llenas de gente feliz, no de gente muerta. Quizá los pavos y los gansos, los patos y los pollos estén también levantándose en las mesas de Navidad, sus huesos se estén recomponiendo, su carne esté siendo regurgitada y rehecha y sus plumas vuelen hacia ellos y se prendan a sus cuerpos como flechas, y en cualquier momento salgan por las ventanas y vuelen al cielo nocturno.

—¿Isobel?

—¿Mm?

—Estaba pensando, ¿por qué no nos prometemos en Año Nuevo? Quiero decir, ya sé que aún estoy en la facultad de medicina y eso, y que tú solo tienes dieciséis años y que quieres estudiar arte en la universidad... y de ningún modo quisiera interponerme en tu camino, creo que las mujeres deben ser algo más que amas de casa, si así lo desean, y respetaría cualquier decisión que tomaras...

(Esto es, sin ninguna sombra de duda, un sueño).

Empieza a nevar. Grandes copos golpean el parabrisas como si alguien los arrojara con un cubo, cual purpurina en una función. Espera, algo no va bien.

—Espera un momento...

—¿Qué pasa? —Ríe Malcolm.

—¿Vamos a Boscrambe Woods?

—Eso había pensado, ¿por qué no?

—¡Eres Malcolm Lovat! —le digo acusadora.

Él se ríe a carcajadas.

—Culpable —dice, soltando el volante y levantando las manos.

—¡No! —le grito—. No hagas eso, podríamos tener un accidente. Vamos a tener un accidente de todas formas. ¿No lo entiendes? ¡Para el coche!

—Vale, vale, tranquilízate.

Deja de reír y dice con suavidad:

—Izzie, ¿qué pasa?

Pero es demasiado tarde. Otro coche avanza a toda velocidad por la colina de Boscrambe Woods, patinando sin remedio sobre el hielo. Los faros me deslumbran, una docena de soles en mis ojos.

—¡Dios! —grita Malcolm Lovat, y me empuja hacia la portezuela del coche, intentando protegerme con su cuerpo, tratando de impulsarme al exterior, pero es demasiado tarde y el otro coche nos embiste con un golpe detonante, seguido por un chirrido infernal y un crujido metálico mientras nos empuja fuera de la carretera, hasta el terraplén.

Una avalancha de nieve blanca envuelve el coche y quedamos inmersos en un mundo blanco de silencio, el silencio de la sordera total. Estoy condenada a revivir esta experiencia una y otra vez, en cada ocasión los detalles varían, pero el final es siempre el mismo.

Quizá esté atrapada en una ordalía, tal vez yo sea la Janet del Tam Lin de Malcolm Lovat. Quizá la reina del país de los elfos... en lugar de convertirle en una serpiente en mis brazos, o en un león, o en un lingote de hierro al rojo vivo, intente arrebatarle el diezmo humano matándole constantemente. Una y otra vez.

Pero no se produce ningún encantamiento. Alas de ángeles invisibles se apiñan en la escena del accidente aguardando con impaciencia. La piel de Malcolm está tan blanca como la nieve, sus labios azules como el hielo. Se abren despacio, un agujero de hielo del que emerge la única palabra posible. Las lágrimas surcan mis mejillas, se congelan en cuanto abandonan los ojos, cuelgan de mis mejillas como gotas de una araña de cristal.

—Ayúdame —dice, obstinado en no guardar silencio—. Ayúdame.

Pero no puedo ayudarle, esta historia siempre, siempre acabará mal.

Unos labios cálidos cubren los míos, fríos como el hielo. Alguien empieza a besarme, pero el frío me arrastra, una ola fría me empuja entre las gruesas capas de hielo hasta el mundo acuático del subsuelo. Aquí se yergue un iceberg grande como una catedral, aquí hay grandes esqueletos de barco, largo tiempo muertos, apesados en bloques de hielo. Bancos de peces plateados resplandecen y parpadean, y las ballenas nadan en lo alto, sombras negras cual inmensas naos.

Soy impulsada de repente, como un corcho, a través de un agujero en el hielo.

Nieva en ese mundo ártico, el cielo gris está henchido de nieve. Los polluelos de la madre pingüino se reúnen en lo alto, los osos polares avanzan pesadamente por el hielo, pero yo no me detengo, me elevo hacia arriba, vuelo por encima del casquete polar, hasta la cima del mundo, más y más arriba, libre de la gravedad, libre de todo.

Giro en órbita alrededor del mundo, visito las esquinas imaginarias de la Tierra redonda, los yermos helados del norte, los bosques lituanos, el altiplano del Tíbet, los fríos desiertos de Asia y los cálidos desiertos de Arabia, las corrientes térmicas me transportan por las calinosas selvas africanas, vuelo rozando los mares de China como un pez volador, patino por el infinito azul del pacífico que inunda el hemisferio sur, planeo por el ocaso de las Bermudas, bajo por la columna de los Andes, hasta el fondo del mundo, y más hielo, hielo tan limpio y azul que debo de haber sido congelada en el principio de los tiempos, cuando todo era nuevo.

Pero abandono la Tierra, aún más alto, hasta la tinta del cielo nocturno, dejo la Tierra que salta debajo, una pelota azul y verde. Ahora soy una nueva constelación en el negro cielo, extendida sobre el hemisferio norte, Sagitario a mi izquierda, Escorpio a mi derecha, la metamorfosis de aún otra desventurada muchacha en algo próspero y extraño.

Bendita Isobel llena de luz, tan brillante como un millón de diamantes, pronto me convertiré en una supernova y estallaré en relucientes fragmentos que se dispersarán por los límites del universo. El éxtasis me invade, como a un arcángel, soy mi auténtico yo...

Durante un largo tiempo...

...y entonces algo oscuro y doloroso me arrastra de vuelta a la Tierra. Cierro los ojos.

Cuando los abro, estoy en un lugar terrible, el corazón del corazón del bosque. No se está muy bien en medio del bosque. Nada bien. La leña cruje bajo el peso de pies invisibles. Las hojas se agitan como alas de aves rapaces. Garras invisibles se contraen a pocos centímetros de mi piel. Huelo la putrefacción del terreno y la negrura de la noche. Sé que nunca encontraré la salida del bosque, nunca daré con el sendero que me ha de conducir de vuelta a las ventanas iluminadas de la aldea; al agradable charloteo del mercado del jueves; a las vírgenes del pueblo con sus vestidos a cuadros blancos y negros, reunidas alrededor del pozo; a los rústicos y bien parecidos muchachos con sus jubones de piel; al valiente leñador vestido de terciopelo verde, con hebillas plateadas; al graznido de los gansos cuando la niña los guía colina arriba.

Solo encontraré el sendero que conduce a las profundidades de un abismo, el abismo del miedo. Me tiendo al pie de un árbol y cierro los ojos. Las hojas caen y cubren mi rostro. Las alimañas merodean a mi alrededor, levantan la tierra y me entierran, me esconden del terror del bosque. No puedo abrir los ojos, mis párpados son plúmbeas tapas de ataúd y están soldados. Estoy enterrada en las profundidades

de la fría tierra, la tierra me tapa la nariz, se apelotona en mis orejas, tengo la boca llena de tierra amarga.

Alguien me picotea la piel, alguien me arrastra hacia fuera, tira de mí para sacarme de la tumba de tierra, hacia la luz. La gente entra y sale de mi campo de visión, desenfocada. Parecen extraterrestres, blancos y borrosos, astronautas sin cara. Experimentan conmigo, me pinchan con agujas, me clavan tubos y vuelven a sacarlos, tratan de descubrir mis secretos. Están obsesionados con mi nombre. «Isobel, Isobel», me llaman con suavidad, con urgencia, «Isobel, Isobel», me mueven los tobillos y me tabalean la muñeca, «Isobel, Isobel». Intentan que recupere mi verdadero ser diciendo mi nombre. Pero entonces desapareceré. Mantengo los ojos cerrados. Con fuerza.

Un día, uno de ellos adquiere un rostro, una cara humana. Pronto todos tienen caras y pierden su naturaleza extraterrestre para convertirse en enfermeras vestidas de azul y blanco con gorros de volantes y tiesos doctores con batas blancas y estetoscopios que entran y salen del foco.

Me duele la cabeza, como si alguien me la hubiera hinchado con una mancha de bicicleta. Late con violencia, alguien me ha cortado la parte superior del cráneo, me ha sacado el cerebro y lo ha reemplazado por un manojo de nervios destrozados, pero no se lo puedo decir a nadie porque me ha sido arrebatada la facultad del habla. No quiero habitar este mundo de dolor metálico, quiero volver al frío Antártico y jugar con las sirenas.

Y aquí está Gordon, inclinado sobre mí, susurrándome al oído, sosteniéndome la mano, «Isobel, Isobel». Y Vinny, un hurgón sentado en una silla de hospital, preguntando impaciente:

—¿Aún no está mejor?

—¿Va bien? —dice Debbie, con tantas arrugas de preocupación alrededor de los ojos que estos casi han desaparecido. Y Eunice, y la señora Primrose, con uvas y crisantemos blancos— las flores de los muertos. La señora Primrose pregunta angustiada:

—¿Crees que nos oye?

Y Eunice responde:

—El oído es el último sentido que se pierde.

Carmen masca sin parar el contenido de la caja de Maltesers que se ha traído. La señora Baxter y Audrey, la señora Baxter se enjuga los ojos con un pañuelo de papel de mi taquilla y Audrey dice:

—Está bien, todo irá bien, ¿eh, Izzie?

Me besa en la frente, su aliento huele a las violetas de Parma que ha comido y su

trenza se vierte en las sábanas. Quiero preguntarle por el señor Baxter, ¿está vivo o muerto? Pero mi lengua es como una alfombra enrollada en la boca y solo puedo mover un párpado, que pestañea y se agita.

—¿Izzie? ¿Izzie? —dice Charles, con un rostro extrañamente solemne, tanto que me entran ganas de hacerle una broma para hacer asomar su cara de payaso.

—Mira —sonríe la señora Baxter—, ¡tienes mucho mejor aspecto!

—¿Dónde está el señor Baxter?

El rostro de la señora Baxter se nubla y se recompone para decirme:

—Me temo que ya no está entre nosotros, Isobel.

¿Pero dónde está?

Despacio, despacio, todo empieza a recobrar la forma, como un caleidoscopio inmóvil, un *puzzle* terminado. Los labios que me besaron, el beso que yo consideré de la muerte, fue en realidad el beso de la vida. Mi primer beso y tuvieron que ser los benefactores labios de un camillero, tratando de mantenerme con vida, los que me lo dieran. Empecé un viaje cósmico, sí, pero por el mundo del coma.

El dolor va mejorando ahora que estoy en los mullidos y aletargados brazos de la morfina. Todo es muy blanco, las sábanas, las paredes, las almidonadas batas de las enfermeras. Hay otra cama blanca en la habitación blanca, las sábanas son campos nevados, las almohadas crujen como el hielo. Al límite de mi campo de visión veo que hay alguien en ese lecho. Las enfermeras van y vienen, hablan con la otra paciente, las voces retumban y se apagan.

—Solo una operación menor —dice una enfermera sonriendo, como si la invitara a una fiesta.

Conozco de algo a la otra paciente. Oigo su voz, extraña e hipnótica, que se abre paso a través de la manta de algodón que envuelve mi cuerpo de cristal. La voz llena los intervalos que se producen entre las enfermeras y la ronda del médico, las visitas y el sueño. Al cabo de unos días, probablemente semanas, quizá años, me doy cuenta de que me está contando un cuento. Es mi propia Sherezade, lo sabe todo, debe de ser la contadora de historias del fin del mundo. ¿Pero cómo empieza? Pues empieza, como todas los cuentos, dice, con la llegada del bebé...

PASADO

EL CAMINO LINDO, LINDO

La casa de Londres era un caos. El servicio se preparaba para el regreso de *Sir Edward* y *Lady* de Breville del extranjero. Y aquello no era todo, además volvían con el nuevo bebé. *Sir Edward* de Breville había mandado llamar a la vieja niñera y la había hecho volver de la residencia campestre familiar. Aunque Nanny disfrutaba ya su retiro en pleno campo —entre charla tranquila y licor de ruibarbo— había recibido con agrado la llamada del deber y se aprestó a recorrer el largo camino a la ciudad desde Suffolk, tentada por un billete de segunda clase y la oportunidad de compartir una nueva generación de Brevilles. Lo que es más, le habían prometido cuatro personas a su servicio —una chica de los recados, dos criadas y una segunda niñera— y ansiaba tener algo en lo que ocupar el tiempo durante la vejez.

—Tanta gente para una niña pequeña —susurró la camarera al mayordomo—, y pensar que mi madre sacó a seis niños adelante sin ayuda.

—Ah, pero los ricos son distintos —dijo el mayordomo—, tienen muchas más ocupaciones.

Los de Breville siempre habían sido ricos, desde que llegaran tras la Conquista y el Bastardo (conquistador y rey) les cediera tierras a diestro y siniestro por su celo en la tarea de someter al obstinado inglés. Desde entonces, su fortuna no había hecho más que aumentar, con las enormes extensiones de tierras en Wiltshire, los huertos en Kent, los campos de cebada en Fife, las minas de carbón en Yorkshire, una hilera de elegantes edificios en Mayfair.

Edward de Breville, el último de su estirpe. Veintinueve años, alto y guapo, como correspondía por derecho de nacimiento a todos los primogénitos de Breville. Un hombre responsable, no desatendía los huertos ni las minas de carbón, ni olvidaba vigilar a sus capataces. Los ricos no se hacen más ricos descuidando su dinero. Héroe de guerra, capitán de tropa, una distinguida cicatriz que le atravesaba la mejilla izquierda, donde una bayoneta alemana lo había herido. Creía en Dios y la Patria, a pesar de todo lo que había presenciado en los campos de Flandes. Creía en el juego limpio en el territorio común y en la humildad ante los clérigos, incluso ante los modestos vicarios.

Y el más codiciado de los solteros —las niñas bien perdían la cabeza por él, las muchachas de sociedad fingían inocencia ante él, las más frescas aflojaban y alardeaban de sus habilidades domésticas.

—Eso sí que es un buen partido —susurraban frenéticas las damas de clase alta ante el bogavante con jalea de clarete.

Durante la primera temporada después de la Gran Guerra, Edward de Breville era el hombre más solicitado de Londres. ¿Cuál de las encantadoras, y no tan encantadoras, rosas inglesas de buena cuna sería escogida como consorte? Sin duda, su punto de mira no se dirigiría al otro lado del Atlántico, hacia todas esas arribistas, hijas de magnates de la prensa y banqueros, y de vulgares millonarios, todas las

cuales se morían por convertirse en duquesas.

No, en efecto, pues el punto de mira de *Sir Edward* se fijó en un lugar algo más lejano que Nueva York o Boston, un lugar más exótico, más extranjero. Lo hechizó la encantadora forma de una heredera cuya fortuna procedía del ganado, Irene Otalora.

—¿Vacas? —jadearon horrorizadas las damas de sociedad.

Sir Edward no tuvo que viajar hasta la pampa para encontrar a su novia argentina, pues la madre de esta era francesa y tenía unas costumbres de lo más europeas. Veraneaba en Deauville, donde *Sir Edward* la descubrió sorbiendo con delicadeza un *citron pressé*. Se casaron en el extranjero, sin grandes celebraciones, para evitar problemas con la religión católica de la novia.

La noche de bodas, *Sir Edward* vio cómo su esposa dejaba caer las prendas de seda a sus pies cual *Venus de Botticelli* surgiendo de las aguas. Se soltó la larga melena negra cuyos rizos le llegaban hasta la cintura, pasó por encima de la ropa y levantó los brazos para mostrarle el cuerpo a su reciente marido. *Sir Edward* pensó en *Salomé*, en *Jezabel* y en la reina de Saba, y dio gracias a Dios por las madres francesas que tan bien educaban a sus hijas.

Por un inoportuno instante, *Sir Edward* imaginó la habitación llena de imperturbables rosas inglesas, rígidamente tumbadas en las sábanas nupciales, como efigies, una visión de lo más desagradable que desapareció de inmediato a la vista de su nueva esposa deslizándose hacia él. La imponente inclinación de su cabeza, la sonrisa coquetuela, los desafiantes pechos con sus aureolas marrón oscuro, el firme apretón de sus dedos morenos en su virilidad... *Sir Edward* se derritió en el lecho nupcial y en su nupcial esposa.

Y ahora, allí estaba la pequeña *Esme*.

—Una niña muy guapa —fue el complacido veredicto de *Nanny*—. La convertiremos en una auténtica de *Breville*.

Lady de *Breville* visitaba el nido cada día y arrullaba con cariño a ese bebé envuelto en lazos. No paraba de decirle afectadas tonterías en francés, mientras *Nanny* sonreía pacientemente y esperaba a que se fuera para poder seguir dándole a la niña harina de avena y caldo escocés. *Lady* de *Breville* había hecho agujerear las orejas de la niña cuando solo contaba pocas semanas, y ahora lucía diminutos aros de oro en sus pequeñas orejas oscuras. Como una gitana, pensó *Nanny*, pero se guardó su disgusto para sí. Al fin y al cabo, solo era una sirvienta.

Cada noche llevaban abajo a la pequeña *Esme*, cuando *Nanny* la habría metido en cama hacía horas, la exhibían en el estudio para que los invitados de *Sir Edward* y *Lady* de *Breville* lanzaran exclamaciones de admiración mientras relucían y aleteaban con sus plumas y lentejuelas y «cócteles» en la mano. Al ser extranjera, pensó *Nanny*, *Lady* Irene no sabía tratar a los criados, era lógico. A *Nanny* no le gustaba el tono patricio que *Lady* Irene adoptaba con el personal del nido. A *Nanny* no le gustaba en

absoluto. Empezó a refunfuñar entre dientes.

Lady Irene se había deshecho de su sensual cabellera y ahora lucía una andrógina media melena lisa que no sentaba muy bien a su voluptuosa figura latinoamericana. Enseñaba más carne —y una carne exquisita, todo hay que decirlo— que ninguna otra anfitriona de Londres, bailaba el charlestón tan bien como cualquier chica del coro. *Sir Edward* empezaba a advertir el altivo carácter de su brahamana bonaerense, comenzaba a preguntarse si su matrimonio, al fin y al cabo, no habría sido una mala idea. Miraba a muchachas como *Lady Cecily Markham* y *Lady Diana de Vere*, con sus pálidas caras de niñas bien y sus caderas de amazona, y se arrepentía de haberlas rechazado tan terminantemente. Habrían manejado a los criados mucho mejor.

Nanny declaró que lo sentía mucho pero que quería volver a Suffolk si a *Sir Edward* no le importaba, no era que quisiese causar problemas ni nada por el estilo pero no acababa de entenderse con *Lady Irene* —por sus costumbres extranjeras, etc.—, conocía a *Sir Edward* desde pequeño pero la verdad era que...

—Gracias, Nanny —la interrumpió *Sir Edward* en tono amable—, por supuesto que puede irse.

Qué maravillosa era la pequeña Esme. *Sir Edward* visitaba el nido casi cada día. La segunda niñera, Margaret, estaba ahora a cargo y hacía un buen trabajo. Era una chica muy sencilla, muy religiosa y con muchas ideas modernas sobre el aire fresco. La chica de los recados se había roto el tobillo al resbalar en la calle lodosa y se había ido a casa de su hermana para hacer reposo. Había dos criadas, Mina y Agatha. Agatha era bonita al estilo inglés, rizos rubios, ojos castaños, nariz respingona. La madre de Edward, la viuda *Lady* de Breville, siempre había tenido unas reglas muy estrictas sobre el contacto con los criados, simplemente estaba prohibido.

—Esto no se hace —murmuró *Sir Edward* entre los rizos rubios cuando pilló a Agatha en las escaleras traseras y hundió las manos en la carne fresca. *Sir Edward* no tenía intención de gritar tan alto cuando alcanzó un tembloroso clímax en alguna parte del interior de las enaguas de la criada, y Agatha no quería lanzar un chillido tan agudo cuando el aristocrático miembro perforó su himen plebeyo. Sin duda ninguno de los dos pretendía atraer la atención del ama de la casa. Pero en un abrir y cerrar de ojos hubo un revuelo terrible en las escaleras traseras y el oscuro ángel vengador se llevó a *Sir Edward* al piso de arriba, donde los criados no pudiesen verles, pero sí oírles, pues hasta ellos llegaban gritos en una lengua políglota que calificaban a *Sir Edward* de maldito *cochon loco*.

En la casa de la ciudad reinaba cierta confusión. *Lady Irene* se había retirado a

París para pensar un poco. No tenía la menor intención de poner fin a su matrimonio pero debía escalear a *Sir Edward*, hacerle demostrar su arrepentimiento... un collar de esmeraldas, quizá, o un caballo de carreras. Agatha fue despedida sin referencias. La niñera, Margaret, sucumbió a una terrible gripe. Mina estaba furiosa por la cantidad de trabajo que se le había venido encima.

—¿Cuándo tuve un día libre por última vez? —le preguntó a Esme, que gorjeaba y agitaba sus pequeños puños en el aire.

Mina estaba enamorada de uno de los criados, un muchacho insensible e imberbe llamado Bradley. Hacía poco que Bradley había rechazado a Mina. La joven tenía el corazón destrozado.

—En fin, te llevaré a dar un paseo —suspiró Mina, transportando a Esme al vestíbulo trasero donde estaba aparcado el enorme cochecito. Mina, con su soso uniforme de criada, empujó el coche de la niña por las frondosas calles de Londres, torció por las enormes puertas de hierro forjado del parque, se sacó pan del bolsillo y se lo arrojó a los patos, se sentó en un banco y cantó una nana, vio como la amodorrada Esme caía dormida sin poder evitarlo, se sacó una galleta del bolsillo y se la comió, vislumbró a Bradley al otro lado del estanque... ¿qué hacía ahí? Pero, al fin y al cabo, era el día libre del joven, lo sabía... Mina sabía lo que hacía Bradley cada minuto del día. La había desdeñado, la había utilizado y la había desdeñado, había tomado su virginidad y la había desechado como un trapo viejo (Mina leía muchas novelas baratas), pero aún lo amaba, su corazón siempre le pertenecería.

¡*Cuacuacuacuaaac!* Hicieron los patos cuando Mina se levantó de repente, derramando migas de galleta y lágrimas. ¡Estaba con otra mujer! Y no una mujer cualquiera, sino Agatha, la criada desacreditada... una mujer marcada. Una perdida. Y trataba con mucha familiaridad a Bradley. ¿Cuánto tiempo llevaba manteniendo ese trato familiar con Bradley? Mina se acercó a grandes zancadas para preguntárselo, para censurarlos, para aferrarse a Bradley y suplicarle que le retornara su afecto y si no, al menos, algo de dinero para ayudarla a criar la deshonra que había germinado en su bonito y redondeado vientre de criada. Pues Mina también era una perdida. Aunque Mina y Bradley no lo saben, Agatha también es un semillero, y lleva en su interior al hijo de *Sir Edward*. Tantos hijos sin padre concentrados en un mismo parque de Londres. El bebé Esme sigue durmiendo tan tranquilo.

¿Quién se acercaba ahora por el sendero? Una mujer desaliñada, gorda y entrada en años. Un deslucido abrigo que nunca había estado de moda, un gran paraguas de hombre, un gran maletín. Aquí estaba Maude Potter, esposa de Herbert Potter, administrativo de una compañía de navegación. Los Potter no tenían familia, solo se tenían el uno al otro. La señora Potter había perdido cuatro niños durante la gestación y acababa de volver de un hospital de beneficencia donde había tenido al quinto, una niña que había nacido muerta. Los jefes del señor Potter ni siquiera le habían dado la

mañana libre así que no había podido ir a buscar a su esposa para acompañarla a casa. En su gran maletín llevaba el camisón y la ropa de bebé que, esperanzada, se había llevado al hospital. Sus pechos rezumaban leche, su grueso vientre vacío se bamboleaba, estaba confundida a más no poder, pensó en tirarse al estanque de los botes.

Cuacuaccuac, hicieron los patos. Qué hallazgo más afortunado, pensó Maude Potter, un enorme y elegante coche de bebé como los que pasean a los niños de la familia real. Maude Potter miró en el interior del cochecito. Milagro... ¡un bebé! Pobre niño, debía de pertenecer a alguien. Miró a su alrededor. Al otro lado del estanque había un hombre y dos mujeres, y una llevaba uniforme de criada. Gritaban, se insultaban y escupían un lenguaje que ninguna persona decente emplearía.

—¡Putá! —le gritaba Mina a Agatha.

—¡Zorra! —respondía esta última, mientras el lacayo trataba de hacerse invisible.

Unas personas así no deberían estar a cargo de un bebé. Pobre niño.

El bebé emitió un suave quejido en sueños. Maude Potter pensó en cogerlo y acunarlo un poco. El bebé abrió los ojos y le sonrió.

—Oh —dijo Maude Potter. Le dolían los pechos, el vientre se le contrajo. En realidad, ese niño no pertenecía a nadie, pensó mientras apartaba la manta con suavidad. Quizá lo habían abandonado. Quizá el mismo Dios lo había dejado en ese parque para darles a Herbert y a ella el niño que merecían (Maude era muy religiosa). Sí, el bebé había venido a la Tierra como un querubín caído del cielo. O, ahora Maude se deja llevar por la imaginación, tal vez fuese un regalo, como Pulgarcita, un obsequio de las hadas... Revolvió la ropa del maletín para hacer sitio, un pequeño nido, una cáscara de nuez...

Mina apenas veía a causa de las lágrimas que inundaban sus ojos. Casi cayó al estanque mientras se alejaba de Agatha y del lacayo, la cabeza alta para recobrar la dignidad. No miraría atrás para verlos cogidos del brazo, alejándose juntos, el seductor y la perdida. Mina avanzó a trompicones hasta el cochecito, quitó el freno, agarró el manillar, notó su amortiguado balanceo, lo empujó por el sendero... y se detuvo. Se frotó los ojos para retirar las lágrimas, sin dar crédito a sus ojos...

¡EL BEBÉ NO ESTÁ!

Mina sofocó un grito, arrancó las mantas y las sábanas, el bebé debía de estar escondido en alguna parte de las profundidades del coche. Mina retiró las almohadas, habría puesto el coche boca abajo y lo habría agitado si no hubiese pesado tanto. Los gritos de Mina eran tan estremecedores, tan de ultratumba, que incluso Agatha y Bradley advirtieron que no podían deberse simplemente al dolor de su corazón desdeñado y acudieron corriendo parque a través.

Herbert vio los titulares de los periódicos al día siguiente de que el bebé llegase a la casa: HEREDERA DE POCOS MESES SECUESTRADA. Maude le había dicho que había encontrado a la niña abandonada en el parque y quiso creerla, no había visto las exquisitas galas ni el aristocrático cochecito, ni tampoco los pendientes (que Maude había extraído de inmediato, para disgusto del bebé), deseaba creer que la pobre Maude había llevado a cabo una buena acción al rescatar a la niñita, pero después, al ver los titulares, se le había hecho un nudo en la boca del estómago.

Compró un ejemplar del diario y leyó la descripción.

—¿Cuatro meses, cabello negro, ojos oscuros? —dijo, agitando el periódico en las narices de Maude—. ¿Es esta la niña?

Ella le ignoró y siguió meciendo al bebé en su regazo, cantándole una nana.

—¿Es esta? —gritó él, y la niña empezó a llorar.

—Padre —dijo Maude con un suave tono de reproche— no asustes a la niña.

Maude se tendió en la cama, apuntaló las almohadas y le dio el pecho al bebé. Herbert desvió la mirada.

—Dios ha sido muy bueno con nosotros —suspiró Maude feliz—. Ahora tenemos que ponerle un nombre, padre... ¿cómo la llamaremos? Podríamos llamarla Violet Angela —dijo sin aguardar respuesta—. Es un nombre precioso para una niña preciosa.

Herbert se sentó a la mesa, la cabeza hundida entre las manos. Maude hacía gorgoritos al bebé, cuya cuna no era una cáscara de nuez sino el último cajón de una cómoda. Herbert se preguntó si no podría cerrar el cajón y olvidarse del maldito bebé. Pero no había escape posible. Día tras día, los periódicos se hacían eco del «Bebé Breville». En cada ocasión reproducían la misma foto granulada del bautizo —un miembro secundario de la familia real presente como madrina—, los padres de la niña, tan ricos, tan guapos.

Era demasiado tarde para confesar, habían llegado demasiado lejos, irían a la cárcel de por vida. Maude quedaría destrozada. Era demasiado tarde para devolver al bebé, Maude se volvería loca si le arrebataban a la pequeña ahora. Herbert intentaba no encariñarse con ella, se decía que no era suya, pero la niña ya le había robado el corazón con esa manita rolliza.

—Esos Breville pueden tener todos los que quieran —dijo Maude quitándole importancia.

Herbert suspiró.

—Los vecinos se darán cuenta. Vas al hospital embarazada de nueve meses y vuelves dos semanas más tarde con un bebé de cuatro meses...

Las matemáticas del asunto constituían una pesadilla para él.

—Entonces nos mudaremos —concluyó Maude.

Herbert nunca había visto a su mujer tan decidida. Maude le entregó las galas del bebé y él hizo una hoguera en el jardín trasero para quemarlas.

—Una niñita preciosa, ¿eh? —dijo la señora Reagan mientras miraba a Violet Angela jugar a «casitas» con su hija, Beryl, en un rincón de la habitación. La señora Reagan acababa de trasladarse a la planta baja que los Potter alquilaban en el feo caserón que habitaban ahora.

—¿Cuántos años dice que tiene? —preguntó la señora Reagan mientras Maude le tendía una taza de té.

—Tres, casi cuatro —respondió Maude orgullosa.

—Es un poco mandona, ¿eh? —dijo la señora Regan, observando con recelo como Violet Angela se sentaba en un taburete y obligaba a Beryl a llevar a cabo todas las tareas de la supuesta casa.

—Oh, sabe lo que quiere, nuestra pequeña Vi —dijo la señora Potter—, le irá muy bien tener una amiguita en casa.

Violet Angela se ofreció a cantar una canción para la señora Reagan, lo que hizo ceceando con mucho encanto, convino la señora Reagan.

—Es una pequeña actriz, ¿eh? —dijo con rigidez. Personalmente, a la señora Reagan no le gustaba que se permitiera a los niños exhibirse, pero claro, cada cual a lo suyo.

La señora Reagan se preguntó cómo era posible que dos personas tan grises como Maude y Herbert Potter se las hubieran arreglado para tener una niña tan bonita. Era como una pequeña hada, desbordando energía por todas partes, con esos ojos grandes y oscuros y esa cascada de rizos negros que ponía muy celosa a la señora Reagan cuando los comparaba con la sosa melena castaña de Beryl. Era el tipo de niña que no podía traer nada bueno, pero quizá estuviese equivocada.

—Una niñita preciosa, ¿eh? —dijo el señor Reagan al tiempo que se quitaba los tirantes tras un duro día de trabajo. La señora Reagan se unió a él en la ventana del piso superior y miró hacia el descuidado jardín donde Beryl, Violet Angela y algunos chicos del vecindario gritaban inmersos en un juego salvaje.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó el señor Reagan a su esposa, que frunció los labios y dijo:

—Demasiado mayor para su edad, una niña muy adelantada, tiene ocho años, la misma edad que Beryl, si tanto te interesa.

—¿A qué juegan exactamente? —preguntó el señor Reagan con un ceño de extrañeza en la frente.

—Dios sabe —dijo la señora Reagan.

Violet Angela, con el viejo trozo de cuerda que había encontrado en un cobertizo, ató las manos de Beryl detrás de un árbol.

—Ahora vas a ser un sacrificio humano —le dijo Violet Angela.

—¡No! —protestó Beryl.

Violet Angela despreciaba a la pequeña y apocada Beryl, era tan débil y tan tonta, quería que se diese cuenta de lo tonta que era, que lo lamentase. Puso la cara a un centímetro de la de Beryl y, con un tono inquietante, forzado y agudo, dijo:

—Oh, sí, vas a serlo. Soy un bandido perverso que te va a arrancar el corazón y se lo va a comer.

—Déjala, Vi —dijo uno de los chicos, preocupado por los ahogados chillidos de Beryl.

Violet Angela estampó los pies en el suelo y lo amenazó con el puño.

—¡Eres un cobarde, Gilbert Boyd!

Gilbert se envalentonó y dijo:

—Vale, te diré lo que haremos, Vi... en vez de eso la quemaremos como a una bruja.

Todos los niños querían ser como Violet Angela, ninguno deseaba que lo considerasen un cobarde.

—Para de lloriquear, Beryl —la reprendió Violet Angela.

—Venga —coreaban los otros niños, cada vez más exaltados.

—¿Quién tiene una cerilla? —dijo una voz.

—Yo —dijo otra.

Se apiñaron alrededor del árbol excitados y procedieron a amontonar trozos de madera y cajas para la hoguera. Violet Angela sostenía la caja de cerillas en lo alto para que Beryl pudiera verla.

—Esto —siseó— es lo que le pasa a la gente por ser tonta.

Los chicos berreaban como salvajes, se pusieron a bailar la danza de la guerra alrededor del árbol. Beryl empezó a gritar.

—¡Oswald! —gritó la señora Reagan a su marido—. Creo que deberías salir, parece como si estuvieran matando a Beryl.

—Una suplantación —dijo para sí en voz alta Maude Potter mientras pasaba la colada de la semana por el escurridor, en la lavandería de la parte trasera. Eso era lo que pasaba cuando recogías a un niño sin saber nada de él. Por lo que parecía, alguien había dejado a ese bebé en el cochecito, con sus exquisitas galas, nada más que para enredarlos. Una especie de trampa.

Violet Angela tenía doce años y era una muchachita perversa, sí que lo era.

—No podemos controlarla, madre —dijo Herbert, agitando la cabeza abatido—. Eso es lo que pasa cuando no sabes nada de la historia de una criatura, de sus

padres... por mucho que se codeasen con la realeza, ¿qué sabemos de su carácter? Podrían ser estafadores, asesinos, ladrones... mírala, la poli ya la ha pillado robando una vez, y aquel asunto con Beryl Reagan... podría haberla matado, y vete a saber lo que puede tramar en cualquier momento... esa niña no tiene moral de ninguna clase. Maude intentaba enseñarle moral.

—Es por tu bien —jadeaba y resoplaba en el piso de arriba mientras trataba de arrancarle el pecado con la correa de piel de padre.

¿Cómo podía estar bien, se preguntaba Violet Angela, que tus padres te golpearan hasta dejarte medio muerta? ¿No se suponía que debían amarte y protegerte?

Amparado en la noche, el obeso cuerpo de Herbert se tendía con esfuerzo entre las sábanas remendadas de la estrecha cama de la niña.

—Oye bien, Violet Angela —decía con un susurro ronco, mientras sus dedos manchados de tinta empujaban y tiraban—, esto es por tu bien, y si alguna vez se lo cuentas a alguien, juro por Dios, que ahora mismo nos está viendo, que te mataré.

Y, para demostrarlo, sus grandes manos rodeaban el fino cuello de la niña. Cuando advertía lo delgado que era, cuando reparaba en su juventud e imaginaba el chasquido de los huesos, la vergüenza de lo que estaba haciendo lo anegaba. Pero era demasiado tarde, razonaba, ya había comprado su billete al infierno, y el de la niña también. Y, al fin y al cabo, no era su hija. Le compraba bolsas de caramelos para compensarla.

Realmente, pensó Violet Angela, me deben de haber robado a mis auténticos padres. Yo no estoy hecha para vivir con estas personas grises e ignorantes. Estoy hecha para ser una princesa, para vestir lencería cara y hermosos vestidos, y vivir en un castillo con cientos de criados. No era justo.

Fue la señora Reagan quien descubrió a Violet Angela, de catorce años entonces, con el señor Reagan. En la lavandería. El señor Reagan ya podía aturullarse y defenderse tanto como quisiera, que la señora Reagan sabía lo que había visto.

—¿Por qué, Vi? ¿Por qué? —se lamentó la señora Potter poéticamente—, ¿por qué me ha sido dado semejante monstruo perverso por hija?

Pasó por alto el hecho de que nadie le había dado a Violet Angela, la había cogido ella.

—No soy un monstruo —se burló Violet Angela—. El señor Reagan me prometió cosas.

—¿Cosas?

—Cosas bonitas —dijo Violet Angela inexorable—. Dijo que me daría cosas bonitas si le dejaba.

La señora Potter abofeteó a Violet Angela y esta gritó:

—¡Y solo me hizo lo que él [señaló con un dedo acusador al señor Potter] lleva años haciéndome!

El señor Potter abofeteó a Violet Angela en la otra mejilla.

—¡Mentirosa!

—Pequeña puta —gritó la señora Potter, y Violet Angela salió corriendo de la habitación antes de que la mataran a bofetadas.

Violet Angela estaba encerrada en su habitación del piso superior.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el señor Potter sentado a la mesa del estudio con la cabeza entre las manos.

—Quizá deberíamos devolverla —sugirió Maude.

—¿Devolverla? —dijo Herbert, rascándose la cabeza.

—Al lugar a donde pertenece... a esos Breville —dijo Maude—. Que se las arreglen ellos con sus maldades.

—No podemos probar quién es —dijo Herbert taciturno.

—Solo queríamos una buena chica a la que poder vestir y de la que presumir —dijo Maude con tristeza—. Y así nos agradece todos nuestros esfuerzos por sacarla adelante.

—Acabará mal —comentó Herbert moviendo la cabeza.

Todos estaban locos por ella, su padre, el señor Reagan, incluso Gilbert Boyd, que le había robado una horquilla de diamantes a su madre para regalársela, solo a cambio de que le permitiese fisgar en su interior un húmedo sábado por la tarde. Te ofrecían cualquier cosa con tal de que lo hicieras con ellos y después, cuando lo hacías, te llamaban de todo.

Llevaba días encerrada en su habitación, le pasaban la comida por la puerta a intervalos regulares, como si estuviese en una celda de condenados o algo así. Si pudieran, la venderían como esclava en lugar de ponerla a trabajar en el servicio. Era absurdo. No paraban de decirle lo mala hija que era, pero ¿se habían parado a pensar los pésimos padres que eran ellos? No podía perdonarlos. Notaba los verdugones donde Maude la había golpeado con la correa. Sabía que todo aquello debía acabar. En seguida.

—Le he conseguido una entrevista, madre... para un empleo —dijo Herbert alegremente ante una merienda de arenques ahumados y pan con mantequilla—. Fregaplatos... en un caserón de Norfolk, ¿qué te parece?

—Creo que eres muy listo, Herbert.

—¿Dónde está?

—Sigue encerrada en el piso de arriba —dijo Maude con orgullo—. Le llevaré el té.

Violet Angela recogió el plato de arenques ahumados y golpeó con él a su madre en la cara. Corrió escaleras abajo y chocó de lleno con Herbert, que le cerraba el paso al pie de las mismas.

—No tan deprisa, jovencita —gruñó al tiempo que intentaba agarrarla, pero ella lo esquivó, se deshizo de él y corrió hacia la puerta principal.

Pero no había terminado. Más tarde, mucho más tarde, cuando el mundo entero dormía, Violet Angela se deslizó por la puerta del jardín trasero, abrió el cobertizo de las herramientas y cogió la pesada hacha de cortar leña. Subió las escaleras de puntillas hasta la habitación de Maude y Herbert. Dormían boca abajo. Feos. Vulnerables. Maude roncaba como un soldado. Llevaba puesta la redcilla del pelo, como una gorra, y sus dientes descansaban en la mesilla de noche. Un reguero de saliva surcaba la barbilla plateada de Herbert. Violet Angela imaginó que levantaba el hacha y la dejaba caer con todo su peso, partiendo la cabeza de Herbert en dos, sobre la almohada, sin que este ni tan siquiera despertase. El cerebro salpicando las paredes, la cara de Maude. Maude despertándose, aún atontada de sueño, abriendo la boca para gritar a la vista del cerebro de su marido esparcido por todas partes. Violet Angela deteniendo su grito con el hacha.

Podía hacerlo, pensó Violet Angela, sopesando el hacha con sus esbeltos brazos, pero no iba a arriesgarse a cargar con un crimen solo por matarlos. En lugar de eso cogió el dinero del alquiler de su escondrijo, la caja de té, y dejó el hacha al pie de la cama para que se llevasen un susto al despertar.

El mismo hombre cada viernes por la tarde. Siempre conseguía la misma mesa, mesa 2, junto a la ventana, incluso cuando estaba muy lleno.

—¿Cómo se las arregla? —preguntó Mavis, y dio un gritito cuando se quemó con el jarro de agua caliente.

—Tres té, tres pastas de té, un bollo de frutas, mesa 16 —murmuró Deidre para sí mientras se apresuraba junto a ellas—. A mí me recuerda a una foca.

—Es un malvado —dijo Mavis—. Eso está claro.

Llovía a cántaros.

—Y caen chuzos de punta —dijo Deidre.

Hacía un tiempo gris y espantoso en el exterior, luminoso y húmedo en el interior, pero la lluvia siempre deprimía el ambiente.

—Hoy no me han dado propinas —dijo Violet—. Tres té, un café, dos milhojas,

un bizcocho jamaicano, una magdalena de café, mesa 8.

Deidre dijo:

—¿Quieres ir al cine esta noche, Vi?

El hombre de la mesa 2 le hizo un pequeño gesto, casi imperceptible, a Violet.

—No, no me apetece; yo le serviré.

—¿A quién?

—A la foca.

Violet tropezó mientras se aproximaba con su uniforme blanco y negro, la gorra blanca bien calada, las gruesas medias negras. Violet veía algo en los ojos de la foca, sabía que le traería algo bueno. Realmente parecía una foca, fofo bajo el gabán, anticuado.

—Buenas tardes, señor, ¿que deseará hoy?

—¿Cómo te llamas?

—Violet.

—Bonito nombre. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho, señor —mintió Violet con dulzura. Solo tenía dieciséis.

—Lo imaginaba —dijo sonriendo. Levantó una pequeña mano regordeta y le tocó el brazo—. Me llamo Dickie Landers, corazón... ¿has oído hablar de mí?

Violet, aunque no sabía quien era, respondió:

—Sí, claro.

—Si te esfuerzas —dijo él, entrecerrando sus ojos soñolientos, más parecidos a los de una salamandra que a los de una foca—, te recompensaré muy, muy bien, querida.

Sin que pudiera verle el resto del salón, alargó la mano y le apretó el brazo con fuerza, por si ella no acababa de tener claro a qué se refería. Pero lo sabía perfectamente.

Dickie instaló a Violet en un piso de Bayswater, nada excesivo: una sala, un dormitorio, un lavadero y su propio lavabo, fuego de gas en las anticuadas estufas y calentador de gas encima del fregadero. Se llamaba a sí mismo un «hombre de negocios», lo cual, por lo que Violet veía, significaba que metía mano en muchos pasteles, y la mayoría de ellos muy turbios, si es que un pastel podía ser turbio. Pasaba la mayor parte del tiempo en el piso de Bayswater y le compraba montones de cosas bonitas. ¿Qué más da?, pensaba Violet. Lo hacías por caramelos, lo hacías por un vestido nuevo, lo haces por un techo sobre tu cabeza. Y Dickie Landers era poderoso, incluso le consiguió una nueva identidad después de que tuviera un problema con la ley.

—Fácil —dijo Dickie, tendiéndole el nuevo certificado de nacimiento.

—¿Y quién soy ahora? —preguntó Violet. Eliza Jane Dennis.

—Existió realmente —sonrió Dickie Landers—, una niña que murió antes de los

dos años.

Cometió un error al quedarse embarazada y no hacer nada para solucionarlo, aparte de beber ginebra, darse baños calientes y dejarse caer de vez en cuando. Dickie estaba furioso y la envió a un «conocido», un cirujano de trabajos sucios, pero el tipo tenía un aspecto tan sórdido y sus instrumentos eran tan terroríficos que Eliza, cosa rara, se acobardó y tuvo que pagar las consecuencias cuatro meses después en forma de un niño. Dickie se lo llevó del hospital, y cuando Eliza le preguntó que había hecho con él, Dickie encendió un cigarrillo y rio.

—Lo he devuelto a la tienda de bebés, corazón —dijo. Al ver el gesto de horror en el rostro de Eliza le dio unas palmadas en la mano, con bastante torpeza porque a Dickie no se le daban bien los sentimentalismos, y dijo en tono tranquilizador—: Una pareja muy respetable, un doctor y su esposa, el doctor Lovat.

Se dedicó a sacarla por ahí: al teatro, («Eres tú», río mientras veían *Pigmalion*), a clubes nocturnos, a restaurantes, incluso a la ópera. No había nadie a quien Dickie Landers no conociera, desde importantes jueces hasta delincuentes comunes. El propio Dickie era un aristócrata entre criminales. Poseía un club del West End llamado el Hironnelle. Allí hacía sus «negocios», inclinado sobre las mesas, murmurando cosas a oídos atentos, frotándose sus dedos aceitosos para ilustrar las palabras, echándose hacia atrás y riendo de buena gana, cediendo la rígida camisa de su traje de noche. Eliza se sentaba en un taburete del bar, bebía ginebra, aprendía quién era quién. Y qué era qué. Aprendió a hacer todo tipo de cosas, cosas cuya existencia ignoraban las buenas chicas, cosas que las niñas bien se habrían negado a creer si alguien se las hubiese explicado.

—Pero yo no soy una buena chica, ¿verdad? —dijo Eliza mirándose al espejo.

Eliza ya no era una más entre las chicas de Dickie, era especial.

—Eres especial, cariño —reía, y solo la dejaba trabajar para sus mejores clientes («peces gordos»). Eliza aprendió a hablar correctamente, aprendió de las películas y de la aristocracia que se degradaba en el Hironnelle, cogidos del brazo de criminales, ansiando que «papá» viera lo perversos que eran.

—Te he convertido en una dama —le dijo Dickie Landers, y Eliza rio y dijo:

—Cariño, solo me has convertido en una furcia de clase alta, nada más.

—Si tú lo dices —respondió Dicky mientras le frotaba la espalda.

—Soy como esta maldita guerra —suspiró Eliza—, una farsante.

Una bonita casa en Knightsbridge («para peces gordos»), el propietario en América hasta que terminara la guerra.

—Tengo el contrato, todo legal —dijo Dickie—. Dios, adoro esta guerra, ¿lo sabías?

Dickie olía el dinero. Eliza iba a la casa dos o tres veces a la semana. Siempre era alguien de alto rango, un general inglés, un visitante americano en misión secreta, un oficial francés, un coronel polaco. Dickie trabajaba para el gobierno, lo consideraba un chiste graciosísimo.

—En realidad, estás cumpliendo tu cometido en esta guerra, hay que mirarlo así —le dijo Dickie.

Eliza estaba empezando a hartarse de aquella vida, no quería renunciar al dinero pero tampoco pasarse el resto de su vida abierta de piernas.

A veces, no muy a menudo, las caras se hacían familiares. Un político despreciable que no funcionaba, un belga gordo, un almirante que solo quería ponerse su ropa. Había un coronel inglés, *Sir Edward de Breville*, de muchas campanillas, que formaba parte del consejo de guerra («un pez gordo», dijo Dickie, «dale todo lo que pida»). Siempre le traía medias y *whisky* y la llamaba su ramera maravillosa. Decía que le recordaba a alguien.

—Eso dicen todos, cariño —rio Eliza.

Él la besó en la oreja y dijo:

—Si mi esposa estuviera muerta, que por desgracia no está, me casaría contigo.

Sir Edward no tenía hijos, aparte de «un desliz con una criada», del que pagaba la manutención.

—Apuesto a que tú me darías un hijo y heredero —dijo.

A veces, Eliza soñaba en coger el revólver de Dickie, plantarse en casa de los de Breville, en Suffolk, y disparar a *Lady Cecily* en la cabeza. Entonces *Sir Edward* — muy guapo y muy, muy rico — se casaría con ella. Pero los caballeros rara vez se casaban con sus putas, y Dickie nunca la dejaría marchar, era su gallina de los huevos de oro y probablemente la mataría antes de soltarla. La vida no era justa, la verdad.

El refugio era frío y húmedo, y olía a tierra. Estaba completamente a oscuras. Al principio Eliza pensó que no había nadie más allí y cuando oyó un suave roce no supo decir si se trataba de una rata o de una persona. Abrió el encendedor, el de oro con la inicial grabada que Dickie le había regalado, y a la llama aureolada vio un hombre de uniforme encogido en un rincón del refugio, con la gorra encasquetada. Eliza dijo:

—Buenas noches.

Él murmuró algo en respuesta. Un lejano estallido de bomba en el exterior.

—No voy a morderte, cariño —dijo, y encendió un cigarrillo—. ¿Quieres uno?

—Gracias —dijo él con voz ronca.

—¿Por qué eres tan tímido, cariño? —preguntó Eliza mientras él se acercaba de mala gana y tomaba el cigarrillo que le habían ofrecido. Suponía que el gobierno no aprobaba el coqueteo en un refugio antiaéreo, pero le divertía.

—¿Has oído hablar del monstruo de Frankenstein? —preguntó él, cogiendo el cigarrillo.

—¿Por qué? ¿Está aquí? —rio ella.

—Sí —dijo el hombre, y se apartó la gorra de la frente. Se alejó de la llama del mechero cuando ella lo sostuvo en alto para verle la cara. La mitad del rostro estaba lívida e hinchada, la piel tensa y brillante sobre la carne. El tejido cicatrizado hundía el ojo y lo deformaba.

—Me dispararon —dijo como disculpándose.

A la luz titilante, Eliza vio el cabello pelirrojo, las pestañas oro pálido y las pecas rojizas que salpicaban la piel limpia de cicatriz. Era solo un muchacho. El bombardeo retumbó más cerca y el chico pareció a punto de echarse a llorar. Con gran suavidad, como si él fuera un animal salvaje, Eliza alargó la mano y acarició la piel cicatrizada. Apagó el mechero y dijo:

—Bueno, por la noche todos los gatos son pardos, cariño.

Después, cuando la hubo empujado contra el muro de ladrillos del refugio y le hubo murmurado su gratitud, ahogada por el ruido del bombardeo, se disculpó una y otra vez porque ella estaba llorando y se sentía «un canalla despreciable», y lo lamentaba porque «era la primera vez que lo hacía», pero Eliza sorbió las lágrimas y dijo:

—Entonces estamos en paz, yo también.

Porque en realidad, pensó, le había parecido la primera vez —tierno, cariñoso y agradable—, placentero, algo que rara vez había experimentado, ni soñarlo.

—Peces gordos, cariño —murmuró dulcemente en su pelo cuando él hubo terminado.

—¿Dónde has estado? —preguntó Dickie cuando la muchacha entró—. Pensaba que te había pillado el maldito ataque aéreo.

—No seas tonto, cariño, solo estaba cumpliendo mi cometido en esta guerra.

El peso muerto del brazo de Dickie retenía a Eliza en la cama. Se dio la vuelta y cogió el paquete de cigarrillos. Se incorporó en la cama y se apoyó en las almohadas.

La luna iluminaba la habitación, vagas formas plateadas se movían por las paredes cuando las cortinas caladas ondeaban. Eliza buscó una cerilla. Había perdido el encendedor en el refugio. Era hora de abandonar aquel sórdido negocio al completo, convertirse en una persona normal. Quería encontrar a un hombre que la amase, la protegiese, tener niños a los que mimar. Una vida corriente. Aspiró con fuerza el cigarrillo y pensó en el chico feo de la cicatriz. Todavía sentía sus manos frías, olía los ladrillos húmedos del refugio, notaba el líquido caliente en su interior.

Estaba despierta cuando la sirena empezó a sonar. Se había vestido. Llevaba un traje, un abrigo, sombrero y sus mejores zapatos. Pero aquello era todo lo que se llevaría con ella. Lo consideraba un gesto significativo, escapar con lo puesto. Así que se aseguró de que fueran prendas caras.

Dio un respingo al sonido de la sirena, pero en seguida pensó que, en realidad, le traía sin cuidado si una bomba la hacía saltar por los aires. Dickie se dio la vuelta y dijo:

—Maldita sea.

Pero ya era demasiado tarde.

La casa entera se estremeció, y después otra vez, aún con más violencia. El ruido era increíble, Eliza notó que la casa caía a su alrededor, no podía respirar, trataba de llenar los pulmones de aire pero solo entraba polvo. La onda expansiva aún vibraba en su pecho, sabía que iba a morir...

... no estaba muerta. La fachada de la casa había desaparecido y se encontraba en la planta baja cuando dos minutos antes había estado en la segunda. Lejos, al fondo de su cabeza, oía las sirenas y la gente gritando. Olió algo que se quemaba. Alguien avanzaba entre el polvo hacia ella. Por un momento imaginó que el feo muchacho pelirrojo acudía a rescatarla y sonrió. Pero no, era otra persona. La tomó en brazos y la sacó de la casa, pasando por lo que había sido la fachada. La dejó en el suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó con un timbre de gran preocupación en la voz. Eliza alargó la mano y acarició la tela del gabán de la RAF. Él se lo quitó y la envolvió en el mismo, con gran ternura.

—Mi héroe —dijo ella. Se miró los pies, había perdido un zapato—. El zapato —se lamentó—, he perdido el zapato. —Había oído hablar de eso, escapar de la muerte por un pelo y obsesionarse con cosas irrelevantes. Era la impresión, había sufrido un *shock*.

—Yo te lo traeré —dijo él, y se movió como en un sueño.

—¿Sí? —sonrió ella—. Son tan caros, cariño.

Su rescatador desapareció en el interior del edificio y volvió a salir con el zapato. Dos bomberos sacaron a Dickie Landers y nadie aplaudió. Estaba completamente

muerto.

—¿Le conocías? —preguntó su rescatador, al tiempo que se quitaba la gorra de la RAF y se secaba la frente.

—No lo había visto en mi vida —respondió Eliza.

Él le ofreció el brazo.

—¿Puedo invitarte a una taza de té? Hay un café aquí mismo, en la esquina.

Estaba a punto de amanecer.

—El caballero sigue vivito y colendo —rio ella con lágrimas en los ojos—, ¿y se llama?

—Gordon, Gordon Fairfax.

—Maravilloso —murmuró Eliza.

Y ahora tenía un problema. Él era el problema. Nunca había tenido intención de buscarse un amante, nunca pretendió ser infiel a Gordon. La viuda y Vinny, como es lógico, pensaban que cada noche salía por ahí a cometer adulterio, pero estaban equivocadas, era la primera vez. De verdad. Pero había cometido un error, debía poner fin a aquello. Ni siquiera le gustaba. No era una buena persona, no era... amable.

En realidad, solo se trató de un juego, se aburría y allí estaba él, tan accesible, tan dispuesto. Y el sexo con él era... oscuro, aquello la atraía. Gordon era tan... entero. Y eso le había parecido maravilloso al principio, realmente lo amaba. Un auténtico héroe. Pero, por desgracia, no podía ser un héroe eternamente. El desasosiego crecía. Por eso se buscó un amante, un poco de diversión, un poco de poder. Ahora no podía detener el juego. No había advertido lo ofuscado que estaba por ella, lo obsesionado que estaba. Lo loco que estaba.

No la dejaría marchar. No podía contárselo a Gordon, no podía decírselo a nadie. Quería explicárselo a Gordon, que cuidase de ella, como siempre hacía. Estaba sofocada, necesitaba respirar. Quizá podría marcharse, alejarse y dejar atrás todo aquel deplorable embrollo.

Amaba a Gordon, realmente lo amaba, pero la ponía histérica. Era tan bueno, maldita sea. Y la hacía sentirse tan mala. La seguía a todas partes. En el fondo de su corazón pensaba que la única persona a la que había amado realmente —aparte de Charles e Isobel, ni que decir tiene— era a aquel chico pelirrojo de la cicatriz, el muchacho del refugio. Ni siquiera sabía su nombre, solo había pasado media hora con él. Menos. Casi esperó que Charles naciera con tejido cicatrizado en el rostro, se sintió aliviada cuando comprobó que no. Una mano invisible le estrujaba el corazón cuando pensaba en sus hijos.

La vieja bruja la estaba volviendo loca, un par de brujas, ya puestos. Gordon esto, Gordon lo otro, debían largarse de aquella casa, vivir sus vidas. Quizá debería matar a la vieja bruja, y a Vinny también. Eso era absurdo. Se estaba volviendo loca.

Un pícnic, estamos de vacaciones al fin y al cabo, y no hemos hecho nada en toda la maldita semana. Cogemos el autobús al pueblo, recogeremos a papá a la hora de comer y le daremos una sorpresa.

Gordon y Eliza estaban en medio de una bronca terrible. No la dejaría en paz, ni hablar, tenía que seguirla por el bosque cuando necesitaba estar a solas.

—Tienes un lío, ¿verdad? —gritó él, y las palabras resonaron en el silencioso aire otoñal.

—Calla —lo cortó ella— nos van a oír los niños. Déjame en paz.

—No te entiendo, no consigo entenderte, maldita sea —se lamentó Gordon. Eliza lo odiaba cuando se mostraba débil. La empujó contra un árbol.

—Para —siseó ella.

—¿Por qué iba a parar, maldita sea? Confiesa, tienes un lío.

—¡Me haces daño, Gordon!

Le hacía daño, tenía las manos alrededor de su garganta y le apretaba la tráquea. Se estaba ahogando, estaba asustada.

—Confiesa —gruñó él, con un timbre antinatural en la voz. Le soltó la garganta—. Confiesa, me has sido infiel, ¿verdad? Y antes de mí —dijo de repente— ¿hubo muchos hombres? A montones, ¿no es cierto?

—Sí —escupió ella—. ¡Cientos, no tengo idea de cuántos!

Gordon la abofeteó.

—¡Mentirosa!

Le dio una patada en la ingle y él se acuclilló en el suelo del bosque, boqueando. Eliza se arrepintió de inmediato, le dio la mano, lo ayudó a levantarse.

—Oh, Gordon —se lamentó—, eres un tonto.

Quería contárselo todo, hundirse en su pecho, sentir el refugio de sus brazos alrededor del cuerpo, redimirse de aquel mundo espantoso. Se inclinó contra el árbol y dijo inexpresivamente, sin emoción:

—Era una puta, una puta normal y corriente que cobraba por hacerlo. Follaba con todo aquel que me pagase, cariño.

Oía su propia voz, sabía que su tono no era el apropiado, pero no podía evitarlo, estaba demasiado cansada.

Gordon la agarró del pelo a ambos lados de la cabeza y la estampó contra el árbol. Eliza cayó de rodillas a la alfombra de hojas doradas y Gordon se alejó corriendo entre los árboles, como un discípulo loco del gran dios Pan.

Eliza se sentó con esfuerzo. La cabeza le dolía horribilmente. Notaba el cráneo entumecido y dañado. No llevaba reloj, no sabía qué hora era. Tenía frío. Pronto

caería la noche. No deberían haberse peleado de ese modo. Gordon pronto volvería y la encontraría, la cuidaría como siempre había hecho, recogería a su familia y los llevaría a casa. Se lo explicaría bien, la perdonaría. Le hablaría de Herbert Potter y del señor Reagan, de Dickie Landers, le contaría lo del horrible amante adúltero que no quería dejarla.

Eliza se echó a llorar. Sentía una tremenda compasión de sí misma. Cada vez estaba más oscuro. De repente, tuvo miedo. Gritó el nombre de Gordon. Alguien se aproximaba entre los árboles.

—Gordon, oh, gracias a Dios.

Se puso en pie con esfuerzo. Pero no era Gordon.

—Oh, eres tú —dijo con frialdad, fingiendo que no estaba asustada. Pero lo estaba—. ¿Qué haces aquí? Me has seguido, ¿verdad? Esto tiene que acabar...

La voz de Eliza se iba haciendo más aguda, el terror se apoderó de ella, la invadió un sudor frío, estaba loco, trastornado.

Trató de recomponerse para tranquilizarlo.

—Venga, volvamos, encontraremos el sendero, seamos sensatos, Peter, cariño... por favor...

A Eliza no se le daban bien los ruegos, sabía que no traían nada bueno. Él tenía un zapato en la mano. Se miró los pies sorprendida, solo llevaba uno. Él sostuvo el zapato en alto, el tacón era muy fino. El corazón de Eliza revoloteaba, trataba de escapar de la jaula de costillas, estaba empapada de sudor, su cuerpo pronto se petrificaría de terror.

No conseguía mover los pies, debía moverlos, se volvió y empezó a correr pero él ya estaba encima de ella, golpeándola con el zapato en la cabeza.

—Si no eres mía —dijo sin respiración—, no serás de nadie, maldita puta.

Eliza gritó, cayó de rodillas y empezó a arrastrarse. Miró hacia atrás. Él encendía su pipa ahora, tranquilamente, como si estuviera en la sala de su casa. Eliza pensó que quizá se le había pasado, tal vez su enfado hubiese remitido y la dejara marchar. Siguió arrastrándose, se adentró más en el bosque.

Estaba al pie de un árbol, arrodillada en una alfombra de hojas y bellotas. Una hoja dorada flotó ante sus ojos y le rozó la mejilla. Eliza se esforzó por incorporarse, apoyando la espalda en el sólido tronco del árbol. Al principio no lo vio, pero justo cuando pensó que debía de haberse marchado salió de detrás de un árbol. El aura de locura que lo rodeaba era de un amarillo sulfuroso y sonreía como un esqueleto.

—Soy mayor que tú, sabes, y tengo más experiencia.

—Por favor —susurró Eliza. Temblaba incontrolablemente. Tenía tanto frío—. Por favor.

Pero él agarró un puñado de pelo, atrajo la cabeza hacia sí y empezó a golpearle el cráneo de nuevo con el tacón del zapato marrón, gruñendo del esfuerzo. La golpeó una y otra vez, hasta mucho después de que los árboles se volviesen borrosos y Eliza se hubiese deslizado a la negrura. Después se alejó, tirando el zapato como un trozo

de papel usado.

Y aquel fue el fin de Eliza. O Violet, o Violet Angela, o la pequeña *Lady Esme*. O quienquiera que fuese.

Por supuesto, no era realmente la hija de los de Breville. Después de la boda, un doctor de París le dijo a *Lady Irene* que nunca podría tener hijos. Aunque en aquella época ella no sabía que ya padecía la enfermedad que más tarde acabaría con su vida. *Sir Edward* estaba tan encaprichado con su reciente esposa, y su esposa tan disgustada ante la idea de no tener hijos que él se fue y le consiguió un bebé.

Probablemente habría vivido para arrepentirse de haber corrompido la línea sanguínea de los de Breville, pero no fue el caso, porque les fue arrebatada, *Esme* les fue arrebatada.

La compró en París. No es difícil comprar un bebé. A los gitanos, probablemente...

PRESENTE

ESTE MUNDO VERDE Y RIENTE

Noto el contacto de unos labios en mi frente y el sonido de alguien que me susurra al oído, tan bajo que apenas oigo las palabras:

—*Ahora duerme, cariño.*

Otra alucinación.

Me alejo de un sueño provocado por la droga.

—¿A dónde ha ido la mujer de la otra cama?

—¿Quién? —pregunta distraída la enfermera castaña, absorta en la inyección que está a punto de administrarme.

—La mujer de la otra cama. La cama está cuidadosamente hecha y vacía.

La enfermera frunce el ceño.

—No había nadie en esa cama.

—La he visto tomarle la temperatura y hablar con ella.

—¿A mí? —Ríe la enfermera.

Desde la cama, veo las ramas altas de un árbol que ondean con la brisa. Están cubiertas de brotes. ¿Es posible que ya estemos en primavera? ¿Cuánto tiempo llevo en el inframundo?

—¿A qué día estamos? —le pregunto a la enfermera pelirroja.

Frunce el ceño.

—A veintitrés de abril, creo.

—¿Veintitrés de abril?

—¿Es posible que haya perdido tanto tiempo? —¿De verdad?

—Ya —dice con una sonrisa—, hemos perdido un par de semanas, ¿eh?

Llena el jarro de agua que hay en la taquilla de mi mesilla de noche, alisa las sábanas, mira mi informe y dice:

—Llegaste el uno de abril, ya hace más de tres semanas que estás aquí.

—¿El uno de abril? —repito extrañada, pero se va y pronto vuelvo a dormirme. Creo que estoy recuperando el sueño que me ha sido negado durante todos estos años. O quizá me esté convirtiendo en un gato.

Cuando me despierto, veo a un estudiante de medicina examinando mi informe, tratando de aparentar que sabe lo que hace. Cuando ve que estoy despierta, esboza una sonrisa alentadora.

—¿En qué año estamos? —murmuro (una pregunta bastante familiar).

Parece desconcertado.

—1960.

—¿Veintitrés de abril de 1960?

—Sí.

En ese caso, todavía está sucediendo. ¿O es verdad? Me duermo. No puedo

mantener los ojos abiertos.

—¿Cómo he llegado aquí? —pregunto a una auxiliar cuando me trae la comida.

—En ambulancia.

Eunice y Carmen vienen a visitarme.

—Tienes mucho mejor aspecto —dice Eunice, y estudia mi informe como si tuviese algún sentido para ella.

—¿Cómo llegué aquí, Eunice? ¿Qué pasó?

—Te cayó un árbol encima.

—¿Me cayó un árbol encima?

—El viejo saúco que había junto a tu puerta trasera. Se había podrido y tu padre lo estaba talando. Cayó hacia donde no debía o algo así. Hacía mucho viento.

—Fue el día de tu cumpleaños —añade Carmen en tono compasivo, al tiempo que intenta aspirar un cigarrillo de chocolate.

—Pensaban que te morirías —continúa Eunice—, tuvieron que hacerte el boca a boca, el beso de la vida.

—Más bien el beso de la muerte —dice Carmen asintiendo como quien sabe de lo que habla.

—¿Un camillero?

—No, Debbie.

—¿Debbie?

—Debbie.

Audrey está sentada a un lado de mi cama y me recibe con su encantadora sonrisa de luna menguante.

—¿Y el señor Baxter? —le digo, y su sonrisa se esfuma detrás de una nube.

La señora Baxter no ha matado al señor Baxter, se suicidó, se pegó un tiro en la sien con su viejo revólver del ejército. Depresión, según la encuesta, provocada por su retiro forzado. Audrey y la señora Baxter descubrieron su cuerpo en el estudio y, como cabría esperar, se muestran deprimidas al narrar los hechos.

El señor Arroce, por otra parte, en esta versión alternativa de los acontecimientos, sigue con nosotros, al igual que el perro («Apareció un día en el escalón de entrada», dice Charles, así que eso fue más o menos igual). El bebé, de todas formas, no existe. ¿A dónde ha ido? (¿De dónde salió?).

Hilary y Richard siguen tan vivos como siempre, gracias a Dios, al igual que Malcolm Lovat. Pero, por desgracia, este último ya no está... se largó en su coche hacia el futuro. Dejó la universidad y su casa y se fue.

—¿A dónde?

Eunice se encoge de hombros.

—¿Quién sabe? La policía dice que sucede continuamente. La gente deja su vida atrás. Que me lo digan a mí.

Es como si la realidad fuera la misma y al mismo tiempo... no lo fuera. ¿Así que fue mi cerebro comatoso el que me estuvo enredando, y no el tiempo? Sí, dice el neurólogo. Aunque, en realidad —como me informa Vinny amablemente— tengo todos los síntomas de un envenenamiento por amanita muscaria, sobre todo las alucinaciones y el sueño profundo. Qué rarillo, como diría la señora Baxter.

Supongo que la realidad es relativa, como el tiempo. Quizá puede existir más de una versión de la realidad: lo que ves depende del punto de vista. Pongamos la muerte del señor Baxter, por ejemplo, quizá haya otras versiones. Imaginemos...

No le venía la regla. No le viene desde hace, piensa la señora Baxter, tres meses ahora. La señora Baxter lo atribuía a la delgadez y al desarrollo tardío de Audrey, en realidad aún es una niña. Eso dijo el doctor. Maduración tardía. Provoca irregularidades.

Y después se la encuentra acurrucada de dolor en una esquina de la habitación, como un pobre animalillo, tratando de alejarse del dolor tanto como sea posible. No se puede decir que fuera un niño, solo era un revoltijo sangriento, un aborto espontáneo de tres meses. La señora Baxter tenía experiencia. Había perdido más de un bebé en aquella fase. Audrey era el único que había podido conservar y ahora papá le había hecho eso.

Al principio la señora Baxter no podía asumirlo, ¿cómo era posible que papá hubiese sido capaz de algo semejante? Pero después, algo en su interior, una vocecilla, un inaudible susurro, dijo: sí, eso es exactamente lo que haría papá.

A la señora Baxter le hubiera gustado rebanarse el gazzate en medio del mercado de Glebelands, para que todo el mundo viera que había sido incapaz de proteger a la pobrecilla Audrey, para que todos supiesen la pésima madre que era. Pero no tan mala como su padre.

Audrey está arrebozada en la cama ahora, como una niña pequeña, con mantas, botellas de agua caliente y aspirinas, y la señora Baxter prepara la cena de su marido en la cocina. Su plato favorito: sopa de champiñones. Prepara la sopa con gran cuidado, rebanando las cebollas y removiéndolas una y otra vez en la espumosa mantequilla amarilla. El olor a cebolla y mantequilla llena la cocina, se cuele por la puerta abierta al jardín de abril. Desde su posición, ve el lilo al otro lado de la ventana, las cabecillas púrpuras aún húmedas y pesadas tras la tromba de agua de la mañana.

Cuando las cebollas están blandas y amarillas, la señora Baxter añade los champiñones, como botones cultivados que ha secado y troceado en cuartos. En

cuanto están bien bañados en mantequilla añade las grandes setas planas que crecen junto al Gran Roble, como grandes bandejas rayadas, marrón oscuro, del color de la tierra. Rehoga las lonchas carnosas hasta que empiezan a encoger un poco y entonces añade unos hongos color aceituna que también crecen en el campo, aunque no son tan normales, especiales para papá, pues esta es su receta de sopa de champiñones favorita.

Mientras remueve, la señora Baxter piensa en Audrey, en el piso de arriba, en su lecho de niña, e imagina a papá deslizándose hasta ese lecho. Añade un poco de agua al cazo, no demasiada, la sala con lágrimas y espolvorea pimienta. La tapa y la deja hervir a fuego lento.

En cuanto la sopa está lista, la señora Baxter la bate en su robot Kenwood, por partes, sacando cada porción y colocándola en una marmita limpia. Cuando toda la sopa está sedosa y uniforme añade un poco de jerez («un chorrillo de nada») y media pinta de crema, y la pone a calentar al horno. Es una sopa tan especial que la señora Baxter prepara *croûtons*, dados dorados y crujientes que esparce por encima de la sopa, junto con un puñado de perejil.

—Hum —dice el señor Baxter cuando entra en la cocina. Se quita las pinzas de ciclista—. Qué bien huele.

La señora Baxter está tan poco acostumbrada a que el señor Baxter le haga cumplidos que se sonroja.

El señor Baxter saborea la sopa. Come solo en la mesa del comedor, escuchando las noticias de las seis en la radio. Después de la sopa, la señora Baxter le sirve chuletas de cordero, puré de patatas y guisantes. De postre, un dorado y crujiente pudín de bizcocho al jarabe en un mar de amarillentas natillas Bird's.

—¿Tú no comes? —pregunta a su esposa, y ella le responde que tomará un bocado más tarde porque tiene uno de sus dolores de cabeza y se encuentra «un poquillo apochada». Papá no demuestra compasión alguna, ni siquiera interés.

La señora Baxter le sube a Audrey un poco de pudín de bizcocho y natillas y se lo da como cuando era pequeña. Después le lleva un tazón de leche caliente y dos de sus pastillas para dormir.

Ya está oscureciendo y el señor Baxter ha subido al piso de arriba, a su estudio, para corregir unas cosas.

La señora Baxter lava todas las ollas y cazuelas, restregándolas con lejía y un estropajo de aluminio, y después friega la cocina, frotándolo todo bien con agua caliente y Flash. A continuación le da al gato un plato de leche, se sienta a la mesa de la cocina y se sirve una tacilla de té.

Entonces oye al señor Baxter gimiendo de dolor, vomitando («desembuchando») en el lavabo de arriba. Decide tomar otra taza de té antes de subir a comprobar cómo le va a su marido. No le va muy bien; se retuerce de dolor en el suelo del estudio, su cara ha adquirido un color espantoso y tiene los músculos agarrotados. Farfulla algo ininteligible y la señora Baxter se arrodilla en la alfombra para oírlo mejor.

—¿Qué dices, papá?

Él parece preguntarle qué le ha sucedido y la señora Baxter le explica, muy dulcemente, que los sombreros de muerte deben de estar haciendo efecto.

El señor Baxter no va a mejorar, no hay antídoto para la sopa especial de la señora Baxter, así que coge el revólver del ejército que está escondido —bien engrasado— en el cajón secreto del escritorio de su marido y lo libra de su sufrimiento. Al viejo gato le sucedió lo mismo, el veterinario tuvo que sacrificarlo después de que comiese veneno para las ratas. La señora Baxter siempre sospechó que fue papá quien le administró el veneno.

La pistola hace un ruido tremendo, una detonación que resuena por todas las calles de árboles. La señora Baxter limpia el revólver, pone los dedos de papá alrededor de la culata y lo deja caer al suelo. El ruido de la pistola despierta a la pobre Audrey de su sueño narcotizado y ve a papá yaciendo sobre un charco de su propia sangre. No se sobresalta.

Trevor Randall, el joven policía que resulta ser el primero en acudir al lugar del crimen, iba a la escuela del señor Baxter de pequeño. El señor Baxter solía azotarle con la correa y ahora sigue sin despertarle muy buenos sentimientos.

—Suicidio pues —dice.

—Suicidio —dice el forense. Era tan evidente que el señor Baxter había muerto de un tiro en la cabeza que a nadie se le ocurrió mirar el contenido de su estómago. Auténtica justicia. Hecha.

—¿El zapato? —le pregunto a Charles. ¿El mechón de pelo? ¿El pañuelo?

Agita la cabeza con tristeza.

—Ojalá, Iz.

La expresión de mis deseos. Mi imaginación me ha enredado. La imaginación desovillada, desenterrada por causa y efecto. ¿Pero de qué otro modo podemos conseguir que las cosas salgan bien? ¿O redimirnos? ¿O hacer justicia? Y entonces Charles se mete la mano en el bolsillo de la camisa y con una sonrisa me tiende...

—¿La polvera?

La tomo con gesto reverente, abro la concha dorada y azul del recuerdo y encuentro la perla en forma de polvo rosa. Supongo que hay una pequeña esperanza de que podamos reconstituir a nuestra madre a partir de tan exiguos rastros.

Me siento como Alicia cuando se despierta y descubre que había soñado el mundo al otro lado del espejo. Resulta difícil creer que todas aquellas cosas que tan reales me parecían no han sucedido en realidad. Las sentía reales entonces, las siento reales ahora. Las apariencias engañan.

Vuelvo a casa en mayo. Hacia junio casi he vuelto a la normalidad. Sea lo que sea.

Aunque sigo estando algo confusa con las distintas versiones de la realidad. El perro, por ejemplo, se muestra encantado de verme y prácticamente es el mismo de antes, pero no del todo (perrO, quizá, en lugar de Perro). Los ojos castaños son ahora azules y tiene el rabo más corto. Y La Compañía de Lythe va a representar *El sueño de una noche de verano* igual que antes, pero Debbie, por alguna razón, interpreta a Hermia en lugar de a Helena. Solo unas cuantas letras distintas y más o menos el mismo papel, pero no por ello resulta menos desconcertante. Son estas pequeñas diferencias lo que más me confunde, como sufrir un *déjà vu* constante.

Debbie está de pie ante la cocina, esperando que hierva la leche para su cacao de la noche. Hace poco que ha vuelto a casa de un ensayo. (Me pregunto si volverá a tener una experiencia de pesadilla en el bosque de Arden). En la versión actual de la historia, Debbie no demuestra grandes signos de locura, sin duda sus problemas con la identidad de los parientes cercanos se limitan a torcer el gesto a espaldas de Vinny y a preguntar: «¿Quién se cree que es?».

Ahora frunce el ceño. Me siento distinta con ella desde que me salvó la vida, como si el hecho de haberme concedido una segunda oportunidad le diera derecho ahora a ocupar el rol materno. El ceño se hace más acusado.

—¿Qué pasa, Debbie?

Se vuelve a mirarme y la leche se desborda. Saco el cazo del fuego y apago el gas. Debbie se aferra el estómago y resolla.

—¿Qué pasa? —le pregunto más asustada—. ¿Tienes dolores?

Asiente y hace una mueca. La obligo a ir a la sala y se sienta pesadamente en el sofá.

—Dios, ha sido horrible —dice.

—¿Pero ya estás bien? ¿Voy a buscar a Gordon?

—Oh, no, no seas tonta —dice—. Estoy bien, solo...

Se interrumpe y lanza un pequeño grito, apretándose el estómago con los brazos.

—Llamaré al médico —digo a toda prisa. Abre tanto los ojos que casi parecen grandes, inspira profundamente y sofoca la palabra «¡No!».

—¿No?

—No —gruñe—. Es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

Pero ya está arrodillada en la alfombra haciéndome gestos extraños y yo le grito a Vinny que venga.

—A Debbie le pasa algo —le digo—, ¡llama al médico!

Debbie vuelve a gritar, no un chillido agudo sino una especie de gruñido procedente de algún lugar primitivo en su interior cuya existencia incluso ella ignoraba.

Tiene razón, es demasiado tarde, ya asoma la cabeza del bebé.

—Maldita sea —dice Vinny sucintamente—. ¿De dónde ha salido eso?

Vinny, más una partera del infierno que la Reina Mab, se agacha junto a Debbie mientras yo corro a poner agua a hervir, pues todas sabemos lo que se supone que debemos hacer.

Debbie gruñe, bufa y resopla y casi hace volar a Vinny en su esfuerzo por dar a luz a ese niño repentino. El perro lo observa todo, la cabeza ladeada expresando interés, las orejas levantadas para demostrar que está dispuesto a ayudar si es necesario.

Vinny se pelea con ella tratando de que se tumbe de espaldas, pero Debbie grita: «¡Ni hablar, maldita sea!» entre dos contracciones particularmente violentas y, de repente, el bebé sale disparado y Vinny —para su indecible sorpresa— lo recoge. Vinny da el primer grito, adelantándose al bebé, y Debbie pide, con gran tranquilidad, las tijeras del jardín. Con un *sssajo* seguro de las hojas desune al bebé de su cuerpo.

—¿Ya hierve el agua? —me pregunta impaciente—. Me muero por una taza de té.

—Tu hermana —dice Vinny, enternecida por tanto trauma emocional, y me tiende el pedazo de bebé, ahora envuelto en una toalla.

—Tu hermana —le digo a Charles, que en ese momento regresa a casa del trabajo. Me arrebató el bebé en seguida para casi dejarlo caer a continuación.

—¿Mi hermana? —dice totalmente estupefacto. Debbie suelta una risilla, Vinny enciende un cigarrillo y me toca a mí explicárselo. Gordon vuelve a casa del trabajo y Charles, pasándole el paquete, dice:

—Tu hija.

Gordon abre la boca de par en par.

—¿Mi qué?

Yo me pongo en pie de un salto y le explico que no soy yo, no he encogido y retrocedido en el tiempo, es una sorpresa Fairfax enteramente nueva.

—¿Así, sin más? —murmura sorprendido.

El bebé ya tiene un penacho dorado rojizo brotando de la «fontanela», le digo a Charles con aires de entendida.

—Qué gracia —dice Debbie—, tiene el pelo de Charles. Alguien de tu familia debía de ser pelirrojo, me pregunto quién.

—Debe de ser un gen recesivo —dice Gordon en voz baja, como si la idea, por algún motivo, lo entristeciera.

Aparte del cabello pelirrojo, este bebé y el bebé prototipo del umbral presentan pocas similitudes. La llamamos Renee.

Llega el día de san Juan, por segunda vez para mí este año. Hace un día cálido y maravilloso. Me llevo un libro al campo del Gran Roble y me siento bajo la sombra moteada del árbol mientras el perro corre maratones por el campo, deteniéndose solo para investigar los humeantes montones de estiércol fresco que Hilary ha sembrado.

(O, más bien, su caballo).

Pronto caigo en una agradable siesta estival bajo la sombra verde. Me despierto lentamente y contemplo el trazado que forman las hojas en lo alto, el ocasional destello del sol, escucho el zumbido de las abejas y los insectos. Este momento es intemporal; podría estar en cualquier instante de los últimos quinientos años, no hay modo de comprobarlo hasta que me levanto y veo las antenas, las chimeneas, los tejados, los árboles, hasta que oigo el sonido de los cortacésped y los motores de los coches y veo sábanas flameando en los tendederos. Es maravilloso volver a ser yo misma, libre de la locura de la imaginación.

Me levanto. Si miro muy de cerca el tronco del árbol puedo distinguir las famosas iniciales, ahora casi invisibles, «WS». Abrazo el Gran Roble como una amante, noto su corteza, su edad, su electricidad. Cierro los ojos y beso las iniciales borrosas. ¿Y si realmente fue Shakespeare quien grabó aquí sus iniciales? ¿Y si ambos hemos tocado, abrazado, admirado, este mismo árbol?

Llamo al perro, debemos irnos... antes de que el rey y la reina de las hadas aparezcan en el campo.

—Ah, Isobel —dice el señor Primrose, avanzando hacia mí a grandes zancadas con la cabeza de asno bajo el brazo— ¿vendrás a ver la función?

Qué necios son esos mortales.

Veo *El sueño de una noche de verano* desde la seguridad de la ventana abierta de mi dormitorio. Con la distancia, a la tenue luz del solsticio de verano, casi puedes imaginar una representación distinta. Han convencido a la renacida Audrey de que haga el papel de Titania, y es idéntica a la reina de las hadas hasta el último detalle, con esa hermosa cabellera libre de gomas y del señor Baxter. Uno casi se siente trasladado al pasado. Los trajes parecen auténticos, el diálogo solo es un murmullo en el aire.

Hay gente suficiente en el campo para jugar una partida de *croquet* humano, y creo que su estado de ánimo es el adecuado también. Al fin.

El sol, que ahora se esconde por detrás del Gran Roble, baña de oro el verde. Es un momento ideal. No un momento real. Suspiro y me doy la vuelta.

Ahí está. Tendido en mi cama, alzando una ceja, cínica y burlona, mientras me contempla con una sonrisa torcida. Le conozco. Siempre le he conocido. Ojos de spaniel y cabello castaño. No del todo calvo, algo grasiento. Botas de piel. Jubón, calzas e hilo bastante pringoso. Me acerco a la cama y me siento en el borde, junto a donde está desparramado. Hace mucho calor en esta habitación, bajo los aleros. El aire tiene una calidad extraña... mágica, pero menos real.

Solo tengo una pregunta para él.

—¿Todo trata de la muerte, verdad? —le digo. Masca un tallo de hierba. Una paloma torcaz que pasea por las tejas semejantes a escamas de dragón que hay sobre nuestras cabezas y trina suavemente. Él inclina la cabeza hacia atrás y ríe. Su aliento huele a regaliz, y no responde, solo me tiende un brazo.

—¿Y del final del mundo, y del avance inexorable del tiempo? —insisto, pero se encoge de hombros.

¿Si tomo su mano me perderé en el tiempo para siempre? Su brazo es recio y viril, cubierto por una pelusa castaña rojiza. Lleva las uñas sucias.

Solo se oye el opalescente aleteo de las hadas batiendo el aire nocturno y el barrido de diminutas escobas encantadas que nos limpian la casa. Tomo su mano. Dejo que me lleve a su lado. Dejo que me bese. Sabe a clavo. Nos fundimos en uno y el tiempo se desploma.

Solo la imaginación puede abrazar lo imposible: la montaña dorada, el aliento llameante del dragón, el final feliz.

PASADO

EL PECADO ORIGINAL

La primera vez que vi a Robert Kavanagh estaba bailando en mi boda. Llevaba jubón de terciopelo verde y cinturón de hebilla plateada. Bailaba bien para ser irlandés y tenía unas bonitas pantorrillas.

—Mi guardabosques se considera un caballero —dijo mi nuevo marido.

Las teas brillaban en el salón de la casa de mi marido y el aroma a pino recién cortado aún permanecía suspendido en el aire, disfrazando el olor a grasa y a buey asado. *Sir Francis* no había reparado en gastos a la hora de organizar su boda: cisne asado y pechuga de avefría, gelatinas como joyas y natillas tan suaves como las mejillas de *Milady Margaret*. Mi nuevo marido se comió un lechón casi entero él solo y afirmó que sabía exactamente igual que el bebé asado. Esa es la clase de hombre que era.

Todo el mundo admiró la joya que me regaló como obsequio de boda; pero a pesar de todo ese oro y esmeraldas, seguía siendo una representación de la danza de la muerte, lo cual, a decir verdad, no me parece el regalo más apropiado para una novia el día de sus esponsales. Su séquito de aduladores me consideraba, más o menos, una chuchería entre tantas. Me exhibía ante sus camaradas como quien enseña un caballo, contemplándome con su sonrisa de labios finos.

—Escocesa —dijo, como yo fuera una preciada criatura salvaje, y yo le corregí, pues eso no es del todo exacto.

La noche de bodas empecé a comprender con qué clase de hombre me había casado. Pero no hablaré de ello, solo diré que conocía más trucos que el propio diablo. Y algunos más. Y también comprendí de qué tipo de hombres se rodeaba en su pequeña corte, cuanto más corruptos y depravados más gustaban a mi amo. Se desvivían por complacer todos sus antojos y lo hinchaban como a un sapo.

En cuanto a *Milady Margaret*... *Sir Francis* afirmaba que *Lady Margaret* era su pupila, pero no había documentos a este efecto, ningún papel, ninguna referencia en absoluto que indicase su procedencia. Manifestaba que era la hija bastarda de su hermano muerto, Thomas, pero se rumoreaba que era su propia hija ilegítima. También se rumoreaba (los rumores eran frecuentes en aquella tierra dejada de la mano de Dios) que su relación con ella llegaba mucho más lejos que la de un simple protector.

Nada era como yo lo había imaginado.

Milord me cogió bajo su supuesta «tutela» en una posición que no sugería consanguinidad, a no ser que se considere práctica común en este país que un «tío» se tome ciertas confianzas con su «sobrina». *Lady Margaret* me parecía una pequeña hipócrita, nunca me miraba a los ojos, solo se inclinaba con sus recatadas reverencias, diciendo sí *Milady* y no *Milady*. Claro que mi juicio para con ella era severo, pues

apenas alcanzaba los dieciséis años, solo era una niña, y tan prisionera como yo.

Aún tenía tutor, como si fuera una hija de la realeza, hablaba tres lenguas y cantaba muy bien. El tutor de *Milady* Margaret, un tal señor Shakespeare, le escribió un panegírico a *Sir Francis*, repleto de halagos a Milord, muy acorde con la personalidad del maestro. Aquella gente no era la compañía más adecuada para una mujer.

El día que nos conocimos, una mañana de primavera, yo paseaba por los bosques. Él montaba su caballo negro. Se apartó del sendero y desmontó para cederme el paso. Incliné la cabeza casi hasta las rodillas y recuerdo que lo consideré un caballero. No dijo nada, pero cuando pasé vi que mi buen perro de presa Finn, animal muy sensato, no paraba de agitar el rabo a la vista del señor Kavanagh, lo que indicaba su aprobación.

Entré sin llamar a los aposentos de *Lady* Margaret —recelosa, pensando que la encontraría entregada a un abrazo con mi marido— y en cambio vi la espalda desnuda de *Lady* Margaret, esbelta y flexible como la de un ciervo, la espalda de una niña, hojas arqueadas y columna nudosa. Y cubriendo la superficie, como un mapa mundi, la vasta extensión de un continente negro matizado aquí y allá en amarillo y lila. Se tapó a toda prisa pero no antes de que yo expresara mi aflicción.

¿Quién le había hecho esas terribles marcas? No tenía que preguntar, mi corazón conocía la respuesta.

—Milord tiene un carácter de lo más horrendo y perverso —susurró. Le dije a mi marido, beodo como siempre, que la niña no era un perro para ser azotada de ese modo. Como respuesta, me empujó al otro lado de la habitación.

La primera vez que hablamos fue en el bosque. Entonces ya le conocía bien, nuestros caminos se habían cruzado muchas veces durante nuestros paseos por los bosques y en cada ocasión se inclinaba y guardaba silencio, de modo que empecé a preguntarme si sería mudo. Pero era hombre de pocas palabras, a diferencia del señor Shakespeare, que parloteaba como una gallina. El señor Kavanagh tenía aspecto de no considerarse el sirviente de nadie. Se notaba.

Yo iba al bosque a menudo, era el único lugar en los dominios de Milord donde aún reinaba la paz, pues la paz parecía imposible de alcanzar en la pocilga que constituía la casa de Milord. Yo no era el ama allí, el señor del desgobierno lo gobernaba todo. En el bosque, me imaginaba a mí misma como la señora de los árboles, ellos inclinaban las ramas en obediencia, agitaban las hojas murmurando su lealtad.

—*Milady* se resfriará —dijo, dándome un susto de muerte. No había advertido su silencioso acercamiento y mi perro Finn dormía en su puesto de guardia. Pero el

señor Kavanagh no era un enemigo. Exhibía un ceño de extrañeza, como si no pudiera comprender por qué el ama de tantas cosas se conformaba con tan poco. Y es cierto que mi visión no resultaba halagüeña, sentada en el suelo, expuesta al frío y a la llovizna al abrigo de un gran roble. Envuelta en un grueso manto de lana y con mi perro mojado como única compañía, no parecía mucho más que una sirvienta. Y lo toqué por primera vez cuando alargó una de sus manos morenas, cubiertas de viejos callos y nuevas ampollas, y dijo:

—*Milady*, por favor, levántese de la tierra fría.

Ojalá Milord me hubiera mirado con sus ojos.

Milady Margaret estaba encinta. Era evidente. No hacía falta preguntar quién era el padre. ¿Cómo había llegado *Lady* Margaret a este antro de perversión? No se acordaba, solo era una niña, dijo. No había tenido madre, ni hermana, ni nadie que cuidase de ella en todos estos años. Su infancia le había sido robada.

—He sido de Milord desde que era una niña.

Quería decir en todos los sentidos.

Tenía las mejillas pálidas. Su tutor aparentaba indiferencia, pues era la mascota de mi marido, pero no estaba privado de caridad cristiana.

—*Milady* está mortalmente pálida —me dijo, parándome en el oscuro pasillo, y yo contesté:

—Sí, está pálida como el cristal.

Sabía que le profesaba cierto afecto, había visto las miradas tiernas que le lanzaba cuando creía que nadie estaba mirando.

El pasillo carecía de iluminación, reinaba la oscuridad, una única vela de sebo flameaba violentamente con las corrientes. El viento habitaba la casa maldita. El rostro del pobre Shakespeare era un mapa de hoyos y cráteres a la luz vacilante, como la luna. Veía su cráneo. Veía brillar las lágrimas en sus ojos y le recordé que se había comportado tan mal como cualquier hombre del séquito de mi marido. Pero me había cogido por la manga y no quería soltarme, tenía que consolarlo, decirle que cuidaría de ella.

La primera vez que le vi desnudo fue al calor del verano, cuando *Milady* Margaret ya había engordado, Milord se había ensombrecido y la casa, tan fría en invierno, se había convertido en una marmita sofocante.

Estaba sentada bajo un gran árbol, espantando las moscas del bosque con la mano, adormecida por el calor, cuando el ruido del hacha contra la madera me sacó de mi sopor y, avanzando silenciosamente por el sendero musgoso, pude contemplar al señor Kavanagh en acción, talando un árbol medio derribado por las fuertes tormentas invernales. Se había quitado el jubón de piel y también la sayuela, y pude

admirar la delicada piel morena de su espalda cubierta de un sudor semejante al rocío y los rizos negros de su cabello cayéndole húmedos por el cuello. Y mucho más. Por un instante, no pude pensar en nada excepto en cómo se sentiría si alargase la mano y le acariciase la piel.

Sin ninguna vergüenza, me adentré en el bosque detrás del señor Kavanagh y cuando se alejó del sendero me alejé también, y cuando se despojó de su prenda inferior me hubiera sentido más satisfecha de mí misma si hubiera girado la cabeza y no le hubiese visto sumergirse en el frío y negro estanque donde los iris se agitaron y las ranas se sobresaltaron.

Había advertido mi presencia, aquel hombre era capaz de oír los pasos del ciervo y del conejo, el despliegue de las hojas y el sueño del cuco, pero no se dio la vuelta —era un caballero, no lo olvidéis— sino que continuó con su exhibición. Y a mí me encantaba lo que veía. *Sir Francis* no era una bonita estampa, no tenía carne sobre los huesos ni pelos en la cabeza, su aliento era fétido y sus ventosidades aún más. Desnudos, todos somos iguales ante Dios, dicen, pero creo que el señor Kavanagh habría pasado por noble antes que mi marido.

Contemplé a mi hijo —un niño enfermizo, contagiado de la delgadez de Milord Francis, de su mala sangre— jugar con el aro en la hierba. Quizá mi marido hubiese engendrado algo más robusto en *Lady Margaret*. Esta lloraba junto al estanque de los patos, la mole de su vientre se agitaba con la pena. Milord la había ordenado en un convento.

Lo vi en la cocina cuando fui a hablar con el cocinero, pues aún tenía voz allí, aunque en ningún otro lugar. Estaba sentado a la gran mesa comiendo pan y queso. Casi nunca se le veía en la mansión, tenía su propio refugio en el bosque donde, según se decía, el ciervo llegaba hasta su puerta y comía de su mano. Pero probablemente fuese solo un rumor.

Me sonrojé. Se sonrojó. La mirada desaprobadora del cocinero lo advirtió.

—¡Esos modales! —le dijo, y le dio un cachete en la coronilla. Tropezó, se rio, se inclinó ante mí y añadió—: ¿*Lady*?

Nunca me había adentrado tanto en el bosque, nunca antes había pisado ese sendero. Aunque sabía adónde conducía. Conducía a un gran peligro. Conducía a la casita del corazón del bosque. Las hojas, como oro, mullían el sendero.

El fuego se había extinguido y las cenizas estaban frías. Sobre la mesa había media hogaza de pan seco, una manzana podrida, una vela consumida. Era como la

vida callada que nos aguardaba a todos cuando danzáramos con la muerte y nuestros pies se inmovilizaran al fin. Me estremecí de frío.

Pero entonces su perrito se acercó retozando al umbral y la figura de él lo llenó, recortada contra el cielo azul de octubre.

No se inclinó. Pensé que iba a decirme que no debería estar allí, pero no dijo nada, solo entró en su propia casa como si fuera la de un extraño, con delicadeza, turbado, como un ciervo a medio domesticar. Era tarea mía el decidirlo y le tendí la mano. Él se acercó hasta quedar ante mí, más cerca de lo que había estado nunca, tan cerca que podía ver las cerdas recién afeitadas en su barbilla, el verdor de sus ojos, las pecas castañas semejantes a oro.

—Bueno, señor Kavanagh —dije con bastante gravedad pues estaba hecha un manojo de nervios—. Aquí estoy.

—Aquí está, en efecto, *Milady* —dijo, lo cual, viniendo de él, era una frase muy larga. Y se acercó un paso más, tan cerca que yo di un paso hacia atrás y llevamos a cabo un gracioso baile durante un rato hasta que no pude seguir retrocediendo porque tenía la mesa a mis espaldas. Noté el calor que emanaba su cuerpo, vi la agudeza de sus colmillos y la exquisita forma de su labio superior.

Primero la vela consumida salió volando con un gran estruendo y después la manzana podrida rodó al rincón más apartado de la habitación. Y solo Dios sabe lo que le sucedió a la hogaza de pan. No hubo más palabras, solo los exquisitos gemidos y los terribles suspiros que acompañan a tales violentos placeres.

Lady Margaret ya no estaba con nosotros, se colgó de un manzano en el huerto de Milord con una cuerda de los establos. La encontró un jardinero a primera hora de la mañana balanceándose como un vulgar criminal, el niño aún en su vientre. Me encerré en mi habitación y pasé toda la mañana derramando lágrimas desesperadas, sin responder a nadie, hasta que el señor Shakespeare llamó a mi puerta para decirme que se iba. Le respondí que, por lo que a mí concernía, se podía ir al infierno, pero al final le abrí la puerta. Me besó la mano y dijo que ahora ya nada le retenía en Fairfax Manor, y yo le dije que tenía razón, pues ninguno de nosotros tenía futuro en aquella casa maldita.

Se marchaba con los actores que habían pasado una temporada con nosotros y cuyas palabras habían hecho reír y llorar a *Lady Margaret* hacía tan poco tiempo. Los actores conocían al señor Shakespeare de una época anterior, decían «nuestro Will» esto y «nuestro Will» lo otro, y él estaba más que feliz de unirse a sus carromatos. Le deseé lo mejor, aunque era una comadreja. Ya había dejado a su mujer y a sus hijos y ahora nos dejaba a nosotros.

—Usted debería hacer lo mismo, señora —susurró al tiempo que rozaba mi mano con los labios, y yo asentí y sonreí porque mi marido acababa de entrar en la habitación.

La noche que nos marchamos, tuve que recorrer el bosque de noche para llegar a su cabaña, y varias veces casi me muero de miedo, no por las cosas que veía sino por aquellas que no podía ver.

Partimos en su rocín negro pues los mozos se habrían extrañado si hubiera ensillado mi yegua rodada. Me entristecía más abandonar a mi yegua gris que a mi hijo, pues era la viva imagen de su padre, solo que más débil. El hijo de Robert Kavanagh ya estaba en mi vientre y procuré no llevarme nada de mi marido. Pero el perro me acompañó. Era un buen perro.

Partimos amparados por el manto de la oscuridad, pero mi marido, astuto, nos había seguido. Nos habría matado con sus flechas, pero no era el gran arquero que siempre se había considerado. Tuvo que conformarse con un ciervo rollizo y magnífico.

Me arranqué la espantosa joya del cuello y la arrojé entre los árboles. Noté que el señor Kavanagh daba un respingo pues la joya habría pagado nuestro viaje a lo desconocido, pero no importaba. La última vez que vi a lord Francis, estaba escarbando entre las hojas para encontrar su preciosa chuchería. Me habría quitado todas esas magníficas prendas de seda y me habría alejado de él tan desnuda como Eva, pero las hojas de los árboles empezaban a gotear y no quería congelarme.

Robert Kavanagh me rodeó con sus brazos y nos alejamos trotando rápidamente, con los perros retozando a la cabeza. Él era mi refugio y mi amparo, fuerte como un gran roble y amable como mi perro. Si hubierais conocido la triste historia de mi vida, me habríais apremiado a emprender el viaje con todas las bendiciones. En aquel momento me invadió una gran felicidad, como si acabara de tener una visión del paraíso.

—¿Y a dónde iremos, señor Kavanagh? —le pregunté cuando alcanzamos el lindero norte del bosque. Se volvió en la silla y me sonrió, enseñando sus bonitos dientes:

—Al futuro, *Milady*, cabalgaremos al futuro.

FUTURO

CALLES DE ÁRBOLES

El remolino del tiempo sigue girando, el mundo se hace más viejo, la gente vive su vida, cada vida ocupa todo el tiempo posible y aún así... en la gran escala cósmica... se hace más corta que el tic tac de un reloj.

Audrey se convirtió en la primera mujer sacerdote de la Iglesia de Inglaterra. Se casó con un profesor barbudo y tuvo tres hijos. Su parroquia era un área reducida de Liverpool, donde de vez en cuando conseguía hacer su pequeña porción de bien (que es, probablemente, a lo máximo que puede aspirar). Sus tres hijos, de bebés, parecían variaciones de la niña imaginaria de Arden. Quizá aquel bebé fuese una especie de niño ideal.

Audrey se volvió mística y universalista, creía que todos los hombres, mujeres y niños, todos los animales y plantas, eran un venerable ejemplo de la unidad de la creación. Y en eso, suponemos, tenía razón.

En 1962, embarazada de seis meses, Carmen murió, junto con Cosque, en un accidente de coche.

Eunice se casó con un ingeniero pero nunca tuvo dos hijos. Trabajó de geóloga para una empresa petrolera, excavando en lo más profundo de la historia de la tierra, pero después su vida tomó un rumbo totalmente distinto y al final se convirtió en diputada del partido Demócrata Liberal. Murió de cáncer de pulmón a los cincuenta y dos años y su funeral fue sorprendentemente cálido y concurrido. La eché de menos.

Hilary se hizo abogada, se casó con un médico, tuvo dos hijos, se divorció del médico, se casó con un periodista, tuvo otro hijo (con una ligera deficiencia mental), subió de categoría profesional, se divorció del periodista, se volvió humana. Nos hicimos amigas.

Para los dioses, que miran la Tierra desde lo alto, las vidas deben de ser así de sencillas.

Charles se fue a América y terminó en la Costa Oeste trabajando como director de películas de ciencia ficción serie B, vilipendiado por los críticos y sin ningún éxito de taquilla, pero, conforme fue pasando el tiempo, se convirtió en un director de culto y, para cuando alcanzó la sesentena, era constantemente requerido para retrospectivas y charlas sobre su vida. Charles tuvo una larga serie de esposas guapas y rubias y niños guapos y rubios, y disfrutó de la vida enormemente.

Debbie y Gordon fueron medianamente felices durante el resto de sus vidas. Su hija, Renee, mi hermana, creció y se convirtió en una persona alegre y normal, y acabó trabajando de secretaria en el bufete de Hilary.

Os puedo contar algo de Malcolm Lovat. Cuando se marchó hacia su futuro, viajó por

toda Europa y vuelta atrás. Trabajó de portero de un hospital en París, pasó una temporada en Hamburgo, vivió con una mujer en Berlín Oriental y después se trasladó a Corfú, donde pasó un año en una comuna de artistas.

Al final regresó a Inglaterra, a Londres, y se metió en la escena musical. Se convirtió en el manager de un grupo de adolescentes de Hull con buena dentadura, buenas melenas y ningún talento musical que triunfaron por todo lo alto. Para entonces Malcolm se había metido de lleno en el alcohol y las drogas.

Lo vi por última vez en un *pub* de Fulham, en 1967. Estaba muy borracho y muy melancólico y aún así, cuando me sugirió que pasara la noche en su casa, lo hice, porque era 1967 y en 1967 yo dormía con cualquiera.

Había cambiado por completo, claro... supongo que se había convertido en la persona que antes se veía obligado a esconder en su interior.

En la cama, en ese piso de la planta baja desordenado a más no poder, sus miembros eran mármol, su carne hielo. El sexo con Malcolm Lovat parecía la danza de la muerte.

—Siempre te deseé —susurró—, pero nunca supe cómo decírtelo.

Pero claro, era demasiado tarde.

—Nos parecemos tanto —suspiró.

Pero no creo que nos pareciésemos, en realidad no.

Murió seis meses después en circunstancias tan repugnantes que la encuesta se convirtió en una *cause célèbre*. A partir de entonces, lo guardé en un rincón secreto de mi interior (el corazón, el mismo lugar donde llevaba a mi madre). El mero hecho de que no puedas ver a alguien no significa que no esté allí.

Vinny duró todo el siglo, enterrando a Gordon y a Debbie. Se quedó en Arden, ayudada por una larga serie de asistentes. Celebró el milenio y cien años de Vinnycidad convirtiéndose en un gato —pequeño, Carey— y desapareciendo en la noche. Regresé para cuidar de ella al final y, por alguna razón, me quedé. Al fin y al cabo, era mi casa.

Las cosas me iban bien entonces. Escribía novelas históricas (bajo mi propio nombre, muy apropiado) y Arden resultaba un lugar cómodo para trabajar. Convertí la sala en estudio y contraté a un hombre para que limpiara el jardín y podara los setos, así tenía vistas al Gran Roble. El árbol no llegó a ver el siglo XXI, sucumbió a algún tipo de putrefacción terminal. Miré cómo lo talaban, aunque no lo talaron; podaron todas las ramas y después rebanaron el tronco con una sierra mecánica enorme y chillona. Contemplé su muerte y lloré.

Mi hija, Imogen, vino a vivir conmigo y después se unió a un grupo de verdes activistas que estaban acampados en Boscrambe Woods preparándose para luchar contra los contratistas que estaban construyendo el Cinturón Exterior de Glebelands. Me acercaba allí de vez en cuando para llevarles paquetes de comida, cámaras de

vídeo, correo electrónico, cualquier cosa que necesitasen.

Cuando se aproximaba el momento de la batalla final yacía en la cama por la noche inquieta por mi hija aérea, imaginándola encaramada a los árboles, trepando por una red y suspendida en un arnés como un mugriento Peter Pan. Fue arrestada varias veces y al final los magistrados le impusieron el deber legal de mantener la paz. Cuando se negó a ello, pasó un tiempo encarcelada.

Para entonces, los contratistas ya habían entrado en el bosque y los árboles que tantos años lo habían habitado fueron talados en una sola tarde. Al poco de que empezasen a despejar el terreno, alguien avistó un gran hueso asomando entre la tierra levantada por la pala de una excavadora. Finalmente, en el lugar que tiempo atrás debió de ser el corazón del corazón del bosque, los patólogos forenses recuperaron un esqueleto completo. Una mujer muerta hacía muchos años, dijeron, demasiados como para que pudiesen averiguar la causa de su fallecimiento. Excepto los huesos, todo se había descompuesto, y los zorros habían alterado el cuerpo. Imaginaos... las alimañas comiéndose la carne, tirando de los huesos, las hojas, al caer, cierran los párpados.

Hilary, que tenía un lío con uno de los patólogos forenses, me dijo que habían encontrado un anillo de oro aún ciñendo uno de los dedos. Dijo que el anillo tenía diamantes y esmeraldas ensartados, y que llevaba una inscripción: *A E. F. con todo mi amor, G.* y que aquello, por algún motivo, la había llenado de tristeza.

Sé que mi madre tenía un anillo así, pero estoy segura de que el cuerpo olvidado en el bosque no era el suyo, porque yo, en el fondo, nunca creí que estuviese muerta, y de todas formas se me había manifestado poco antes. Yo hacía cola en un supermercado Tesco y había una mujer delante de mí —cerca de treinta años, impecablemente vestida con un traje de *tweed*, un cinturón ciñendo su estrecha cintura, zapatos de tacón y medias con costura, cabello negro recogido a la francesa y maquillada como una actriz. Estaba pagando. Yo levanté una bolsa de plástico llena de fruta para depositarla en la cinta transportadora cuando la bolsa reventó de repente y la fruta rodó por todas partes. Las dos nos agachamos y empezamos a recoger las manzanas— Delicias Rojas—, tan bruñidas y brillantes que no parecían reales. Estaba tan cerca de la mujer que podía oler su perfume de mujer adulta: *Arpege* y tabaco. Mi propio perfume en aquel entonces. Se incorporó, balanceándose ligeramente en los tacones, me tendió la última manzana y dijo:

—*Aquí tienes, cariño.*

Y de repente ya no estaba, y yo supe que no tenía sentido contarle nada a la cajera, pues hay cosas que solo uno mismo puede comprender.

Se encontraron también otras cosas; la joya Fairfax, tan codiciada tiempo atrás, apareció a poca distancia del cuerpo de la mujer desconocida y ocupó un lugar de honor en el museo de Glebelands.

Mientras ordenaba las cosas tras el fallecimiento de Vinny, encontré una caja llena de fotografías, no solo de la viuda, de su familia y sus antepasados, sino también de Charles, de Gordon y mías... y de Eliza, el tesoro escondido que era Eliza. Una Eliza joven por siempre, por siempre hermosa, guiñando los ojos al sol o riendo en el jardín trasero. Lloré varios días por mi madre recién encontrada. Aunque, en cierto modo, las fotografías la hacían aún más inalcanzable y misteriosa, resultaba un alivio poseer pruebas de su existencia en este mundo.

El tiempo prosigue su inexorable avance hacia la eternidad. Imogen fue madre, y yo fui abuela. La señora Baxter tuvo un misterioso final, la única persona que desapareció realmente: un día se fue caminando, dicen, por la ladera de una colina verde. Algunos afirman que en el momento de desvanecerse se transformó en la reina de las hadas y que llevaba un exquisito vestido verde y una reluciente corona de oro. Pero solo era un rumor.

El mundo siguió girando. Tantas historias por contar, tan poco tiempo.

¿Cómo termina el mundo? ¿Con una gran estrella que cae del cielo? Imaginaos... el cometa Wormwood surcando el cielo nocturno a 40 000 millas por hora en su apocalíptico viaje a la Tierra, ardiendo como un billón de soles en el momento de caer. Más y más cerca. El caos que sigue... granizo y fuego mezclados con sangre, un tremendo terremoto en el lugar del impacto, el cráter de cientos de millas de profundidad, las rocas pulverizadas, truenos y relámpagos, el polvo de roca lanzado a la atmósfera y cayendo como lluvia sobre la tierra, una tercera parte de los árboles abrasados, toda la hierba, la gran montaña que cae, envuelta en llamas, al mar, el mar convertido en sangre mientras los escombros del impacto se diseminan por los cielos, el sol y el aire se oscurecen, la luna se extingue y se apagan las estrellas. Imaginaos.

¿O en hielo? Sin cataclismos, solo una lenta decadencia, las estrellas dejan de brillar, los agujeros negros lo absorben todo a su alrededor y el lento baile gravitacional de la muerte extiende más y más el universo elástico. Un lodo de partículas subatómicas. Un manto de niebla.

¿O en verde? Imagina el bosque al final de los tiempos. Un gran océano verde de paz. Una orgía de árboles, abedul, pino escocés y álamo, olmo inglés y olmo escocés, castaño, roble y acebo, cerezo, manzano y carpe, el fresno y el haya y el arce de campo. El endrino, el rosal silvestre y, trepando por todas partes... hiedra, muérdago y la pálida madreselva donde anida el lirón.

El bosque estará henchido de flores, margaritas y estrelladas, campanillas y primaveras ojo de pájaro con perlas colgando de sus pétalos. Crecerán la hierba de

san Roberto, la aguileña y el aro, los tomatillos del diablo y la valeriana, con hojas en forma de corazón, la belladona de los conjuros y la primavera, el pensamiento y la violeta común.

En el suelo del bosque se afanarán los insectos: escarabajos y moscas, gorgojos y avispas, babosas y caracoles, arañas y las pacientes lombrices. Y la vida invisible, las amebas y las bacterias, renovándose y reciclándose.

Ahora, el sonido del mundo es el canto de los pájaros: el alegre trino del tordo anunciando la primavera, el pinzón cantando su alegría, el hermoso gorjeo de la curruca de bosque. Mirlos y petirrojos, delicadas palomas de bosque y papamoscas grises, la lechuza de largas orejas y el moteado pájaro carpintero. Ahora el mundo les pertenece.

Y también a los ratones de campo y a los tejones, a las ardillas y a los murciélagos, a los erizos y al ciervo, y a los pequeños zorros, que juegan sin temer la presencia del perro o el hombre.

Y, al fin, regresan los lobos.

Aquí y allá, en el bosque dorado y verde iluminado por el sol, parpadean los pétalos de las mariposas, el frágil emperador violeta, el almirante blanco, el duque de Borgoñón. El blando musgo, el verde de los helechos, la rociada del sapo y la rana en los oscuros estanques de los fríos claros. El canto del tordo en los árboles enrosca sus hebras de canción tres veces. Los lirios del valle y las lenguas del corazón de los helechos atestan la sombra. El diminuto troglodito salta de rama en rama y la perlada fritillaria acaricia la fresa y el tomillo silvestre. El dulce aroma del escaramujo y la eglantina.

Llegará el otoño. *Et in arcadia ego*. El surreal y burbujeante brote de las setas se apodera del paisaje: las estrellas de tierra, los rodófilos en escudo, las orejas de Judas, el cuesco de lobo, el boleto de satanás. El moho lo cubre todo. Hígados del buey surgen de las coníferas podridas y yesqueros multicolor se amontonan en los tocones de roble. Las últimas glorias cuáqueras y los últimos notables de Kent visitan la noche. El suave *hu-huuuu* del búho se desvanece. Caen las hojas, revoloteando como plumas. La noche se acorta.

Más y más frío. Un día, el último pájaro canta su débil adiós y cae como una piedra. Otro día la hoja postrera abandona el árbol y no aparecen nuevos brotes. El principio fue la palabra, pero el final solo es el silencio.

Soy la contadora de historias del final del tiempo. Sé cómo termina. Termina así.

Oh, ¿no ves aquel camino abierto, tan abierto
Que se extiende junto al campo de lirios?

Pues conduce a la perdición,
Aunque para algunos es el camino al cielo.

Oh, ¿no ves aquel camino angosto, tan angosto
Sembrado de zarzas y espinos?
Pues conduce a la integridad,
Un camino por el que pocos preguntan.

¿Y no ves aquel camino lindo, tan lindo
Que serpentea por el bosque frondoso?
Pues es el camino al país encantado de los elfos
Adonde tú y yo tal vez vayamos esta noche.

De *Thomas the Rhymer*, Anónimo

UN BUEN JUEGO PARA UNA FIESTA

Un juego que proporciona poco ejercicio pero muchas risas es **Croquet humano**. Puede participar un gran número de personas y no se necesita ninguna experiencia previa.

Primero, los «aros» deben colocarse en posición —esparcidos por el campo, más o menos del mismo modo que estarían colocados en un campo de *croquet* de verdad. Cada aro consiste en dos personas de pie, de cara, con las manos cogidas y los brazos en alto, de modo que formen un arco bajo el que pueda pasar otra persona. El aro no tiene que permanecer en esta posición durante todo el juego, basta con que las dos personas la adopten cuando el jugador haga ademán de pasar.

La «pelota» es una persona con los ojos vendados y no puede moverse a menos que se lo ordenen.

Dentro de lo posible, el juego se desarrolla como una partida de *croquet* normal. Cada jugador tiene un turno de tirada y se permite uno adicional cuando la pelota pasa por debajo de un aro o se golpea a otra pelota.

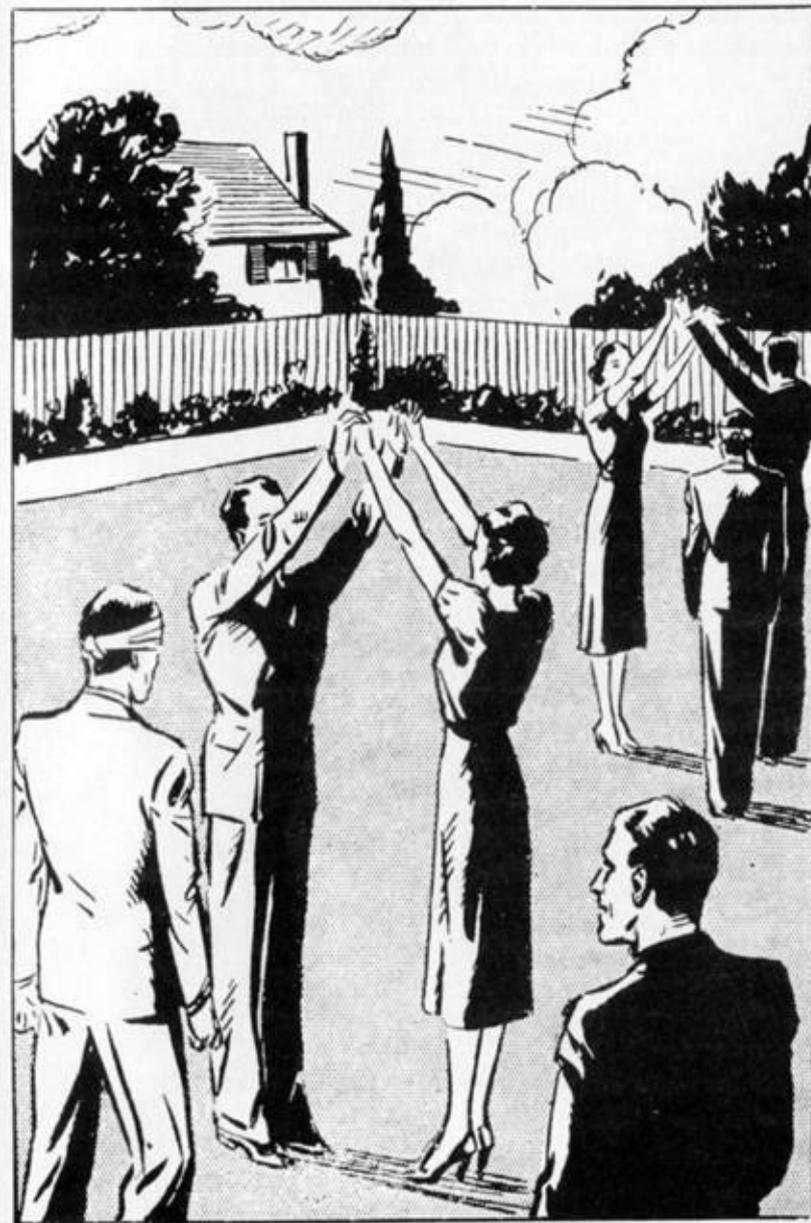
Al empezar el juego, el primer jugador coloca a su pelota en la línea de salida y, de pie detrás de él, asiéndolo por los brazos, lo coloca en dirección al primer aro — que, por su puesto, la pelota no ve. Entonces el jugador dice «ya» y la pelota corre hacia delante, hasta que su dueño dice «para». Si la pelota ha pasado por el aro, se permite otro «tiro»; si no, le toca al segundo jugador.

Las pelotas deben correr en línea recta y deben pararse en cuanto se les ordena. Si dos pelotas chocan, la que ha sido golpeada se queda donde está, pero la otra tiene otro «tiro» y debe volver a empezar. Los jugadores no pueden hablar con sus pelotas mientras están en movimiento, solo para detenerlas, no se les permite tocarlas ni redirigirlas de ningún modo.

Gana el primero en conseguir que su pelota pase por debajo de todos los aros en el orden correcto y la devuelve después a la línea de salida o a un poste en el centro del «campo».

El juego es más interesante y divertido si cada jugador y su pelota llevan algún color distintivo: una cinta, un sombrero o una escarapela. Así, las parejas son más evidentes.

Los aros nunca deben moverse de sus puestos y no deben dar indicación alguna de su posición a las pelotas que se acercan. Cuando ha concluido la partida los jugadores intercambian los papeles.





KATE ATKINSON (York, 1951). Hija única de una pareja de comerciantes, asistió a la Queen Anne Grammar School, una escuela exclusiva para niñas. Estudió literatura inglesa en la Universidad de Dundee, en la que terminó sus estudios en 1974. Allí conoció a su primer marido, con quien tuvo una hija. Luego de que su doctorado fuera rechazado, y como madre soltera, dio clases y tuvo varios trabajos. En 1981 comenzó a escribir ficción, y tras ganar un concurso sobre cuentos para mujeres, a escribir en revistas femeninas en 1986.

Atkinson estuvo casada dos veces y tiene dos hijas, Eve y Helen. Vive en Edinburgo, cerca de sus colegas J. K. Rowling, Ian Rankin y Alexander McCall Smith.

En 2011 le fue concedida la Orden del Imperio Británico por sus contribuciones a la literatura.